

44  
CIÓN

E# 1. - C# 3.



HISTORIA ECLESIASTICA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA  
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

CANÓNICO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,  
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII,

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO XXIII.

Desde la mortandad del día de San Bartolomé en el año 1572,  
hasta la muerte de Clemente VIII en el de 1605.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
Valencia: Imprenta de D. Benito M. Confort.

SETIEMBRE 1832.



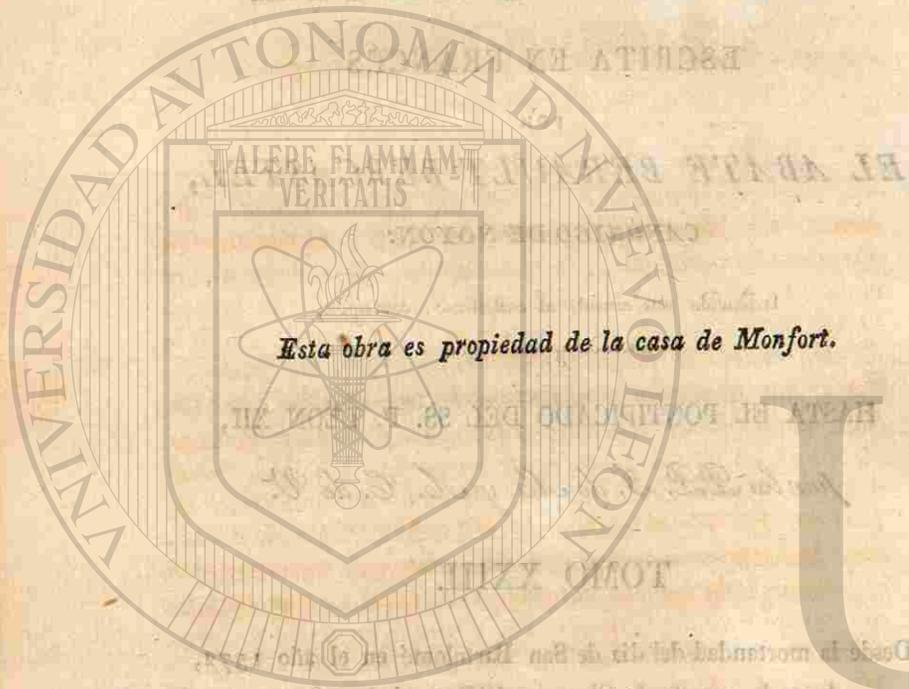
110353

38386

B x 944

B4

v. 23



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## RESUMEN DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXAGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Muerte de San Francisco de Borja.* 2. *Su singular abnegacion.* 3. *Principio de las misiones del Brasil.* 4. *Martirio del padre Acevedo y de sus treinta y nueve compañeros.* 5. *El Rey nombra a la Noüe comandante de los rebeldes de la Rochela.* 6. *Se levanta vergonzosamente el sitio de la Rochela.* 7. *Saqueo de Sancerre.* 8. *El duque de Anjou, Rey de Polonia.* 9. *Triste situacion y muerte del Rey Carlos IX.* 10. *Sale de Polonia Enrique III.* 11. *Carácter de este Príncipe.* 12. *Costumbres de su corte.* 13. *Indolencia del Emperador Rodulfo.* 14. *Muerte del cardenal de Lorena.* 15. *Establecimiento de los penitentes en Francia.* 16. *Proposiciones de los luteranos desechadas por el patriarca de Constantinopla.* 17. *Apostasia de Truchses, arzobispo de Colonia.* 18. *Fundacion de la universidad protestante de Leiden.* 19. *Jubileo.* 20. *Peste de Milan.* 21. *Estraña conducta de Enrique III.* 22. *Faccion de los descontentos ó politicos.* 23. *Quinto edicto de pacificacion á favor de los hugónotes.* 24. *Origen de la liga ó comunidades en Francia.* 25. *Concordia de los comuneros.* 26. *Enrique, duque de Guisa, gefe de la liga.* 27. *Cortes de Blois.* 28. *Enrique III se declara gefe de la liga.* 29. *Institucion de la orden de Sancti Spiritus.* 30. *Restablecimiento de la orden de San Basilio.* 31. *Pordioseros del mar.* 32. *Origen de la república de Holanda.* 33. *Se retira el duque de Alba de los Países-Bajos.* 34. *Los flamencos divididos en cinco facciones.* 35. *Correspondencia de Bayo con Marnix de*

TOM. XXIII.

1



BERAULT



HISTORIA

ECCLESIASTICA



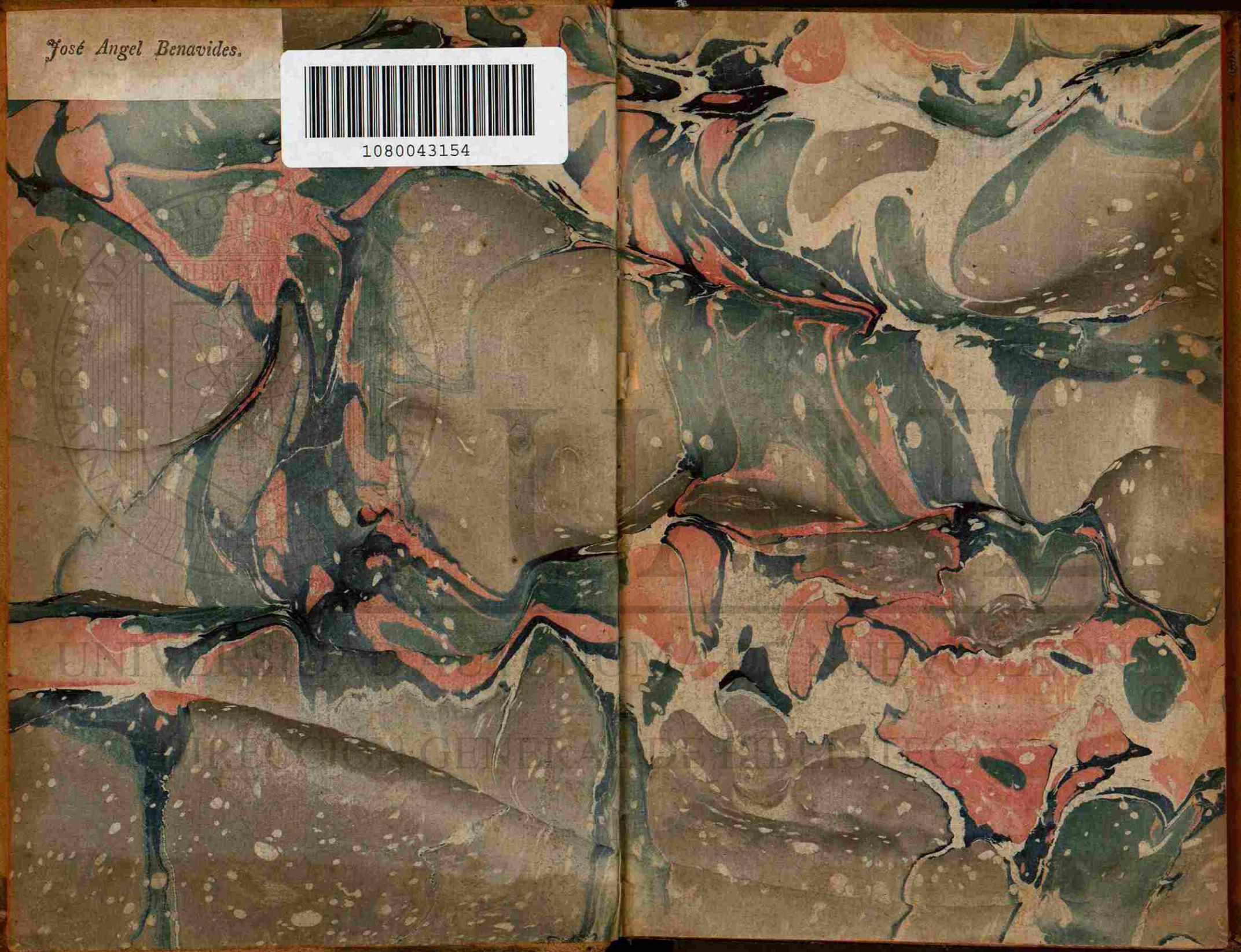
BX944  
B4  
V.23  
c.1

27

*José Angel Benavides.*



1080043154



RESÚMEN  
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

*Sisto*  
N.º 1. Eleccion de ~~San~~ *Sisto* V. 2. Carácter de este Pontífice. 3. Regreso de los embajadores del Japon. 4. Latrocinios reprimidos en los estados de la Iglesia. 5. Castigo del conde de Pépoli. 6. Bula espedida contra el Rey de Navarra y el Príncipe de Condé. 7. Enrique III exhorta al Rey de Navarra á que vuelva á entrar en el gremio de la Iglesia. 8. Protesta del Rey de Navarra contra la bula de Sisto V. 9. La muerte del duque de Alenzon constituye al Rey de Navarra heredero presuntivo de la corona de Francia. 10. Se declaran los comuneros á favor del cardenal de Borbon. 11. Tratado de Nemours. 12. Guerra de los tres Enriques. 13. Concilio de Aix. 14. Concilio de Mègico. 15. Obeliscos restablecidos en Roma. 16. Edificios y fundaciones de Sisto V. 17. Gran número de bulas publicadas por este Papa. 18. Da el capelo á Guillermo Alano. 19. Muerte trágica de la Reina Maria de Escocia. 20. Escuadra de Felipe II, llamada la invencible. 21. San Felix de Cantalicio. 22. Maquinaciones de Bayo contra Lesio. 23. Termina el Papa esta disputa. 24. Muerte de Bayo. 25. Establecimiento de varias congregaciones de cardenales. 26. San Buenaventura colocado como Santo Tomás en el número de

los doctores de la Iglesia. 27. Fundacion de los clérigos reglares menores. 28. Atentado de la liga. 29. Llegada del duque de Guisa á Paris. 30. Realistas vencidos en Paris. 31. Fuga de Enrique III. 32. Diputacion procesional para persuadir al Rey que volviese á Paris. 33. Otras diputaciones. 34. Últimas córtes de Blois. 35. Muerte violenta del duque de Guisa y de su hermano el cardenal. 36. Furor de los comuneros. 37. Se une Enrique III con el Rey de Navarra. 38. Parricidio de Jacobo Clemente. 39. Enrique IV reconocido por Rey de Francia. 40. Los comuneros reconocen por Rey al cardenal de Borbon. 41. Triunfos de las armas de Enrique IV. 42. Sitio de Paris. 43. El cardenal Cayetano, legado de Francia. 44. Procesion de la liga. 45. Muerte de Sisto V. 46. Eleccion y muerte de Urbano VII. 47. Gregorio XIV, Papa. 48. Reclamacion del parlamento de Paris y del clero de Francia contra la bula de Gregorio XIV. 49. San Luis Gonzaga. 50. Muerte de San Juan de la Cruz. 51. Sublevacion de los católicos de Cracovia contra los sectarios. 52. El Rey Segismundo de Polonia coronado Rey de Suecia. 53. Division entre los luteranos y calvinistas de Alemania. 54. Sucesion de Papas. 55. Eleccion de Clemente VIII. 56. El duque de Parma entra en Normandia con un egército para socorrer á los comuneros. 57. San Pascual Bailon. 58. César de Bus, fundador de la congregacion de la Doctrina cristiana. 59. Negociaciones en Roma para la absolucion de Enrique IV. 60. Córtes convocadas en Paris. 61. Conferencia de Surrenna. 62. Abjuracion de Enrique IV. 63. Envia el

del primer desman. Solo el acto de desembainar la espada ó de hacer la menor resistencia á los ministros de la justicia era un delito capital é irremisible, sin que en esto hubiese distincion de personas.

5. El conde de Pépoli, uno de los principales señores del país de Bolonia, donde habia refugiado y protegido á los salteadores, fue degollado en la plaza pública de aquella capital, á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para libertarle.

6. En el primer año de su Pontificado espidió Sisto V una bula fulminante contra el Rey de Navarra y el Príncipe de Condé, gefes del calvinismo en Francia. Se habian empeñado fuertemente los comuneros con Gregorio XIII para que aprobase su union sediciosa; pero nada pudieron conseguir de aquel Pontífice sábio y moderado; y estando ya para dar el último estallido, repitieron sus instancias con su sucesor, prometiéndose de ellas un éxito mas feliz. Ya habia dado á entender el virey de Sicilia, al recibir su homenaje, que no consentiria, como sus predecesores demasiado indulgentes, en cambiar el tributo de un reino por un caballo. Sin embargo, queriendo este Pontífice dar á entender que no cedia á ningun género de sugeriones, respondió á los franceses sediciosos en unos términos que no les dejó ninguna esperanza; y les manifestó que penetraba sus designios tortuosos; mas por eso no perdió una ocasion tan oportuna para elevar el poder del Pontificado al punto que se habia propuesto. Luego que dejaron de instarle, hizo por sí mismo lo que no habia querido

conceder por ruegos de otros, y publicó la bula contra los dos Príncipes (1).

Despues de ensalzar en ella la potestad pontificia sobre todas las del universo, á las cuales (dice) puede derribar de sus tronos y echarlas por tierra como á ministros de Satanás cuando faltan á su obligacion, prorumpe en las mayores injurias contra los primeros Príncipes de la sangre de Francia, los declara escomulgados, privados de todas sus posesiones, incapaces, así ellos como sus sucesores perpétuamente, de heredar ningun estado ni soberanía, y en especial la corona de Francia; absuelve del juramento de fidelidad á todos sus súbditos y vasallos, y prohíbe á éstos que les presten obediencia.

7. Este golpe tan terrible contra la independencía siempre intacta del imperio francés, escitó en él, á pesar del lastimoso estado á que se hallaba reducido, las reclamaciones de todas las clases del estado y de todos los ciudadanos que no se habian prostituido á la liga. El mas cobarde de todos fue el Monarca agraviado, pues á pesar de cuanto se le hizo presente, no se atrevió jamás á permitir que se procediese contra aquella bula peligrosa, ni aun á pedir al Papa que la revocase. Lo mas que se pudo conseguir del Príncipe, en medio del terror de que estaba poseído, fue que no se publicase en forma legal. Pero se valieron de ella los comuneros para obligarle á quebrantar la paz con el Rey de Navarra, como con un escomulgado y un enemigo declarado de la Iglesia. Buscando

(1) *Diar. de Enriq. III. t. 2. p. 78. — Mem. de la liga, t. 1. p. 343.*

el Monarca cuantos medios eran imaginables para diferir por lo menos el llegar á este extremo, con un Príncipe que poco antes le habia ofrecido sus tropas y su brazo contra la liga, le envió mediadores y teólogos para persuadirle que volviese á entrar en la comunión católica, ó que en caso de no determinarse á esto, suspendiese por algun tiempo el egercicio del calvinismo. Mal recurso era, tratando con un héroe, valerse del terror para su conversion. No respondió otra cosa sino que estaba dispuesto, como lo habia estado siempre, á permitir que se le instruyese, con tal que en esto se procediese de un modo conveniente, y no poniéndole un puñal al pecho, como se hizo en tiempos pasados.

8. Mas terrible contra la corte de Roma, donde queria dar á entender que á él no se le dominaba como al apocado Enrique III, publicó en su nombre y en el del Príncipe de Condé una protesta vehementísima contra el decreto del Papa, y dispuso que se fijase hasta en las puertas del Vaticano (1). En ella apelaba de la sentencia pontificia al tribunal de los pares de Francia, únicos jueces competentes con respecto á las leyes temporales y fundamentales del reino; y acerca de este abuso ó usurpacion de autoridad, citaba al Pontífice á un concilio general legitimamente congregado, añadiendo que si no se sujetaba á él, le miraria no solo como herege, sino tambien como un opresor de la Iglesia cristiana, y como un verdadero Anticristo. Considerándole ya bajo este concepto, le

(1) *Ibid.* p. 388.—*Thou*, l. 82.

declara una guerra irreconciliable, y promete vengar la injuria hecha á su persona y á toda la casa de Francia, reclamando á este efecto el auxilio de todos los Reyes, Príncipes, repúblicas y comunidades verdaderamente cristianas, no menos interesadas que él mismo en castigar un atentado que turbaba el sosiego de toda la cristiandad. Aunque no era de esperar que Sisto V revocase la bula, atendido el teson y firmeza de su carácter, no dejó de aplaudir un rasgo de valor tan análogo á su propio genio, ni de decir al embajador de Francia, que seria de desear que el Rey, su amo, tuviese tanto valor contra sus verdaderos enemigos, como el que mostraba el Rey de Navarra contra el enemigo, no de su persona, sino únicamente de sus errores.

9. Nunca habia necesitado el Rey de Navarra de mas vigor y actividad que en la situacion en que se hallaba la casa real, desde que la muerte reciente del hermano de Enrique III constituía al gefe de la casa de Borbon heredero presuntivo de la corona. Esta última rama de los Valois, duque de Alençon, luego de Anjou, y siempre hombre frívolo y despreciable, habia pasado á la soberanía ilusoria de los Países-Bajos, donde muy en breve espermentó que se hacia de él mucho menos caso que en Francia. Se le hicieron allí tantos desaires, y le causaron estos una pesadumbre tan grande, que vino á morir en la flor de su edad: lo que abrió un campo libre á los que alborotaban el reino con pretesto de religion. En diez años de matrimonio no habia tenido el Rey ningun

hijo: y aunque estaba todavía en la flor de su edad, del mismo modo que la Reina su esposa, ningún miramiento se guardaba con un Principe de quien se movaban todos impunemente. Se dió por cierto que nunca tendria posteridad, se publicaron escritos en que se le atribuía una impotencia absoluta, y se puso al arma á toda la nacion sobre la sucesion á la corona, como si fuese ésta á quedar vacante.

10. No se dudaba que pertenecia al Rey de Navarra, como heredero en línea recta; pero le excluyeron de ella los comuneros, como que era un herege, y propusieron á su tío, el viejo cardenal de Borbon. Para conciliarse al mismo tiempo la benevolencia de la Reina madre, la persuadió el duque de Guisa, que si se alejaba del trono al gefe de los Borbones, era sólo con el objeto de colocar en él á sus nietos, hijos del duque de Lorena y de Claudia de Francia, su hija. Sabia Guisa acomodarse á todas las inclinaciones y á todos los estados. Lisongeaba á la nobleza con la esperanza de hacerla participante de las gracias que prodigaba el Rey á sus favoritos, y prometia al clero la estirpacion de todos los errores, y al órden popular la supresion de los impuestos. Con estos artificios habia adquirido una infinidad de partidarios, bien que todavía no queria tomar las armas contra su Soberano. Al paso que se iba acercando al momento de consumir su atentado, se llenaba de horror y confiaba su suerte al favor popular con un presentimiento que le estremecia.

Luego que llegó el tiempo de declararse, se trasladó

á Picardia al cardenal de Borbon, como al asilo mas seguro de la maquinacion proyectada. Guisa y sus hermanos reunieron al rededor de sí la nobleza de Champaña y Borgoña: al mismo tiempo se acercaban á las fronteras las tropas alemanas y suizas: Leon abria las puertas á los refuerzos que enviaba Saboya á los comuneros: Toul y Verdun á los de Lorena: muchas ciudades, unas con engaños, y otras por fuerza, se sublevaban á favor de la union: en lo interior del reino se apoderaron los comuneros de Orleans, Bourges y Angers; y en fin, se hizo la liga tan fuerte en París, que fue esta ciudad su principal centro hasta que llegó á ser su sepulcro. Las asambleas clandestinas en que se censuraba la conducta del Rey y de sus ministros, habian degenerado en aquella faccion atrevida, á que se dió despues el nombre de *los diez y seis*. Desde entonces empezó á acopiar dinero y armas, y envió emisarios á las ciudades mas considerables para formar en ellas asociaciones igualmente sediciosas, con las cuales estableció una correspondencia seguida. Por último, se publicó en nombre del cardenal de Borbon el manifiesto de la rebeldía, en el que se exageraba particularmente el peligro á que se esponia la fe, si llegaba á subir al trono la rama herética de los Borbones.

11. No necesitaba tanto Enrique III para abandonarse á sus incertidumbres é inconsecuencias acostumbradas. Despues de muchas protestas, apologias, quejas y todos los testimonios posibles de flaqueza y de irresolucion, tomó por último el peor partido,

Rey al duque de Nevers á Roma en calidad de embajador. 64. Entrega de Paris. 65. Atentado de Juan Châtel. 66. Espulsion de los jesuitas. 64. Carta de la Reina Isabel á Enrique IV convertido. 68. Muerte del cardenal Alano. 69. Muerte de San Felipe Neri. 70. Constituciones de la congregacion del oratorio. 71. Continúan las negociaciones para la absolucion de Enrique IV. 72. Condiciones y ceremonia de esta absolucion. 73. Decadencia de la liga.



## HISTORIA

### DE LA IGLESIA.

#### LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del Pontificado de Sisto V en el año 1585, hasta la reconciliacion del Rey Enrique IV con la iglesia romana en el de 1595.

1. Sisto V, antes cardenal de Montalto, obispo de la diócesi de Santa Águeda, en el reino de Nápoles, general de la religion de San Francisco, donde fue para él una gran fortuna tomar el hábito; y hablando de mas lejos, Felix Peretti, pastorcillo en la aldea de Montalto, situada en la Marca de Ancona, saltó el enorme intervalo y los varios escalones que habia entre la cabaña de su padre y el Vaticano, no tanto por su gran talento, como por una elevacion y firmeza de alma, que pocas veces se halla aun en la mas alta gerarquía (1). Consideraron muchos observadores al pastor de Montalto como el Soberano mas

(1) *Chac. ad ann. 1585. = Thou, l. 42. = Greg. Let. l. 5.*

digno de reinar que hubo en su tiempo. Pero rara vez ocurre que, en unas fortunas tan extraordinarias, deje de haber alguna pequeñez que las desluzca en cierto modo. Habia mucho tiempo que, afectando Sisto ó Felix un aire de decrepitud, andaba siempre apoyado en un baston, cual si no pudiera dar un paso sin este ausilio, y aun así iba en extremo agoviado. Cuando tuvo por cierta su eleccion, arrojó el báculo sin esperar á que se acabase el escrutinio, se levantó de su asiento, y se presentó en medio del cónclave tan derecho y firme á los sesenta y cuatro años de edad, como pudiera un hombre de veinticinco. Los cardenales, mirándose unos á otros con admiracion, y aun con algun arrepentimiento, „poco á poco (dijo el decano), no hay que precipitarse, que todavía no está todo concluido. No (replicó Montalto con firmeza): la cosa está ya hecha y no falta ningun requisito.” Desde entonces, tomando el ascendiente que no perdió nunca aun con respecto á los mas graves prelados, disipó con una mirada la incertidumbre en que estaban, y despues entonó el *Te Deum* con una voz tan fuerte, que acabó de asombrarlos. Tomó el nombre de Sisto, en memoria del cuarto Papa llamado del mismo modo, quien habia sido tambien franciscano, y un hombre extraordinario, sacado, como él, del polvo de la tierra.

2. Nunca se avergonzó Sisto V de la humildad de su origen, antes bien hablaba de ella con mucha frecuencia, complaciéndose en considerar y dar á entender á los demás los caprichos de la fortuna, ó por

mejor decir, los designios y la conducta de la Providencia en orden á su persona. Colocado Sisto en la Silla pontificia, manifestó siempre una gravedad, una fuerza y una grandeza perfectamente conformes á la dignidad suprema de que estaba revestido. Se mostró constantemente enemigo del vicio y protector de la virtud; penetrativo y justo; vigilante; severo en la observancia del buen orden; magnifico en todo lo concerniente al esplendor del estado y á la gloria de la Religion; amante de las letras y de todas las artes, y muy aplicado al estudio, en el cual pasaba una parte de la noche, despues de haber empleado el dia en el despacho de los negocios. En fin, ya se le considere en la direccion de su casa, en el gobierno político, ó en las desavenencias que tuvo con varios Principes, no podemos menos de confesar que fue uno de aquellos hombres extraordinarios que honran á la humanidad.

Antes de coronarse, envió á llamar al gobernador y á los jueces de Roma para exhortarlos á que administrasen justicia con toda exactitud; pero lo hizo con una energía, que parecia mas bien que exhortacion una amenaza de que los sacrificaría á la venganza de las leyes, si no las cumplian como era debido. Recibió con agrado las enhorabuenas de los caballeros romanos y de los ministros estrangeros, sin hacer gran caso ni dedicar mucho tiempo á estas ceremonias de simple aparato en los primeros dias de su Pontificado, cuyos preciosos momentos debia emplear de otro modo. Sin embargo, hizo una prudente

distincion á favor de los embajadores del Japón, ya que su comision era tan honrosa á la fe romana y debia producir los mas felices efectos para su propagacion.

3. Los trató el Papa en todas partes como á los ministros de los primeros Soberanos; mandó que pasasen á besarle los pies, antes que tres cardenales que pedian audiencia; los abrazó á todos con cordial afecto, y quiso que le asitiesen en la coronacion, llevando el pálio, dándole el agua para lavarse y poniéndole el estribo para la cabalgata (1). Los creó caballeros de la espuela de oro, les dió por su mano la espada y el tahalí, hizo que fuesen nombrados patrios romanos por el pueblo y por el senado, les dijo misa privadamente, les dió la comunión, y los obsequió con un banquete espléndido. Marcharon por último llevando una respuesta sumamente honorífica á sus Soberanos y una infinidad de regalos, sin contar el dinero que mandó darles el generoso Pontífice para los gastos del viage hasta Lisboa. En todas las principales ciudades de Italia por donde pasaron al salir del estado eclesiástico, y especialmente en Ferrara, en Venecia, en Milán y en Génova, se los trató como á competencia, con el mayor honor, afecto y liberalidad, y en todas partes dejaron á los Príncipes y á los pueblos prendados de su modestia, de su gentileza, de la facilidad con que se acomodaban á unas situaciones tan nuevas para ellos, de su ingenio y capacidad, y en especial de su piedad, la que correspondió

(1) *Greg. Let. t. 1. l. 5. Sacchin. part. 5. l. 5. p. 229. et seq.*

perfectamente á la opinion que se habia formado de la alta virtud de los cristianos del Japón. El Rey de España, que quiso obsequiarlos segunda vez en el reino de Aragon, donde hizo con este objeto mucho mas de lo que habia hecho en Madrid, dió orden para que se les aprestase en Lisboa el mejor navío que hubiese en el puerto, les envió regalos magníficos, suplió todos los gastos del viage, añadiendo además una suma considerable de dinero, y escribió al virey de las Indias para que les suministrase con abundancia todo lo que necesitasen hasta desembarcar en el Japón, adonde llegaron despues de innumerables peligros y de ocho años de ausencia.

4. Poco despues de su exaltacion, trabajó eficazmente el nuevo Papa en restablecer las buenas costumbres, y en desterrar los desórdenes introducidos desde muy antiguo por la suavidad mal entendida del gobierno eclesiástico (1). Dió principio publicando un edicto contra los bandidos, asesinos, ladrones y encubridores, y despues distribuyó en sus provincias cinco cardenales, hombres de prudencia y entereza, para que cuidasen de su egecucion. Fue tan bien obedecido, que en lugar de los latrocinios que se egercian impunemente, aun en las ciudades mas principales, se desterró de ellas hasta la sombra de todo esceso en esta parte, y en pocos meses quedó perfectamente restablecida la seguridad pública. Si se toleraban en algunas ciudades las diversiones del carnaval, era poniendo horcas para mostrar á los licenciosos el castigo

(1) *Thou, l. 32.*

tratando con sus vasallos armados, y se valió del peor medio encargando esta negociacion á la Reina su madre, la cual, además de lo mucho que quería á los hijos del duque de Lorena, tenia gusto en ver que el duque de Guisa daba que sentir al Rey de Navarra, á quien ella miraba con aversion. Catalina terminó ó adormeció la desavenencia por medio del tratado de Nemours, que obligaba al Rey á prohibir, pena de la vida, en toda la estension de su reino, el egercicio de toda religion que no fuese la romana; á desterrar en el término de un mes á los ministros de la reforma, y en el de seis á todos los demás calvinistas que no hubiesen abjurado; á declararlos inhábiles para obtener ningun empleo público, á anular sus cámaras mistas, á quitarles, aunque fuese á fuerza de armas, las plazas que se les habian cedido anteriormente, y á dar doce de ellas á la liga en las provincias de Picardia, Champaña, Borgoña, Bretaña, y en el territorio de Lorena, pagadas las guarniciones por el Rey. Las crueles agitaciones de espíritu que trastornaron todos los sentidos del Rey de Navarra cuando recibió la noticia de este tratado, le pusieron blanca en algunos momentos la mitad de la barba.

12. Recobrado de esta sorpresa, adquirió un nuevo grado de valor, y atendió lo mejor que pudo á su propia defensa, como á la conservacion del pueblo. El duque de Montmorenci, gobernador del Lenguadoc, muy buen católico y escelente ciudadano, estaba dudoso entre el partido de los religionarios y el de los comuneros, sin conocer todavía cuál era el

mas peligroso para el estado; pero habiéndole abierto los ojos Borbon, hizo con él una alianza ofensiva y defensiva. Sacó de Alemania muchos destacamentos, que al principio no eran muy considerables, bien que llegaron á ser formidables y numerosos, luego que el entusiasmo escitado por los ministros, inspiró á aquella nacion una actividad muy agena de su carácter. En fin, lejos de que desmayase el navarro, como se habia esperado, fue el primero que se presentó en campaña, arrastrando á manera de un torbellino cuanto encontraba por delante. En menos de dos meses sojuzgó la Guiena, el Delfinado, Santonge y Poitou. Por otra parte penetró Condé hasta Anjou, aunque con menor fortuna, por haber tenido menos prudencia. Enrique III, siempre pobre mientras que sus favoritos nadaban en la opulencia, logró por último equipar bien ó mal sus tropas; pero las puso bajo la direccion de aquellos mismos favoritos despreciables: y por medio de la indignacion general que escitó semejante delirio, consiguieron los comuneros que llegase al mas alto grado el ódio de los pueblos contra él. De este modo empezó la nona guerra, causada ú ocasionada por el calvinismo. La llamaron la guerra de los tres Enriques, á saber, Enrique III, con los realistas, Enrique de Guisa, mandando á los comuneros, y Enrique de Navarra, gefe de los calvinistas.

13. En este año de tumulto y confusion se celebró en Aix, capital de Provenza, un concilio (1) á

(1) *Conc. t. 15. p. 1110. et seq.*

al Rey de España á que declarase la guerra á la Reina Isabel, y para obligarle mas, dió el capelo á Guillermo Alano, protegido de aquel Príncipe (1). Este sábio humilde y piadoso no habia querido admitir la púrpura que le ofreció Gregorio XIII, pero Sisto le obligó á aceptarla, y le nombró legado apostólico en Inglaterra, como lo habia sido el cardenal Polo, no queriendo que se diferenciase en las dignidades dos sujetos tan semejantes en el mérito. A este cardenal Alano se le dió despues el nombre de cardenal de Inglaterra.

19. Poco antes habia escitado en sumo grado la Reina Isabel la indignacion del Papa, de todas las testas coronadas y de todos los corazones sensibles á las impresiones de la virtud y aun de la sola humanidad, sacrificando á la Reina María de Escocia á su ódio furioso contra la Religion católica, y quitándola la vida en un cadalso, violando todas las leyes, el derecho mas sagrado de las naciones, y el sello divino de la independencia, impreso en las sienas ceñidas con la diadema. Despues de diez y ocho años de una prision injuriosa, no se horrorizó Isabel de consumir en la desgraciada María el atentado que la parecia el medio mas á propósito para egecutar el gran designio que habia meditado de unir las tres coronas británicas en la cabeza de un Monarca protestante. Así, por mas agena que estuviese María de los delitos que se la imputaban, no podia menos de ser delincuente, puesto que era un crimen en ella el profesar

(1) *D' Attichy, Hist. Card. t. 3. p. 557.*

la Religion católica. Pero no siendo bien parecido condenarla por esta causa, se fundaron en otras acusaciones, aunque tan poco verosímiles, que no fueron capaces de engañar á nadie. Durante el largo cautiverio de la Reina de Escocia, se habian tramado muchas conspiraciones contra la de Inglaterra, á fin de colocar en su trono á la augusta cautiva, y de librar á sus vasallos católicos de la cruel opresion que padecian en su ausencia. Una nueva conjuracion tramada y descubierta despues de otras muchas, que tuvieron igual suerte, dió á entender que nunca acabaria de consolidarse la reforma en los dos reinos, si no se quitaba de en medio á la Reina que era toda la esperanza de la Religion católica.

Se la nombraron jueces, los cuales la notificaron su comision y la citaron para que compareciese (1). Respondió al principio que ella no estaba sujeta á la Reina de Inglaterra, que se hallaba condecorada con la dignidad real, y que á nadie, sino á Dios, debia dar cuenta de sus acciones. Sin embargo, consultando á su propia reputacion, compareció en efecto, pero protestando que no era su ánimo hacer ninguna cosa que perjudicase á la magestad real, á su propia dignidad, ni al Rey su hijo. Entonces ocupó un asiento elevado que se la habia puesto en consideracion á su gerarquía. No la disimularon los comisionados que el objeto de Isabel era asegurar, con la tranquilidad pública, el Evangelio puro, que no podia mirar con

(1) *Thou, l. 86.*

indiferencia sin faltar á su obligacion; y luego la suplicaron que respondiese á la acusacion formada contra ella, de haber maquinado la ruina de la religion protestante, con la del reino y la de la Reina de Inglaterra. Se levantó María, y puso á Dios por testigo de que jamás habia conspirado contra la vida de la Reina de Inglaterra; y que habiendo estado presa, no era responsable de las maquinaciones de los demás. Dijo que solo podia ser convencida por su propia firma y por la de sus secretarios, los cuales no dejarian de justificarla, si se hallasen presentes; que habia procurado interesar en su causa á los Príncipes extranjeros; que habia hecho muchas diligencias para evadirse de la prision, y sobre todo, para librar á los católicos de la opresion en que gemian; que todavía trataba de verificarlo, y que á este efecto derramaria gustosa toda su sangre.

Habiéndose juntado el parlamento á consecuencia de la relacion que hicieron los comisionados, los señores y los comunes que le componian en número de cuatrocientos, declararon á la Reina de Escocia rea de lesa magestad, pero sin decidir acerca del género de castigo que debia imponérsela, dejando este punto al arbitrio de la Reina de Inglaterra. La astuta Isabel se hizo mucho de rogar antes de permitir la publicacion de esta sentencia, y aparentó que no queria firmarla ni confirmarla, como que se proponia atribuirlo todo al parlamento, y persuadir al pueblo que habia padecido una especie de violencia. Luego que creyó haberlo conseguido, firmó por último la

sentencia de muerte; y la entregó al secretario de estado Davisson, con orden de tenerla reservada y de no comunicarla á nadie. Por mas acostumbrada que estuviese Isabel á la sangre católica que habia derramado con tanta profusion, parece que la costó algun sentimiento la de una testa coronada. Dicen que en la noche que se siguió á la firma del regicidio, estuvo atormentada con unos remordimientos tan crueles, que envió por la sentencia para revocarla: pero Davisson la habia comunicado ya á un individuo del consejo privado: éste á todos los demás, y habian resuelto unánimemente proceder á su egecucion sin decir palabra á la Reina, bien persuadidos de que no dejaria de perdonárseles semejante falta. No obstante, fue condenado despues el secretario á pagar una multa y estar preso, pero esto no fue mas que una mera ceremonia; y todos sus cómplices, los cuales habian delinquido mas que él, fueron perdonados sin ninguna dificultad. Como quiera que sea, luego que se vieron con la sentencia firmada por Isabel, se trasladaron á toda prisa á Fortheringay, última prision de María, acompañados de dos verdugos que manifestaban toda la iniquidad de su designio.

El dia siguiente al de su llegada significaron á María que se preparase á morir. Respondió sin asustarse, que no habia cesado de prepararse á este trance desde que estaba presa en Inglaterra, y mostró mucha alegría por verse en el momento en que iba á cambiar todos sus infortunios con una felicidad sin límites y sin vicisitudes. Solo pidió algun tiempo para

arreglar sus asuntos, porque esto dependia de sus jueces. En efecto, no estaba señalado el dia del suplicio en la sentencia entregada por Davisson. Sin embargo, el conde de Shrewsbury respondió con aspereza: „No señora: no espereis que se os conceda esa gracia: mañana habeis de morir: estad pronta entre siete y ocho de la mañana, en el supuesto de que vuestra muerte no se ha de diferir ni una hora.” Otro menos bárbaro procuró sugerirla algunos motivos de consuelo. Pero despreciando María todo lo que podia salir de aquellas bocas heréticas, le interrumpió diciéndole, que el mayor consuelo que podia darla era mandar que llamasen á su confesor: lo que se la negó, por mas instancias que hizo hasta el último aliento. Al contrario, dispusieron que pasase á verla el dean de Petersboroug, al cual no quiso dar oídos. Escribió á su confesor para pedirle el auxilio de sus oraciones, y todos los medios capaces de contribuir á su salvacion; y despues al Rey de Francia y á la Reina madre, al duque y á la duquesa de Guisa, para recomendarles su familia. Aseguraba á todos que moria contenta, despues de una série tan larga de tribulaciones, que por último la llevaban al puerto de salvacion.

Habiendo convocado inmediatamente á su familia, la distribuyó el poco dinero que la quedaba, repartió sus vestidos y alhajas entre sus doncellas, y dijo á todos que sentia mucho no poder darles mas, pero que estaba segura de que cumpliria por ella el Rey su hijo. Encargó á su mayordomo que volviese á

recomendarlos, y que llevase su bendicion á aquel Príncipe, á quien suplicaba que no vengase su muerte. Llorando todos ellos amargamente, los consolaba la Reina sin derramar una lágrima, y los exhortaba á que no se afligiesen al acercarse la felicidad inefable que iba á suceder á todas sus desgracias. Por fin, les mandó que saliesen de su cuarto, á escepcion de las doncellas que la asistian diariamente; y siendo ya de noche, se retiró á su oratorio, donde estuvo haciendo oracion de rodillas por espacio de mas de dos horas; despues de lo cual volvió adonde estaba su familia, tomó algun alimento, y se acostó, no tanto para dormir, como para continuar la oracion, que duró casi toda la noche. Se levantó dos horas antes de amanecer, se vistió magníficamente en un dia que miraba ella como el mas precioso de su vida, pues en él iba á ser sacrificada por la fe, volvió á entrar en su oratorio, y tomó una hostia consagrada, que segun dicen, la habia permitido el Papa conservar en su poder para la estremidad en que se hallaba.

A la hora señalada fueron los comisionados á sacarla de su cuarto para conducirla al lugar del suplicio, que era una sala espaciosa, en medio de la cual habian levantado un tablado de doce pies en cuadro, cubierto con un paño negro. Entró la Reina con un Crucifijo en las manos, y al acercarse al tablado llamó á su criado, y le dijo: „Ayúdame á subir, que esta será la última cosa en que me sirvas.” Llevaba una larga bata de terciopelo negro, adornada con alhamares y otras labores de oro, con muchas perlas y

que asistieron con el metropolitano los obispos de Apt, de Gap, de Riez, de Sisteron, y el vicario general de Frejus. En primer lugar se prescribió en él una fórmula de fe, y despues se dieron decretos muy útiles para la restauracion de la disciplina y de las buenas costumbres, teniendo siempre á la vista las reglas de Trento.

14. El concilio celebrado en el mismo año 1585 en el otro hemisferio, en Méjico, capital de Nueva-España, dió por el mismo estilo sus disposiciones para el gobierno uniforme de las muchas iglesias que empezaban á florecer en medio de aquellas regiones bárbaras (1). Además del arzobispo Pedro de Moya, concurrieron á él seis obispos muy versados en las ciencias eclesiásticas, y especialmente en el derecho canónico, como lo manifiestan sus decretos. Estos dos concilios, tan uniformes en la doctrina como diversos en el clima, fueron igualmente aprobados por el pastor encargado de confirmar la fe de sus hermanos.

15. Sisto V, cuyo singular talento alejaba de Italia los movimientos que agitaban al resto de Europa, se entregaba en este glorioso descanso á la pasion de los hombres dignos de la inmortalidad, erigiendo por todas partes unos monumentos que en efecto han eternizado su nombre (2). El soberbio obelisco, consagrado al sol por un Rey de Egipto, y transportado despues á Roma, donde le colocó Nerón como el

(1) *Ibid.* t. 15. p. 1164. et seq. (2) *Chac. vit. Sist. V. t. 4. p. 116. et seq.*

principal ornamento de su circo, estaba cubierto de tierra y escombros detrás de la sacristía de la iglesia de San Pedro. Julio II y Paulo III habian pensado en volver á levantarle; pero desmayaron al ver la dificultad de la empresa y los gastos que eran necesarios para realizarla. No se detuvo Sisto por estas consideraciones: y como los Príncipes de elevados pensamientos encuentran casi siempre artistas á propósito para la egecucion de sus designios, se presentó Domingo Fontana, célebre arquitecto, natural de Como, y propuso unos arbitrios cuya sencillez fue el principal objeto de la admiracion pública. Aquella mole enorme, de ciento siete pies de altura, pesaba novecientas cincuenta y seis mil, ciento cuarenta y ocho libras. Se emplearon ochocientos hombres y ciento cuarenta caballos para mover las máquinas destinadas á colocarla donde se habia pensado. Empezaron á trabajar en el dia último de Abril de 1586, y el 10 de Setiembre del mismo año estaba ya puesto el obelisco en su pedestal. El viernes siguiente le bendijo el Padre Santo con una solemnidad proporcionada á la magnitud de la empresa, y dedicó aquellos despojos del paganismo al que con su cruz echó por tierra su imperio. Despues de esta grande obra hizo Sisto que se desenterrasen otros tres obeliscos; y el primero, que habia servido de adorno al mausoleo de Augusto, fue erigido delante de la iglesia de Santa María la Mayor; el segundo en la plaza de San Juan de Letrán, y el último en la de Santa María del Pópulo.

16. Este Pontífice, naturalmente inclinado á la economía, pero mucho mas á la gloria y á la celebridad, hizo tambien en la iglesia de Santa María la Mayor una magnífica capilla en honor del pesebre del Verbo humanado, y despues estableció en ella un pavorde y capellanes titulares, con pingües rentas y muchos privilegios. Fundó un obispado, y edificó una iglesia magnífica en Loreto, cuya colegial fue erigida en catedral con la dignidad y rentas convenientes. En la aldea de Montalto, cuyo nombre habia tomado antes de ser Papa, hizo que se trabajase con tanto ardor en la construcción de una nueva ciudad, lo mas cerca que pudo ser de la humilde gruta en que habia nacido, en lo que ocupaba diariamente mas de quinientos hombres. Edificada la ciudad erigió en ella un obispado, y le dotó con los bienes de una abadia y con otras posesiones, tanto para el cabildo como para el obispo. Tambien erigió en obispados las ciudades de Tolentino y de San Severino, en la Marca de Ancona. Concluyó la nave de la basilica de San Pedro y la biblioteca del Vaticano: edificó en el mismo lugar aquel inmenso y soberbio palacio, donde pueden habitar todos los cardenales con el Pontífice: estableció en Roma un hospital para los mendigos, y una comunidad para viudas egemplares y para doncellas pobres; y estendiéndose su vigilancia y prevision á lo futuro, reservó en el castillo de Sant-Angelo, despues de tantos gastos, un millon de escudos de oro, á los que no se habia de tocar sino en ciertos casos extraordinarios, que especificó en una bula

espresa, firmada por treinta y cuatro cardenales, con juramento de observarla puntualmente.

17. Sin embargo, no estaba tan engolfado Sisto V en estas obras exteriores, que dejase de atender á las demás obligaciones esenciales de su alta dignidad, y de dedicarse especialmente á realzar en la Esposa de Jesucristo aquellas gracias interiores que son los mas agradables al Dios de los corazones. Se cuentan setenta y dos bulas, espedidas en menos de dos meses por este infatigable Pontífice, sostenidas en la egecucion con la mayor vigilancia y vigor, y dirigidas casi todas á borrar alguna mancha, ó á dar nuevo lustre á alguna belleza de la Iglesia. Inflamado de un celo ardiente por las buenas costumbres, y en especial por la pureza de los matrimonios cristianos, mandó que los adúlteros fuesen castigados con pena capital, y estendió despues esta ley á los incestuosos y á los corruptores de la juventud (1). Prescribió penas contra los abortos voluntarios, y condenó los matrimonios contraidos por los eunucos. Privó á los tribunales de la facultad de perdonar en ningun tiempo á los adúlteros, y mandó hacer las mas esquisitas diligencias para descubrirlos y castigarlos. Se persiguió á sus cómplices, aun en las clases y condiciones mas viles y abandonadas. Convencidas varias ramerías de tener un comercio criminal con personas casadas, fueron todas ellas azotadas cruelmente en un mismo dia: lo que inspiró tanto terror, que apenas volvió á oirse hablar de semejantes desórdenes. Bien hubiera

(1) *Leti, t. 1. l. 6.*

querido Sisto desterrar de Roma todas las mugeres públicas; pero habiéndole dado á entender el gobernador las malas resultas que podrian originarse de esta providencia, se contentó con arrojar á las mas escandalosas, creyendo que despues de disminuir su número, podria lograr la entera egecucion de su designio, el cual no perdió de vista jamás.

Tenian entonces mucho aplauso en Italia la astrologia judiciaria y todas las extravagancias impías que son consiguientes á ella. Prohibió el Papa leer y retener ningun libro que tratase de esto: lo egecutó de un modo tan absoluto, que algunas personas bastante decentes, y aun protegidas por cardenales, fueron irremisiblemente condenadas á galeras, por haber violado esta prohibicion (1). La bula *Detestabilis*, que proscribe la usura, es una de las mas memorables de este Pontífice, porque sirve todavía de regla á los canonistas en materia de contratos (2). Condena las condiciones ilícitas que se añaden á los contratos de compañía, y prescribe las reglas seguras para celebrarlos legítimamente. La bula en que determina el número y calidad de los cardenales, casi no se observa sino en cuanto á este número, que es el de los setenta jueces elegidos por Moisés para el gobierno de Israel (3). Debía dividirse este número en catorce diáconos, cincuenta presbíteros y seis obispos, y nadie podia ser nombrado sin haber cumplido veintidos años, á fin de que á lo menos pudiese recibir desde

(1) *Bullar. t. 2. Const. 17.* (2) *Ibid. Const. 45.* (3) *Ibid. Const. 50.*

luego el diaconado. Además de esto no se podia nombrar á ninguno que hubiese tenido alguna nota infame; á ninguno á quien se hubiesen negado las órdenes por cualquier impedimento que fuese, ó si habiendo recibido las primeras órdenes hubiese estado un año sin llevar hábitos clericales, ó en fin, si hubiese contra él alguna sospecha, por leve que fuese, de ser ilegítimo, aun cuando hubiese sido legitimado por el matrimonio subsiguiente de sus padres, ó por dispensa de la santa Sede: de modo que la delicadeza del pastor de Montalto llegó á un punto desconocido á la mayor parte de los Papas y de los Príncipes. También mandó que no se admitiese á un mismo tiempo en el sacro colegio á tío y sobrino, á dos hermanos ó á dos primos hermanos.

18. Atendiendo igualmente Sisto al honor del estado religioso, prohibió que recibiesen en ningun orden, cualquiera que éste fuese, á los bastardos, á las personas que tuviesen alguna nota infame, y á los que hubiesen dado escándalo con su mala vida. Estendió su solicitud y sus favores á las cofradías del rosario, establecidas en los conventos de Santo Domingo, y á las congregaciones que habian fundado los jesuitas para sus estudiantes. Espidió una bula con el objeto de escitar á los fieles á socorrer á los muchos católicos de Inglaterra que estaban estudiando en el colegio de Rems, y al mismo tiempo exhortaba al Emperador, á los Reyes y á todos los Príncipes cristianos á que protegiesen y defendiesen á los naturales de aquel país, que eran perseguidos por la fe. Instó eficazmente

pedras preciosas, y un tocado blanco, fino y trasparente. A los cuarenta y cuatro años de edad, consumidos la mitad de ellos en un abismo de infortunios, escitó una especie de veneracion religiosa la belleza sin igual de María Stuardo, animada con las impresiones del dolor y con los sentimientos del heroísmo. Luego que subió al tablado, se sentó en una silla que la estaba preparada, y despues la leyeron la sentencia, que fue leida con un silencio de horror, quedando estremecida toda la asamblea. Despreciando la Reina lo que pasaba en la tierra, y fija su alma enteramente en el cielo, volvió á protestar, sin dejar el Crucifijo de la mano, que no habia atentado contra la vida ni contra la corona de Isabel; pero que siendo su religion la causa de su muerte, la aceptaba como el mayor favor que podia hacerla el cielo. Pidió al Señor por la Iglesia católica, por el Rey Jacobo su hijo, por la misma Isabel y por su reino, y protestó que moria en la comunión de la Iglesia católica, apostólica romana.

Acabada su oracion, se arrodilló el verdugo delante de ella, y la suplicó que le perdonase. „Te perdono (le dijo) con la misma sinceridad con que pido al Señor que me perdone mis pecados; y del mismo modo perdono á todos los que han conspirado contra mi vida.” Se hincó de rodillas, rezó en alta voz el salmo que empieza por estas palabras: *En ti, Señor, he esperado, y repitió muchas veces: Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Levantándose despues, separó del cuello la ropa que podia incomodar

al verdugo, y en este estado abrazó á sus doncellas, que la habian ayudado á despojarse y estaban penetradas de dolor; las echó su bendicion, y luego las mandó que se retirasen en paz, que pidiesen á Dios por ella, y que publicasen en todas partes que moria en la antigua y verdadera Religion. Hecho esto, presentó el cuello, y mientras pronunciaba de nuevo las palabras *in manus tuas*, la cortó el verdugo la cabeza, á 18 de Febrero de 1587. Los hereges quemaron todo lo que se habia teñido ó salpicado con su sangre, temiendo que los católicos lo mirasen como reliquia.

Luego que se divulgó esta muerte, se horrorizó é indignó toda Europa, á escepcion de Inglaterra ó de su fanática capital, que la celebró con fuegos artificiales; pero Isabel los desaprobó públicamente, se vistió de luto, y manifestó mucha pesadumbre. Es cierto que hubo pocos que la creyesen, y es muy verosímil que no erraron los que fueron de parecer que habia tratado de engañar al público en el discurso de esta cruel tragedia. El Rey de Francia se mostró muy sentido, y mucho mas el de Escocia; pero Isabel se disculpó con uno y otro, atribuyéndolo todo á la precipitacion de su Secretario: lo que bastó para calmar el descontento de Enrique III, á quien no permitian otra cosa la indolencia de su genio y el desórden del reino. Jacobo, Rey de Escocia, se tranquilizó fácilmente, habiéndole asegurado Isabel que la suerte de la madre no perjudicaria en nada al derecho que tenia el hijo á la corona de Inglaterra.

y de la justicia, á la gloria que imaginan los talentos vulgares en sostener los errores que cometieron, y no se avergonzaron de volver atrás, antes bien pensaron seriamente en disipar la tempestad que habian aumentado. El arzobispo de Malinas y el de Cambray se pusieron de acuerdo para congregarse un concilio en los Países Bajos: único medio que les pareció eficaz para extinguir el fuego de la disputa y de la disension; y ya estaban para convocar á sus sufragáneos, cuando informado el Sumo Pontífice de las nuevas turbulencias de Flandes, les mandó decir, por medio de su nuncio Octavio Frangipani, residente en Colonia, que habia avocado este asunto á su tribunal, y que se reservaba su conocimiento. Al ver los jesuitas la primera sublevacion de Flandes contra ellos, tomaron el partido de apelar á la santa Sede, y su general habia remitido al Padre Santo la censura y la réplica de Lesio, con un escrito de Belarmino, teólogo profundo y muy instruido en los asuntos de Lovaina, donde habia sido catedrático. Pero el mismo Sisto V, en otro tiempo Montalto, general de los franciscanos, tan complicados en estos asuntos, y que habia movido á sus predecesores Pío V y Gregorio XIII á que decidiesen, tenia en esta materia todas las nociones que puede añadir la esperiencia á las de un excelente teólogo.

Sin embargo, convocó un numeroso consistorio, y sin manifestar sus ideas mandó que se leyesen en él las aserciones de Lesio y las censuras de las dos facultades flamencas. Quedó admirado el sacro colegio

al ver que se notaba de pelagianismo una doctrina en que se decia, que el libre albedrío puede, sin la gracia, hacer alguna obra, moral y naturalmente buena; que hay gracias suficientes á que puede resistir y resiste en efecto muchas veces la voluntad del hombre; que estos auxilios, suficientes para cumplir los preceptos y salvarse, se dan á todos los adultos; que hay medios de salvacion preparados aun para aquellos que mueren sin bautismo; que Jesucristo murió por la salvacion eterna de todos los hombres; que Dios quiere salvarlos; y que no les manda ninguna cosa imposible: porque á esto se reducian precisamente todas las proposiciones censuradas, relativas á los dogmas de la gracia. La quinta dice en términos espresos, que habiendo querido Dios dar á nuestro primer padre, despues del pecado original, y á toda su posteridad remedios contra el pecado y gracias para conseguir la vida eterna, les suministra auxilios suficientes para convertirse á él; á lo que añade el autor en la proposicion veintidos, que es un dogma insensato entre los hereges sostener que el hombre perdió por el pecado el libre albedrío para el bien. „Toda la sagrada Escritura (dice la proposicion sesta) está llena de exhortaciones y de preceptos dirigidos al pecador para que se convierta á su Dios; y no mandando Dios ninguna cosa imposible, se sigue que da al pecador un auxilio suficiente para convertirse. Mandándose á todos los hombres que reciban el bautismo (concluye la proposicion octava por el mismo estilo que la sesta), quiere Dios, en cuanto está de su parte,

conceder á todos los hombres la gracia de este sacramento." Se dice en la proposicion décima, que siendo Jesucristo el Salvador de todos los hombres, les ha preparado Dios los medios suficientes para la salvacion, en virtud de los méritos de Jesucristo; porque no seria verdaderamente el Salvador de todos, si no se les concediesen estas gracias suficientes.

La censura de los lovainistas, y en especial lo que resultaba de ella contra el dogma de la gracia suficiente, habia hecho ya una impresion muy fuerte en el ánimo del Papa. No obstante, á pesar de que era un teólogo insigne, y de que le parecia que las proposiciones censuradas contenian su misma creencia, preguntó á los cardenales cuál era su dictámen acerca de este punto (1). Respondieron todos unánimemente que las proposiciones contenian una doctrina sana. Entonces se declaró el Papa, y dijo en términos formales, que él pensaba del mismo modo: despues de lo cual envió al nuncio Frangipani un breve en que se repetia que las proposiciones contenian una doctrina sana, y encargó al nuncio que se trasladase á Lovaina para prohibir allí, pena de excomunion, que se condenasen ó se notasen con alguna censura (2). Esto era todo lo que pretendia la parte ofendida, pues habia declarado jurídicamente por el escrito de Belarmino, que no solicitaba que se decidiese cuál de las

(1) *Hist. Controv. de Auxil.* l. v. c. 15. p. 48.

(2) *Defens. Lessi, deposita in Colleg. Lov. Societ. J. excusa in Hist. Controv. de Auxil. Append. n. 4. p. 785.*

dos opiniones era la verdadera, porque esto ofreceria muchas dificultades y seria obra muy larga; sino cuál de las dos era la mas segura ó la mas comun en la Iglesia, ó por lo menos, si la doctrina censurada en Flandes no era errónea ni temeraria: lo que bastaba para borrar las notas infamatorias con que se habia tildado á esta doctrina por medio de una censura tan escandalosa para los ortodoxos, como satisfactoria para los novadores.

El sistema de los lovainistas, aun no bien desenredado todavía, no fue entonces condenado formalmente, supuesto que no se les prohibió continuar enseñándole; pero habiéndose declarado que la doctrina contraria era segura, y por consiguiente la mas conforme á la enseñanza comun de la Iglesia, resultaba de esto un descrédito de aquellas opiniones singulares, que con el velo de la disimulacion no dejaron de estenderse bastante, y merecieron por último los anatemas mas formales y denigrativos de la Iglesia. El nuncio de Colonia cumplió puntualmente las órdenes de Sisto V, marchó á toda prisa á Lovaina, y despues de algunas tentativas de la facultad para retardar la sentencia, decidió provisionalmente, segun el tenor de su comision, que las proposiciones censuradas, á las cuales califica de doctrina sana, podian enseñarse sin peligro, hasta que la santa Sede tuviese por conveniente dar una sentencia absoluta y definitiva. No hay duda en que Sisto V queria llegar á este punto, pues mandó que se llevasen desde Flandes á Roma todos los documentos necesarios para

juzar con toda seguridad: y si no lo hizo fue probablemente por los asuntos y cuidados de mayor consideracion que le causó en aquellas circunstancias la crisis fatal en que se hallaba el reino de Francia. Para restablecer la tranquilidad y la concordia en los Países-Bajos, prohibió el nuncio á las dos partes, pena de escomunion reservada al Sumo Pontifice, calificar sus opiniones reciprocas de heréticas ó de escandalosas, y criticarse mutuamente como tildados ó sospechosos de heregía.

24. Este decreto fue recibido con respeto y con una sumision sincera, no solo por los obispos, sino tambien por el mayor número de los doctores de Lovaina. Mas tiempo se necesitó para sujetar á los de Douai, pero su buena fe y su perseverancia fueron iguales á su primera resistencia. Inmediatamente despues de la publicacion de la sentencia del nuncio, cesaron en Lovaina todos los actos de hostilidad en los dos partidos, y por mucho tiempo pareció que la reconciliacion se iba consolidando de dia en dia. La muerte de Bayo que se verificó en el año siguiente, no dejó de contribuir mucho á la conservacion de la paz. El dia 16 de Setiembre de 1589, á los sesenta y siete años de edad, y cuarenta de carrera académica, fue á dar cuenta al Juez Supremo del largo tiempo que habia empleado en introducir novedades sospechosas en una de las escuelas cristianas mas puras y florecientes; de las notas de heregía y de las censuras mas injuriosas con que habia procurado tildar á los doctores y á las doctrinas mas conformes á la enseñanza

pública de la Iglesia; de las injurias vomitadas en sus pérfidas apologías contra un santo Papa que reprobaba su doctrina; de su obstinacion en fatigar á cuatro Papas con sus innovaciones terribles y con sus apologías injuriosas, y en fin, de siete ú ocho protestas, en que lo firmaba y juraba todo sin cumplir nada, y en que se confesaba eternamente subordinado á la bula de Pio V, al mismo tiempo que no cesó jamás de blasfemar de ella. La sinceridad de Bayo en sus últimos momentos, de la cual es Dios el único juez, queda para los hombres en la clase de problema. No obstante, debemos confesar que en medio de su excesivo orgullo tenia Bayo muchas virtudes humanas, á saber, la sobriedad, la castidad, bastante afabilidad en su trato, y mucha exactitud en cumplir con las obligaciones de su estado. Tampoco le faltaba talento é ingenio, bien que estas cualidades no eran tan sobresalientes como él se figuraba (1). Dicen que habia leído nueve veces todas las obras de San Agustin; pero hubiera merecido mayores elógios, si en vez de cargarse demasiado con este alimento fuerte, le hubiera digerido mejor.

25. Atendiendo Sisto V al mismo tiempo á todo lo que podia ceder en honor de su reinado y de su Pontificado, estableció varias congregaciones ó consejos de cardenales (2); á saber, para la egecucion é interpretacion de los decretos del concilio de Trento; para la egecucion de las prohibiciones de los malos

(1) *F. Swerts, in Ath. en Belg.* (2) *Magn. Bullar. t. 2. Const. 81. et seq. Sixt. V.*

20. No conformándose el magnánimo Sisto V con el modo de pensar de estos dos Príncipes, bien que se abstuvo de toda invectiva contra Isabel, y prohibió, pena de galeras, que se declamase en Roma contra ella, estableciendo por máxima, que, independientemente de la religion de Isabel, se debía respetar su dignidad y su mérito, se dirigió á Felipe II, Rey de España, persuadiéndole que, así por el título de Rey Católico, como por el afecto que debía conservar á la Inglaterra, donde habia reinado, estaba en la obligacion de vengar los ultrages que sufrían los ingleses católicos, y aun sus protectores coronados. Felipe se declaró contra Inglaterra desde el año siguiente, y aprestó la escuadra mas formidable que se habia visto hasta entonces en el océano, á la cual se dió prematuramente el nombre de invencible, pues tuvo la desgracia de dispersarse y destruirse en gran parte por el furor de las olas y de los vientos. Parece que no quiso aprobar el cielo la mezcla abusiva de las dos potestades que deben estar separadas. Sisto habia dado á Felipe el reino de Inglaterra como un feudo de la santa Sede, y publicado una bula de entredicho con todas las cláusulas odiosas que han producido unas agitaciones tan fuertes á los imperios.

21. En el año en que la Reina de Escocia fue arrastrada al cadalso por la implacable heregía, tuvo una muerte mas tranquila, pero no menos preciosa á los ojos del Señor, el lego capuchino Felix de Cantalicio. La lectura de la vida maravillosa de los

solitarios antiguos le habia inspirado el designio de retirarse como ellos á un desierto, donde, separado de los hombres, pudiese alimentarse con raices y con frutas silvestres, y ocuparse únicamente en la consideracion de las verdades eternas. No hallando guia ni modelo para este camino extraordinario, recurrió á los capuchinos, cuya vida regular y penitente correspondia, á lo menos en parte, á la idea que él se habia formado. Tomó el hábito en el convento de Cittá-ducale, en la provincia de Umbria, y fue admitido á la profesion. Adquirió la perfeccion de su estado en un egercicio que suele ser la perdicion de otros. Habiéndole dado la comunidad el empleo de limosnero, no solo manifestó grande humildad, paciencia, afabilidad y caridad con todo el mundo, sino tambien un desprendimiento y una dependencia absoluta, una regularidad perfecta, un recogimiento continuo, y un amor de Dios, cuyos santos ardores le inflamaban en tanto grado, que no le era posible disimularlos. Todas estas virtudes fueron siempre en aumento hasta el punto en que espiró, preconizado universalmente como Santo, y la Iglesia confirmó este testimonio, honrándole con culto público.

22. En este mismo año 1587 se alteró la paz restablecida poco antes en Lovaina, con motivo de unas aserciones diametralmente opuestas á la doctrina de los últimos novadores. Es verdad que se habian insertado en ellas algunas que no eran de fe. ¡Tan peligroso es mezclar los sistemas con el dogma, y empeñarse en fundar la doctrina de la Iglesia en las

opiniones de la escuela, por plausibles que sean! Pero no fue esto lo que indispuso á la facultad de teología de Lovaina, sino que como muchos individuos, á pesar de la sumision que habian prestado á las bulas de dos Papas, conservaban todavía alguna inclinacion á las opiniones condenadas de su canciller, el inflexible Bayo, volvió éste á exasperarse cuando vió que eran impugnados sus principios por la compañía de los jesuitas. Hasta entonces no habian tomado parte en este asunto aquellos religiosos, esto es, hasta que decidió la Iglesia, y viendo que la nueva secta hacia poco caso de la decision, se creyeron obligados á hacer todo lo posible para que este escándalo no perjudicase á sus discípulos. Desde entonces les juró Bayo un ódio que se comunicó á sus secuaces, juntamente con el desprecio de los decretos apostólicos.

Habiendo sostenido el sábio Lesio y su compañero Hamelio unas theses públicas contra los puntos de doctrina condenados por los Papas Pio V y Gregorio XIII, logró Bayo con sus instigaciones que la facultad de Lovaina censurase treinta y cuatro proposiciones sacadas de dichas theses sin la mayor escrupulosidad (1). Tenia aquella universidad un interés por lo menos tan poderoso como el de la doctrina contra los jesuitas, los cuales habian conseguido de la santa Sede el privilegio de conferir los grados á sus estudiantes, en caso de que ella no quisiese conferirlos gratuitamente: lo que la obligaba á renunciar

(1) *Fast. Acad. Lov. p. 372.*

este tráfico de doctrina, ó á ver que una gran parte de sus candidatos pasaba á estudiar con otros maestros mas desinteresados. La universidad de Douai, hija de la de Lovaina, hizo causa comun con su madre, y publicó una censura en términos mas áceros que la de los lovainistas. Se trató de mezclar tambien en esta disputa á la universidad de París, que estaba entonces en pleito con los jesuitas, porque pretendian éstos agregar á ella su colegio; pero posponiendo esta escuela respetable una rivalidad puramente literaria á los intereses de la sana doctrina, se negó generosamente á prestarse á una maniobra tan detestable. Las universidades de Tréveris, Maguncia é Ingolstad se declararon á favor de la doctrina de los jesuitas.

Entretanto Bayo y su partido maquinaban por todas partes contra Lesio y su compañía, sabiendo muy bien que no es indiferente escitar desde luego la preocupacion, la cual viene á ser muy en breve el juicio invariable del vulgo, sin que basten despues las mejores apologías para hacerle confesar su imprudencia. Pasaron á la boca injuriosa de los partidarios de Bayo las imputaciones familiares á Wiclef, á Juan Hus, á Lutero, á Calvino y á todos los enemigos del libre albedrío. Acusaron á los jesuitas de que resucitaban el messalianismo, el semipelagianismo, el pelagianismo y todos los mónstruos, cuyos nombres odiosos no permitian atender á la falsedad de la imputacion. Con la misma exactitud y buena intencion se hacia uso de los grandes nombres de San Agustin, de San

Próspero y de San Fulgencio. Los censores culpaban á sus antagonistas, en un prólogo muy estudiado, de que aspiraban á desacreditar al doctor de la gracia; de que le movian una guerra espantosa, no menos que á la Iglesia universal, suponiendo que su doctrina era contraria á la de la iglesia de oriente, y que no solo le atribuían una ignorancia y estupidez que no le habia dejado ver que destruía el libre albedrío, sino que le hacian tambien sospechoso de haber incurrido en una impiedad tan meditada como la de Lutero y Calvino.

No podian sostenerse mucho tiempo unos cargos tan groseros. Pero fue terrible su primer efecto, pues sorprendieron, además del pueblo que siempre es precipitado, á la mayor parte de los obispos del país, y especialmente á los dos metropolitanos de Malinas y Cambray, los cuales firmaron la censura, é hicieron que la firmasen muchos eclesiásticos deseosos de agradecerles. Los obispos de Midelburgo, Amberes y Tournai no fueron del número de los aduladores, antes bien el primero desengañó muy en breve al obispo de Ruremunda, y habiendo llegado á manos del arzobispo de Malinas el escrito de que se habia valido para ello, abrió tambien los ojos á este prelado (1). Igualmente quedó tan desengañado el obispo de Iprés, que de aprobador de la censura pasó á ser apologista de la doctrina censurada (2). En fin, se rasgó por todas partes el velo de la preocupacion, ya con la

(1) *Episc. 3. Joan. Stiryen ad Lindan.* (2) *Episc. J. Tzani. ad Episc. Mid. 28. Apr. 1538.*

apología que publicó el doctor Jacobo Tzantel, el cual, no menos estimado por su probidad que por su instruccion, hizo ver que el objeto de la censura era acreditar las novedades cuyo origen habia visto él en Lovaina, y ya con la de Tomás Stapleton, tan célebre por sus controversias contra los protestantes, que le llamaban la pluma y el oráculo de los católicos (1).

Sin embargo de esto no se avergonzó la faccion de Bayo de publicar que habia sido uno de los principales aprobantes de la censura. Por último, acabó de disiparse la preocupacion con la apologia que escribió el mismo Lesio: obra clásica en este género, llena de fuerza, de dignidad y exactitud, sin invectivas, sin recriminaciones y sin una gota de la hiel que abundaba en la censura; en una palabra, escrito digno de la alta reputacion de capacidad en que era tenido el autor, y de la santidad con que vivia. Por medio de la esposicion clara y sencilla de su doctrina, la cual reducía á cuatro puntos, conocieron con evidencia todas las personas imparciales y medianamente instruidas, que era conforme á los principios constantes de las escuelas católicas, y aun á las máximas admitidas en la escuela de Lovaina, antes que hubiesen introducido en ella sus novedades Hessels y Bayo.

23. Por mas sensibles que sean las retractaciones para los hombres constituidos en dignidad, prefirieron los prelados de la Bélgica el amor de la verdad.

(1) *T. Stapl. ad Episc. Mid. 11. Maii 1538.*

libros; para la impresion correcta de la Biblia, de los concilios, de los santos doctores y de las bulas pontificias; para el orden de las ceremonias en los divinos oficios y en la administracion de los sacramentos. Otras tenian por objeto la abundancia de viveres, el cuidado de los caminos, de los puentes y de las aguas en el estado eclesiástico. Para que estuviere abundante el trigo, con especialidad en Roma, estableció un fondo permanente de cien mil escudos. Poco despues edificó la famosa biblioteca del Vaticano. Para imponer silencio á los que declamaban contra los abusos de la curia pontificia, declaró vacantes los beneficios de los que fuesen promovidos al cardenalato, y obligó á residir en ellos á los que los obtuviesen de la santa Sede por dispensa.

26. A egemplo de Pio V que habia colocado en el número de los doctores de la Iglesia á Santo Tomás de Aquino, del orden de Santo Domingo, dió Sisto el mismo título á San Buenaventura, religioso de San Francisco. Aunque estos dos Santos no habian tenido hasta entonces mas que la simple denominacion de doctores de la escuela, eran mirados con una veneracion particular.

27. En el mismo año aprobó una nueva congregacion instituida por Juan Agustin Adorno y Francisco Agustin Caracciolo, de las ilustres familias conocidas con estos apellidos en Génova y Nápoles. Era la séptima congregacion de clérigos regulares que se establecia en aquel siglo, y como Sisto V habia sido franciscano, la llamó congregacion de clérigos

reglares menores. La reforma de los ermitaños de San Agustin fue establecida el año siguiente en el capítulo general celebrado en Madrid.

28. Mientras contribuía este Papa á la felicidad, ó á lo ménos á la quietud y á la gloria de Italia, habian llegado en Francia al mas alto grado los furores de la liga. Era Paris un centro fijo de enorme faccion, la cual tenia allí su consejo, formado de gentes de todas clases, abogados y procuradores, alguaciles y magistrados, algunos clérigos sediciosos, y entre ellos un desertor del calvinismo, mercaderes y gente fallida, un maestro de esgrima y otros aventureros, distinguidos únicamente por su audacia, idiotas y destituidos de las primeras nociones de política y gobierno, pero resueltos á egecutar cualquiera empresa, y esclavos de una muger furiosa que les inspiraba su venganza y su ódio rencoroso. No sabemos puntualmente por qué razon habia desagradado Enrique III á la duquesa de Montpensier, hermana del duque de Guisa; pero si atendemos á su resentimiento, parece que no pudo haber otro motivo que una declaracion de amor anticipada, y mirada con desprecio, ó favores pagados con indiscrecion y mofa, cosas que jamás perdona una muger. Además del consejo general de la liga, y de las juntas clandestinas en que se trataba de criticar y reformar el gobierno, habia en los diez y seis cuarteles de Paris otros tantos consejos subalternos, que al principio deliberaban á parte, despues se concertaban entre sí, y luego se entendian con el consejo general.

una gran cruz de carton pintado, la que llevaba aparentando que le costaba mucho trabajo, y una corona de espinas en la cabeza, de la que parecia le caían en la cara algunas gotas de sangre, que se le habian pintado igualmente. A los lados iban dos capuchinos mozos, revestidos de albas, y representando el uno á la Virgen y el otro á la Magdalena. Seguíase á esto un gran número de penitentes, y los mas devotos representaban á los varios personajes de la pasion. Se dispuso la procesion de modo que llegase á la catedral mientras estuviese el Rey en las visperas. Al entrar entonaron el *Miserere* con un tono muy lúgubre, y dos capuchinos azotaban cruelmente á fray Ángel, el cual fue á echarse á los pies del Rey, con los demás penitentes, pidiendo todos misericordia. Omitimos las particularidades indecentes de esta ceremonia ridicula, y nos contentamos con remitir á los curiosos al historiador Augusto de Thou, testigo ocular. El mariscal de Birón aconsejó al Monarca que mandase prender á todos aquellos penitentes sediciosos, muchos de los cuales iban en efecto á derramar en Chartres las semillas de la rebellion, que muy en breve obligaron á Enrique á retirarse á Roan. Pero este Príncipe incomprendible los recibió con agrado, y dió palabra de perdonar á los parisienses, con tal que volviesen á cumplir puntualmente sus obligaciones.

32. Después de la diputacion procesional, se presentó otra del parlamento, y en seguida otra de los oficiales municipales, siendo recibidas todas ellas con

la serenidad asombrosa de Enrique III, y dando motivo á que se tratase de composicion. La Reina madre que se habia quedado en Paris para influir en los negocios públicos, se aprovechó de esta ocasion tan conforme á su sistema favorito. Cerca de un mes estuvieron los caminos llenos de correos y ministros, que iban continuamente desde Roan á Paris, y desde Paris á Roan. Por último, se publicó el famoso edicto de union, cuyos artículos habian sido decretados el dia 11 de Julio de 1588 entre la Reina, el cardenal de Borbon y el duque de Guisa. En él accedia el Rey á las pretensiones de los comuneros con una facilidad que hubiera bastado por sí sola para hacerles sospechoso este convenio, si las cosas que lisongean á la ambicion fuesen capaces de inspirarla desconfianza. La santa liga ó union quedaba erigida en ley capital del estado, á la cual no se podia desobedecer, ni aun ser indiferente con respecto á ella, sin incurrir en el delito de sacrilegio y de felonía. Se declaraba á los hereges una guerra cruel, y se prometia no interrumpirla hasta esterminarlos todos. Se excluía al Rey de Navarra del trono de Francia, por la promesa que hacia el Monarca francés de no reconocer jamás por sucesor suyo á un Príncipe que no profesase la Religion católica, apostólica romana. Se nombraba generalísimo al duque de Guisa, con una autoridad ilimitada sobre los egércitos. Se entregaban á los comuneros varias plazas de seguridad, donde pudiesen poner guarniciones á su arbitrio, se quitaban los empleos á los gobernadores de otras muchas ciudades y

aun de provincias, para substituir en su lugar los que nombrase la santa union, se mandaba que saliesen de la corte los favoritos y los ministros; y así para confirmar estas disposiciones, como para aliviar á los pueblos y reformar enteramente el gobierno, se señalaba una junta general de todos los órdenes del reino en la ciudad de Blois, la cual habia de celebrarse en los primeros dias de Octubre.

33. Allí era donde debia manifestarse el orgullo en el mas alto grado de elevacion, pero para dar un ejemplo mas terrible cayendo desde un puesto mas encumbrado. Habiendo llegado el duque de Guisa á aquel término fatal, donde ya no habia medio entre reinar ó morir, no omitió diligencia alguna para dar la ley á su Soberano. Para esto se trataba únicamente, á lo menos segun el estilo ordinario, de tener el mayor número de votos, haciendo que se compusiese la junta de diputados que estuviesen á sus órdenes: lo que no le fue difícil, mediante la autoridad que ejercia, con especialidad en las provincias inmediatas á la capital, y el predominio general que tenia sobre los tres órdenes del estado. ¿Pero qué no puede contra un vasallo el Soberano que sabe serlo un momento? El duque de Guisa se precipitó, y aceleró su ruina con su orgullo y con algunas amenazas indiscretas, á lo que no contribuyó poco su hermana la duquesa de Montpensier, con el delirio de su furor, pues llevaba consigo unas tijeras de oro, las que enseñaba de cuando en cuando, jactándose de que las tenia siempre á la mano para hacer al Rey el cerquillo.

Esta audacia estremada y la paciencia inesplicable del Rey infundian grandes recelos á muchos amigos del duque, los cuales le suplicaron que no abusase de la fortuna, ni redujese al Monarca á un extremo de desesperacion; pero jamás pudieron persuadirle que fuese capaz Valois de tomar una resolucion vigorosa. Un dia le pusieron debajo de la servilleta un papel anónimo, en que se le participaba el desigmo que habia formado el Rey de mandar que le asesinasen. Le leyó con serenidad, escribió á continuacion de él estas palabras: *Se guardará muy bien de eso, y le tiró debajo de la mesa.*

34. Pero al acceso de la afeminacion y flojedad habia sucedido por último en Enrique el extremo contrario. El dia 3 de Diciembre, estando el duque en la junta, le avisaron de que tenia el Rey que comunicar con él un asunto reservadamente. Salió de la sala, entró en la antecámara del Rey, y mientras estaba ocupado en abrir la mampára, le aseguró la espada un asesino para que no pudiese hacer uso de ella, y al mismo tiempo le clavó un puñal en el pecho. Acudieron otros ocho que le cosieron á puñaladas; dió el duque un gran suspiro, y logró desprenderse de sus manos, pero fue á caer al otro extremo del cuarto donde espiró diciendo: „Dios mio, tened misericordia de mí.” Su hermano, el cardenal de Guisa, quedó preso en el mismo instante, y le asesinaron al otro dia. Así murió á los cuarenta y dos años de edad el duque de Guisa, por sobrenombre el acuchillado; y para pintarle exactamente, basta decir que escedió

á su padre en cualidades brillantes, buenas y malas. Habria sido el hombre mayor, no solo de su siglo, sino de casi todos los siglos y naciones, si se hubiese contenido en la clase que le habia colocado la Providencia, y del mismo modo habria sido el mayor Rey, si ésta le hubiese colocado en el trono, adonde por su desgracia intentó subir. Luego que espiró el duque, fue Valois á buscar á su madre, y la dijo en tono triunfante: „Señora, se acabó el Rey de París, y ya reino yo en toda Francia.” Postrada Catalina con la fuerza de la enfermedad, que por último la quitó la vida, respondió desmayadamente: „Quiera Dios, hijo mio, que por el contrario no sea esta muerte la causa de tu ruina, porque no basta cortar, sino que es necesario saber coser y haber tomado la medida.” Al cabo de quince dias murió la Reina, sin que se pensase en su muerte, despues de haber sido el móvil de todo en los reinados deplorables de sus tres hijos, cuyas revoluciones son mas á propósito para dar idea de su carácter, que cuantas pinturas pudiéramos hacer de ella.

35. Enrique que acababa de dar un golpe tan atrevido y verdaderamente decisivo, si hubiera sabido aprovecharse de él, no fue Rey mas que un solo momento, porque cansado con este esfuerzo, volvió á abandonarse inmediatamente á su inaccion habitual. Todos estaban perplejos y consternados en París. Se habia visto que el Rey mandaba y procedia como Soberano, y se creía que habia vuelto á adquirir el vigor y los nobles sentimientos de sus primeros años.

Si se hubiese mostrado desde luego en aquella capital, acompañado de algunas tropas que hubieran sostenido á los vasallos fieles que conservaba en la magistratura y en la clase media del pueblo, habria obligado á las cabezas de la rebelion á salir de la ciudad, y al ciego populacho á sujetarse á su autoridad; pero se contentó con enviar un negociador, é infiriendo de aquí que se les temia, dejaron ellos de temer. En pocos momentos se convirtió el exceso del terror en un furor tan desenfrenado, que tiene pocos egemplares en la historia. El grande Harlai y los mas dignos magistrados fueron conducidos á la Bastilla. Despues de haberse retirado de la Sorbona los doctores mas respetables, decidió esta universidad, que los franceses estaban absueltos del juramento de fidelidad que habian prestado al Rey, y debian tomar las armas contra él en defensa de la Religion católica. Los clérigos y frailes encendieron el fuego de la rebelion desde los púlpitos y confesonarios, vomitaron por todo el reino torrentes de imprecaciones contra su Soberano, y no le daban otro nombre que el de Enrique de Valois. Se derribaron sus armas y estatuas, y hollando indignamente sus retratos, se hacian votos sacrilegos porque se pudiese tratar del mismo modo á su persona. Por último, el duque de Mayenna fue nombrado lugarteniente general del reino, con el mismo poder y facultades que si no hubiese Rey.

36. Habiendo cundido la desercion por las provincias, de suerte que apenas habia ninguna plaza que no estuviese en poder de los comuneros ó de los

29. Cuando se vieron en estado de dar el último golpe, el duque de Guisa, que mandaba un ejército en la frontera de Alemania, fue á Nanci á aconsejarse con los Príncipes de su casa, y con los demás principales personages de la liga (1). Se resolvió que se pidiese al Rey una declaracion y una adhesion mas auténtica por su parte á favor de la santa union; la publicacion del concilio de Trento; el establecimiento de la inquisicion, el retiro de los cortesanos y de las personas constituidas en dignidad que se le nombrasen como sospechosas de heregía; la guerra contra los hereges, pero una guerra tan terrible que solo se diese cuartel á los que abjurasen y consagrasen perpétuamente sus bienes y su vida á la defensa de la santa union; y en fin, plazas de seguridad con tropas mantenidas por el estado, así en las fronteras como en lo interior del reino. Era esto poco menos que pedir á Enrique que descendiese del trono, y con todo eso estuvo perplejo el débil Monarca entre la concesion y la repulsa; de modo que si los fogosos comuneros de París no hubiesen conspirado entonces para acabar con su guardia y apoderarse de su persona, es muy probable que se habrian concedido la mayor parte de los artículos de Nanci. Pero habiéndose descubierta la conjuracion, y viéndose en el mayor conflicto los diez y seis, que estaban encargados de llevarla á efecto, enviaron al duque de Guisa cartas y mas cartas, diputados y mas diputados, para manifestarle que estaban resueltos á abandonarlo todo.

(1) *Mem. de la Liga, t. 2. p. 295. y sig.*

si no iba al momento á socorrerlos. No interesando menos al Rey en tenerle distante, como á un gefe cuya presencia infundiria nuevo aliento á la faccion, le dió orden para que no fuese á París.

Llegó el duque, no obstante esta prohibicion, acompañado de solas siete personas entre amos y criados (1); pero aun no habia llegado al centro de la ciudad, cuando tenia ya al rededor de sí mas de treinta mil. Lleno el pueblo de gozo, no cesaba de gritar: *viva Guisa*, con una satisfaccion y júbilo que jamás habia manifestado á su Soberano. Unos le llenaban de bendiciones, y le dieron mil veces el nombre de libertador de los franceses; otros se arrodillaban y le besaban el vestido; otros tocaban á él los rosarios, y los que no podian llegar á sus pies, le alargaban las manos en ademan de suplicarle, como á una divinidad. Las señoras echaban flores y yerbas desde las ventanas, redoblando las aclamaciones. El duque, lleno de grandeza y de afabilidad, caminaba á paso lento, con el sombrero en la mano, correspondiendo á todos con cuanto agrado le era posible. En medio de este triunfo como inesperado, y por lo mismo mas lisongero, fue á parar al palacio de Soissons, cerca de San Eustaquio, donde habitaba la Reina, la cual no pudo disimular el sobresalto que la causó su presencia, y con todo eso se ofreció á llevarle al cuarto del Rey.

Se pusieron inmediatamente en camino, la Reina en su silla de manos, y el duque á pie, hablándola

(1) *Mem. de Aubigné, t. 3. l. 1. Diario de Loisel.*

con una serenidad, que no se alteró al encontrarse con los guardias, á los cuales manifestó el mismo agrado que al pueblo. Sin embargo, en aquel momento se deliberaba acerca de su vida ó de su muerte en el palacio en que ponía los pies; pero no habia llegado aun la hora en que el genio de los Valois debia acabar con el de los Guisas. Despues de algunas reconvenciones de poca importancia por parte del Monarca, y de algunas justificaciones frívolas por parte del vasallo, se separaron con una indiferencia que admiró á todos, porque el uno perdía la ocasion decisiva de restablecer su autoridad, y el otro salía del peor paso que podía haber dado la intrepidez del orgullo. Ambos á dos hicieron sus reflexiones, y trataron de reparar su flaqueza ó su imprudencia.

30. Convocó el Rey á los nobles, hizo que tomasen las armas los mejores ciudadanos, enemigos de las turbulencias, porque éstas no podían menos de serles perjudiciales, y trajo de Laguy cuatro mil suizos que estaban allí acuartelados, y se apostaron en varios parages de la ciudad. Recelosos los parisienses de la suerte del duque, tomaron al momento las armas, estendieron las cadenas, formaron empalizadas con tablas, vigas, toneles llenos de tierra y estiércol, cofres, armarios y demás muebles que tenían en casa. Desempedrarón las calles, y pusieron en los balcones las piedras que habían arrancado. Tocaron á rebato, prolongaron las empalizadas, acometieron á las tropas del indeciso Monarca, el cual las había prohibido toda violencia, se hallaron cortadas en

menos de cuatro horas todas las comunicaciones de aquella gran ciudad, y los rebeldes establecieron insolentemente su última empalizada á cincuenta pasos del Louvre.

Cogidas, por decirlo así, en diferentes redes las tropas del Rey, sin poder reunirse, ni ir atrás ni adelante, se arrimaban á las paredes para libertarse de las pedradas y fusilazos que llovían desde los tejados y balcones. Enseñaban los rosarios, y gritaban con todas sus fuerzas diciendo, que eran buenos católicos. Sin embargo, hubo como unos sesenta entre muertos y heridos, antes que el duque de Guisa se manifestase jefe de la empresa, porque había estado oculto, esperando el éxito, para proceder con arreglo á lo que resultase. Entonces se presentó triunfante, y como señor absoluto, en medio de aquel espantoso tumulto. No tenía mas que una caña en la mano, y suspendiéndose de repente todo el furor quedaron al momento despejadas las calles por donde había de pasar. Felicitó al pueblo por haber asegurado su libertad y su vida; trató con una noble familiaridad á aquellos vencedores oscuros; los elogió porque habían despreciado los peligros y la muerte por la defensa de la religion; se acercó á las tropas del Rey; las habló con cariño; hizo que rindiesen las armas, y abriesen el camino del Louvre; dió al conde de San Pol el encargo de acompañarlas hasta que estuviesen fuera de peligro; se establecieron despues guardias arregladas para la noche, y queriendo el corregidor dar el santo en nombre del Rey, como

tenia de costumbre, no quiso recibirle el pueblo, y se le pidió al duque. En este extraño trastorno de toda autoridad legítima, no dejó la Reina madre de valerse de los medios que la eran familiares, esto es, de las conferencias y negociaciones, sin querer hacerse cargo de que semejante lucha entre el Príncipe y el vasallo no podía acabarse sino con la ruina absoluta de uno ó de otro; pero parece que el Rey llegó á conocerlo por último, porque estando aun la Reina entretenida en sus conferencias, se escapó por una puerta escusada del Louvre, atravesó el jardín de las Tullerías, y fue á parar al monasterio que habia mandado construir, estramuros de París, para el nuevo instituto de los fuldenses. Allí tomó un caballo, y huyó á rienda suelta, acompañado cuando mas de treinta personas, pues el resto de la corte seguia á lo lejos con el mayor desorden. Algunos cuerpos de guardia que se le habian adelantado, dispararon contra él, y á falta de armas le llenó de injurias el populacho. Le alcanzaron sus tropas en el camino de Chartres, adonde llegaron todos juntos el dia siguiente.

Ya que Guisa no pudo asegurar al Rey, conservó su conquista, esto es, la capital; y fue á buscar al primer presidente Aquiles de Harlai, á fin de tomar las providencias correspondientes para poder subsistir en ella; pero la única respuesta que le dió éste, fue la siguiente: „cuando está violada la magestad del Príncipe, nada puede el magistrado.” Halló grandes menos generosos, y nadie le opuso resistencia

alguna aun en el orden militar. Le entregaron la Bastilla, Vincennes, el Temple y los dos edificios llamados *Chatelets*; y en todas partes puso por gobernadores á sus hechuras. A Bussi-le Clerc, maestro de esgrima, se le dió el gobierno de la Bastilla. Luego que faltó de París el Rey, quedó tan sosegado como si no hubiese habido ninguna conmocion.

31. Calmados los parisienses, pensaron en llamar al Rey, y fueron á comunicar su designio á fray Angel de Joyeuse, el cual le aprobó, y se ofreció á ir delante de ellos. Era fray Ángel el conde de Bouchage, que consternado con la muerte temprana de su muger, acaecida en el año anterior, habia tomado de repente la resolucion de abrazar el instituto de los capuchinos, al mismo tiempo que su hermano el duque de Joyeuse se hallaba en aquel grado de favor, en que se atrevió á solicitar, y tuvo la desgracia de conseguir, el mando de un ejército brillante que se enviaba contra el Rey de Navarra: presuncion que espizó en los campos de Coutras, donde no encontrando ya ninguna resistencia que oponer á los golpes de un héroe, supo á lo menos esponerse á sí mismo, y murió en el teatro del honor con otro hermano suyo.

No pudo discurrirse cosa mas á propósito para mover la piedad singular de Enrique III, que presentar á fray Ángel, bajo la figura del Salvador en la accion de subir al calvario (1).

(1) Cayet. Aubigny. — Thou, l. 90. al fin.

calvinistas, y hallándose el Rey muy próximo á verse cercado por los comuneros en la ciudad de Tours, tomó el partido, sin embargo de haber estado siempre muy adicto á la fe romana, de ir á ponerse en manos del Rey de Navarra, que habia quedado por único jefe de los calvinistas, despues de la muerte del Príncipe de Condé, acaecida en el año anterior. Sin duda era éste el camino seguro para reparar sus desgracias, si hubiera bastado el valor contra el fanatismo. Luego que marcharon los dos Reyes bajo unas mismas banderas, la victoria, invariablemente contraria á los calvinistas mientras habian convertido sus armas contra la pátria, fue inseparable de las mismas armas, cuando se emplearon en la conservacion del estado. Despues de tantos triunfos conseguidos por los dos Reyes, cuantos fueron los obstáculos que se opusieron á su marcha desde Tours hasta París, se presentaron delante de esta capital con un egército brillante de cuarenta mil hombres. La ciudad, con un número de tropas infinitamente desproporcionadas á su vasto recinto, mal disciplinadas, alistadas confusamente, y sin saber apenas manejar las armas, no podia dejar de caer en manos de tantos batallones aguerridos, como no fuese por un milagro ó por una maldad.

37. Entre el gran número de entusiastas seculares y regulares que habitaban en París, habia un dominico de veintidos años, hombre tétrico y adusto, no menos audáz que reservado, de costumbres corrompidas, y muy amante de la estimacion y familiaridad de los grandes. Llegaron á noticia de la furia de la

liga, esto es, de la desenfrenada Montpensier, algunas palabras misteriosas de este hombre temible. Le llamó á su casa, habló con él muchas veces á solas, y dicen que esta muger, poco escrupulosa en todas materias, no se avergonzó de concederle el precio infame que exigió por el parricidio á aquel vil libertino. Con estos horribles auspicios salió de París, llevando consigo algunas cartas que sacaron por sorpresa á varios ciudadanos conocidos por su fidelidad, é hizo que le presentasen al Rey, con pretesto de que tenia que comunicar reservadamente con su Magestad asuntos de la mayor importancia. Le salió el Rey al encuentro, tomó las cartas, y en el momento en que estaba engolfado en su lectura, sacó de la manga aquel perverso un puñal envenenado, y se le clavó en el vientre. En el mismo instante fue despedazado el asesino, por efecto de un celo imprudente, que solo sirvió para asegurar la impunidad de sus cómplices. El Rey murió al otro dia, que fue el 2 de Agosto de 1589, á los treinta y ocho años de edad, y quince de reinado.

38. Luego que se declaró que la herida era mortal, se confesó el Rey, pidió la absolucion de las censuras pronunciadas contra él, con motivo de la muerte violenta del cardenal de Guisa, y despues recibió la comunion con unas disposiciones que edificaron á todos los concurrentes. Dijo que habia aprendido de Jesucristo á perdonar, que perdonaba con sinceridad á todos los autores de su muerte, y que lo único que sentia al morir era dejar espuestos

á tantas calamidades á los franceses, á quienes había amado siempre con paternal cariño. En el instante declaró, que sólo el Rey de Navarra tenía derecho al trono, y que no debía servir de obstáculo la diferencia de religion, porque una alma tan recta y tan franca no podía menos de volver á entrar tarde ó temprano en el gremio de la Iglesia. Dicho esto, pidió que se acercase á él; le abrazó tiernamente, y teniéndole entre sus brazos, le dijo, clavando los ojos en el cielo y con un tono como inspirado: „Tened por cierto, mi querido cuñado, que si no os hacéis católico no sereis Rey de Francia.” Al ver este tierno espectáculo no hubo quien pudiese contener las lágrimas, y solo se pensó en las amables cualidades del último Valois, buen amigo, excelente amo, adorado de cuantos le trataban, benéfico con todos, magnífico en sus liberalidades; en una palabra, dotado de todas las prendas que hacen amables á las personas particulares, pero que estando solas ó acompañadas de la inacción y frivolidad, hacen siempre despreciables á los Soberanos. Fue un Príncipe verdaderamente digno de compasión, pues se halló en las circunstancias mas lastimosas. Los defensores de su autoridad, á lo menos en los últimos reveses que padeció, fueron los enemigos de su religion; y los defensores de su religion fueron los enemigos de su autoridad y de su persona. Los hugonotes le habían hecho la guerra, como á enemigo de su secta; y los hugonotes le asesinaron á causa de su union con el gefe de los hugonotes.

Inmediatamente despues de la muerte de Enrique III, tomó el Rey de Navarra, á los treinta y seis años de edad, el título de Rey de Francia, y se llamó Enrique IV. Pero la corte y el ejército católico mostraron mucha incertidumbre acerca del partido que tomarian con respecto á él. Se reconocia su derecho incontestable á la corona, y todas sus grandes cualidades, tan á propósito para reparar las desgracias del reino; pero era calvinista, y los antiguos franceses, aun en la profesion licenciada de las armas, tenían un amor á su religion que apenas es creíble en nuestros dias. Movidó el valeroso Givri de su genio inclinado al heroísmo, fue á jurarle desde luego una fidelidad inviolable, diciéndole: „sois el Rey de los valientes: solo sereis abandonado de los cobardes.” Los soldados, incapaces de ningun miramiento aun en presencia del Monarca, se calaban insolentemente los sombreros, ó tirándolos al suelo con despecho y dándose las manos unos á otros, decian: „antes morir que tener por Rey á un hugonote.” Los grandes, con mas circunspeccion y con un triste silencio, daban mucho mas que temer. Se resolvió, sin embargo, que se reconoceria á Enrique de Borbon por Rey de Francia, siempre que prometiese renunciar la heregia, y volver á entrar en el gremio de la Iglesia, segun las intenciones del difunto Rey, el cual antes de espirar le había declarado sucesor suyo, añadiendo, que no podía asegurar la corona sino haciéndose católico.

Con un fondo de religion, de que dió varias veces

Enrique IV pruebas visibles, á pesar del desarreglo de sus costumbres, y siendo incapáz por su solo carácter de burlarse de las cosas santas, no estaba demasiado adicto al calvinismo, pues en muy poco tiempo le habia abandonado por temor, débil resorte para el alma de un héroe, y habia vuelto á él por un respeto humano, fundado en la política. Pero no queria que hallándose ya en el trono que le correspondia por razon de su nacimiento, se atribuyese su mudanza á la fuerza ó al interés; y ésta fue la respuesta que dió á las proposiciones del duque de Luxemburgo, cuando pasó á su campamento de Meudon, de parte de los demás señores católicos. No obstante, dió desde entonces palabra de que en el término de seis meses haria que le instruyesen algunas personas ilustradas, y en caso necesario contaria para ello con un concilio nacional, á cuya decision se sujetaba sinceramente. Entretanto prometia conservar en Francia la Religion católica en toda su integridad, así en cuanto al dogma, como á la disciplina, á las prácticas comunes y al régimen gerárquico. Formalizóse este tratado el dia 4 de Agosto, y despues le firmó y juró el Rey por una parte, y por otra los grandes del reino, á escepcion de algunos, que, aparentando un falso celo, dieron á entender que no habia sido ni era la religion el móvil de sus acciones.

39. La liga por su parte proclamó Rey, con nombre de Carlos X., al viejo cardenal de Borbon, que habia sido arrestado en las juntas de Blois, con los parientes y amigos del duque de Guisa, y se hallaba

preso en Fontenai del conde, ciudad de la provincia de Poitou. En París se pronunciaba con execracion el nombre del Rey legítimo, ó por mejor decir, se le llamaba siempre el navarro ó el bearnés. No satisfecha la frenética Montpensier con el asesinato de un Rey, aspiraba á que alcanzase el parricidio al que le habia reemplazado. A pesar de que Mayenna era naturalmente muy moderado, se prestaba por seduccion al frenesí de su hermana. Los doctores renovaron y agravaron contra Enrique de Borbon, como apóstata y relapso, la decision que habian publicado contra Enrique de Valois. Habiendo descendido á los seis meses desde su trono teatral al sepulcro el personage coronado y llamado Carlos X., se aumentó la discordia y la confusion. Mayenna, sostenido por los diez y seis, y depositario de la autoridad suprema; el joven duque de Guisa, hijo primogénito del difunto; el duque de Lorena, cabeza de esta casa, y muy ofendido de la ambicion de una rama de segundo orden, por cuanto estaba él casado con una hermana del Rey Enrique III; y el Rey de España, casado igualmente con una hermana del mismo Monarca, eran otros tantos pretendientes del trono, no menos contrarios unos á otros, que al legítimo Soberano. En fin, llegó la confusion y el desorden al mas alto punto, con motivo de la muerte de tres magistrados respetables, que perecieron por disposicion de los diez y seis; á saber, el primer presidente Brisson, Larcher, consejero del parlamento, y Tardif, que lo era del tribunal establecido en el Chatelet. El cardenal de París

se vió obligado á retirarse en secreto, y á desterrarse de su iglesia, por no esponerse á que se le tratase del mismo modo. En una palabra, cometieron tales excesos los diez y seis, que el mismo Mayenna mandó ahorcar á cuatro de los mas furiosos.

40. Antes de esta providencia vigorosa que dió fin á su tiranía y facilitó mucho la paz, el héroe reconocido por Rey por la mas sana y mas noble parte del reino, habia hecho los mayores progresos con la série continua de sus grandes expediciones: como en el combate de Arques, en que arrolló á unas tropas tres veces mas numerosas que las suyas; la marcha triunfante en que se apoderó de todas las plazas desde lo interior de Normandía hasta Tours, y desde Tours hasta las cercanías de París; la batalla de Ibri, en que sin cortar los batallones, y mandando que su penacho fuese la única señal de reunion en medio de la refriega, derrotó de tal modo á los enemigos, que se apoderó de todas sus banderas.

41. Tantos sucesos prodigiosos llenaron de consternacion la ciudad de París, que en efecto fue sitiada muy en breve por el Rey, y hubiera caido en sus manos muy pronto, si no le hubiera horrorizado la sola idea de tomar por asalto su capital. „Soy (decia) el verdadero padre de mi pueblo; y semejante á aquella madre que descubrió Salomon ser la verdadera, casi querria yo mas no tener á París, que tenerle arruinado y lleno de sangre de mis vasallos.” Pero el hambre, mas cruel que el hierro y que el fuego, hizo que espriase aquella ciudad ingrata su rebelion contra

el mejor de los Reyes. A instancias de la duquesa de Montpensier se amasó pan con huesos de muertos reducidos á harina, y murieron todos los que comieron de él. Iban las gentes por las calles á caza de niños; fueron devorados muchos de ellos, y hubo madres que no perdonaron á sus propios hijos (1).

42. Persuadido Sisto V por los embajadores de la liga, que nada habia que esperar á favor del Rey de Navarra, envió á Francia al cardenal Cayetano, con título de legado, y trescientos mil escudos para que los emplease en proteger la causa de los comuneros. No habia marchado todavía el legado, cuando supo el Papa el verdadero estado de las cosas por medio del duque de Piney, Francisco de Luxemburgo, embajador de los católicos realistas, el cual, viendo que se le habian anticipado los de la liga, escribió al Pontífice para que no se dejase llevar de sus imposuras. Entonces se pudo comprender el verdadero sentido de lo que habia dicho Enrique IV al Rey su predecesor, que estaba muy consternado con las censuras pontificias, cuando, para infundirle aliento, le dirigió estas palabras de estilo militar: „vamos á tomar á París, y no tardareis en veros absuelto.” El cardenal de Joyeuse, que se hallaba en Roma, le habia escrito en otro estilo, pero en el mismo concepto, que luego que llegase á ser señor de su reino no tardaria el Papa en calmar su indignacion. En efecto, varió Sisto V todas las instrucciones que habia dado á su legado, y le prescribió solamente que tratase de

(1) *Thou*, l. 93.—*Davil*, l. 11.—*Mem. de la Liga*, t. 4. p. 272.

los intereses de la religion, que no se declaróse enemigo del Rey de Navarra, que se mantuviese neutral en las pretensiones temporales de los Príncipes, y que consintiese en todo, con tal que el Rey que se eligiese fuese francés, bien visto de la nacion y obediente á la Iglesia. No era, pues, un vil respeto humano el que hacia que se pronunciasen en Roma absoluciones ó anatemas, sino el temor de renovar los disturbios del estado, dando vigor á un partido que se consideraba ya sin ningun recurso, y humillando al que se creía que haria triunfar á la Religion. No por esto pretendemos justificar plenamente la conducta de Sisto, bien que por lo demás es cosa indiferente á la gloria de la Silla apostólica; pero á lo menos se acordó el Pontífice en aquella ocasion de la máxima capital que debe servir de gobierno al Vicario, del Monarca supremo, cuyo imperio no es de este mundo: lo que no conoció su legado, por estar imbuido en los principios ultramontanos; y así, habiendo faltado á sus instrucciones aquel ministro de paz, vino á serlo de la discordia, y no sirvió mas que para dar mayor pábulo al incendio que debia apagar.

43. Asistió Cayetano á una escena fanática, á que se dió el nombre de procesion de la liga (1), y en que se hallaron los comuneros mas fogosos, curas y frailes, en número de mil y doscientos, presididos por el obispo de Senlis, el cual tenia un Crucifijo en una mano, y en la otra una alabarda. Los frailes llevaban

(1) *Thou*, l. 98. = *Davil*. 11. = *L' Etoile*, t. 2. p. 11.

la coraza encima de los hábitos, y el morrion debajo de la capucha, teniendo unos en la mano mosquetes viejos, y otros picas ó sables cubiertos de orin. El personage que principalmente llamó la atencion de todos, fue un fuldense cojo, llamado el padre Bernardo ó el fuldensillo. Con el montante en la mano, y estando en continuo movimiento, esgrimia, unas veces al principio de la procesion, y otras al fin de ella, con una agilidad que era muy de admirar en un cojo. Todos los demás caminaban con gravedad en dos filas, cantando antífonas y cánticos, con estas palabras de Job por estribillo: *La vida del hombre en la tierra es una verdadera milicia*. Entre tanto se oían unas descargas continuas de mosquetería, que no agradaban mucho al legado, el cual disimuló por algun tiempo su sobresalto, pero habiendo caido muerto á su lado uno de los que le acompañaban, no pudo resistir mas, y se retiró con una precipitacion nada conveniente á la ceremonia.

44. No tuvo tiempo Sisto V para corregir los excesos de su ministro, pues murió á 27 de Agosto de 1590, de cerca de sesenta y nueve años de edad, despues de un Pontificado que no habia durado mas de cinco años, cuatro meses y tres dias, y que sin embargo es uno de los mas justamente memorables. Es tan inseparable del nombre de Sisto V la idea de un gran Papa y de un gran Príncipe, que nada se puede añadir á las impresiones que escita en los ánimos de todos. Conforme á la máxima de Vespasiano, el cual decia que el Príncipe debe morir de pie,

murió trabajando continuamente por el bien del estado y de la religion, á pesar de los vivos dolores de su última enfermedad, despues de haber cumplido con mucha edificacion todas las obligaciones de cristiano. Luego que cerró los ojos este Pontífice, tan temido mientras vivia, se quejaron los romanos de los tributos con que decian los habia oprimido, y fueron corriendo al Capitolio á romper la estatua que le habian erigido poco antes: lo que dió motivo al prudente decreto del senado, por el cual se prohibió que en lo sucesivo se erigiese estatua á ningun Pontífice antes de morir. Como en todo se halla misterio cuando se trata de los hombres grandes, se hizo la observacion de que el miércoles era el dia afortunado de Sisto V, el cual nació, recibió el hábito de San Francisco, el generalato de su orden, el cardenalato, el pontificado y la corona en aquel dia.

45. El cardenal Castaña, noble genovés, á quien habia mirado Sisto V como el miembro mas digno del sacro colegio y como su inmediato sucesor, fue en efecto elegido Papa á 15 de Setiembre, y tomó el nombre de Urbano VIII; pero murió al cabo de trece dias, llorando todos amargamente y bendiciendo él al Señor, porque le libraba de la cuenta formidable que hubiera tenido que dar de un ministerio, en que habian desmentido otros muchos las mas fundadas esperanzas.

46. Se eligió á 5 de Diciembre del mismo año 1590 al cardenal Sfrondato, noble genovés, que tomó el nombre de Gregorio XIV. No tardó este nuevo

Papa en acreditar con su conducta el acierto con que habia hablado en sus últimos momentos su predecesor inmediato (1). Apenas subió á la Silla apostólica, perdió en gran parte la estimacion que habia adquirido en los destinos inferiores, y aun los de su misma nacion le juzgaron poco á propósito para sostener la dignidad del Sumo Pontificado.

47. Dotado de una piedad eminente, de una castidad angelical y de una sobriedad nada comun, pero crédulo y fácil, de pensamientos poco elevados y sin ninguna esperiencia de mundo, cedió á las sugestiones de los enemigos de la Francia, renovó las excomuniones contra Enrique IV, le declaró privado de la corona, absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad, prometió á los comuneros un subsidio de quince mil escudos mensuales y un refuerzo de quince mil hombres, que les envió al mando de su sobrino el duque de Montemarciانو; y de este modo alejó la conversion de un Príncipe, pronto á permitir que se le instruyese, pero indócil á las amenazas, y mucho mas á la opresion.

48. El parlamento que habia sido erigido en Tours ó trasladado á aquella ciudad en tiempo de Enrique III, y el tribunal de Chalons que formaba parte de él, condenaron al fuego las letras de este Pontífice que se habian publicado en Paris, y dieron un auto de prision contra el nuevo nuncio que las habia llevado. Los obispos se reunieron en Nantes, y declararon que aquellos decretos eran contrarios á los

(1) *Chac. in vit. Pontif. et Card. t. 5. pag. 224. &c.*

cánones y á los concilios, al espíritu de la Iglesia universal y á los usos constantes de la iglesia galicana, en una palabra, que eran abusivos en la substancia y en el modo. En medio de estos disturbios celebró el cardenal de Joyeuse, en su arzobispado de Tolosa, un concilio provincial, cuyos prudentes y numerosos decretos, siempre conformes á los de Trento, manifestaron el espíritu de fe y de unidad que continuaba animando al clero del reino. El mismo Rey, en un edicto que acusaba al Papa de precipitación, y á su nuncio de una imprudencia estremada, renovó la promesa de hacer que se le instruyese, como lo había jurado formalmente antes de su exaltación al trono.

49. En la tranquila Italia, y sobre todo en Roma, donde parecia que el orden público era todavía dirigido por el genio de Sisto V, se presentaban unos espectáculos muy diferentes y verdaderamente dignos de fijar la atención de los cristianos. Tales fueron por excelencia los últimos momentos de la vida angelical de San Luis Gonzaga, admitido cinco ó seis años antes en la compañía de Jesus. Este Príncipe, que era el primogénito de su línea, había entrado en la religion con todas las virtudes que supone el sacrificio de una soberanía y la conservación de la inocencia en el seno de la grandeza (1). Alma pura, y tan esenta aun de aquellos defectos de que suelen no libertarse los mismos Santos, que pasaba frecuentemente del término en que cae siete veces el justo, sin hallar la

(1) Orleans, vid. de S. Luis Gonzaga.

menor falta de que acusarse, no obstante que era exactísimo en el exámen de conciencia. Toda su vida le duró el arrepentimiento de haber jurado alguna vez hallándose entre las tropas de su padre, antes de la edad de siete años, en que tuvo principio su conversión, segun se esplicaba él mismo; y desde entonces tuvo una vida perfecta, como lo asegura su director el cardenal Belarmino. Un favor no menos extraordinario que recibió del cielo esta alma privilegiada, fue un don de oración tan eminente, que en seis meses no esperimentó dos minutos de aquellas distracciones importunas que con tanta frecuencia obligan á gemir á las almas mas unidas con Dios. Estaba tan versado en el arte divino de meditar las cosas eternas, que se gloriaba Belarmino de haber aprendido en esta parte muchas reglas de su santo discípulo. Era tal su penitencia, á pesar de su vida inocente, que á los doce años se acostumbró á ayunar tres dias en la semana, y muchas veces á pan y agua, y á alimentarse siempre con los manjares menos delicados. Nunca se acercaba á la lumbre, por mas frio que hiciese. Dormía frecuentemente en la dura tierra, y se maceraba con tal rigor, que solia ensangrentarse todo el cuerpo. En este estado, fue para él la vida religiosa un alivio de trabajo, pues quedó bajo la dependencia de unos directores sábios, los cuales se vieron precisados á moderar su fervor en vez de escitarle. Advertido el Santo por su padre de que en cualquier estado que abrazase, debía hacer los mayores esfuerzos para hacerse perfecto, no omitió ningun

medio para poner en egecucion un consejo tan saludable.

Despues de tres meses de una enfermedad epidémica, fruto de su caridad en asistir á los enfermos en un hospital, le avisaron los médicos que á lo sumo podria vivir ocho dias: lo que le causó tal gozo, que habiendo entrado á la sazón en su cuarto un compañero suyo, „¿sabes (le dijo) la buena noticia que acaban de darme? Solo me quedan ocho dias de vida: vamos á rezar el *Te Deum*, para dar gracias á Dios por tan grande beneficio.” Habiendo llegado otro jesuita: „Padre (esclamó con el mismo regocijo) esto va á acabarse. Alégrese usted conmigo por la feliz suerte que me toca.” En los mismos términos escribió á la Princesa, su madre, muger tan fuerte y cristiana, que tuvo la misma satisfaccion que su hijo, despues de haber aplaudido su retiro y todos sus sacrificios religiosos. „Si la caridad (la decia) llora con los que lloran, y se alegra con los que se alegran, trendreis mucho gusto en saber lo contento que estoy, porque me acerco al término en que ya no se teme perder á Dios. Yo miro esto como el mayor favor del cielo, y os suplico que os mostreis agradecida á esta infinita bondad; á lo que faltariais seguramente si lloraseis por muerto al que va á esperaros en la verdadera mansion de los vivos, donde unidos uno y otro con el Autor de nuestra salvacion, gozaremos un placer infinito en celebrar sus misericordias.”

Sus compañeros y amigos, que habian experimentado

muchas veces los efectos milagrosos de sus oraciones, le hicieron las mas fuertes instancias para que pidiese á Dios el recobro de su salud; pero él les respondió constantemente con estas palabras de San Pablo: *Vale mas morir*. Muchas veces esclamaba, estimulado de los vivos ardores del amor divino: *Desseo deshacerme, y estar con Jesucristo.*

Sus parientes, los cardenales de Gonzaga y la Rouere, iban á verle con mucha frecuencia, y se informaban de su estado con el mayor interés. Con el objeto de evitarles esta molestia, se ofreció el rector á enviarles un diario exacto de todas las novedades que tuviese el enfermo, á lo que respondieron, que no solo les eran agradables aquellas visitas, sino que tambien aprovechaban mucho á sus almas. Estando atormentado de la gota el cardenal Gonzaga, hacia que le llevasen á la cabecera del enfermo, y sentian en gran manera separarse de él. Fue éste el que le ayudó á vencer los obstáculos que se opusieron por mucho tiempo á su vocacion. Un dia le dijo el Santo, penetrado del mas vivo agradecimiento: „¿Cuánta razon os miro como á padre! A vos os debo todos los beneficios que recibo de Dios. ¡Ay hijo mio (respondió el cardenal enternecido y lloroso), es mucho mas lo que yo te debo, que lo que tú me debes á mí. Tú eres mi padre y mi maestro en las cosas de Dios. De todos los Príncipes de mi casa (dijo despues, volviéndose á los circunstantes) éste es el mas dichoso.”

Preguntó despues el enfermo al sábio Belarmino,

de Suiza y de Francia, á beneficio de la regencia de que estuvo encargado durante la menor edad de su sobrino el elector Federico IV. Despues de la muerte de Casimiro, intentaron inútilmente los luteranos restablecer en aquel país el egercicio de su religion, la cual halló en el gobierno una resistencia insuperable: y las recomendaciones que mendigó del Emperador produjeron tan poco efecto, que solo sirvieron para humillarla mas y mas; de forma, que todas las concordias celebradas entre estas sectas inconcilia- bles, quedaron rescindidas con la misma frecuencia y facilidad con que se juraron.

54. Antes que la infeliz Germania hubiese añadi- do esta nueva escena al espectáculo deplorable que ofrecia continuamente, desde que un gran número de iglesias de aquella nacion se habian separado de la Silla apostólica, bajo cuya direccion estuvieron tan florecientes en otro tiempo, murió el Sumo Pon- tífice Gregorio XIV, á 15 de Octubre de 1591, á los diez meses y diez dias de Pontificado. A 29 del mis- mo mes le sucedió el cardenal Juan Antonio Facchi- netti, boloñés, y tomó el nombre de Inocencio IX. Desde que entró en el Pontificado se dirigió con tanta prudencia, y manifestó unas intenciones tan rectas, que se hizo igualmente recomendable al cle- ro, á la nobleza, al pueblo y á los ministros estran- geros. Pero fue tambien uno de aquellos Pontífices que dan grandes esperanzas, sin poder realizarlas ni desmentirlas, pues murió á los dos meses.

55. La muerte precipitada de tres Papas movió á

los cardenales á elegir, el dia 30 de Enero del año siguiente 1592, al cardenal Hipólito Aldobrandino, que no tenia mas de cincuenta y seis años, y era ge- neralmente estimado del sacro colegio <sup>(1)</sup>. Nadie pensaba en él cuando le propuso el cardenal Pereo- ti, y en un momento reunió casi todos los votos. Luego que oyó que le proclamaban, se arrodilló, y pidió al Señor que le quitase la vida si su eleccion no habia de ser útil á la Iglesia. Habiéndose levantado, tomó el nombre de Clemente VIII. Era natural de Fano, en las costas del mar Adriático, de una fami- lia noble, oriunda de Florencia. En el espacio de mas de trece años que ocupó la Silla apostólica, se portó como debia esperarse de las disposiciones con que habia entrado á ocuparla.

Sin embargo, se dejó engañar de los comuneros acerca de las turbulencias con que estaba agitado en- tonces el reino de Francia; bien que era muy difícil descubrir la verdad. Persuadido á que iba á perderse enteramente la religion en aquellos dominios, y que aun en lo temporal hacia infelices á sus vasallos el nuevo Rey, dirigió el Pontífice un breve en forma de bula al cardenal obispo de Plasencia, que hacia en Francia funciones de legado desde que se retiró Ca- yetano, mandando á todos los franceses católicos elegir un Rey que profesase su creencia. Se registró esta bula en el parlamento de París; pero el tribunal de Chalons espidió inmediatamente un decreto de

(1) *Chac. vit. Pontif. t. 4. ad ann. 1592. — Thou, l. 103.*

comparecencia personal contra el legado, y una provision contra el registro del breve.

56. Conociendo Enrique IV que todo esto era perder el tiempo, y que su corona la habia de ganar con su espada, resolvió apoderarse de la ciudad de Roan, no menos importante por su situacion, que por su opulencia y grandeza. Por las mismas razones los parisienses y el duque de Mayenna, reclamaron el refuerzo que les habia prometido el duque de Parma, el cual llevó á Francia un ejército, y contentándose con hacer levantar el sitio de Roan, y apoderarse de la villa de Candebec, donde fue herido, pasó á los Paisés-Bajos, y murió allí el año siguiente. Despues de haber perseguido inútilmente Enrique IV al duque de Parma, que justificó con sus marchas la reputacion que tenia de ser uno de los mayores capitanes de su siglo, fue á cerrar las avenidas de París, tomando las ciudades y pueblos inmediatos, y poniendo guardias en los caminos reales y en los rios.

En las provincias meridionales conservó al Rey el duque de Epernon la ciudad de Montalban, que era el principal baluarte de su partido en aquellos paises, y que el duque de Joyeuse pensaba tomar para aumentar el poder de la liga. A fin de facilitar Joyeuse esta conquista importante, habia ido á poner sitio á la ciudad de Villemure, situada cerca de Montalban. No se detuvo Epernon, sino que le acometió en su propio campo, le derrotó, á pesar de su vigorosa defensa, y para mayor desgracia, Joyeuse, que,

á lo menos por su valor, era digno de un fin mas brillante, se ahogó en un rio adonde le precipitó su caballo.

Pensaron los de Tolosa en elegir por sucesor de Joyeuse á su hermano el conde de Bouchage, que era á la sazón capuchino, y habia tomado el nombre de fray Ángel; y habiéndoselo propuesto, se escusó desde luego, diciendo que no le era lícito abandonar el sistema de vida que habia profesado (1). Se hicieron muchos elógios de su piedad; pero un gran número de teólogos y algunos obispos decidieron, que en conciencia podia dejar el claustro, siempre que obtuviese dispensa de los votos, y que estaba obligado á ello, pena de pecado mortal, por tratarse de conservar la religion. Luego que se concedió la dispensa, fueron volando los entusiastas al convento de capuchinos, sacaron de él á fray Ángel, le llevaron al palacio arzobispal, y habiéndose encargado desde luego este hombre singular de la parte militar del gobierno, y el cardenal, su hermano, de la civil, gobernó despues aquella provincia por sí solo, y se mostró constantemente uno de los mas firmes apoyos de la liga.

57. A 17 de Mayo de 1592 murió en Villareal del reino de Valencia, en España, San Pascual Bailon, religioso del orden de San Francisco (2). Habia nacido en una humilde choza, en la diócesi de Sigüenza, y se ocupó en guardar rebaños hasta los veintidos

(1) *Thou.*, l. 103.—*Descall. vid. de Fr. Ang. de Joyeus.*

(2) *Papebr. et Baill. ad 17. Maii.*

años de edad, en que le inspiró Dios una santa inclinación á otro género de soledad. Se retiró á un convento de franciscos descalzos, donde por espacio de cuatro años sirvió en los oficios mas viles, y luego le dieron el hábito de lego. En este estado, tan despreciable á los ojos del siglo, persistió con una perseverancia invariable en la práctica de la pobreza, en la paciencia, en las austeridades mas rigurosas, y en una profunda humildad, manifestando el cielo sus heroicas virtudes con una multitud de milagros obrados en su sepulcro. La bula espedida para su canonización dice, que con toda seguridad se le coloca en el catálogo de los Santos.

58. En el año siguiente tuvo origen la congregacion de la Doctrina Cristiana, cuyo fundador fue César de Bus, natural de Cavaillon, de una familia noble, oriunda del Milanesado. Despues de haber dado en algunos estravios, de que pocas veces se liberta la juventud, tuvo César una conducta muy arreglada y egemplar, renunció muchos beneficios simples que gozaba, y admitió un canonicato por nombramiento de su obispo, para convertir aquella prebenda en un método de vida austera y penitente. Luego que recibió el sacerdocio, mostró una aficion particular á catequizar á los fieles, y principalmente á los pobres. Se acreditó su modo juicioso y metódico; tuvo muchos imitadores, estimulados de su celo egemplar, y no tardó en verse rodeado de un gran número de eclesiásticos laboriosos. Entonces escribió al Papa, suplicándole que aprobase aquella asociacion, y

Glemente VIII se puso en manos de Taurusio, arzobispo de Aviñon. Este prelado que estimaba mucho la virtud de César, y estaba prendado de un instituto cuyos frutos eran ya célebres en aquel país, no se contentó con aprobarla, sino que la cedió en su ciudad arzobispal la iglesia de Santa Práxedes, desde donde fue trasladada despues á la de San Juan. Promovido Taurusio al cardenalato, hizo que la santa Sede confirmase, pasados cinco años, esta nueva congregacion. Continuando el piadoso fundador en instruir á los fieles sin ninguna intermision, perdió la vista trece ó catorce años antes de su muerte, que se verificó en el dia de Pascua, 15 de Abril de 1607. Dejó escritas unas instrucciones familiares, que son todavía muy apreciadas. Esta congregacion fue reunida por Paulo V á la congregacion italiana de los somascos, reducida despues por Inocencio X á un orden particular, con un general francés. Luego se dividió en tres provincias, á saber, Aviñon, París y Tolosa.

59. Apesar de la dureza aparente de Clemente VIII, habia enviado á Roma Enrique IV de parte de los católicos, al cardenal de Gondi, dándole por asociado á Juan de Vivona, marqués de Pisani, con facultades para tratar en su nombre. El decreto dado contra el breve del Papa, y la comparencia personal de su legado, eran únicamente para el pueblo, pues estaba el Rey tan distante de romper con Roma, que no quiso establecer en Francia un patriarca, como se lo habian propuesto muchos obispos, que

si habia algunas almas que no pasasen por el purgatorio. „No solo estoy persuadido de que las hay (respondió este gran doctor) sino que espero, hijo mio, que has de ser tú de este número.” Le llenó de tanto consuelo esta respuesta, que de repente quedó como abismado en Dios, y pasó casi toda la noche en un estado de éstasis. Despues de esto, dijo con alegría y con la mayor seguridad, que su muerte sucedería en el dia de octava del *Corpus*. Habiendo llegado este dia, sin que se advirtiése en él la menor novedad, „moriré esta noche (repitió con un gozo indecible), moriré esta noche.” Con esta firme persuasión hizo que pidiesen el santo Viático, con tantas instancias, que no fue posible resistir á ellas. Ya le habia enviado el Papa la bendicion apostólica, con la indulgencia plenaria para la hora de la muerte: lo que le causó una alegría mezclada con algun disgusto, porque anticipándose de este modo el Padre Santo, hacia una escepcion á favor de su illustre nacimiento. Entre todas sus virtudes era tan perfecta su humildad, que tenia una verdadera desazon por haber nacido en una esfera tan distinguida. Mientras pudo hablar, profirió de cuando en cuando algunos pasages de la sagrada Escritura, correspondientes al estado en que se hallaba; y despues se quedó en una dulce calma, en que esforzándose todavía á pronunciar el nombre de Jesus, espiró apaciblemente en la noche de la octava del *Corpus*, á 21 de Junio de 1591, de edad de veintitres años, tres meses y once dias.

Luego que exhaló el último aliento, se sintieron

todos penetrados de aquella suspensión religiosa que escita la muerte de los justos perfectos, destinados para patronos de los demás fieles. Por todas partes se oían estas palabras: *Era un verdadero Santo*. Imploraban su auxilio, le besaban los pies y las manos, y buscaban con el mayor empeño las cosas más despreciables que habia tenido, ó de que habia hecho uso. Belarmino protesta que sintió una repugnancia invencible en ofrecer por su alma el santo sacrificio, temiendo injuriar al que solo quiere ser honrado en sus Santos. Los mismos testimonios de veneracion se oyeron por toda la ciudad de Roma. Santa Magdalena de Pazzis, célebre entonces por los dones extraordinarios con que la favorecia el Señor, vió en espíritu la gloria de que estaba gozando en el cielo; y no pudiendo contener dentro de sí misma su admiracion: „Yo quisiera (esclamó) poder recorrer el universo entero, para decir en todas partes que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo.” No tardó en hacerse general la veneracion, á causa de los muchos milagros que se hicieron por la intercesion del Santo. A los trece años despues de su muerte, tuvo su piadosa madre el consuelo de ver esponder canónicamente su retrato en su oratorio doméstico. ¡Justa y dulce recompensa del cuidado que habia tenido aquella Princesa verdaderamente cristiana, de escitar y promover en su hijo las virtudes que empezaba á honrar la Iglesia, y que propuso despues al culto público de todos los fieles! 50. La España, libre de los ataques de la heregía

por haberla sofocado cuando empezaba á nacer, dió tambien un nuevo ciudadano á la Jerusalem celestial, en el discurso del año 1591, á 14 de Diciembre, en cuyo dia murió San Juan de Yepes, mas conocido con el nombre de San Juan de la Cruz, digno cooperador de Santa Teresa en la floreciente reforma del Carmelo. Estando casi resuelto á retirarse de una órden, en que buscaba inútilmente lo que habia creído hallar entre los hijos de los profetas, y á encerrarse en la cartuja de Segovia, le persuadió Teresa á que adoptase su proyecto de reforma, sin desmayar por la consideración de las muchas dificultades que habia de encontrar en una carrera tan penosa y delicada. En efecto, padeció todo género de persecuciones por parte de sus antiguos hermanos, y estuvo encerrado nueve meses en un calabozo; lo que no le impidió continuar y llevar á efecto su piadosa empresa, y solo contribuyó á acrisolar enteramente su virtud. En fin, estando ya en sazón para la eternidad, á los cuarenta y nueve años, murió en el convento de Úbeda, en Andalucía, siendo tan venerado y concurriendo en él unas circunstancias tan extraordinarias, que no pudo dudarse de su santidad.

La Reina Isabel contribuía tambien en Inglaterra, pero con un método y un designio muy diferente, á aumentar el número de los Santos. Despues de la muerte del canceller Hatton, muy adicto á los católicos, se publicó un edicto sanguinario, que dió á muchos de ellos la corona del martirio. Con pretexto de las conspiraciones que se tramaban en las islas

británicas, se mandó á todo género de personas, de cualquier clase y condicion que fuesen, que denunciasen todos los que se hubiesen establecido en Londres catorce meses antes, y declarasen en qué país habian residido un año antes de trasladarse á aquella capital, como tambien su estado, profesion, ocupaciones y asistencia á los divinos oficios, segun las leyes. Todos fueron preguntados, y los que manifestaban alguna perplegidad en sus respuestas, pasaban inmediatamente á manos de los comisionados, y despues al patíbulo. El tesorero general Burgley, enemigo jurado de los católicos, tenia el encargo de la egecucion puntual del edicto, que por la mayor parte era obra suya, y esterminó todos los sacerdotes que pudieron encontrarse, y aun muchas personas legas.

51. En Cracovia, capital de Polonia, hubo una fuerte conmocion, en que quedaron muertos, ó fueron peligrosamente heridos por los católicos, muchos de los sectarios que se habian reunido en un templo con grande aparato el dia de la Ascension para oír predicar á un ministro reformado (1). Todos los protestantes del país se juntaron en Czermielsko, y enviaron diputados al Rey para pedir justicia; pero esplicándose con la insolencia que acostumbraban, y declarándole que habian determinado reunirse en mayor número en Radom, como tambien que se agregaría á ellos la nobleza de Lituania, le suplicaban

(1) *Thou*, l. 100.

que á la mayor brevedad convocase las córtes, y entretanto le pedian un parage en Cracovia, donde pudiesen egercer su religion con toda libertad. Reinaba entonces en Polonia Segismundo III. Este Principe generoso, de la casa real de Suecia, y católico tan firme que en materia de religion no quiso conformarse jamás con la falsa política del Rey su padre, desestimó la instancia de aquellos sectarios atrevidos, y se mostró muy irritado porque se habian reunido sin órden suya. Lo único que les concedió, porque no podia hacer otra cosa en las circunstancias en que se hallaba, fue permitirles el egercicio de su religion, y que reedificasen los edificios que se les hubiesen demolido ó quemado, haciendo todos los gastos á su costa.

52. Habiendo ocupado de allí á dos años el trono de Suecia, vacante por muerte del Rey su padre, intentó, aunque en vano, restablecer en aquel reino la religion antigua (1). Abraham Dandré, famoso luterano, que habia frustrado siempre los propósitos de conversion del difunto Rey, gozaba, con el título de arzobispo de Upsal, de un poder mucho mayor para oponerse á los buenos designios del nuevo Monarca, el cual no tuvo la autoridad suficiente para hacer que se le coronase el nuncio del Papa, que le habia acompañado á este efecto desde Polonia. Despues de muchos debates entre el Rey y las córtes, se vió obligado, por consejo del mismo nuncio, á ceder á

(1) *Puffend. Hist. de los principales estados de Europ. Introd.*

la necesidad, y á recibir la corona de mano del arzobispo de Upsal, que era el principal móvil de esta trama. Además exigieron las córtes, que antes de la ceremonia jurase el Rey solemnemente que no habria en Suecia otra religion que la de la confesion de Augsburgo. A este extremo se vé reducida tarde ó temprano la magestad de la diadema, por las novedades y por las reformas mas falsas en materia de religion.

53. No estaban menos discordes entre sí estas sectas sediciosas, que con los católicos. En Torgaw, ciudad de Sajonia, pidieron los luteranos que se hiciese una pesquisa exacta de los calvinistas; que se les quitase el gobierno de las iglesias y la educacion de la juventud, y que se les escluyese de todos los negocios públicos. Los acusaban para esto de que contravenian á la fórmula del concordato que habian firmado, y de que inundaban el público con libelos injuriosos contra los que se habian dignado de concederles el título de hermanos, tan poco merecido de ellos. Se les concedió lo que pedian, y fueron proscritos los calvinistas por un decreto formal. Pero como estos rigoristas no hacian gran caso de las firmas ni de las abjuraciones contradictorias, retrataron por escrito sus opiniones todos los que parecieron sospechosos, y abjuraron los puntos de doctrina en que no convenian los sacramentarios con la confesion de Augsburgo. No tardaron éstos en vengarse en el Palatinado, donde dominaban desde que el Príncipe Casimiro habia introducido en él la reforma

atendida la disposicion en que se hallaba el reino con la santa Sede, no sabian qué partido tomar en cuanto al régimen eclesiástico, y estaban sobre todo muy divididos en el punto de la colacion de los beneficios.

60. Mientras duraban estas negociaciones, reprobadas públicamente por el Papa, y continuadas en secreto, se vió precisado el duque de Mayenna, como lugar-teniente general del reino, á convocar las córtés para elegir un Soberano católico; pero las únicas resultas de este congreso, fueron la conferencia celebrada en Surena entre los católicos de ambos partidos, y la sátira menipea, la que acaso dió á la liga un golpe mas funesto que el mismo valor de Enrique IV. Dos prelados distinguidos por su destreza y elocuencia, fueron comisionados para ser los oradores de la conferencia de Surena, á saber, Reynaldo de Beaulne, arzobispo de Bourges, por los realistas, y Pedro de Espinac, arzobispo de Leon, por los comuneros. Dió principio el arzobispo de Bourges por una pintura terrible de las calamidades que padecia el reino con motivo de su desunion, y concluyó proponiendo la necesidad de sacrificar los ódios, las preocupaciones, todos los intereses particulares, y de reunirse bajo la autoridad de un mismo Rey. El arzobispo de Leon ensalzó con un estilo no menos patético todas las ventajas de la union y concordia; pero añadió que solo debia reinar ésta entre los católicos, y que no podia subsistir bajo el gobierno de un Rey herege sin arruinar la religion. Sobre este

punto no dejó el arzobispo de Bourges de ponderar las esperanzas que daba el Rey de convertirse: á lo que respondió el arzobispo de Leon, que hacia tanto tiempo que traía entretenidos á los pueblos con aquellas vanas esperanzas, que no convenia fiarse ya de ellas. Por consiguiente, quedaba reducida toda la dificultad al único artículo de la conversion del Rey. Los grandes que le eran mas adictos, le representaron al momento, que en efecto hasta entonces no habia hecho mas que dar palabras vagas; pero que en el punto critico de ver que se iba á elegir un segundo Rey en su reino, era necesario esplicarse con mas claridad. Toda la corte le hizo las mas fuertes instancias. Los católicos suplicaban á los calvinistas que no se opusiesen al bien comun, y muchos de éstos, lejos de resistirles, mostraron grande interés en que tuviesen efecto sus designios.

61. Davy-du-Perron, hombre erudito, de índole amable, muy estimado del Rey y apóstata del calvinismo, dió principio desde entonces á la instruccion del Príncipe por via de conversacion, pero atrayéndole insensiblemente á unas conferencias formales, á que fueron convidados los obispos y doctores mas hábiles, así entre los comuneros como entre los realistas. Como el temor de que pereciese la Religion era la única cosa que habia amortiguado en el corazon de los franceses su amor al Rey, adquirió éste una actividad extraordinaria luego que le vieron dar los primeros pasos para volver á entrar en el gremio de la Iglesia; y la tregua que concedió al mismo

tiempo á los parisienses en medio de los apuros en que se hallaban, acabó de grangearle la estimacion general. Enrique, libre de preocupaciones, dotado de un ingenio admirable y de un candor, cuya memoria será eterna, conoció y confesó la verdad desde el momento en que la consideró con atencion. Hecho cargo de las respuestas dadas á las objeciones que habia propuesto, dió gracias á los obispos por haberle enseñado lo que no habia sabido hasta entonces; „pero por grande que sea la conviccion del entendimiento (añadió), solo á la bondad y al poder infinito de Dios debo atribuir la mudanza de mi corazon (1).” En el discurso de las conferencias, á las cuales asistieron muchos doctores ó ministros calvinistas, obligó Perron á Morlai, Roltam y Salettes á convenir en que es posible salvarse en la iglesia romana, y oyendo esto el Rey les dijo: „¿ Con que confesais que es posible salvarse en la Religion de los católicos? Y ellos por el contrario sostienen, que en la vuestra es preciso condenarse. A la verdad, es la materia de tanta importancia, que se debe seguir el partido mas seguro, y me parece que la prudencia no permite deliberar mas acerca de este punto.” Inmediatamente quedó resuelta la abjuracion del Rey, y se señaló para el domingo, dia 25 de Julio, en la iglesia de San Dionisio.

62. En el dia señalado fue el Rey por la mañana á la puerta de la iglesia de la abadía, acompañado de los Príncipes, de los oficiales de la corona, de los

(1) *Mem. de Aubigné.*

señores católicos, y del gentío inmenso que habia concurrido desde Paris, á pesar de las prohibiciones y censuras del legado (1). El arzobispo de Bourges, limosnero mayor de Francia, estaba esperando á la puerta vestido de pontifical, acompañado de todos los religiosos de la abadía, de un gran número de prelados, y del jóven cardenal de Borbon, que estaba ya desengañado de las locas pretensiones que habia tenido en orden á ser Soberano de Francia. El arzobispo preguntó al Rey, segun el ceremonial, quién era, y qué pedia. „Soy (respondió) Enrique, Rey de Francia y de Navarra, y deseo ser admitido en el gremio de la Iglesia católica, apostólica romana. ¿ Lo deseais sinceramente (replicó el prelado)? Lo quiero y lo deseo con todo mi corazon (respondió el Príncipe);” y habiéndose arrodillado al momento, hizo en estos términos su profesion de fe: „Prometo y juro, en presencia de Dios omnipotente, vivir y morir en la Religion católica, apostólica romana, protegerla y defenderla á costa de mi vida, y renuncio todas las heregias contrarias á su doctrina.” Puso el Rey esta fórmula escrita en manos del arzobispo, el cual le dió en alta voz la absolucion de las censuras incurridas por causa de la heregia que habia profesado hasta entonces. Todo el concurso alabó á Dios y empezó á gritar: *Viva el Rey*, con una alegría y regocijo que no es capaz de imitar la aduacion. Desde allí fue llevado al altar mayor, donde, despues

(1) *Mem. de la Liga, t. 5. p. 403.*

de besarle y hacer la señal de la cruz, repitió el juramento sobre los santos Evangelios, y luego se confesó con el arzobispo, debajo de un dosel que se habia puesto detrás del altar mientras se cantaba el *Te Deum*. Concluida la confesion, oyó la misa mayor con una modestia y una devoción egemplar, que subió de punto al elevar la sagrada hostia. Asistió tambien piadosamente á todos los demás officios, y en el mismo dia fue á Montmartre á dar gracias á Dios por su conversion en los sepulcros de los santos Mártires, de quienes habia recibido la Francia la fe que recobraba felizmente.

Entonces se vió el espíritu de que estaban animados los gefes y todos los protectores de la liga. Siempre habian protestado que peleaban por la Religion, y solo habian pedido un Rey católico que la conservase. El Príncipe á quien deseaban, habia vuelto por último á la Religion de sus padres, en un tiempo en que, prosperando sus armas por todas partes, no podia atribuirse su conducta á temor, y mucho menos á hipocresia, vicio diametralmente opuesto á la franqueza de su carácter. Sin embargo, se esforzaron los comuneros á denigrarle, aun en los púlpitos de las principales iglesias de París, con todo género de imputaciones de esta clase. Juan Boucher, entre otros, creyendo que su parroquia de San Benito no era un teatro bastante espacioso, pronunció en la iglesia de San Meri, por espacio de nueve dias consecutivos, unos discursos en que afirmaba, segun el estilo infamatorio de la liga, que la conversion del

Beauhés era un acto de hipocresia infernal. Pero viendo que este género de calumnia no producía el deseado efecto, fue necesario recurrir á otros artificios. Con arreglo á los principios del legado, se esparció por el pueblo la voz de que cualquiera que fuese la conversion del Navarro, herege obstinado, defensor y gefe declarado de los hereges, y sobre todo, herege relapsó, le constituía radical é irremediamente incapáz de reinar; que de ningun modo podia ser absuelto, sino por el Sumo Pontífice; que era nula la absolucion de los obispos, y que todos los que seguian el partido de Enrique, estaban escomulgados.

63. En la absolucion dada al Rey, habia puesto el arzobispo de Bourges, de acuerdo con los demás prelados, esta cláusula: *salva la autoridad de la Silla apostólica*, para dar á entender que una necesidad urgente los habia puesto en el caso de no seguir las reglas comunes, y que habian procedido en el supuesto de una licencia presunta, la cual se proponian impetrar. Al mismo tiempo prometió el Rey enviar á Roma una embajada para que prestase obediencia en su nombre al Sumo Pontífice; y luego que abjuró, eligió por su embajador al duque de Nevers; pero no ignorando los artificios de que se valian en Roma sus enemigos, para impedir que su enviado se acercase á la Silla pontificia, despachó antes un agente menos ilustre, encargándole que llevase una carta llena de todos los sentimientos de fe y de obediencia que podia desear el Vicario de Jesucristo. Los prelados y los doctores realistas le entregaron tambien cartas

por el mismo estilo, á fin de no dejar ninguna duda acerca de su fe, ni aun de la regularidad de su conducta, en cuanto lo habia permitido la necesidad. Esta negociacion causó tantos cuidados á Enrique IV y le ocupó tanto tiempo como la conquista de su reino.

A lo menos, la Provenza por una parte, y por otra casi toda la Picardia, las ciudades de Meaux, Orleans, Bourges, Leon, gran número de señores y aun la capital del reino, se sujetaron mucho antes á su poder. Pero antes de la sumision de París, inspiró Enrique un nuevo grado de respeto á aquel pueblo religioso, recibiendo el carácter sagrado de ungido del Señor. Hallándose todavía la ciudad de Rems en poder de los comuneros, se consagró en Chartres, y en lugar de la santa ampolla que se conserva en Rems, se sirvió de la de Tours ó de Marmontier, que decian haber sido traída del cielo en tiempo de San Martin, á quien curó de una herida peligrosa.

64. Habiendo quitado el duque de Mayenna el gobierno de París al conde de Belin, que se habia hecho sospechoso, le confirió al conde de Brissac, que habia sido hasta entonces uno de los comuneros mas furiosos. Pero viendo Brissac que el Rey era católico y estaba consagrado, solo pensó en utilizarse del puesto que ocupaba, congraciándose con un Rey en quien concurrían todas las circunstancias que se habian apetecido. Mientras Mayenna, con pretexto de recibir en la frontera de Lorena un nuevo refuerzo, iba á tomar su última resolución con los Príncipes

de su casa, trató con el Rey el nuevo gobernador, tomó sus medidas con los capitanes de cuartel, elegidos despues del castigo de los diez y seis, entre los ciudadanos mas estimados; hizo que saliese una parte de la guarnicion, con pretexto de ir á apoderarse de un convoy que habia salido de Paléseau, y en 22 de Marzo de 1594, á las cuatro de la mañana, introdujo en la ciudad las tropas del Rey. Entraron con gran silencio, recorrieron las calles en órden de batalla, y se apoderaron sin obstáculo de las plazas, de los callejones que iban á parar á ellas, de los puentes, y de los dos edificios llamados *Chatelets*. Todo el pueblo se retiró á sus casas, y el Rey se portó como un padre en medio de sus hijos. Aquel mismo dia estuvieron abiertas las tiendas, y reinó en París una tranquilidad tan grande, como si no hubiesen precedido ningunas hostilidades. Dentro de pocos dias se sujetaron á la obediencia de Enrique los comuneros mas atrevidos, dando egemplo la facultad de teología por medio de la retractacion de los decretos que la habia dictado el fanatismo. Sin embargo, Carlos de Pellevé, hechura de la casa de Lorena, la cual le habia ensalzado hasta la dignidad de cardenal, dió por el contrario un triste egemplo del acceso á que es capaz de llegar el espíritu de partido (1). Estaba enfermo en París cuando le dieron la noticia de que el Rey era dueño de la ciudad; y se apoderó de él una agitacion tan violenta, que perdió el juicio inmediatamente, y murió de allí á pocos

(1) *Mem. de L'Étoile*, t. 2. p. 204. — *Chac.* t. 3. p. 104.

dias. Habiendo tenido la misma suerte el jóven cardenal de Borbon, hijo de Luis, Príncipe de Condé, se dijo que habia muerto tambien de pesadumbre, porque la conversion de Enrique IV le quitaba toda esperanza de ocupar el trono, y en efecto se habia lisongeado de conseguirle. Entretanto los gobernadores de la Bastilla y del castillo de Vincennes entregaron estos fuertes. Villars-Branca, gobernador de Roan, imitó muy en breve su ejemplo. La ciudad de Leon se rindió á las armas de Enrique. En el espacio de algunos meses le reconocieron por Soberano casi todas las ciudades principales, provincias enteras hasta en lo mas remoto del reino, y los señores mas distinguidos, sin esceptuar al duque de Guisa: conquista tanto mas gloriosa para Enrique, como tambien el título de grande que recibió entonces, quanto habia tenido mas parte en ella su bondad que su valor. No solo concedió un perdon general por todo lo pasado, sino que prodigó los empleos lucrativos y honoríficos á sus antiguos enemigos, en tal grado que llegaron á quejarse de él sus amigos constantes. Nunca egirió tanto la beneficencia como cuando podia vengarse sin ningun obstáculo.

65. No obstante, hubo un mónstruo que estuvo á pique de volver á sumergir á la Francia en el abismo de calamidades de que la habia sacado aquel buen Príncipe. Al regresar el Rey desde Picardia, fue herido con un cuchillo por Juan Chatel, hijo de un mercader de paños de Paris. La fortuna fue que Enrique, siempre afable y humano, se inclinó en aquel

momento para levantar del suelo á dos oficiales que se habian arrodillado á sus pies, y así, aunque el cuchillo iba dirigido á la garganta, dió en la boca, y le rompió un diente, con lo que se evitó una herida mas peligrosa. Ya habia resuelto el mismo parricidio Pedro Barrera, sin mas motivo conocido que el fanatismo de aquellos tiempos; pero habiendo sido delatado por un religioso dominico, habia sido preso y castigado antes de proceder á la consumacion de su delito. A Chatel se le hizo un interrogatorio muy riguroso, se le dió tormento, y solo dijo que habia estudiado tres años con los jesuitas, y les habia oido decir, como tambien á otros muchos sacerdotes seculares y regulares, que se debia defender la religion, de cualquier modo que fuese, contra la impiedad de los tiranos.

66. Se enviaron comisionados para que visitasen su colegio, y se encontraron en el cuarto del padre Guignard, bibliotecario de la casa, unos escritos injuriosos al Rey, y especialmente á la buena memoria de su predecesor. En vano representó el bibliotecario que habia una amnistía general, pues siempre resultaba reo, por haber conservado en su poder unos papeles que debia entregar á las llamas. Chatel fue descuartizado, Guignard ahorcado, y los jesuitas arrojados del reino, aunque no con tanto rigor que no se sostuviesen todavia en algunas provincias, menos indignadas contra ellos (1). Sintió mucho su desgracia el Sumo Pontífice, y dijo á Arnaldo de Ossat,

(1) Cart. 15. del Card. Ossat á Viller. t. 1. p. 372.

agente de la Reina viuda en la corte de Roma, y elevado despues á la dignidad cardenalicia, que si habia entre ellos algunos delincuentes, era justo castigarlos; pero que era contrario á la equidad y á toda razon denigrar por el delito de algunos particulares á toda una compañía, muy benemérita por sus desvelos y fatigas en beneficio de la Religion, y que entonces mismo trabajaba con la mayor actividad para facilitar la reconciliacion del Rey Enrique con la santa Sede.

Como se tratase tambien de espatriar á los capuchinos, á los mínimos y á los cartujos, porque antes de reconocer á Enrique por su legitimo Soberano, habian pedido, á egemplo de los jesuitas, que se ratificase en Roma su absolucion, añadió el Pontífice que no podia haber un medio menos oportuno para conseguirla que hacer alarde del influjo que tenian en Francia los hugonotes. No podemos disimular que atendiendo únicamente los jesuitas á evitar el peligro de un cisma, estendieron á muchos objetos su adhesion á la Silla, que es el centro de la unidad. Jamás se justificarán los malos tratamientos que recibió de ellos su hermano Edmundo Auger, porque con su gran talento conocia y procuraba dar á entender al Rey Enrique III las funestas consecuencias que podia acarrear el celo del partido de la liga; ni la asistencia de maestros juiciosos y sábios, acompañados de sus discipulos, á procesiones armadas, ni en fin, la actividad sediciosa del padre Claudio Mateo, el cual tan pronto estaba en Paris como en Roma, y

traía y llevaba con tanta frecuencia súplicas contrarias á la tranquilidad pública, y rescriptos subrepticios, que le dieron el nombre de correo de la liga. ¡Tiempo eternamente deplorable, en que se habia apoderado de toda la nacion un espíritu de vértigo! ¡Pero cuál fue el cuerpo ó congregacion numerosa, á quien no se pudiese culpar de algun defecto, y que al mismo tiempo no se hiciese muy recomendable en algunos de sus miembros? Si se vió en el orden de Santo Domingo un Jacobo Clemente y un Edmundo Bourgoin, prior é instigador de Clemente, se halló tambien en el padre Serafin Bianchi, aunque ultramontano, un hombre lleno de juicio y virtud, que libró al Rey de la mano parricida de Barrera. Pero dejemos esta materia sepultada en la obscura profundidad en que el mismo Enrique el Grande quiso confundir la memoria de ella.

67. La Reina de Inglaterra, Isabel, su íntima amiga, tuvo una gran pesadumbre cuando supo que habia vuelto á entrar en el gremio de la Iglesia (1). „¿Qué dolor tan vivo (le escribió), qué tristeza tan profunda me ha causado esta noticia! ¡Buen Dios! ¿Qué confianza podemos tener ya en los hombres? ¿En qué siglo tan extraño vivimos? ¿Pero podeis esperar un buen éxito de semejante conducta? ¿No temeis que os desampare el que hasta ahora os ha sostenido tan visiblemente con su omnipotencia? Espero que con el tiempo habeis de tomar una resolucion mas acertada. En cuanto á la amistad que me

(1) *Cambd. Annal. regn. Elis. ad ann. 1593.*

ofreceis como á vuestra buena hermana, mi conciencia me asegura que la he merecido, y no me arrepiento de ello; pero no puedo ser vuestra hermana por parte de padre desde que habeis adoptado uno que en nada disminuirá la inclinacion que profesó al que Dios sabe." La carta iba firmada en estos términos: *Vuestra afecta hermana á la moda antigua, y de ningún modo á la nueva.* — Isabel. No estrañó Enrique una respuesta que le parecia muy conforme al carácter de aquella Reina, la cual no tardó mucho en ajustar con él una alianza ofensiva y defensiva.

68. Por este tiempo murió en Roma Guillermo Alano, uno de los últimos ornamentos y de los mas celosos defensores de la iglesia británica. Habia nacido en Lancaster, de una familia ilustre y opulenta; pero quiso mas bien, como decia él mismo, vivir en miseria fuera de su patria, que gozar en ella de una abundancia funesta á su religion. Aplicado continuamente á sostener á sus compatriotas en la fe de sus padres, hizo construir y dirigió muchos seminarios en Lovaina, en Rems y en Roma, donde no omitió medio alguno para establecer sólidamente en la fe y en la piedad á los jóvenes ingleses, que siguiendo su ejemplo, preferian la Religion á la fortuna. Fueron aquellas casas, por decirlo así, otros tantos plantales de apóstoles, confesores y mártires intrépidos, que ni por prisiones, por tormentos, ni por la pena de muerte, dejaron de cultivar las últimas semillas de la fe en su nacion; la cual les es deudora de la poca que se conserva en ella todavía.

Alano, cuya doctrina era igual á su virtud, se empleó tambien con el sábio Belarmino y el cardenal Colonna en la revision de la Biblia segun la Vulgata, impresa de órden de Sisto V, y corregida por disposicion de Clemente VIII.

68. El dia del *Corpus* del año siguiente 1595 murió en Roma San Felipe Neri, fundador de la congregacion italiana del oratorio (1). En el primer capitulo celebrado ocho años antes, habia sido electo por superior general y perpétuo, decretando que despues de su fallecimiento se renovasen los generales de tres en tres años; pero se vió obligado á renunciar en 1592, con motivo de su avanzada edad y quebrantada salud, á pesar de cuantos esfuerzos hizo unánimemente la congregacion para que continuase dirigiéndola. Consiguó que ocupase su lugar el sábio Baronio, á quien habia movido á escribir los anales eclesiásticos, dejando esta dignidad en el tiempo determinado por los estatutos, para ser condecorado con la de cardenal, en compañía de Taurusio, que era tambien sacerdote del oratorio. Estuvo mucho tiempo aquella congregacion egemplar sin tener ninguna regla por escrito, reducida á la práctica de las virtudes del Evangelio, y especialmente á la de la caridad, de la cual decia el santo fundador que suplía por todas las reglas.

69. Sin embargo, aumentándose diariamente el número de los padres, instaron éstos al Santo para

(1) Gallon. Vit. S. Phil. Ner. = Baill. ad 26. Maii.

que dispusiese, como lo hizo, unos estatutos y constituciones que confirmó el Papa Gregorio XIII (1). Pero conservando siempre su inclinacion dominante á favor del noble impulso de la caridad evangélica, estableció por principio, que nunca habian de obligarse con ningun voto los que entrasen en su congregacion, aun cuando los que lo propusiesen escediesen en número á los demás. Otro estatuto, igualmente opuesto al espíritu de la mayor parte de las congregaciones, las cuales solo piensan en propagarse, fue que en Roma no hubiese mas que una casa del oratorio, y que no se encargase del gobierno de ninguna otra. Se determinó que las que se estableciesen en otras partes, se arreglasen á ésta; pero que cada una de ellas se gobernase separadamente, y con total independencia de las otras, bien que despues se hizo una escepcion á favor de la casa de Roma, la que está unida con las de Nápoles, Lanciano y San Severino. Su gobierno se compone de un superior general y de cuatro sacerdotes asistentes. El superior debe tener por lo menos cuarenta años de edad y quince de congregacion. Se elige á pluralidad de votos por los sacerdotes de la casa, que hayan permanecido en ella por espacio de diez años. No se admiten súbditos antes de los veintidos años, ni despues de los cuarenta y cinco. Cuando han estado tres años en la congregacion, se consideran como miembros de ella: en cuyo caso no se les puede despedir sino por faltas

(1) *Inst. Cong. Orat. c. 1. n. 4. §.*

graves, á juicio de las dos terceras partes de los sacerdotes que lleven diez años de congregacion. Sus funciones consisten en la frecuente oracion, en el estudio y meditacion de la sagrada Escritura, y en la instruccion de los pueblos. Era tan inclinado el piadoso fundador á la contemplacion de las cosas eternas, que pasaba en ella dias enteros, y algunas veces, segun refieren los historiadores de su vida, cuarenta horas seguidas. Solo interrumpia sus comunicaciones íntimas con Dios, para atender al bien de su orden ó á la salvacion del prógimo. Sin embargo, le acusaron de que tenia juntas sospechosas, y de que esparcia doctrinas nuevas y perjudiciales. ¡Tan necesario es que aun la virtud mas pura se acrisole de dia en dia! Le prohibieron que predicase, se le privó del ministerio de la confesion, y se sujetó á todo con una humildad que no fue la menor prueba de su inocencia. Generalmente era mirado como un Santo cuando murió, y los estupendos milagros que por su intercesion se obraron poco despues, convirtieron la general opinion en certeza y en veneracion pública. En el Pontificado de Clemente VIII se empezó á proceder á su canonizacion, y quedó concluida en el de Gregorio XV. Tenemos tres historias de su vida, en las que seria de desear que se hubiesen insertado menos cosas extraordinarias, y especialmente de aquellas particularidades tan secretas por su naturaleza, que es en cierto modo imposible presentar pruebas suficientes de ellas; porque aunque todos respetan la santidad, no están dispuestos á aprobar las narraciones

que no tienen mas fundamento que la crédulidad de sus autores.

71. Despues de dos años de catolicismo y de negociaciones por parte del Rey Enrique IV en la corte de Roma, no dudaba ya Clemente VIII que este Príncipe estuviese verdaderamente convertido. No habia querido el Pontifice admitir la embajada de Enrique, como que era de un Soberano á quien no reconocia, y habia tratado siempre al duque de Nevers, en clase de embajador, con una dureza aparente, bien que como á simple particular le escribió con agrado, y aun le oyó muchas veces acerca del objeto de su comision. Solo pretendia probarle y ganar tiempo para frustrar los designios de los enemigos del Rey. Se tenia noticia de esta disposicion del Papa por el cardenal Toledo, que fue el primer jesuita elevado á la dignidad cardenalicia, y tenia mucha parte en la confianza del Papa Clemente, de quien habia recibido aquella dignidad. Este prelado, tan célebre por su gran talento, como por su rectitud y probidad, mostró siempre el mayor empeño por la causa de Enrique IV. „Despues de Dios y de Clemente (decia Ossat en una carta á Villeroy) debe el Rey su absolucion al cardenal Toledo.” Estaba el Rey tan persuadido de esto y se manifestó tan agradecido, que luego que supo la muerte de Toledo, mandó celebrar un oficio solemne por su alma en la catedral de París. El mismo Clemente VIII demostraba en mil ocasiones su inclinacion al Rey. Cuando se le pedia alguna nueva providencia rigurosa contra la Francia:

„Bastante grande (decia) es el fuego que hay en aquel desgraciado reino, y no conviene encenderle mas.” No obstante, salió de Roma el duque de Nevers sin haber sido reconocido por embajador; pero no dejó de decir al Rey, esplicándose como un militar ofendido, que el verdadero modo de conseguir la absolucion era tomar ciudades y ganar batallas.

En efecto, cuando el Rey, despues de tantos triunfos, se hubo apoderado de su capital, parece que se desvanecieron todos los obstáculos. Hasta entonces habia seguido Ossat la negociacion, como agente secreto, unas veces con el cardenal Toledo, y otras con el Padre Santo en audiencias privadas; destruía las calumnias y las noticias favorables á los comuneros, esparcia oportunamente las verdaderas, y, para decirlo en una palabra, este pobre huérfano de Gascuña, que á la edad de nueve años quedó sin padre ni madre y en la mayor miseria, empezó á merecer desde aquella época la reputacion de un negociador habilísimo, y que supo reunir en un grado eminente la probidad con la politica, como lo acreditan sus cartas que son una obra maestra en esta materia. Considerando que la lentitud con que se procedia en Roma no podia menos de incomodar á su Soberano, se entendió con el auditor de Rota, Serafin Olivier, que era muy adicto á la Francia. Gustaba mucho el Papa de la conversacion de Olivier, hombre sumamente chistoso, y por esta razon tenia mas libertad que otro alguno para decir cualquier cosa. Clemente, que le trataba con gran familiaridad, le preguntó un dia,

qué se decía en Roma de las turbulencias de Francia. „Dicen (respondió libremente Olivier) que Clemente VII perdió la Inglaterra por su precipitacion, y que Clemente VIII perderá la Francia por su lentitud.” Estas palabras, dirigidas á un Papa que amaba verdaderamente la Religion, produjeron el efecto que se deseaba.

Sabia Enrique IV todo lo que se hacia y se decía en Roma: renovó sus protestas de adhesion á la Religion católica, y dió noticia de las diligencias que practicaba para restituirla todos sus derechos y la mas perfecta seguridad. Lo que mas agradó al Padre Santo fue que el Rey, á instancias del cardenal de Gondi, habia sacado de las manos de los hugonotes al Príncipe de Condé, á quien se consideraba como heredero de la corona, porque Enrique no tenia todavía hijos. Satisfecho el Papa con estas noticias, tomó desde luego la resolucion de concluir un asunto tan ruidoso, y dió comision á Ossat para que escribiese á su amo que podia enviar embajadores á Roma. Envió el Rey á Perron, con orden de ponerse de acuerdo con Ossat, y tratar los dos unidamente de todo lo relativo á aquel asunto.

Convocó el Pontífice un consistorio, y dijo, que exigiendo la importancia de la materia mas atencion que otra alguna, queria oír á cada cardenal en particular. De este modo se hacia dueño de los votos, persuadiéndose á que serian muy pocos los cardenales que se atreviesen á contradecirle cara á cara. Habiendo encontrado en los cardenales la docilidad que

habia previsto, celebró inmediatamente el consistorio, donde á pesar de todo se atrevió á reclamar el cardenal Colonna; pero le hizo callar el Pontífice, y quedó resuelta la absolucion.

72. Solo se trataba ya de las condiciones con que habia de concederse; y las arregló el Papa en particular con Perron y Ossat, nombrados á este efecto por Enrique. En lo que hallaron mas dificultad fue en conservar la monarquía en toda la independencia de que gozaba desde su establecimiento. Algunos ministros del Papa quisieron oponerse á ella con unas cláusulas dirigidas á dar á entender, que Enrique reinaba en virtud de la absolucion; pero mostrándose inflexibles en este punto los embajadores, no se volvió á tratar de él. Se exigió tambien la publicacion del concilio de Trento sin restriccion alguna; pero ellos solo se obligaron á la publicacion, en cuanto no fuese contraria á las leyes y costumbres del reino. Por lo demás prometieron que el Rey protegeria á la Iglesia y al clero, que nombraria para los beneficios á personas de cuya religion no pudiese dardarse, que revocaria las donaciones hechas á espensas de la Iglesia, que ratificaria todas estas promesas en manos del legado que enviase su Santidad á Francia, que haria saber á todos los Príncipes católicos la resolucion en que estaba de vivir y morir en la religion que habia abrazado últimamente, y que por obras satisfactorias oiria misa todos los dias, rezaria las varias oraciones que se especificaron, confesaria y comulgaria cuatro veces al año por lo menos, y

mandaria edificar conventos en varias provincias del reino. Dicen que por un artículo secreto prometió también restablecer en Francia á los jesuitas.

Determinadas todas estas cosas, se hizo la ceremonia de la absolucion con un aparato extraordinario el día 17 de Setiembre del año 1595. Delante de la iglesia de San Pedro, cuyas puertas estaban cerradas, se habia dispuesto un estrado espacioso, y en medio de él un trono en que se sentó el Sumo Pontífice, rodeado de todos los cardenales residentes en Roma, escepto Marco Antonio Colonna y otros dos; pero suplían muy bien esta falta los muchos obispos, prelados y oficiales de la curia pontificia, penitenciarios, maestros de ceremonias y otras muchas personas de todas clases que asistieron á un acto tan solemne. Estando sentados todos los prelados, se presentaron de pie Ossat y Perron, se postraron, y habiendo besado los pies al Sumo Pontífice, leyeron la súplica hecha en nombre del Rey. Exhibieron inmediatamente sus poderes, abjuraron por el Príncipe todas las heregias, y juraron sobre los Evangelios que conservaria inviolablemente la fe, se sujetaria á los preceptos de la Iglesia, y obedeceria á su Cabeza del mismo modo que la habian obedecido todos sus predecesores los Reyes Cristianísimos. Se les leyeron despues las condiciones que el Papa imponia al Rey por penitencia. Las aceptaron, prometiendo que serian cumplidas; y el Pontífice, segun el rito del pontifical, tomado de la práctica antigua de dar libertad á los esclavos, les tocó ligeramente, en señal

de la libertad cristiana en que restablecia al Príncipe á quien representaban. Mientras se egecutaba esto, cantaban el *Miserere*; y luego que se acabó, se levantó el Pontífice, rezó las oraciones señaladas en el pontifical, volvió despues á sentarse en su trono, y dijo en voz alta: „Por la autoridad de Dios Omnipotente, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por la mia, doy á Enrique de Borbon, Rey de Francia, la absolucion de las censuras en que ha incurrido por causa de heregia.” A esta última palabra se abrieron las puertas de la iglesia, y dijo el Papa á los dos embajadores: „ahora que he abierto la Iglesia militante al Rey, vuestro amo, recordadle que á él le toca hacerse digno de entrar algun dia en la triunfante por medio de la fe, sostenida con las obras.”

Luego que se pronunció la absolucion, resonaron por toda la ciudad trompetas y mil instrumentos músicos, con la artillería del castillo de Sant-Ángelo. Era general la alegría del pueblo; se pusieron en muchas casas las armas de Francia, y aun el populacho convirtió en bendiciones las injurias con que habia ultrajado á un Príncipe, cuyas cualidades no le eran todavía bien conocidas. Clemente mandó acuñar medallas con su retrato por un lado, y el de Enrique por otro. Con este motivo dió el Rey el título de *primos* á los cardenales, que no tenian antes mas tratamiento que el de *queridos amigos*.

73. Esta revolucion dió el último golpe á la liga, la cual cayó muy pronto en un descrédito universal.

El duque de Mayenna hizo la paz el año siguiente con unas condiciones, que solo podian esperarse de un Principe que se complacia en vencer á sus enemigos á fuerza de beneficios. Confundidos con esta generosidad los principales comuneros, prestaron obediencia á su legítimo Soberano. El mas obstinado de todos ellos, á saber, el duque de Mercœur, que se habia lisongeadó con la vana esperanza de reinar en Bretaña, se sometió por último, al cabo de dos años, á las armas triunfantes de Enrique: de suerte que solo se nombraba ya á la liga para detestarla, y admirarse de que con pretexto de religion hubiese hecho á la Francia, por espacio de cuarenta años, teatro de todos los desastres y de todas las maldades.

Sin embargo, ¿quién podrá menos de conocer que anduvo aquí el brazo adorable, que se sirve de las pasiones mas perversas para el cumplimiento de sus designios mas saludables? La liga, obra de la ambicion, de la hipocresía y del fanatismo, contribuyó á conservar en Francia la fe católica, hizo que el trono del imperio francés pueda tener la gloria de no haber sido ocupado por un Principe herege, y el último efecto de su furor se redujo á colocar en él, con la sangre pura de San Luis, la mas digna rama de la mas augusta dinastía del mundo.

## RESÚMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

#### EN EL LIBRO SEPTUAGÉSIMO

- N.º 1. *Breve noticia de las disputas acerca de la concordia de la gracia y de la libertad, entre tomistas y molinistas.* 2. *Congregaciones de auxilios.* 3. *Disposicion del Papa con motivo de esta disputa.* 4. *Célebre conversion de un doctor de los japoses.* 5. *Conversion de la Reina de Tango.* 6. *Muerte trágica de esta Princesa.* 7. *Valor asombroso de una cristiana del Japon.* 8. *Fin desgraciado del Emperador Nobunanga.* 9. *Principios de Taicosama.* 10. *Estado del cristianismo entre los grandes del Japon.* 11. *Motivo de Taicosama para perseguir á los cristianos.* 12. *Destierro del generalissimo Ucondono.* 13. *Misioneros presos en Meaco y en Ozaca.* 14. *Constancia generosa de los grandes y de los Principes cristianos.* 15. *Regreso de los embajadores que habian ido á Roma.* 16. *Ardor con que deseaban los grandes padecer el martirio.* 17. *Intrepidez de las mugeres cristianas.* 18. *Esclavas cristianas martirizadas por sus señores.* 19. *Martirio de los japoses que fueron colocados en el catálogo de los Santos.* 20. *Valor admirable de algunos niños.* 21. *Muerte de Taicosama.* 22. *Persecucion en el reino de Fingo.* 23. *Martirio de Juan Minami y de Simon Taquenda con sus familias.* 24. *Conversion del verdugo de Simon Taquenda.* 25.

El duque de Mayenna hizo la paz el año siguiente con unas condiciones, que solo podian esperarse de un Principe que se complacia en vencer á sus enemigos á fuerza de beneficios. Confundidos con esta generosidad los principales comuneros, prestaron obediencia á su legítimo Soberano. El mas obstinado de todos ellos, á saber, el duque de Mercœur, que se habia lisongeadó con la vana esperanza de reinar en Bretaña, se sometió por último, al cabo de dos años, á las armas triunfantes de Enrique: de suerte que solo se nombraba ya á la liga para detestarla, y admirarse de que con pretexto de religion hubiese hecho á la Francia, por espacio de cuarenta años, teatro de todos los desastres y de todas las maldades.

Sin embargo, ¿quién podrá menos de conocer que anduvo aquí el brazo adorable, que se sirve de las pasiones mas perversas para el cumplimiento de sus designios mas saludables? La liga, obra de la ambicion, de la hipocresía y del fanatismo, contribuyó á conservar en Francia la fe católica, hizo que el trono del imperio francés pueda tener la gloria de no haber sido ocupado por un Principe herege, y el último efecto de su furor se redujo á colocar en él, con la sangre pura de San Luis, la mas digna rama de la mas augusta dinastía del mundo.

## RESÚMEN

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

#### EN EL LIBRO SEPTUAGÉSIMO

- N.º 1. *Breve noticia de las disputas acerca de la concordia de la gracia y de la libertad, entre tomistas y molinistas.* 2. *Congregaciones de auxilios.* 3. *Disposicion del Papa con motivo de esta disputa.* 4. *Célebre conversion de un doctor de los japones.* 5. *Conversion de la Reina de Tango.* 6. *Muerte trágica de esta Princesa.* 7. *Valor asombroso de una cristiana del Japon.* 8. *Fin desgraciado del Emperador Nobunanga.* 9. *Principios de Taicosama.* 10. *Estado del cristianismo entre los grandes del Japon.* 11. *Motivo de Taicosama para perseguir á los cristianos.* 12. *Destierro del generalissimo Ucondono.* 13. *Misioneros presos en Meaco y en Ozaca.* 14. *Constancia generosa de los grandes y de los Principes cristianos.* 15. *Regreso de los embajadores que habian ido á Roma.* 16. *Ardor con que deseaban los grandes padecer el martirio.* 17. *Intrepidez de las mugeres cristianas.* 18. *Esclavas cristianas martirizadas por sus señores.* 19. *Martirio de los japones que fueron colocados en el catálogo de los Santos.* 20. *Valor admirable de algunos niños.* 21. *Muerte de Taicosama.* 22. *Persecucion en el reino de Fingo.* 23. *Martirio de Juan Minami y de Simon Taquenda con sus familias.* 24. *Conversion del verdugo de Simon Taquenda.* 25.

inquisidor de Portugal, convence con la misma claridad de que entonces no profesaban la predeterminacion todos los religiosos célebres del orden de Santo Domingo. Mas todo se trueca con el tiempo, y el espíritu de partido no se descuidó en aparentar una antigüedad primitiva.

Sea lo que fuere, juzgó Montemayor que la premocion bañeciana era una novedad peligrosa y aun favorable á las heregias proscritas por el concilio de Trento, é impugnóla vigorosamente en unas conclusiones que defendió en el año 1581. Habiendo concurrido Bañez á este acto, encolerizóse de tal suerte, que no pudo menos de considerársele como al verdadero padre de la predeterminacion. Reunió despues de esto á sus amigos, y de acuerdo con ellos delató á la inquisicion de Valladolid diez y seis proposiciones que decia haberse defendido por Montemayor; mas al comprobarlas, se halló que eran muy distintas.

Lo mejor hubiera sido que Montemayor y sus compañeros se hubiesen contentado con su primer triunfo, ó á lo menos que, atendiendo solo á impugnar el nuevo sistema que les parecia peligroso, no hubiesen tratado de substituirle otro. Examinada entonces la predeterminacion en sí misma, y sin compararla con la ciencia media ó la presciencia de los futuros condicionados, hubiera hecho frente con dificultad á unos antagonistas empleados solo en impugnar, sin distraerse con el cuidado de su propia defensa; y sobre todo sin dar causa á que se sospechase de que tenían

un interés personal. Y contenidos una vez los decretos predeterminantes, no hubiera venido en su apoyo los que se llamaron necesitantes, con las turbulencias y escándalos ocasionados en la Iglesia. Pero repítámoslo: ¿dónde están los hombres á quienes nunca haya alucinado el espíritu de partido?

Abrazó con tal empeño Luis Molina, otro jesuita español y mucho mas célebre que Montemayor, la causa de su compañero, que muy en breve se vió precisado á sostenerla en su propio nombre. Aun no se habia publicado su libro de la concordia, cuando le delató Bañez al inquisidor general, el cardenal Alberto de Austria. No habia visto la obra el delator; pero en el supuesto de que impugnaba su premocion, como se le habia informado, no podia menos en su concepto de ser pelagiana. „Quejóse Bañez (dice con este motivo un fuldense, llamado Pedro de San Josef, teólogo hábil de aquellos tiempos) convencido de que caia por tierra su predeterminacion, y de que él corria riesgo de ser calvinista, si Molina no era pelagiano (1).” Dióse á luz, sin embargo, el libro de la concordia, con una aprobacion muy estensa del padre Ferreira, dominico, á quien se habia dado la comision de examinarle, como inquisidor que era de Portugal, donde profesaba Molina la teología, y donde habia impreso su obra. Despachóse ésta con la mayor rapidéz, y fue admitida la ciencia media por los franciscanos y agustinos, quienes la defendieron

(1) *Petr. á Santo Jos. c. 5. p. 1.*

desde luego en sus conclusiones públicas, sucediendo lo mismo en varias universidades, en Zaragoza, en Toledo, en Sevilla, en Granada y en otras muchas ciudades de España. Estendióse despues con rapidéz por Francia, por Lorena y por el centro de Alemania. Una compañía sábia y numerosa tenia mucha proporcion para acreditar sus producciones: el primer aspecto de la predeterminacion fisica muestra que no puede conciliarse con la razon sino á espensas de la fe, ni con la fe sino por medio de un perjuicio mas visible de la razon, y esto parecia bastante para destruirla.

Desesperados Bañez y sus consortes al ver súbitamente destruida la obra maestra de su ingenio, presentaron súplicas y mas súplicas al Pontífice, pero el resultado de ellas fue prohibirles que tratasen de herege á Molina ó que infamasen con esta nota sus escritos. Era ya tan grande el encono, que muchos predicadores dominicos, y en especial el padre Avendaño, convertian la cátedra de la verdad en un teatro de invectivas, donde trataban á los jesuitas de hereges, de seductores, de mágicos y de instrumentos del diablo. Creíase Avendaño suscitado por Dios para acabar con la compañía, y decia con mucha formalidad que nunca participaba de los santos misterios sin experimentar un nuevo ardor para continuar esta buena obra. He aquí sin duda un fruto muy singular de los sacramentos. Mas moderados los jesuitas, pues se abstenerian de estas invectivas odiosas, no dejaban por eso de tratar de hereges á los predeterminantes,

calificándolos de luteranos y de calvinistas mitigados. El Pontífice informado de esta conducta escandalosa por varios obispos de España, prohibió al punto á los dos partidos que agitasen otra vez semejantes cuestiones, y avocó la causa á su tribunal.

Nombró Clemente VIII ocho consultores, propuestos por el cardenal Alejandrino, protector del orden de Santo Domingo, cuyo instituto habia profesado, y por el cardenal de Ascoli, que habia sido tambien dominico. Estos consultores, á escepcion de los padres Plumbino y Bovio, éste carmelita y el otro agustino, quienes siempre permanecieron á favor de Molina, censuraron en Enero y Febrero de 1598, sesenta y una proposiciones del libro de la concordia. El Papa opinó que este trabajo se habia executado con precipitacion, y les mandó que volviesen á empezarle. Sospechábase que se habian gobernado para la sentencia por los extractos que les dieron los delatores, y que no se habian tomado la molestia de cotejarlos con el original. Declaraban en efecto que Molina atribuía á Dios por motivo de la predestinacion, la prevision del buen uso que haria el hombre del libre albedrío; y en los mismos lugares del libro donde pretendian que se daba por sentado este principio semi pelagiano, esto es, en la cuestion veintitres, artículo cuarto y quinto, se refuta terminantemente y con mucho nervio, y se atribuye la predestinacion á la sola voluntad de Dios que distribuye con libertad sus dones á quien le place.

Los consultores reunidos de nuevo, insistieron

en su primer dictámen; y habiendo quedado dueños de la resolución á causa de la muerte del cardenal Madruccio, que era el que presidia sus juntas, pensaron ya solo en disponer la censura. Entretanto la elevacion del jesuita Belarmino al cardenalato, dió un nuevo apoyo á la compañía; y habiendo sido admitido su general, el padre Aquaviva, á tratar con los consultores, mostróles claramente que atribuían á Molina unas proposiciones que nunca habia enseñado, y que censuraban unas proposiciones católicas, ó recibidas por lo comun en las iglesias católicas. Bien necesario era que la advertencia se fundase en razones, pues de sesenta y una proposiciones condenadas al principio, limitaron desde luego su número á cuarenta y nueve, despues á cuarenta y una, y luego á veinte. Dieron motivo estas variaciones á que se formase una idea poco ventajosa de la censura y de los censores, y esplicóse el Papa con ellos en unos términos bastante fuertes. De sus lábios oyeron que la causa no estaba en estado de sentenciarse, que no se habia atendido como era justo á las defensas de la parte acusada, y que queria asistir en persona al exámen que habia de seguirse.

2. Celebráronse todavía mas de sesenta congregaciones, desde el día 20 de Mayo de 1601 hasta el 22 de Enero de 1605, sin decidir cosa alguna. Valencia, campeón de los jesuitas, se rindió desde el primer año al exceso del trabajo; cayó desvanecido en medio del ardor de la disputa, y murió poco despues. Arubal, que fue su sucesor, no podia resistir ya en el

mes de Noviembre del año siguiente, y ocupó su lugar La Bastida. El héroe de los predeterminantes, Lemos, con su salud de atleta y sus pulmones de bronce, que no le sirvieron menos que su erudicion, vióse obligado á retirarse por algun tiempo, y á ceder interinamente el puesto á Álvarez; y por último el Pontífice, que á pesar de su avanzada edad asistia á todas las congregaciones, murió sin decidir este asunto, y quizá de resultas de los cuidados y fatigas que le ocasionó.

El convencimiento comun es que estaba inclinado á los predeterminantes por influjo del cardenal Alejandrino que habia sido el origen de la fortuna del Pontífice, llevándole consigo á sus legacias, y á quien por otra parte debia Clemente unos favores muy singulares. Francisco Peña, que sin mas carácter que el de auditor de Rota, habia sabido introducirse en la corte de Clemente VIII, promovia la condenacion de los jesuitas con el resentimiento que inspira una antigua amistad convertida en odio. Habiéndolos amado hasta el extremo de publicar una obra contra el parlamento de París á causa de su destierro, los odiaba despues de tal suerte, que no omitió diligencia alguna para impedir la beatificacion de su fundador, escluyendo á sus escolares de las limosnas considerables que dejó para los estudiantes pobres: cláusula tan odiosa, que ningun caso hicieron de ella. Por otra parte, el marqués de Villena, embajador de España, tenia orden para activar la condenacion de Molina; y los españoles en general estaban abiertamente

declarados contra los jesuitas, porque habian solicitado estos padres la absolucion de Enrique IV, como lo vemos por las cartas del cardenal de Perron, quien escribió al Rey mientras duraban aquellas disputas, diciéndole que los dominicos eran protegidos por aquellos que no llevaban á bien que le fuese tan adicto el general de los jesuitas con casi todos los religiosos de su orden (1).

Todos estos móviles terrenos y defectuosos no habrian autorizado la falta de sumision á la decision de la santa Sede, si se hubiera verificado, porque luego que pronuncia la Iglesia una sentencia, y se deja oír la voz de su autoridad, es necesario someterse á esta regla antigua de la fe, prescindiendo de los designios y de los vicios verdaderos ó supuestos, así de los que la preparan, como de los que la aplican. Mas la muerte ó la Providencia no sufrió que decidiese Clemente VIII; y aun cuando hubiera vivido, es muy dudoso que á pesar de su tendencia particular, hubiese dado una sentencia definitiva (2). Lo cierto es, que el cardenal de Perron dió mucho en que pensar á Clemente VIII, diciéndole que si se espedia un decreto á favor de la predeterminacion fisica, se obligaba él á hacer que le firmasen todos los protestantes de Europa.

No podemos pasar en silencio la anécdota, bastante despreciable, que se refiere en las actas de

(1) Cartas de 7 de Febr. de 1605, y 23 de Enero de 1606.

(2) Gall. Purp. p. 673.

Lemos, y cuya omision pudiera atribuirse á la parcialidad, mas bien que á un discernimiento juicioso. Segun este predeterminante formidable, se sintió malo en la disputa su antagonista Valencia, porque le convenció de haber falsificado con harta vergüenza un pasage de San Agustin, y la terrible reprension que le dió por esto el Sumo Pontífice, fue como un rayo que le derribó en el campo de batalla, privándole del pulso y del aliento. Necesitanse ojos muy preocupados á favor de su objeto, para ver de esta manera. Es necesario tener los ojos del dominico Chouquet, el cual, en sus rapsodias, condenadas al punto de impresas, representa á Lemos en el acto de empezar las congregaciones, rodeado de unos rayos de luz tan brillantes, que deslumbraban á los cardenales (1). O la cita de Valencia fue una falsificacion meditada, ó un simple descuido. ¿Qué adelantaba con falsificar un testo que sus contrarios habian de confrontar al punto, y qué causa habia para que se muriese de vergüenza por una falta de memoria padecida en medio del ardor de la disputa, cuando ni aun las obras trabajadas muy despacio están libres de semejantes inadvertencias? Pero es el caso, que ni Peña, enemigo declarado de los jesuitas, ni los dos secretarios, tan exactos en recoger todo lo que era favorable á los predeterminantes, hablan una palabra de la corrupcion del pasage, de la reprension del Papa, ni del vértigo de Valencia: circunstancias

(1) Libro de las entrañas maternas de la Santísima Virgen para con el Ord. de Predicad. p. 326. — Edicto de 1634.

*Principios de San Francisco de Sales. 26. Sus misiones en el Chablés. 27. Frutos de su celo y de sus buenos egemplos. 28. Ministro convertido y condenado injustamente á muerte por los hereges. 29. Conversion del baron de Avilly. 30. Progresos de la fe católica en el Chablés. 31. Conferencias de San Francisco de Sales con Teodoro Beza. 32. Muerte de Beza. 33. Restablecimiento solemne del culto católico en el Chablés y en el país de Gex. 34. Reunion del ducado de Ferrara al estado eclesiástico. 35. Paz de Vervins. 36. Publicacion del edicto de Nantes. 37. Muerte de Felipe II. 38. Se separa Enrique IV de Margarita de Valois, y se casa con María de Médicis. 39. Madama Longueville abraza la vida religiosa. 40. Reforma de los trinitarios en España. 41. Establecimiento de los religiosos de la tercera orden de San Francisco. 42. Concurrencia prodigiosa al jubileo del año 1600. 43. Hereges é infieles convertidos en aquella ocasion. 44. Conversion de Estévan Calvino. 45. Conferencia de Fontainebleau entre Mornai y Perron. 46. San Francisco de Sales, nombrado auxiliar de Ginebra. 47. El inglés Sirley lleva á los Principes cristianos un embajador del Rey de Persia. 48. Se condena la confesion por cartas. 49. Muerte de Isabel, Reina de Inglaterra. 50. Jacobo VI, Rey de la Gran Bretaña. 51. Conventiculo de Gap. 52. Muerte de Fausto Sócino III. 53. Hermanos polacos. 54. El Rey de Suecia depuesto por sus vasallos hereges. 55. Enrique IV restablece á los jesuitas en sus estados. 56. Muerte del Papa Clemente VIII.*

32

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

### LIBRO SEPTUAGÉSIMO.

*Desde la reconciliacion del Rey Enrique IV con la iglesia romana en el año 1595, hasta la muerte de Clemente VIII en el de 1605.*

1. La guerra de Bañez y de Molina, cuyo principio debemos fijar en la época que ya tocamos, causó tanto estruendo como las de los hugonotes. Hablaremos, pues, aunque sea solo una vez, de las célebres congregaciones de *auxiliis*, cuya señal, si es permitido esplicarse así, se dió á 10 de Enero de 1595, por el breve que dirigió Clemente VIII á la inquisicion de Castilla, para avocar á Roma las cuestiones agitadas en España acerca de la concordia de la gracia con la libertad. Lejos de nosotros la idea de dar á estas materias la misma importancia que las da la pasion que cada uno tiene por su escuela y comunidad. Tememos hastiar á las personas imparciales,

que son las únicas dignas de atención, y espondremos con mucha brevedad estos largos altercados de mas de diez años, sin guardar exactamente el orden de los tiempos, por no vernos en la precisión de insistir mas en estas inutilidades famosas.

Pudo solo llamar en este punto la atención de la sabiduría y vigilancia del Sumo Pontífice, el conservar la union entre las escuelas católicas, reprimiendo la osadía de los doctores que querian descubrir unos misterios, acerca de los cuales el Apóstol elevado hasta el tercer cielo no sabia mas que esclamar: *¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!* Es de fe que el hombre hace el bien libremente, y que la gracia le es absolutamente necesaria para las obras de salvacion. Es de fe que la gracia no perjudica al libre albedrío, y que el libre albedrío no disminuye en modo alguno el poder de la gracia. Estas son las dos verdades que es necesario creer, y que forman en esta parte el fundamento de nuestra fe. Mas no se tuvo por suficiente atenerse á la sustancia del misterio, sino que, por decirlo así, se le quiso analizar y conocer á fondo cuanto habia que saber en orden á él. Túvose la temeridad de preguntar, cómo se conciliaba la gracia con el libre albedrío; cómo obraba el libre albedrío impulsado por la gracia; cómo disponia la gracia de la actividad del libre albedrío, y qué parte tenia cada uno en el cumplimiento de los preceptos y en el mérito de las buenas obras. Objetos todos que con mucho acierto se nos han ocultado, para que todo lo esperemos del

cielo, y hagamos al mismo tiempo todo lo posible con el objeto de que nuestra salvacion se verifique temiendo y temblando, y con tanta mayor seguridad cuanta menor sea la confianza que pongamos en nuestros débiles esfuerzos.

No ha servido de otra cosa en todos tiempos el deseo de conciliar nuestros dogmas con las nociones comunes, ó con las novedades introducidas por aquellos sectarios, cuya conversion se queria facilitar, que de acrecer en la Iglesia las revueltas y los escándalos. No habian puesto en olvido en España el egemplo del dominico Pedro Soto, cuyas cuestiones habia trasformado el atrevido Bayo, sentándolas como verdades absolutas. Y el jesuita Montemayor, teólogo de Salamanca, juzgó observar una parte de aquel sistema en los decretos predeterminantes de Domingo Báñez, compañero de hábito de Soto. La premoción fisica, á lo menos segun la habia imaginado Bayo, y despues la esponian los nuevos tomistas, no se miraba aun entre los dominicos como doctrina enseñada por Santo Tomás. Conócese esto claramente por la respuesta que dieron sus defensores en la junta celebrada á 22 de Febrero de 1599, en casa del cardenal Madruccio, presidente de las congregaciones; pues habiéndoseles obligado á que esplicasen el sistema de sus decretos predeterminantes, contestaron que no podian hablar de él como de una doctrina comun en su orden, antes de consultar á todas sus provincias. La aprobacion dada al libro de Molina por el padre Bartolomé Ferreira, dominico é

tan favorables á sus ideas que no es creible que las hubiesen omitido.

Pero, ¿qué delirios no es capaz de producir la manía de defender un sistema! ¿Quién hubiera imaginado lo que afirma el padre Jacobo de Santo Domingo en su libro curioso de *la nueva estrella de Casiopeia*, á saber, que los ángeles se convirtieron en demonios por haber desechado el dogma de la fisica predeterminacion que se les habia propuesto para probarlos (1)? „A ejemplo de Lucifer, impugnó Simon Mago la misma doctrina (añade otro escritor de igual mérito), y éste fue el asunto de sus funestas disputas con el Príncipe de los Apóstoles.” Mas no pasemos adelante, ni demos lugar á que se sospeche que nos alienta una parcialidad que abjuramos de nuevo. La premocion fisica y la ciencia media nos son perfectamente iguales, ó por mejor decir, del todo indistintas, pues una y otra interesan muy poco á la fe. ¿Y quién no se admirará de que unos doctores ciertamente respetables, hayan podido acalorarse en tales términos á favor de unas hipótesis y presunciones que no hay inconveniente en que sean imaginarias? Lo mas sensible es, que sirvieron de pretesto para otras novedades mas peligrosas, con grave escándalo de los fieles sencillos, y no poco trastorno de la Iglesia.

Las disputas no se acabaron con la muerte de Clemente VIII. En el cónclave celebrado de resultas de ella, ofrecieron los cardenales que el que fuese

(1) *Lib. de Nov. Cassiop. c. 1. et 2.*

elegido para sucederle, las habia de terminar con una sentencia definitiva. Paulo V, sucesor, aunque no inmediato, de Clemente, se creyó obligado á cumplir esta promesa; y para ello celebró todavía diez y siete congregaciones. Mas ante todas cosas consultó á otros doctores que no estuviesen acalorados con aquellas disputas, ó notados con la sospecha de que procedian impulsados de algun interés particular. San Francisco de Sales, no menos célebre por su doctrina que por sus virtudes, fue uno de los primeros á quienes se consultó. Y aunque su voto ha permanecido siempre secreto, como tambien el de todos los demás, podemos opinar de su respuesta, segun la observacion mas juiciosa del historiador de su vida, por la doctrina enseñada en sus obras, en las que nadie ha pensado descubrir ni la predeterminacion ni la ciencia media. Habian estado siempre los molinistas á la defensiva en tiempo de Clemente VIII, porque se les habia prohibido constantemente todo ataque, á pretesto de que los acusados no debian representar el papel de acusadores. Mas no haciendo caso de estas formalidades el nuevo Papa, y juzgando que podia padecer algun detrimento el sagrado depósito con un silencio que no tardaria en calificarse de aprobacion, viéronse obligados los tomistas á estar tambien á la defensiva, por mas esfuerzos que hicieron para evitar este golpe.

Vióse muy pronto que este nuevo papel no era tan fácil de representar como el primero. Sostuvo La Bastida que la fisica predeterminacion aniquilaba el

libre albedrío y la gracia suficiente, que hacia á Dios autor del pecado, y que habia sido ya condenada con el calvinismo por el concilio de Trento. Formó por último un paralelo de veinte artículos entre la doctrina de Bañez y la de Calvino. Despues de esta comparación sacaba un argumento terrible: pero Lemos tenia habilidad para desenmarañarse, á lo menos en la apariencia, de todo género de dificultades. Repliqué con una voz de Stentor, que la predeterminacion era la pura doctrina de San Agustin: que los pelagianos solo eran hereges, porque no admitian la predeterminacion: que todos los que no la admitian eran pelagianos; y que los jesuitas no eran mas que unos pelagianos ó fautores del pelagianismo. En una palabra, lo único que se pudo comprender en su primera defensa, despues del nombre de San Agustin, fueron los nombres de pelagianismo, pelagianos y semipelagianos, que eran el sonsonete de sus declamaciones.

Conoció, no obstante, que estas generalidades é injurias podrian no satisfacer á sus jueces. Viniendo, pues, á la dificultad, confesó que Calvino habia sostenido como Bañez la gracia eficaz por sí misma, é independientemente de la voluntad. Añadió, que este principio era muy cierto, y que todo el error consistia en inferir de él como hacia Calvino, que el consentimiento de la voluntad era necesario con una necesidad de consiguiente. Mas Bañez no le llamaba necesario, sino con una necesidad de consecuencia. Podria sospechar alguno que atribuimos nosotros á

Lemos semejantes soluciones (1). Para desengañarse sobra con leer su propia relacion, y causará muchas sorpresas el ver que apenas bastó su virtud para no ensoberbecerse con la gloria de una invencion tan sutil, y que procuró resistir los asaltos de la vanidad, exclamando con el Apóstol: *Por la gracia de Dios soy lo que soy*. No le causó menos satisfaccion el descubrimiento *del sentido compuesto y el diviso*; y en efecto le fue tan útil como la distincion de las necesidades de consiguiente y de consecuencia. Estos términos sutiles estaban muy lejos de satisfacer á sus jueces, y le fue preciso por último reducir la predeterminacion á un auxilio preveniente, pero que puede rehusarle la voluntad cuando se la ofrece, y no aprovecharse de él cuando le tiene, de tal modo que si no hace lo que se le manda, no depende de Dios, sino de ella. Así el tomismo y el molinismo, á pesar de su antipatia recíproca, venian á confundirse en tanto grado que era imposible señalar su diferencia. Y en realidad, la premocion modificada de esta manera parecia al concurso simultáneo, y para los que no entendian de sutilezas era una mezclanza de términos insignificantes, ó cuya significacion no era para todos.

Instruida suficientemente la causa, ordenó el Papa á los consultores que le diesen su dictámen por escrito, y que le fundasen. No eran mas favorables á los jesuitas que los primeros; pero la dificultad estaba en presentar los fundamentos que se exigian.

(1) *Act. P. Thom. Lemos.*

Después de cuatro meses de trabajos particulares y de muchas juntas que les permitieron tener, conoció el Papa que además de las incertidumbres y variaciones de sus escritos, no habían tocado al punto de la cuestión, á saber, en qué se diferenciaban los católicos de los hereges en materia de gracia y de libre albedrío. Acordó, pues, tomar por base de su decisión las del concilio de Trento contra los luteranos y calvinistas, y á este efecto ordenó que se entregasen todas las actas manuscritas de este concilio al cardenal de Perron, á quien miraba justamente como uno de los mayores teólogos de su siglo.

3. Esta confianza en un cardenal que juzgaba que la predeterminación era muy favorable á los calvinistas, no anunciaba un éxito muy feliz para los predeterminantes. Esparcióse, sin embargo, en el público una bula, que se decía dispuesta por Paulo V contra el molinismo, y que solo le faltaba, según sus propagadores, la formalidad de la promulgación. Mas el tiempo en que apareció, esto es, á mediados del siglo diez y siete, y la infamia de las personas que pretendían autorizarla, bastaban para que cayese en un total descrédito, aun cuando no estuviera llena de contradicciones, de anacronismos, de principios cismáticos y de todos los indicios de suposición y superchería. *Contradicción.* De las distintas copias de esta bula clandestina, unas condenan cincuenta proposiciones, y otras condenan solo cuarenta y dos. *Anacronismo.* El nombre de los censores por quienes se supone firmada, prueba que se fraguó cinco años

antes del Pontificado de Paulo V, á quien la atribuyen. *Principios cismáticos.* Condena algunas proposiciones, y entre otras la segunda y la cuarta, que son las contradictorias de las condenadas en Bayo. ¿Y quiénes se muestran mas celosos en autorizar esta bula, que achacan sin ningun fundamento á la santa Sede? Cabalmente los que en todos los otros casos tienen en menosprecio las bulas y constituciones de la Silla apostólica, los que ninguna relacion tienen con la escuela católica de los tomistas, y los que opinan que hay tanta necedad en el tomismo, como error en el molinismo. Es notorio que la santa Sede no aprueba esta bula, por el decreto en que el Sumo Pontífice Inocencio X declaró en términos formales que no debían darle crédito alguno, por ser un conjunto de mentiras indigno de todo asenso (\*).

(\*) Por mas que Berault repita las protestas de imparcialidad en la brevísima narración que nos da de las célebres congregaciones de *auxiliis*, apenas se encontrará un solo lector que no eche de ver á primera vista el espíritu que dirigió la pluma de nuestro historiador. No tratamos de oponer á su relación otra diametralmente opuesta: podría entonces formarse de nuestras palabras el mismo juicio que formamos nosotros de las suyas; y á más los límites de una nota no permiten la extensión que de suyo requeriría una descripción circunstanciada. Sin embargo, no podemos prescindirnos de señalar y corregir algunas cláusulas del canónico de Noyón.

En primer lugar, trata de inútil y aun de perniciosa la famosa cuestión entre tomistas y molinistas; es decir, afirma que nos importa poco saber si es la gracia la que por su propia virtud é intrínseca eficacia determina nuestra voluntad al bien, y hace que consintamos, queramos y obremos, que es el gran principio y fundamento del sistema de los predeterminantes; ó si al contrario, es nuestra voluntad la que, determinándose á sí misma, determina á la gracia, como

Paulo V nada pronunció de un modo definitivo acerca de esta cuestión, declarando solo algunos días despues, esto es, el 28 de Agosto de 1607, en que conferenció la última vez con el sacro colegio, que

si la eficacia de ésta dependiese del libre albedrío, en lo cual consiste todo el sistema de los discípulos de Molina. Mas cuando la experiencia cotidiana no manifestase hasta la evidencia, que los principios que se establecen, tratando de la gracia, tienen conexiones esenciales y enlaces muy íntimos con los principios de la moral, y que segun son verdaderos ó falsos pueden traer tras de sí consecuencias muy diferentes para el arreglo de las costumbres, la estrecha relacion que tiene la doctrina de la predestinacion y de la gracia con los mismos principios de la Religion, sirviendo para aclarar en un todo muchas de las santas verdades de nuestra fe, y contribuyendo en gran manera á hacernos conocer toda la estension de nuestros deberes, basta para convencernos de que, lejos de mirar como inútil el trabajo con que los teólogos han tratado de explicar, en cuanto es posible, el profundo misterio de la concordia de la gracia de Dios y de la libertad humana, debemos por el contrario mirarle como uno de los mas útiles y aun necesarios para la ciencia de la Religion. Nuestro mismo historiador, hablando de los escritos y doctrina de San Agustin, manifestó muy bien la importancia de estas materias. Si ahora, pues, se limitase su censura al modo con que trataron esta cuestión los dos partidos, esto es, á las mútuas acriminaciones y extraordinario calor de dominicos y jesuitas, podríamos convenir en que ninguna utilidad reportaban sus disputas; pero aplicando su nota á la misma sustancia de la cuestión, no podemos menos de decir que se apartó Berault en este punto del sendero que nos marcaron los grandes maestros de la teología cristiana. Si esta cuestión es inútil, tambien lo serán todas las que trataron los santos padres y doctores de la Iglesia para aclarar en cuanto es dado al hombre, no la esencia de los misterios que de suyo es incomprendible, sino los argumentos que nos deben inducir á cautivar nuestro entendimiento en obsequio de la verdad de la fe, y de los medios que demuestran la no repugnancia ó la conveniencia de esta misma verdad con la luz de la razon. Creemos, pues, que ningun teólogo podrá conceder á Berault su estraña asercion.

publicaria su decision cuando lo reputase conveniente, y que entretanto prohibia severamente á los dos partidos censurarse uno á otro sobre esta materia. Esta disputa, pues, habiendo llamado tanto tiempo la

¿Y cómo se atreve nuestro historiador á llamar *mezcolanza de términos insignificantes* la doctrina de la predeterminacion ó pre-mocion física? ¿Habia por caso olvidado los repetidísimos elógios que la tributaron los Sumos Pontífices al recomendar en sus bulas el estudio de la teología de Santo Tomás? ¿O juzgaba no ser la misma que enseña el santo Doctor en todas las partes de sus obras en que trata de este punto capital? No vemos cómo pudo desatender el canónigo de Noyón las palabras del breve que publicó en sus mismos días Benedicto XIII, en el que dice á toda la orden de predicadores: „Despreciad generosamente, ó amados hijos, todas las calumnias que han querido propagar contra vuestras opiniones, y sobre todo contra la doctrina de la gracia eficaz y de la predestinacion gratuita; estas opiniones que siempre os haceis honor de enseñar en vuestra escuela, por un celo digno de alabanza, son sacadas de los escritos de San Agustin y de Santo Tomás, y teneis obligacion de defenderlas como conformes á la palabra de Dios, decretos de los Soberanos Pontífices, estatutos de los concilios y lenguaje de los santos padres. No dejéis jamás de aplicaros al estudio de las obras de vuestro santo Doctor, que exentas de todo género de error y mas brillantes que el sol, derraman en la Iglesia de Jesucristo las vivas luces de una erudicion admirable (1).” Si las aprobaciones de los Papas no impidieron á nuestro historiador hablar á su modo del sistema de los prederminantes, hubiera al menos debido impedírsele el egeemplo del gran Bossuet, á quien cita en esta misma parte de su historia, y en el que hubiera podido aprender en qué consiste toda la doctrina de la predeterminacion, leyendo el escelente capítulo ocravo de su tratado del libre albedrío, donde explica y elógia la opinion de los tomistas. (R)

Visto esto, nadie estrañará ya que tachemos de parcialidad la narracion de nuestro historiador: nos seria fácil probar cuánto distan de la verdad la mayor parte de los hechos que refiere. En los mismos

(1) Bened. XIII. Brev. Adversus calumnias. 1724. . . . . (1)

atencion de toda Europa, y consumido los mas preciosos momentos de dos grandes Papas, del sacro colegio, de una infinidad de prelados y de doctores célebres, concluyóse como todos los asuntos de igual naturaleza, sin aclarar nada. El partido que mira con menos respeto las decisiones de la santa Sede, esto es, los falsos tomistas que se escudan con el nombre de una escuela respetable, porque el suyo no espresa mas que cisma y secta, quéjense de que por medio del silencio de Roma acerca de lo substancial de la cuestion, y atendida la libertad en que quedaban los dos partidos de enseñar sus opiniones respectivas, triunfa el pelagianismo en la Iglesia actual, y de que este gran rio, tan puro en otros tiempos, lleva ya unas aguas cenagosas. Como esta acusacion no se distingue de la de los calvinistas, remitimos á sus autores á la contestacion que en iguales circunstancias dió el grande obispo de Meaux al ministro Jurieu (1).

„En cuanto á lo que se nos objeta (le decia) de que nuestros molinistas son semi-pelagianos, y de que la iglesia romana tolera el pelagianismo, basta ver los libros de los molinistas para convencerse de que admiten á favor de todos los escogidos una preferencia

franceses que asistieron á las congregaciones, enviados por Enrique IV, y que tenian un interés en sostener el partido de los jesuitas, tenemos otros tantos testimonios contrarios á Berault. El cardenal Du-Perron y Jacobo Le-Bossu, en sus respectivas actas, merecen sin duda mas fe que todo lo que nos hayan dicho los escritores de uno y otro partido. Véanse estas mismas actas y los escritos del cardenal Luis Madruccio.

(1) *Boss. Adv. 1.*

gratuita de la divina misericordia, una gracia preveniente, siempre necesaria para todas las obras piadosas, y una direccion especial que los guia en ellas.” Mas los falsos tomistas, ó los semi-calvinistas y los calvinistas rigurosos, no saben contentarse con esto: y toda gracia que no destruya el libre ejercicio de la voluntad, será siempre para ellos una gracia pelagiana.

4. Cuando los mas sábios jesuitas de España é Italia consumian en Europa el tiempo, y malversaban su talento defendiendo las invenciones y sutilezas de algunos de ellos, otros hijos de Ignacio que miraban solo por la mayor gloria de Dios, á egemplo de su padre, y que limitaban sus trabajos á conocer y hacer que fuese conocido Jesucristo crucificado, no pensaban en otra cosa que en dilatar el imperio de la Iglesia, siguiendo las huellas del apóstol de las Indias y del Japón. Desde la salida de los embajadores de esta nacion para ir á la capital del mundo cristiano, habia derramado en ella el Evangelio unos torrentes de luz que obligaban á los pueblos á avergonzarse de sus dogmas fabulosos, y hollaban por tierra el orgullo mas encaprichado de su sabiduría (1). En medio de la ciudad imperial, un sábio llamado Dosan, que habia recorrido todas las academias de la China y del Japón, siendo admirado de cuantos le oían, conferenció por casualidad con un misionero acerca de la naturaleza de nuestras almas, que en su concepto eran materiales. Convencióle en tanto extremo de lo

(1) *Hist. del Jap. lib. 6.*

contrario el europeo, como tambien de las consecuencias que se derivan de este primer principio, que Dosan quedó confundido al ver su ignorancia, y consternáronle los peligros á que le esponia. Amaba sinceramente la verdad, la confesó luego que llegó á conocerla, se humilló ante el Señor de los corazones, y le fortaleció Dios de tal suerte, que, atropellando todos los respetos humanos, ordenó que le instruyesen á fondo en nuestros misterios, y despues recibió el bautismo. No es posible explicar el asombro que causó en toda la ciudad esta noticia. Siguieron su egemplo setecientas ú ochocientas personas que iban todos los dias á oír á Dosan como á un oráculo; é imitólas tanto número de otras, que no cabian en las iglesias. „El sábio (se decia por todas partes) se ha hecho cristiano. Dosan, que todo lo sabe, no ha encontrado otra religion mejor que el cristianismo.” No hablaron de otra cosa el Emperador y toda su corte por espacio de muchos dias.

5. No fueron menores los progresos del Evangelio, aunque poco despues cundió el rumor de la persecucion. Nunca se vieron, á pesar de esta voz, mas conversiones que entonces, aun en los lugares donde residia el Emperador, y aun entre las mugeres que desmintieron la flaqueza de su sexo. Temiendo el Rey de Tango que la peregrina belleza de la Reina su esposa, aun muy jóven, escitase alguna pasion menos honesta en el Emperador, la tenia de continuo encerrada en un palacio, donde vivia con grande inocencia. No obstante ser idólatra, habíala hablado

muchas veces con aprecio de la Religion cristiana, que por lo menos despertaba la admiracion de los que no la abrazaban. Esta Princesa, dotada de un talento admirable, conservó todo lo que se la habia dicho; y como sus costumbres no servian de obstáculo á las impresiones de la gracia, sintióse muy inclinada á una religion tan conforme á sus felices disposiciones. Sin esperanza de lograr el consentimiento del Rey, su esposo, fue la indispensable tratar de su conversion con el mas profundo secreto, y recatarse de una infinidad de personas que la estaban observando de continuo. Educábase por fortuna á su lado una Princesa de la casa real, con quien la unia con mas estrechéz la conformidad de las inclinaciones virtuosas que el vínculo de la afinidad: á esta Princesa nada ocultaba. Descubrióse á esta amiga segura, que tenia libertad para ir y venir, y envióla á que comunicase con un misionero sus deseos y sus dificultades. Teniendo la mediadora igual deseo que la Reina de abrazar el cristianismo, no se concretó á su comision, sino que hizo que la bautizasen, y tomó el nombre de María. La gracia del bautismo la transformó al punto en apóstol. Todas las señoras de la corte, á quienes dió parte de su felicidad, fueron unas tras otras á buscar al misionero, y regresaron ya cristianas. La misma dicha tuvo un caballero que fue acompañándolas. Gemia entretanto la Reina con la mayor amargura, porque veíase esclava del infierno en medio de una corte, á la que habia proporcionado la libertad de los hijos de

Dios. Volvió la Princesa María á buscar al misionero, hizo que la instruyese perfectamente en el modo de conferir el bautismo, y luego que se restituyó á palacio, bautizó á la Reina dándola el nombre de Gracia. La neófita no tardó en ser una cristiana perfecta, y vióse dotada del don de fortaleza que solo comunica el Espíritu Santo á las almas privilegiadas. En cuanto á María, sublimóse de tal suerte su alma en el egercicio del ministerio divino, que desde entonces miró su persona como consagrada á Dios. Al punto que bautizó á la Reina, volvió á buscar al misionero, hincóse en su presencia al pie del altar, é hizo voto de virginidad no obstante los muchos y distinguidos personajes que solicitaban su mano. Presentóse en público en el mismo dia con las insignias que la parecieron mas á propósito para demostrar que renunciaba todo género de comunicacion con el siglo.

Todo esto se habia verificado durante la ausencia del Rey. Habiendo éste regresado á su palacio, llevólo muy á mal, y declaró con imperio á la Reina y á toda su corte, que era necesario abjurar al punto una religion odiosa al Emperador, y capaz de arruinarle. Siendo inútiles las amenazas y las reflexiones, recurrió á los malos tratamientos, y tuvo mas parte en ellos la Reina que ninguna otra persona, porque el resentimiento del Rey era proporcionado al amor con que la miraba. Opuso á todos los escesos del despecho y del furor una paciencia y una serenidad inalterable, y conocieron que era imposible vencer su constancia. Enfermó de peligro en este tiempo un hijo del Rey,

y pidió que se le administrase el bautismo; y habiéndose egecutado, recobró el moribundo al instante la salud. El Rey al ver esto no pudo menos de deponer su enojo, y tomó el partido de disimular y de no dar que sentir á unas personas á quienes le era necesario amar y reverenciar.

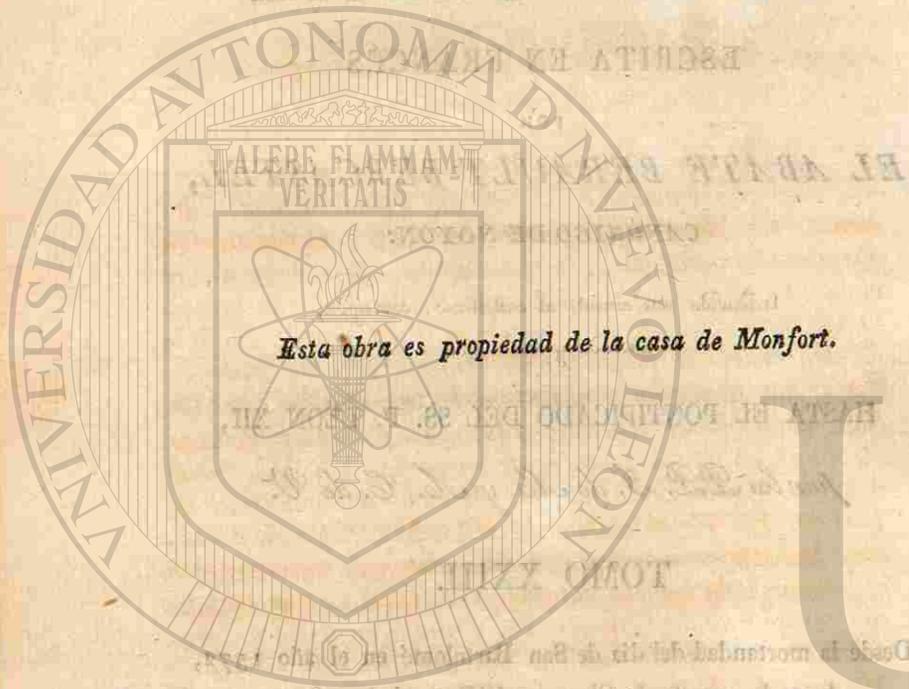
Fue muy egemplar la vida, y mucho mas la muerte de esta Reina, que era la persona mas bella, la Princesa de mas ingenio, y quizá la cristiana mas fervorosa de toda la iglesia del Japón, es decir, del mismo santuario del fervor. En vez de ser idólatra de su hermosura, parecia que se habia propuesto ajarla y desfigurarla con las austeridades de la penitencia. Aprendió muy bien el latin y el portugués, no tanto como un adorno, como con el designio de tener un medio para alimentar mas y mas su piedad. Consistia su mayor cuidado, despues de la lectura y de los demás egercicios devotos á que se entregaba, en recoger los huérfanos y los hijos de los pobres, en vestirlos y cuidarlos por sí misma, en instruirlos en los elementos de nuestra Religion, y en hacerlos sólidamente cristianos. Despues de doce años de una vida tan santa, fue víctima de los celos del Rey, su esposo, no porque hubiese concebido éste la menor sospecha de su fidelidad, sino porque temió que llegase á ser objeto de otro amor.

6. En una de aquellas súbitas revoluciones que son tan frecuentes en el Japón, habíala dejado en la ciudad fortísima de Osaca, y con todo eso no quedaba su ánimo del todo tranquilo. Por lo cual habia

B x 944

B4

v. 23



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN.

## RESUMEN DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXAGÉSIMO-OCTAVO.

N.º 1. *Muerte de San Francisco de Borja.* 2. *Su singular abnegacion.* 3. *Principio de las misiones del Brasil.* 4. *Martirio del padre Acevedo y de sus treinta y nueve compañeros.* 5. *El Rey nombra á la Noüe comandante de los rebeldes de la Rochela.* 6. *Se levanta vergonzosamente el sitio de la Rochela.* 7. *Saqueo de Sancerre.* 8. *El duque de Anjou, Rey de Polonia.* 9. *Triste situacion y muerte del Rey Carlos IX.* 10. *Sale de Polonia Enrique III.* 11. *Carácter de este Príncipe.* 12. *Costumbres de su corte.* 13. *Indolencia del Emperador Rodolfo.* 14. *Muerte del cardenal de Lorena.* 15. *Establecimiento de los penitentes en Francia.* 16. *Proposiciones de los luteranos desechadas por el patriarca de Constantinopla.* 17. *Apostasia de Truchses, arzobispo de Colonia.* 18. *Fundacion de la universidad protestante de Leiden.* 19. *Jubileo.* 20. *Peste de Milan.* 21. *Estraña conducta de Enrique III.* 22. *Faccion de los descontentos ó politicos.* 23. *Quinto edicto de pacificacion á favor de los hugónotes.* 24. *Origen de la liga ó comunidades en Francia.* 25. *Concordia de los comuneros.* 26. *Enrique, duque de Guisa, gefe de la liga.* 27. *Cortes de Blois.* 28. *Enrique III se declara gefe de la liga.* 29. *Institucion de la orden de Sancti Spiritus.* 30. *Restablecimiento de la orden de San Basilio.* 31. *Pordioseros del mar.* 32. *Origen de la república de Holanda.* 33. *Se retira el duque de Alba de los Países-Bajos.* 34. *Los flamencos divididos en cinco facciones.* 35. *Correspondencia de Bayo con Marnix de*

TOM. XXIII.

1

acercaban á sus habitantes con rostro alegre y sereno; les daban á entender por señas que no tenían otro objeto mas que el de hacerles bien; y luego les distribuían algunos regalitos para adquirir su afecto y confianza. Fueron domesticándolos insensiblemente, les persuadieron á que se reuniesen en habitaciones comunes, los acostumbraron á vestirse y á oír las instrucciones de la fe cristiana, y lograron por último bautizar un número considerable de ellos. Sin duda costó mucho este triunfo á aquellos hombres apostólicos, pues tuvieron que esponerse á todo género de peligros, y sufrir todo género de fatigas, entre las cuales fue quizá la mas penosa la multitud de gerigonzas bárbaras que les fue preciso aprender. Era tambien necesario que la semilla evangélica, la cual dió despues tan copiosos frutos en aquellas regiones, fuese regada con la sangre de sus primeros cultivadores: y así, de los cinco fundadores de la iglesia del Brasil, dos padecieron martirio, á saber, el padre Pedro Correa y el padre Juan de Sosa. Cuatro años despues de estas dichas primicias, cayó Pedro Fernandez, primer obispo de una iglesia ya establecida sobre semejantes cimientos, en una emboscada que habian armado los que permanecian aun en la idolatria; y aunque le acompañaban cien personas, fue degollado con toda su comitiva. Esta nueva efusion de sangre cristiana fue una nueva semilla de fecundidad. Poco despues se contaban ya mas de diez y seis mil brasileños bautizados y otros tantos catecúmenos, distribuidos en diez y seis poblaciones,

cada una de las cuales era gobernada en cuanto á lo espiritual por dos ó tres jesuitas.

Además de estos establecimientos habia ya entonces muchos colegios y seminarios. Pero qué edificios! Solo la sed ardiente de la salvacion de las almas, ó el amor de la cruz y de la abnegacion podia representarlos como habitables aun á aquellos europeos que hubiesen nacido en unas chozas miserables. Oigamos lo que acerca de ellos escribia á Europa el padre Josef Anchieta, el mas célebre misionero, ó por mejor decir, el apóstol y taumaturgo del Brasil: „Algunas veces nos hemos reunido mas de veintiseis personas en esta casa, compuesta de una trabazon de varas largas, que con la tierra que se humedece en el invierno, forma nuestras paredes maestras y todos nuestros tabiques. El techo se reduce á unos haces de paja ó de hierbas secas. La mejor pieza que tiene catorce pies de largo y diez de ancho, nos sirve de aula, de refectorio y dormitorio. Pero todos nuestros hermanos están muy contentos, y no cambiarían esta cabaña por el palacio mas cómodo y magnífico, porque tienen muy presente que el Hijo de Dios nació en un pesebre mas incómodo que el lugar donde nosotros vivimos: y esto es lo que hace que desaparezcan todas las incomodidades de la habitacion donde estamos reunidos por los intereses de su gloria.”

4. El padre Ignacio Acevedo, que era de una de las casas mas antiguas é ilustres de Portugal, habia visto por sus propios ojos, en calidad de visitador, este estado de las misiones del Brasil, cuando

resolvió, no solo consagrar á ellas el resto de su vida, sino tambien asociarse una multitud de operarios animados del mismo espíritu. Evangelizar á los antropófagos del Brasil y caminar derechamente al martirio, era una misma cosa. Sin embargo, habiendo vuelto Acevedo á Europa, donde logró desde luego la aprobacion de su general, tuvo la satisfaccion de que apenas dió principio á su recluta evangélica, le siguieron treinta y nueve, entre españoles y portugueses, esperando con impaciencia el momento de ponerse en camino: y si las necesidades de su orden no hubieran igualado en cierto modo á las de la Iglesia universal, que la tenia empleada en las cuatro partes del mundo, habria tenido un número de compañeros infinitamente mas considerable. La perspectiva de la muerte, que al parecer debia extinguir su ardor, era lo que mas le inflamaba. Todos aspiraban al martirio, como al favor mas apreciable, y la mayor parte de ellos tenian acerca de esto un presentimiento que llenaba su alma de un dulce consuelo, y les causaba una alegría que no podian disimular. No se engañaban en cuanto á las palmas que eran el objeto de sus deseos y esperanza, pero se equivocaban en orden á las circunstancias de los tiempos ó de los lugares, porque el campo dichoso donde debian cogerlas, estaba mucho mas cerca de lo que se figuraba su mismo fervor.

Embarcados todos ellos en un navío mercante, los encontró cerca de la isla de Palma, una de las Canarias, Santiago Souric, calvinista furioso, natural de Dieppe, y famoso pirata, condecorado con el

título de vice-almirante de Navarra. Si era enemigo de los portugueses, porque no habian querido consentir en el Brasil á los emisarios de Calvino conducidos en otro tiempo por el caballero de Villegañon, estaba mucho mas irritado contra los jesuitas, á quienes atribuian ya los hereges todos sus reveses, y no les perdonaban tampoco los progresos que hacia la fe romana por el ministerio de la compañía en el mismo país de donde habia sido tan vergonzosamente rechazada su heregia. Bajo este respecto, fue para el pirata la presa mas agradable que podia presentársele, el navío portugués cargado de misioneros. Se precipitó sobre ellos con el mas velero de sus cinco navíos, mucho mas fuerte que el portugués, el cual no tenia mas de cincuenta soldados, y no en la situacion mas ventajosa. Sin embargo, lleno el capitán del entusiasmo que en aquel siglo exaltó tanto el valor de su nacion, se preparó desde luego á la mas vigorosa resistencia, y propuso al padre Acevedo que hiciese tomar las armas á los compañeros que no estuviesen ordenados *in sacris*, y eran los mas de ellos. No accedió el padre á esta propuesta, pero así él como once de los mas experimentados, se ofrecieron á asistir á los heridos, á administrar los sacramentos á los moribundos, y á dar todos los auxilios temporales que conviniesen á su estado. No estaban menos dispuestos que si hubiesen tomado las armas; pero todos los peligros que podian amenazarlos en el egercicio de las funciones sagradas, solo servian para inspirarles alegría. En cuanto á los demás misioneros, que

eran los mas jóvenes, les mandó su superior que se estuviesen en la bodega del navío, y esperasen allí, haciendo oracion, la suerte que les preparase el cielo.

A pesar de la negativa de Acevedo, la cual no pudo menos de respetar el capitan, respondió á la intimacion que se le hizo para que se rindiese, con una andanada que quitó de en medio á una gran parte de la tripulacion del corsario. Aun salió peor el herege furioso con el abordage que intentó inmediatamente despues, é insistió en él por tres veces. Así, á pesar de toda su furia, se vió en la precision de recurrir á los demás navíos, que no tardaron en embestir á los portugueses. Se defendian con esperanza de vencer al corsario, que por último habia logrado abordarlos, y á los cuatro navíos de que estaban rodeados, cuando cayó muerto el intrépido capitan, atropellado por la multitud de enemigos. Hasta entonces no vieron sus tropas lo mucho que habian perdido, y reducidas á un puñado de combatientes, heridos la mayor parte de ellos y rendidos de cansancio, se pusieron en manos del vencedor. Mandó Souric que no se matase á nadie hasta que tomase un conocimiento exacto de todos los que habian quedado vivos, y entonces perdonó á los soldados, que no eran mas de quince, y á los marineros y pasajeros.

Por lo que hace á los jesuitas, dijo á sus tropas que estaban esperando llenas de rabia: „Matad, degollad á esos abominables papistas, que solo van al Brasil á establecer allí el reinado del Anticristo.” Al

instante acometieron al padre Acevedo, á quien acompañaban los nueve misioneros que habian asistido con él á la tripulacion, porque los otros dos habian sido heridos peligrosamente, y los habian llevado adonde estaban los jóvenes. Recibió tambien Acevedo algunas heridas durante el combate, pero fueron de poca consideracion, ó á lo menos lo creyó así aquel apóstol magnánimo. Al ver que se abalanzaban á él los hereges, „ánimo, hermanos míos (dijo volviéndose á sus compañeros); demos generosamente nuestra vida por un Dios que dió antes la suya por nosotros.” Despues se presentó con serenidad á sus verdugos, los que le tuvieron por cabeza de los demás jesuitas, y le eligieron por primer víctima de su impiedad. Se acercó uno de ellos, le descargó un sablazo que le dividió el cráneo, y le tendió á sus pies. Corria un rio de sangre, y horrorizado el asesino, se retiró algunos pasos; pero acercándose cuatro furiosos, le acribillaron á lanzadas. Respiraba todavía el mártir, y recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, exclamó: „Pongo por testigos á los ángeles y á los hombres de que muero en la fe de la Iglesia católica, apostólica romana; y muero con alegría por tan buena causa.” Volviéndose despues á sus compañeros, que estaban penetrados de dolor: „alegraos, en vez de entristeceros, queridos hijos míos (les dijo con voz moribunda), alegraos conmigo de una cosa que va á hacerme enteramente feliz. Esperad vosotros un favor semejante. Solo os precedo algunos momentos, y espero de la divina bondad que hoy hemos de estar

todos juntos en el cielo." Asombrados al principio los calvinistas, y sin saber que hacerse por algun tiempo al ver una constancia tan maravillosa, volvieron despues á su ferocidad, y arrojándose sobre el moribundo, se empeñaron en quitarle una imágen de la Santísima Virgen, hecha en Roma por el original de Santa María la Mayor, á la cual tenia veneracion particular. Se asegura que fueron inútiles todos sus esfuerzos, y que atemorizados por un momento, pero impelidos luego de la rabia que sucede á los remordimientos cuando tiene el hombre la desgracia de sofocarlos, le arrojaron todavía vivo al mar, con la imágen que tenia en las manos.

Al primer golpe que recibió el padre Acevedo, habia acudido el padre Andrade á darle la última absolucion; y enfurecidos los hereges de que se tuviese el atrevimiento de egercer en su presencia este ministerio apostólico, le dieron de puñaladas y le arrojaron al mar. A algunos pasos de distancia estaba Benito de Castro, haciendo su profesion de fe en alta voz, con un Crucifijo en la mano. Le dispararon tres fusilazos, que le hicieron caer en tierra allí mismo, y como se esforzase á levantarse, gritando: *sí, yo soy católico*, recibió un gran número de estocadas, y fue arrojado al mar. En una palabra, todos los que habian quedado para el socorro espiritual del navío, fueron sacrificados en pocos momentos: uno de un sablazo que le partió la cabeza por medio: otro de una lanzada que le atravesó de parte á parte: otro de un modo aun mas brutal, esto es, con las culatas de

los fusiles; y en fin el mayor número de ellos arrastrados ignominiosamente por sus verdugos, que estaban ya cansados de derramar sangre, fueron arrojados vivos al mar.

Pero estas eran las primicias de la barbarie. Otros treinta misioneros, con inclusion de los dos que habian sido peligrosamente heridos mientras atendian á las funciones del santo ministerio, estaban en la bodega del navío, donde la suerte de sus compañeros era todavía para ellos un motivo de conjetura. Casi todos ellos se hallaban en la flor de su edad; estaba pintado en su semblante el candor de la inocencia, y ninguno habia tenido parte en la muerte de sus enemigos, lo que no se podia decir de los soldados portugueses, á quienes sin embargo se les perdonaba la vida. Pero en calidad de misioneros ó de discípulos destinados á la propagacion de la fe católica, estaban contaminados con el delito mas irremisible, á juicio de sus vencedores hereges. Los sacaron del parage donde se hallaban, y se les mandó que subiesen á la cubierta del navío, como para ejercer allí con mas comodidad los juegos execrables á que se les destinaba. No hablaré de las vergonzosas atrocidades que cometieron con ellos, de las cuales parece se horrorizaron los mismos egecutores. Despues los arrastraron por los pies hasta la orilla del navío, de dos en dos, ó de tres en tres, y dándoles allí de puñaladas ó de estocadas, los arrojaban al mar. Añadiendo la impiedad y el escarnio á sus bárbaros tratamientos: „andad (decian á los de edad

Santa Aldegunda. 36. Habiendo llegado Bayo á ser cancelario de la universidad de Lovaina, la subleva contra la bula de Pio V. 37. Constitucion de Gregorio XIII contra el bayalismo. 38. El Papa envia al padre Toledo á Lovaina. 39. Consigue éste una sumision completa por parte de Bayo. 40. Terrible persecucion en Inglaterra. 41. Culberto Mañe, Edmundo Campien y otros mártires célebres. 42. Conjuracion de Guillermo Parr. 43. Sublevacion de los hereges en Amberes. 44. Guillermo de Ruremunda, restaurador de la secta de los anabaptistas. 45. Muere en Africa el Rey D. Sebastian de Portugal, y poseen los españoles este reino. 46. Las provincias unidas sacuden abiertamente el yugo de España. 47. Muerte de Santa Teresa. 48. Reforma del calendario. 49. Fspiritu y virtudes sólidas de Santa Teresa. 50. Decreto de Blois. 51. Concilios de Roan, de Rems, Burdeos, Tours y Bourges para la egecucion de los decretos de disciplina de Trento. 52. Concilio de Lima. 53. Fanático condenado y castigado en el Perú. 54. Concilio católico del Cairo. 55. Muerte de San Carlos Borromeo. 56. Sus escritos. 57. Progresos del Evangelio en el Japon. 58. Firmeza de los cristianos de Vosuqui. 59. Primera corona del mártirio en el Japon, conseguida por una muger. 60. Virtudes eminentes de los neófitos del Japon. 61. Embajada enviada desde aquel imperio al Papa. 62. Muerte de Gregorio XIII.

---

---

## HISTORIA DE LA IGLESIA.

---

### LIBRO SEXAGÉSIMO-OCTAVO.

*Desde la mortandad del dia de San Bartolomé en el año 1572, hasta el Pontificado de Sisto V en el de 1585.*

1. **M**ientras que los delirios de la política y el ciego furor de la venganza sacrificaban con pretesto de religion millares de compatriotas y de hermanos seducidos por sus predicantes sediciosos, otras víctimas muy distintas y verdaderamente preciosas á los ojos del Señor, volaron á recibir las coronas inmortales reservadas, así al lento martirio de la penitencia y de la perfeccion evangélica, como al brillante sacrificio que en un momento se hace de la propia vida en obsequio de la fe. San Francisco de Borja, en otro tiempo duque de Gandia, y desde el año 1565 general de la compañía de Jesus, murió, despues de siete años de un gobierno laborioso, y no menos glorioso para su órden, en la noche del dia 30 de Setiembre,

consumido, no tanto por la vejez y por sus inmensos trabajos, como por la austeridad de su vida y por sus grandes maceraciones.

2. Desde que entró en la religion, acordábase solo del distinguido lugar que habia ocupado en el mundo para ejercitarse en las privaciones mas penosas, en una abnegacion casi sin egemplar, y en un desprecio tan absoluto de si mismo, que en su concepto no habia cosa mas despreciable que él en toda la naturaleza. Permítasenos referir de paso un rasgo que acredita esta verdad, pues aunque repugna á la delicadeza del siglo, es muy útil para la edificacion. Hallándose Francisco en unas misiones, y durmiendo en una pobre cama con un compañero suyo de edad avanzada y molestado de un ataque de asma, no cesó el enfermo de espectorar en toda la noche, cayendo muchas veces sus esputos encima del Santo, sin que le dijese éste ni una sola palabra para advertírsele. Dió San Francisco de Borja la última mano á los sábios estatutos formados por San Ignacio, para la disciplina así escolástica como regular de su compañía, y especialmente para conservar en ella la pobreza religiosa que tanto habia recomendado el santo fundador. Por esto se dijo que la compañía de los jesuitas le debia el beneficio de haberla arreglado y perfeccionado, y que Ignacio habia formado el plan y puesto los cimientos del edificio, pero que Francisco le habia levantado y concluido.

3. Poco antes de morir tuvo San Francisco de Borja el consuelo de saber que cuarenta hermanos

suyos, penetrados de los grandes principios de religion que procuraba conservar por todas partes en su dilatada y fervorosa compañía, habian dado generosamente su vida por la fe, sin que ninguno de ellos hubiese empañado con la menor flaqueza el lustre de tan glorioso triunfo. Hacia ya veinte años que el padre Noruega y otros cinco jesuitas habian llevado las primeras semillas del Evangelio á las vastas regiones de la América meridional, conocidas con el nombre del Brasil (1). Encontraron en ellas unos hombres destituidos de casi todo sentimiento de humanidad, desnudos y errantes por las selvas, poco mas ó menos como las fieras, entregados á todo género de vicios, sin ninguna nocion de equidad ni de buenas costumbres, y sin mas ley que la brutalidad de su instinto. Como todo su comercio estaba concentrado en el recinto de su familia, era igual al número de éstas el de los diferentes idiomas. Eran aquellos hombres unos antropófagos feroces, y perseguian de muerte á todos los que no entendian su lengua. Salian á cazarse unos á otros, se armaban lazos mutuamente, y consistia su gloria en el número de los que devoraban, despues de lo cual hacian alarde de sus huesos y cabelleras como si fuesen otros tantos trofeos. Cuando les faltaba otra presa, se regalaban con la carne de sus padres ancianos, y algunas veces con la de sus propios hijos.

Se internaron los misioneros con una santa intrepidez en aquellas selvas profundas y formidables; se

(1) Vid. del P. Aceved. l. 2. y 3.

mandado á su mayordomo, que si caía la plaza en manos del enemigo, cortase al punto la cabeza á la Reina, y prendiese fuego al palacio. Tomaron á Osa-  
ca, y se le intimó al mayordomo que pusiese á la Reina en poder del vencedor. Aquel criado, que ve-  
neraba en gran manera á su ama, buscó todos los medios posibles para libérrala; pero todo fue inútil. Pasó, pues, á visitarla, arrojóse á sus pies, inundán-  
dolos con un torrente de lágrimas, y la declaró el bárbaro precepto que habia recibido. „Todos pere-  
ceremos pronto (añadió), y el único consuelo que me queda es no alcanzar en dias á una Princesa, cuya muerte seria para mí el tormento mas insufrible.” Oyó la Reina este discurso como si fuera la cosa mas indiferente para ella. „Ya sabes (le dijo) que soy cristiana, y que la muerte no intimida á los cristia-  
nos. Por lo que á ti toca, reflexiona bien cuál ha de ser tu suerte por toda una eternidad.” Entró en su oratorio dichas estas palabras, y postrada ante la imágen del Dios que murió por nosotros, ofrecióle el sacrificio de su vida. Llamó despues á sus damas, las cuales eran todas cristianas, abrazólas con cariño, y espúsolas, que no estando condenadas á morir, las obligaba la ley de Dios á retirarse antes que se incendiase el palacio. Solo se oían sollozos y gritos lamentables, á escepcion de la Reina que se mantenía tranquila; entrando otra vez en el oratorio, llamó al mayordomo y dijole, que podia cumplir su comi-  
sion: arrojóse éste de nuevo á sus pies, y rogóla le perdonase la muerte que iba á darla. Púsose al punto

la Reina de rodillas, separó del cuello la ropa que podia servir de estorbo, y pronunciando los nombres de Jesus y María, recibió el golpe que la cortó la cabeza. ¡Tal era la fortaleza cristiana en las almas del Japón, independientes en cierto modo de los lazos de la carne y de la fragilidad del sexo, no menos que de las otras debilidades naturales.

7. El rasgo siguiente acabará de demostrar la energía del carácter de esta nacion, aun en aquella clase de gentes que está menos dispuesta al heroísmo. Habiéndose apoderado el Rey de Sajuma del Bongo, desde donde se habia propagado la fe por los demás reinos, los bonzos, que le habian favorecido mucho en aquella invasion, egercieron su venganza con un furor extraordinario en esta cristiandad floreciente, y trataron sobre todo de incendiar las iglesias y cuantos monumentos del cristianismo pudieron encontrar. A la vista de Vosuqui, que habia caido ya en su poder, habia un fuerte separado de esta ciudad por un brazo de mar bastante estrecho: y unos cuantos centenares de vasallos fieles, de ambos sexos, defendian en él los derechos de su legítimo Soberano. No pudo menos de indignarse una de aquellas heroínas al ver, en medio de las iglesias reducidas á ceniza, un templo de ídolos y una magnífica casa de bonzos, preservadas para insultar á la verdadera Religion. „¿Por ventura hemos de ser nosotros (gritó) los espectadores ociosos del triunfo de la impiedad?” Tomó al punto su resolucion, esperó la noche con impaciencia, echóse entonces á nado, pasó el brazo

de mar, incendió el templo y el monasterio de los bonzos; hecho esto, volvió á atravesar el mar, entró triunfante en la fortaleza, y convidó á todos á que fuesen á gozar en su compañía el placer de mirar como devoraban las llamas aquellos trofeos orgullosos de la idolatría.

8. Aunque el último Emperador, llamado Nobunanga, no profesaba el cristianismo, habíale protegido de tal suerte que era ya la religion dominante aun en la capital del imperio. Mas aquel Príncipe, abandonado á sus vergonzosas pasiones, permaneció siempre ciego en el centro de la luz, á pesar de las continuas exhortaciones de los hombres apostólicos con quienes no se cansaba de conversar. Estravióse por último tan deplorablemente con el vértigo de un orgullo insensato, que mandó le edificasen un templo, y publicó un edicto en que, suspendiendo cualquiera otro culto, ordenó que fuesen de todas las regiones del imperio á ofrecer sacrificios al Emperador. Despreciaron los cristianos el edicto, y fingió Nobunanga que no lo echaba de ver; mas tomó Dios una venganza egemplar de tan grande impiedad. En una conmocion encendida por un hombre despreciable, por un aventurero con sola la habilidad del dibujo, pereció aquel Príncipe, rebelde á la gracia, en el punto mas brillante de su carrera. Habia formado el gran designio de reducir todos los reyezuelos del Japon á la clase de simples vasallos, segun la constitucion primitiva del imperio, y llegó á conquistar mas de treinta reinos, de los que sacó inmensas riquezas.

9. Quedó privada del sόlio la posteridad de este Príncipe, y le ocupó un hombre tan mal nacido como su asesino. Habia sido criado de un gentil-hombre de su corte, despues de lo cual sentó plaza de soldado, y pasando por todos los grados de la militia, obtuvo el mando de los egércitos. Tal era el famoso Taicosama, llamado antes Fariba, que al principio representó el papel de vengador de Nobunanga, y se constituyó tutor de su nieto, para allanarse el camino del trono, al que subió bien pronto. Fueron bastante tranquilos los principios de su reinado, y aun favorables á los cristianos, á quienes, atendido su poder, no convenia irritar en los principios de una autoridad usurpada y poco segura.

10. Observaba que casi todos los principales empleados del imperio eran cristianos (1). Osaca y Sacai, que eran las dos ciudades cuya conservacion mas le interesaba, tenian la una un gobernador cristiano, y la otra un infiel, del que se vió en la precision de deshacerse el nuevo Emperador, y juzgó que nadie podia reemplazarle mejor que el cristiano Joaquin Riusa, hombre de acreditado valor. La persona mas interesante para la seguridad del Monarca, esto es, Ucondono, primer capitan de guardias, el coronel general de la caballería, el grande almirante, el primer secretario de estado, el tesorero general, el intrépido virey de Boari, y otros muchos caballeros igualmente distinguidos por su mérito que por sus empleos, eran adoradores sinceros del verdadero Dios, y muchos de

(1) *Hist. del Jap. lib. 7.*

ellos merecían mas bien el nombre de apóstoles que el de simples fieles. Eran por otra parte tan respetados en todo el imperio, que podia dudarse si habia hecho mas el nuevo Emperador en confirmarlos en sus empleos que ellos en aceptarlos. Parece, sin embargo, que Taicosama, receloso y suspicaz, como todos los tiranos, particularmente con respecto á los discípulos de Jesucristo, rígidos observadores del derecho de magestad y de todos los principios de la equidad, no tuvo nunca entera confianza en ellos. A esto contribuyó mucho la circunstancia de que el primer capitán de guardias, generalísimo de los egércitos, y el mas acreditado entre todos los caballeros cristianos, habíase declarado al principio á favor de un hijo del Emperador difunto, defendiéndole hasta que este Príncipe sin esperiencia se arruinó á sí mismo con su mala conducta.

11. Otra de las causas de la antipatía de Taicosama contra los castos adoradores del Dios, hijo de una Virgen, eran las costumbres de este Soberano, el mas incontinente de los idólatras. Conformándose con el plan de su predecesor, que se habia propuesto subyugar á todos los Reyes del Japón, no se limitaba á conquistar reinos, sino que por donde quiera que pasaba hacia que los ministros de sus órdenes se apoderasen de las mugeres mas favorecidas de la naturaleza, ya fuesen casadas ó doncellas. Un favorito suyo, llamado Tocun, que, abandonando la profesion de bonzo, habíase consagrado, por decirlo así, á hacer reclutas para el serrallo, desempeñaba con

tanta perfección este ministerio infame, que le temian todas las mugeres hermosas y honradas. Acompañando al Emperador por la frontera del reino de Arima, célebre por la belleza del sexo, no quiso perder una ocasion tan favorable para lisongear al Monarca. Mas era cristiano todo el país, y la gente jóven aun mas casta que brillante. Recibieron tan mal al robador impuro, que tuvo á gran fortuna haber salido de allí con vida. Enfurecido con este mal tratamiento, retiróse muy tarde adonde estaba Taicosama, quien estando en un banquete, y habiendo bebido con esceso, juró que mandaria cortar la cabeza á todas las mugeres de Arima.

12. Aprovecháronse de la ocasion todos los compañeros de sus desórdenes, idólatras viciosos que no podian sufrir una religion tan contraria á sus perversas inclinaciones, para escitar al Príncipe á declararse formalmente contra los cristianos, que se resistian de aquel modo á su voluntad. Y por poco que lo difiriese (añadieron) no le dejarian con su multiplicacion rápida ninguna autoridad en el imperio. Irritóse particularmente Tocun contra el generalísimo Ucondono, que era la principal columna de la fe, y pareció sospechosa su fidelidad. Consiguió por último que tomase el Emperador una resolucion estremada, contra todas las reglas de la prudencia. Fue desterrado Ucondono, y poco despues dieron orden á todos los misioneros para que saliesen del Japón. El generalísimo estaba acampado á alguna distancia de la corte con el egército imperial, que le profesaba el mayor

afecto, cuando le intimaron de parte del Emperador que eligiese entre abjurar el cristianismo sin perder momento, ó salir desterrado. Es la muerte, hablando generalmente, un mal mucho menor para los japones que la deshonra: y el valiente Ucondono habia mostrado mil veces en lo mas fuerte de la refriega cuánto preferia la gloria á la vida; pero Ucondono sabia vencer y no rebelarse. No quiso mezclarse en el exámen de los derechos mas equívocos de Taicosama al trono, y tomando por regla de su conducta el gran principio de la tranquilidad pública, sacrificó todos sus intereses á la quietud del estado. Contestó que no se detenia un instante en elegir el destierro, y que del mismo modo elegiria la muerte mas cruel antes que faltar á la fidelidad que debia á su Dios. Marchó al punto al destierro, castigo que en el Japón tiene la nota mas infame, y sujeta al que le padece á la maldicion pública, de suerte que el desterrado, muerto civilmente y privado de toda sociedad, se vé reducido á buscar un asilo en los bosques y desiertos. Mas el destierro de Ucondono solo sirvió para conciliarle mayor veneracion y afecto, así en su religiosa familia, gozosa de adquirir un confesor de Jesucristo, como entre todos los vasallos de aquella ilustre casa, y una multitud de oficiales que habian servido á sus órdenes y á las de su padre. Quisieron mas bien abandonar sus bienes y estados, que faltar á lo que exigian de ellos el honor y la Religion. Desagradó aun á los mismos infieles la injusticia de Taicosama: y el hermano de aquel Principe y otros idólatras de

primer orden ensalzaron en gran manera la constancia del confesor, ofreciéndose á servirle en cuanto necesitase.

13. Parece que el Emperador se arrepintió de su primer movimiento de ira, y en general de todo lo que habia mandado contra los cristianos. Un dia que estaba hablando acerca de la Religion con una señora de la corte, de la que sabia que era cristiana, díjola que sobre este punto habia procedido con alguna ligereza. Pero habiéndosele hecho una falsa relacion del poder del Rey Católico y del peligro en que estaban sus estados de ser invadidos por los europeos, siguió persiguiendo á los cristianos, y ordenó que se prendiese á los misioneros de Meaco y de Ozaca, que eran las dos principales ciudades del imperio. Habia solamente nueve de ellos en estas ciudades, á saber, tres jesuitas y seis franciscanos; pues los demás habíanse retraido ya á los estados de los Príncipes cristianos, desde donde administraban en secreto los auxilios de su ministerio á los fieles de los otros reinos, con la esperanza de que satisfecho el Emperador al ver la discrecion con que procedian, no tardaria en mudar de conducta.

14. En cuanto á los Príncipes que les dieron asilo, el Rey de Arima, y á egemplo suyo los de Fingo y Bugen, declaráronse á su favor de un modo tan visible, que no podemos menos de atribuir á una disposicion particular de la Providencia la quietud con que los dejó vivir el soberbio Taicosama. Trató el Rey de Arima en estas circunstancias de hacer que

abrazasen el cristianismo aquellos vasallos suyos que eran todavía idólatras, y tuvo la felicidad de ver realizados sus piadosos designios, á pesar de la persecucion que recelaban todos. Trasladó el Rey de Fingo al generalísimo desgraciado y á toda su comitiva á la isla de Junomiga, la que muy en breve se hizo célebre con la concurrencia de los cristianos mas distinguidos, que iban en gran número á honrar á aquel ilustre confesor, y le tributaban ya una especie de culto. Algunos se prendaron tanto de la alegría celestial que gozaba con él su ilustre familia, despojada de todo, que renunciando sus empleos y dignidades, estableciéronse en aquel asilo de la inocencia y de la verdadera paz. El anciano Rey de Bongo, que hubiera competido en celo con todos los demás, habia muerto en olor de santidad. El Rey Joscimon, hijo indigno de un padre que fue apóstol y Soberano de sus pueblos, apostató de la Religion cristiana persiguiendo á los cristianos, despues de la muerte de su padre, á lo menos por algun tiempo. Tambien mandó derramar la sangre de muchos mártires, los primeros que la persecucion declarada dió á la iglesia del Japón, que recibió de un Príncipe cristiano sus primeras heridas. Mas la Reina viuda, dos Princesas hermanas del Rey, y las personas mas ilustres de la corte conserváronse en la fe con un valor que nunca se doblegó á las amenazas ni á la violencia.

15. Recibieron entretanto un gran consuelo los confesores y todos los fieles del Japón, al propio tiempo que los que se le daban venian á experimentar

las mas crueles amarguras. Volvieron entonces á entrar en el Japón los embajadores que habian viajado á Roma siete ú ocho años antes. Los testimonios que del paternal cariño del Sumo Pontífice llevaban á sus compatriotas cristianos, pararon el curso de sus aflicciones. Mas los embajadores, que solo recibian noticias melancólicas, á saber, el fin trágico de Nobunanga, la elevacion de Fajiba al trono imperial, el cristianismo proscrito en el imperio, la muerte del Rey de Bongo y del Príncipe de Omura, que fueron en otro tiempo los mas firmes apoyos de la iglesia del Japón, y la apostasia del nuevo Rey de Bongo, esperimenaron todos los efectos de la sorpresa y del dolor que debian causar unos reveses tan funestos como imprevistos. Lejos de disminuirse sin embargo su fe, adquirió un nuevo grado de heroísmo, y juzgando que era poco el perseverar en ella, dedicáronse al apostolado. Renunciando por último todas las grandezas del siglo, entraron en el noviciado de los jesuitas, á fin de multiplicar los operarios evangélicos que eran entonces mas necesarios que nunca.

16. Los que habian sido presos en Ozaca y Meaco, cuyos nombres se habian remitido al Emperador, estaban ya en el momento de recibir la corona del martirio (1). Habia ordenado aquel Príncipe formar tambien una lista de todos los cristianos que asistian á las iglesias de dichas dos ciudades, con cuyo motivo se esparció en las provincias la voz de que iba á darse muerte á todos los que no quisieran adorar á

(1) *Hist. del Jap. lib. 8.*

los dioses del imperio. Esta noticia que al parecer debía producir una consternacion general, despertó tal ardor de padecer el martirio, que quedaron admirados los idólatras. Dando ejemplo, como siempre, el generalísimo Ucondono, corrió desde luego á establecerse en medio de los misioneros, opinando que no dejarían de prenderlos, y que tendría él parte en sus prisiones y suplicios. Imitáronle dos hijos del mayordomo mayor del Emperador, siendo muy digno de observacion que el de mas edad que tenía la futura de los empleos de su padre, anduvo doscientas leguas para ir á Meaco, y vistióse como los misioneros, para que le prendiesen mas pronto. Todos los criados á quienes pretendió despedir, protestaron que morirían con él. Su hermano menor, que se hallaba en el seno de su familia, tuvo que luchar contra el cariño y ternera de sus parientes y aun contra las amenazas de su padre, que era pagano, aunque muy afecto á los cristianos. Pero demostró un valor que los obligó al instante á desistir de su empeño. Animado del mismo espíritu un primo suyo, mantúvose con la mayor firmeza, aunque vió desmayada á su tia, la muger del mayordomo mayor, al considerar los peligros á que se esponían sus hijos y su sobrino. Hizola reflexiones tan exactas y tan patéticas acerca de una muerte tan preciosa, que todos los concurrentes elogiaron su determinacion. Un Príncipe, pariente del Emperador y dueño de tres reinos, se encerró en la casa de los jesuitas para morir con ellos. Otro Príncipe, á quien acababan de bautizar, publicó en sus estados que

castigaria con severidad á todos aquellos que en caso de preguntarles si su Príncipe era cristiano, faltaran á la verdad. Temiendo un señor de los mas poderosos y celebrados por su valor el que no osasen prenderle en su casa, presentóse con su muger á uno de los ministros de la persecucion, sin mas acompañamiento que su hijo de diez años, á quien llevaba de la mano, y una hija de tan tierna edad, que por no poder caminar todavía iba en brazos de su madre. Presentábanse con intrepidez aun las personas mas comunes ante los ministros de la justicia, y en una palabra, todos ponían particular cuidado en no perder la ocasion de firmar con su sangre la confesion de su fe.

17. Trabajaban á toda prisa las señoras de distincion, con sus criadas, en hacerse vestidos magníficos para celebrar el dia de su muerte, al que daban ellas el nombre de dia de su triunfo. Reuniánse en las casas donde les parecia que las encontrarían mas fácilmente, y entre las mugeres de Meaco hubo una que rogó á las otras la llevasen arrastrando al suplicio, si veían que se retiraba ó que mostraba algun temor. Vióse á una señora jóven disponer su sacrificio con la mas perfecta serenidad, y aun en las cosas mas pequeñas, y componer su ropa de modo que pudiese presentarse, segun todas las reglas de una escrupulosa decencia, en la cruz en que se decia que iban á dar muerte á todos los cristianos. Trataban los criados del mismo modo de preparar sus relicarios, rosarios y Crucifijos, y todo esto con tanta paz y tranquilidad, que algunos militares imbuidos aun en

las preocupaciones de su país, donde es una infamia padecer violencia, arrojaron sus puñales y alfanges al ver este espectáculo, para tomar algunas insignias piadosas á egemplo de las mugeres, y dejarse asesinar en compañía de éstas.

18. Cupo al sexo devoto la gloria de ser el primero que vertió su sangre, aunque derramada sin orden del Emperador. Tenia un idólatra una muger cristiana, á quien amaba en extremo, y viendo el peligro próximo á que esponia esta religion á una esposa tan querida, quiso hacérsela abjurar. Despues de haber intentado el cumplimiento de su designio por todos los medios imaginables, bien que sin ningun efecto, llevóla á lo mas enmarañado y obscuro de una selva retirada, con una esclava firme tambien en la fe. Desenvainó allí el sable, y le presentó á sus ojos, pero sin causarla ninguna sorpresa; y levantando el brazo, como que iba á cortar la cabeza á su esposa, separó del cuello la de la esclava. Arrodillóse al punto su muger, aguardando la muerte de un momento á otro; pero no quedaron satisfechos sus deseos, porque venciendo el amor todas las dificultades, alzó el marido á su esposa, penetrado de una veneracion extraordinaria.

Mientras duraban las revueltas del reino de Bongo, cayó en manos de un idólatra una señorita de distincion, que habia sido esclavizada, y estuvo espuesta su castidad á iguales riesgos que su religion. Para lograr la ayuda del cielo con mayor abundancia de gracias, hizo voto de virginidad, y opuso á las

importunaciones de su tirano la santa entereza de una esposa de Jesucristo. El seductor, desesperado, la entregó á unos mozos libertinos; pero alentada por un esfuerzo celestial, llenólos de consternacion, y los ahuyentó de sí. Amenazóla con que la haria experimentar, como cristiana, todo el rigor de las leyes, y ella se rió de un error que le presentaba como el mal supremo, lo que en su concepto era el sumo bien. Ordenó que la despedazasen todo el cuerpo á fuerza de azotes; y al ver ella su sangre, prorumpió en cánticos de triunfo y en accion de gracias. Convirtiéndose entonces el despecho en furor, condújola aquel malvado al lugar del suplicio; dióla de puñaladas por su propia mano, y arrojó su cuerpo á una cloaca.

19 y 20. Lo que inspiró á los fieles en medio de tan grandes egemplos la mas alta estimacion del cristianismo, y desconcertó todas sus ideas, fue el ardor de los niños de la mas tierna edad, haciendo que los alistasen en las enumeraciones que se hacian de los fieles, y el recelo que tenian de libertarse de la muerte. Mas calmaron muy en breve todos estos movimientos, porque llegó la noticia de que solo perecerian los misioneros presos en Ozaca y Meaco, con los pocos cristianos que estaban entonces en su compañía. No habia proscrito el Emperador mas que á los religiosos que habian pasado de Filipinas, porque juzgaban que los españoles meditaban desde allí la conquista del Japón, y los enviaban para promover la sublevacion de los japones convertidos. Como habia visto,

no obstante, la lista en que estaban anotados los tres jesuitas con los seis religiosos de San Francisco, y como á pesar de que los gobernadores que les eran muy favorables no osaron hacer ninguna variacion en ella, quedaron todos nueve sujetos á la proscripcion. Es verdad que no se les custodiaba con mucho rigor, y que, mediante la libertad que se les dejaba para atender á sus negocios, podian desaparecer fácilmente. Mas si los simples fieles se manifestaban tan deseosos de padecer el martirio sus padres y maestros no le miraban como una suerte digna de evitarse.

En vista de la última relacion hecha al Emperador el dia 30 de Diciembre de 1596, ordenó que puestos los presos en unas carretas los paseasen con ignominia por las ciudades de Meaco, Ozaca y Sacai; que les cortasen las narices y las orejas, y que despues los crucificasen en Nangazaqui. Decia la sentencia en términos espresos, que se les condenaba porque habian ido desde Filipinas al Japón, porque habian permanecido mucho tiempo en este imperio sin permiso del Emperador, y porque habian predicado la ley de los cristianos, contraviniendo á su prohibicion. Ascendia á veinticuatro el número total de los presos, esto es, tres jesuitas japoses, el uno de ellos sacerdote, llamado Pablo Miki, y dos novicios, que eran Juan de Soan, llamado por lo comun Juan de Gotto, con alusion al país donde habia nacido, y Santiago Kisai; seis religiosos franciscanos, á saber, Pedro Bautista, superior de todos ellos, Martin de

Aguirre ó de la Ascension, y Francisco Blanco, sacerdotes, con tres legos, llamados Felipe de las Casas ó de Jesus, Francisco de Parrilha ó de San Miguel, y Gonzalo Garcia. Los demás eran criados ó catequistas adictos á los religiosos de San Francisco, y sorprendidos en su compañía cuando pusieron guardias en sus casas.

Uno de éstos, que era el proveedor del convento, se llamaba Matias. Cuando llegó el caso de reunirlos llamólos por sus nombres un ministro de justicia, para ver si estaba completo su número, y como no se les custodiaba con mucho rigor, ocurrió no hallarse presente Matias. Gritando el portero con todas sus fuerzas: ¿Matias? ¿dónde está Matias? Acudió un cristiano que vivia cerca del convento, y le dijo: „aquí está Matias. Nada importa la persona por quien usted pregunta. Yo tengo el mismo nombre y la misma religion. Basta eso (respondió el portero): quédese usted con los demás.” Agregóse el generoso cristiano á los otros confesores, dándose el parabien de que por medio del nombre de Matias conseguia una suerte semejante á la de aquel santo Apóstol. Un muchacho de doce años, llamado Luis, habia sido preso con otros dos de alguna mas edad que servian para ayudar á misa en el convento de los religiosos de San Francisco. Compadecjéronse de sus pocos años los ministros de justicia, y se opusieron por algun tiempo á incluirle en la lista de los fieles destinados á morir; pero mostró tan gran pesadumbre y se quejó en tales términos, que fue preciso alistarle como

á los demás. Quiso algunos dias despues libertarle tambien un caballero pagano que se hallaba en el convento. „Guardad vuestra compasion para vos mismo (le dijo el niño), y pensad solo en merecer la gracia del bautismo, sin la cual no podeis menos de padecer una eternidad de desgracias.”

Estando juntos los veinticuatro presos lleváronlos á pie á una plaza de Meaco, para proceder á la egecucion de su sentencia. Ordenaba ésta que se les cortasen al punto las narices y las orejas; pero no pudo resolverse el gobernador á desfigurarlos de un modo tan bárbaro, contentóse con que á cada uno de ellos se le cortase la estremidad de la oreja izquierda. Pasáronlos despues de esto en unas carretas, segun la órden terminante del Emperador, y la costumbre de aquel país, donde por este medio se pretende inspirar más horror al delito. Y lo que sucede es que el populacho llena de injurias y oprobios á los delinquentes. Aquí, por el contrario, vióse un gentío inmenso, poseido de un triste silencio que solo se interrumpia con los suspiros y gemidos. Los tres muchachos en particular, con su tranquilidad, con su paz angelical, y con la sangre que les corria por las mejillas, escitaban la indignacion de los mismos idólatras, los cuales exclamaban de cuando en cuando: ¡O injusticia! ¡O indignidad! ¡O crueldad abominable! Algunos fieles iban corriendo detrás de los guardias, y les pedian por favor que les dejasen subir en las carretas. Cristianos y paganos, todos, sin exceptuar los guardias, á lo menos al principio, procuraban

facilitar á los confesores todos los alivios imaginables. Pero al fin se enfadaron los guardias con dos fieles que manifestaban un ardor extraordinario en este misterio de caridad, y les preguntaron si adoraban tambien al Dios de los cristianos. „Sin duda alguna (les repondieron al momento), y aborrecemos á vuestros ídolos. Los guardias los agregaron por su propia autoridad á los veinticuatro confesores; y cuando Taicosama supo esta particularidad, exclamó: „Es necesario confesar, que es muy extraordinaria la constancia y la caridad de los cristianos.”

El paseo de los mártires no fue tanto una humillacion para ellos como un triunfo para el Evangelio, y una larga mision, acompañada de innumerables conversiones. No cesaban de predicar á Jesucristo en todos los parages por donde pasaban. El padre Aguirre y el padre Miki, entre otros, hablaban con tanta uncion, que los mismos ministros de la tirania decian que era imposible oirlos, sin tener algun deseo de abrazar su ley. Por otra parte se quejaban los bonzos de que para abolir el cristianismo se valia el Emperador de unos medios que solo servian para propagarle, y decian que con pocos castigos como este habia bastante para arruinar la religion del imperio.

Al acercarse á Nangazaqui, fué á ver á los presos el oficial que estaba encargado de autorizar con su presencia el castigo, y habiendo reparado en Luisito, se sintió movido á compasion, y le ofreció libertarle, si consentia en renunciar á Jesucristo: á lo que

respondió Luis con demostraciones de indignacion. Creyó el pagano que sacaria mas fruto de otro muchacho llamado Antonio, porque le veia rodeado de sus padres, que aunque eran cristianos, se mostraban inconsolables al considerar que iban á perderle. Le hizo presente que debia conservarse para beneficio de ellos, que les hacia suma falta, y que él le proporcionaria medios para que les socorriese abundantemente. El valeroso niño se rió de estas promesas, y dijo que el amor de las riquezas le hacia tan poca impresion como el temor de los suplicios, y que miraba como la mayor felicidad que podia acontecerle, morir en una cruz por un Dios que habia muerto antes en ella por salvarle. Despues de esto el niño llamó á parte á su madre, y la hizo presente que no era propio de una madre cristiana llorar la muerte de un hijo mártir, como si no conociese el valor y el premio de semejante sacrificio: con cuyo motivo la dijo unas cosas tan bien pensadas y tan sublimes, que nos parecerian increíbles si no supiésemos que en aquellos climas se anticipa la razon á la edad, y la grandeza de alma á la razon. Se tendria tambien por una fábula lo que se refiere de otro niño aun mas pequeño, si se tratase de cualquiera otro país. Habiéndole preguntado qué responderia en caso de que quisiesen saber de su misma boca si era cristiano: „Diria intrépidamente que lo soy (replicó) y yo mismo iria á presentarme al verdugo.“

Los misioneros de la compañía de Jesus, y los demás que llegaron últimamente al Japón, no habian

seguido el mismo método en sus tareas evangélicas, ni observado siempre entre sí una armonía perfecta, lo que perjudicó considerablemente á los progresos del Evangelio, y mucho mas á la tranquilidad de la iglesia del Japón. En la víspera de su sacrificio, considerando los objetos el padre superior de los franciscanos de distinto modo que hasta entonces, dijo á dos jesuitas enviados por su provincial para asistir á los confesores en la hora de la muerte, que conocia por último que le habian preocupado inoportunamente, y les pidió perdon con mucha humildad en nombre suyo y en el de todos sus religiosos. Los jesuitas por su parte le suplicaron en nombre de su compañía que olvidase todos los disgustos que pudiera haber recibido de ella. Hecho esto, se confesaron todos los presos, religiosos y seglares, con cuanta compuncion y piedad podia inspirar la situacion en que se hallaban. Hubieran querido recibir tambien el sacramento de la Eucaristía; pero fue tan grande la agitacion que advirtió el presidente en los vecinos de Nangazaqui, que temió causar una sedicion si se detenía mas tiempo.

Se eligió á poca distancia de la ciudad una colina, que despues se llamó con justa razon *el monte santo*, y *el monte de los Mártires*. Nunca hubo en el universo un lugar regado tan copiosamente con la sangre más pura de los cristianos. Fueron llevados á él los confesores el dia 5 de Febrero que en aquel año cayó en viernes: lo que aumentó su consuelo por el nuevo rasgo de semejanza que adquiria su sacrificio con el

del Hijo de Dios, sacrificado en igual día. Iban tan apresurados, que apenas se los podía alcanzar. Luego que descubrieron las cruces echaron á correr para abrazarse cada uno con la suya, mostrando un regocijo que acabó de asombrar á los paganos. Ya se consideraban en el término de sus trabajos, y se olvidaban del momento de dolor que los separaba del lugar de su triunfo. La muerte de cruz no es mas terrible en el Japón que los suplicios comunes. Se ata al paciente con vendas por los brazos, por los muslos y por el cuerpo; descansan los pies en una tabla que se pone en la parte inferior de la cruz, y en medio de ella se coloca un maderito en que está sentado. Levantada la cruz, hiere un verdugo al crucificado con una lanza que le entra por el costado, y le sale por la espalda. Algunas veces hay dos verdugos que le hieren transversalmente á un mismo tiempo, y si ven que todavía respira, segundan con celeridad el golpe para que no siga padeciendo.

Luego que empezaron á levantar las cruces, el padre Bautista que estaba colocado en el centro, entonó el cántico de Zacarías, y le continuaron los demás. Pablo Miki, que era elocuente, hizo una exhortacion que enterneció á los idólatras no menos que á los fieles, y la concluyó con una oracion aun mas patética por sus verdugos. Los muchachos que no cedían á sus maestros en firmeza ni en piedad, cantaron el salmo *Laudate pueri*; y estando para acabarle, recibió Antonio el golpe mortal, sin dar ningún indicio de haberle sentido. Desprendidos todos

los demás de los vínculos de la carne en pocos momentos, fueron á reunirse con los coros de los espíritus celestiales. El padre Bautista, como superior, fue el último á quien se dió muerte. Estaban tan compadecidos los espectadores, que por todas partes se oían gemidos y sollozos. Dicen que el caballero que autorizaba el suplicio no pudo presenciarle hasta el fin, y que en el instante en que vió que corria la sangre de los mártires, se retiró llenos sus ojos de lágrimas. Un apóstata que habia contribuido á su muerte, quedó tan penetrado de arrepentimiento, que viendo á un portugués en medio del concurso, fue corriendo adonde estaba, detestó en público su delito llorando amargamente, y trató con él de los medios oportunos para volver á ponerse en camino de salvacion.

Cuando hubieron espirado los mártires, no les fue posible á los guardias echar de allí á los concurrentes. Despues de haber conocido cuán inútiles y aun peligrosas eran las violencias á que recurrieron al principio, dejaron que recogiesen todos la sangre que habia caido de las cruces, que se llevasen la tierra empapada con ella, y que satisfaciesen de todos modos á su devocion. Cortó uno un dedo del pie al padre Bautista, y se asegura que salió de él sangre rubicunda, sin embargo de que habian pasado tres dias desde su crucifixion. Se refieren otras muchas señales y prodigios con que quiso manifestar el cielo que habia aceptado el sacrificio de sus víctimas, y se probaron algunos de ellos con tanta evidencia, que

treinta años despues mandó Urbano VIII que se les tributasen los honores propios de los santos Mártires.

21. Taicosama, que fue el primer Emperador del Japón que persiguió á los cristianos, no quitó la vida mas que al corto número de personas que acabamos de referir; y su sangre sirvió de fecundar para el cielo la tierra que se regaba con ella; pero aquel Príncipe abrió el camino á sus sucesores, y con un escándalo infinitamente mas perjudicial les transmitió las preocupaciones políticas, que erigidas despues en máximas del estado, esterminaron el cristianismo del Japón, al mismo tiempo que acabaron con todos los cristianos. Publicó otro edicto contra la Religion despues del suplicio egecutado en Nangazaqui, ordenando que saliesen del imperio todos los misioneros. Mas la enfermedad que le acometió poco despues causándole la muerte, produjo otro género de cuidados en el gobierno. Dejaba un solo hijo de tierna edad, bajo la tutela de un regente y de un consejo de regencia, que se indispusieron al punto con sus pretensiones encontradas. Prevaleció al fin el regente, y ya fuese por efecto de gratitud para con los Príncipes y caballeros cristianos que le habian servido en gran manera, ya porque estimase su Religion, ó ya por respetos políticos, permitió á los misioneros que entrasen otra vez en sus antiguos establecimientos. Respiraron á lo menos los fieles por algun tiempo, y aumentóse prodigiosamente su número durante esta calma pasagera.

22. Apenas fueron atormentados entonces sino en

el reino de Fingo, que desde las manos de uno de los Reyes mas cristianos del Japón, comprendido en la desgracia de los consejeros de la regencia, habia pasado á uno de los generales del regente ó tutor. Este nuevo Rey, idólatra furioso y poseido del espíritu de secta, desentendióse de que habia en sus cortos estados cien mil cristianos bien instruidos, y empeñóse en hacer abrazar el culto estravagante de los fatocos á todos los nobles de Jatuxito que era una de sus mejores ciudades. Ciego con su nueva grandeza, habia juzgado que ninguna resistencia encontraria. Pero al ver que se reían todos de su edicto, y no opinando útil comprometer demasiado su autoridad, limitó el decreto á dos hombres distinguidos, ya por no quedar del todo desairado, y ya tambien porque su egeemplo contribuía mucho á la firmeza de los demás.

23. Ninguna diligencia perdonaron para que Juan Minami y Simon Taquenda (nombres para siempre célebres) diesen alguna señal, aunque fuese equívoca, de su sumision á la orden del Rey. Cuando Minami supo que le habian condenado, fue á casa del gobernador encargado de la egecucion de la sentencia, quien para convencerle empleó cuanto supo sugerirle la tierna amistad que profesaba al confesor. Aunque le halló siempre igualmente firme, no dejó por eso de convidarle á comer. En la mesa se mantuvo Minami tan sereno como si se hubiera tratado de una visita regular. Al acabar de comer, mostróle el gobernador la sentencia de muerte firmada por el

Rey, á lo que contestó Minami que nada deseaba tanto como dar vida por vida á su Dios; y al punto le llevaron á un cuarto, donde fue decapitado á los treinta y cinco años de edad.

El gobernador, que profesaba amistad mas tierna á Taquenda, pasó á su casa para tratar de enternecer á un hombre á quien no esperaba amedrentar. Al verle se deshizo en lágrimas, y Taquenda no pudo contener las suyas, de suerte que estuvieron un rato sin poder pronunciar palabra. Presentándose entonces la madre de Taquenda: „ Señora (le dijo el gobernador), favoreced á un amigo desesperado al ver que la persona á quien mas ama se precipita ciegamente á su ruina. Son preciosos los momentos. Voy á dar cuenta al Rey de la última disposicion de un hijo que forma las delicias de su madre. Prométome del cariño que le profesais, y de la prudencia que os hace tan recomendable, que le dareis consejos eficaces. Nada mas puedo decir á mi hijo (replicó la madre generosa), sino que la corona eterna debe comprarse al precio mas subido. Pero si no obedece al Rey (repuso el gobernador), tendreis el sentimiento de ver que le cortan la cabeza. ¡Pluguiera el cielo (respondió la heroína) que mezclase yo mi sangre con la suya! ¡Ah! Señor, si podeis proporcionarme esta dicha, entonces publicaré que os debo el mayor beneficio que se puede recibir de la amistad. Llamó el gobernador á parte á su amigo, y le llevó á casa de otro pagano que le estimaba mucho, donde emplearon todos los medios imaginables contra su constancia,

aunque sin conseguir mayor efecto. Estrechando ya por último el cumplimiento de la orden superior, envió á Taquenda á su casa, é hizo que le acompañase un hombre encargado de la egecucion de la sentencia.

Retiróse el confesor por algunos instantes á tributar gracias á Dios y á vigorizarse con la oracion. Pasó despues al cuarto de su madre y al de su muger, para participarles su felicidad. Estas dos heroínas, sin inmutarse ni dar la menor señal de inquietud ó sobresalto, levantáronse con gran tranquilidad, y pusieronse á disponer lo necesario en tan terrible crisis. Cuando todo estuvo á punto, la muger de Taquenda se acercó con respeto á su marido, á quien miraba como á un santo mártir, postróse religiosamente á sus pies, y le rogó que le cortase el cabello, pues estaba en la firme resolucion de consagrar por lo menos su vida y su persona al Señor, si no tenia la felicidad de morir por él. Conmovióse sin duda Taquenda, ó quedó sorprendido al oír una proposicion tan súbita, y teniendo alguna dificultad, ó deliberando con alguna lentitud, hizole su valerosa madre una seña, y al momento satisfizo á su esposa. Llegó poco despues de esta tierna escena un caballero que habia tenido la debilidad de renunciar á Jesucristo. Vió un oratorio adornado, unas mugeres entregadas á la oracion, unos criados inconsolables, y á Taquenda sin verter una lágrima, preparándose á la muerte con la mayor serenidad, cual si fuese á salir triunfante. Corrió á abrazar al confesor, aplaudió su valor, se acusó de su cobardía

y ofreció no tardar en repararla. Arrobado Taquenda con este dulce consuelo que le enviaba Dios antes de morir, abrazó por última vez á su madre y á su esposa, ordenó á sus criados que se retirasen, ofreció á Dios su sacrificio arrodillado delante de un Crucifijo, y alargó la cabeza al verdugo, que la derribó al primer golpe. Tuvieron valor las dos damas, espectadoras tranquilas de esta terrible catástrofe, para levantar la cabeza del mártir, besarla con respeto, y teniéndola vuelta hácia el cielo rogáronle por la sangre pura que brotaba de ella que las concediese también la gracia de derramar la suya propia. Retiráronse después á un gabinete apartado, donde pasaron lo restante del día pidiendo á Dios la gracia del martirio.

Aun no se habia concluido la oracion, cuando llegó la esposa del primero de los mártires, Magdalena, viuda de Minami, con un sobrino de siete á ocho años, que habian adoptado ella y su marido, á participarles que las mugeres habian sido condenadas en ódio de sus maridos, y que todas tres debian ser crucificadas en aquella misma noche. No habian condenado hasta entonces al suplicio de la cruz á personas de su sexo. Esperaron para llevarlas á que anocheciese, y colocáronlas en unos palanquines; pero aquellas dignas siervas de Jesucristo se quejaron de que se las tratase con tanto miramiento. Suplicó la madre de Taquenda á los verdugos que la clavasen en la cruz. Pero no lo logró por mas instancias que emplease, porque estaban tan conmovidos, y se prestaban con tanta repugnancia á aquel género de suplicio, que

parecia ser otra su profesion. Aumentó los tormentos de la mártir el primer golpe dado con mano trémula, porque fue necesario volver á hierirla para quitarla la vida. Estuvo espuesta á la misma prueba la constancia del niño, hijo adoptivo de Minami. La punta de la lanza no penetró bastante hondo para acabarle de un golpe; y hallándose enfrente de él su madre adoptiva, atada también á una cruz, estremeciósese al considerar el riesgo á que estaba espuesta la firmeza de un niño tan débil, y exhortóle á que invocase á Jesus y á María. Aunque el niño estaba tan tranquilo como si no le hubiesen tocado, obedeció á su madre, y al punto recibió otra lanzada que le dió la muerte. Apenas sacó el verdugo el hierro de la herida del hijo, clavóle en el seno de la madre.

Restaba solo la muger de Taquenda: sus juveniles años, su afabilidad, su candor y su virtud, á que daba nuevo realce su rara hermosura, enternecieron de tal suerte á los verdugos, que ninguno osó poner sus manos en ella. Y fue necesario que se atase por sí misma á la cruz, en cuanto le fue posible, hasta que el cebo de un vil salario incitó á algunos infelices á hacer el oficio de verdugos. Pero como carecian del infame talento de estas gentes, diéronla una infinidad de golpes, sufriendolos la mártir con gran tranquilidad, y pronunciando hasta el último aliento los nombres de Jesus y de María.

24. El Rey habia concebido la esperanza de sujetar á los cristianos á sus órdenes impías por medio del terror de aquellos suplicios, y no tardó mucho en

desengañarse. Escitó el egeplo de estas heroínas una noble emulacion entre los dos sexos, y aun en las clases menos capaces de sublimes sentimientos. El verdugo que habia decapitado á Taquenda, asió con execracion el sable con que le habia derribado la cabeza; fue á arrojarle á los pies del obispo del Japon, y vertiendo abundante llanto le pidió el bautismo. Vióse así en la última edad, y en una nacion que apenas conocia á Jesucristo, lo que mayor admiracion causára en los tiempos mas brillantes de la Iglesia. Esto prueba que siempre y en todos los climas inspira el mismo espíritu.

25. Lo que llenaba de pasmo en el primer ímpetu del fervor de los japones, reproducíase con alguna proporcion aun en la atmósfera impura, inficionada por Ginebra con los continuos miasmas que exhalaba aquella sentina de la impiedad y de la corrupcion. Un solo hombre, y el menos imperioso de todos ellos, bastó, en manos de Dios, para mostrar allí la fuerza de su diestra. Francisco de Sales, destinado para convertir el Chablés y el país de Gex, brillaba con todas las prendas naturales y adquiridas que pueden disponer á las grandes empresas. Pero desde su mas tierna edad conoció que la nobleza, los bienes de fortuna, la ciencia y todas las buenas cualidades naturales de nada sirven á los ojos de la fe y de la verdadera razon, sino en cuanto son instrumentos de la virtud para producir unos frutos tan incorruptibles como ella.

Consagróse con este designio á los primeros

estudios en Saboya, que era su pátria, despues aprendió las lenguas en París con el célebre Genebrardo, la filosofia y la teología en el colegio de los jesuitas con Maldonado, y por último, el derecho en Padua con Pancirolo (1). Trató en esta última ciudad al padre Possevino, jesuita recomendable por su sabiduria, por su talento para la direccion de los asuntos y de los espíritus, y por su eminente piedad; y confióle la inclinacion particular que profesaba á los estudios eclesiásticos. Possevino, previendo los grandes designios del Señor acerca de aquel hombre extraordinario, exhortóle con eficacia á cultivar unas ciencias que le eran tan necesarias para el desempeño de su destino, añadiendo en términos espesos que le quería Dios para que llevase su palabra á pueblos engañados, y para que fuese en su pátria la columna de la fe y de la Religion. No contento con darle consejos, hizose director de sus estudios, como tambien de su conciencia. Sacrificaba todos los dias en su obsequio dos horas, y nunca juzgó que empleaba mejor el tiempo, no obstante de lo apreciables que eran otras tareas suyas para el bien de la Iglesia. Instruyóle principalmente en la ciencia de las controversias y en el grande arte de la elocuencia, que poseía el mismo Possevino con singular perfeccion. Pero el mas digno cuidado de este maestro piadoso fue cultivar las semillas de virtud que encontró en aquella alma pura, y elevarla al grado mas sublime. Consérvanse

(1) *Mars. Vid. de San Franc. de Sal. l. 1.*

todavía unas reglas admirables de conducta, que juzgan haberle sido prescritas por este hábil y virtuoso director.

Zozobró no obstante entre inmensos riesgos la inocencia de Francisco, que tenia una disposicion corporal y una fisonomia en extremo agradables, un candor, una afabilidad y un trato tan cariñoso, que no era posible verle sin amarle, con aquella modestia y aquel pudor ingénuo que inspira respeto á las almas honestas, pero que solo sirve de estímulo á las pasiones desordenadas. No solo luchó contra los alhágos de las mugeres perdidas, cuyo descaro suele displacer á las almas comunes, sino tambien contra los de aquellas mogigatas calificadas y artificiosas que revestian la infamia con todas las esterioridades del honor, y ponianle en la cruel alternativa de elegir la fortuna que era consiguiente á la condescendencia, ó la muerte que debía seguirse al desaire. Habia ya renunciado para siempre el matrimonio por medio del voto de virginidad, poniéndose bajo la proteccion particular de la Reina de las vírgenes para lograr las gracias sin las cuales sabia que no es posible ser continente. Si se esforzó siempre en hacer fructificar aquella ciencia saludable que era ya en él, como en el sábio, una gracia preciosa, nunca fue mas fiel que despues de estos últimos peligros, en el desempeño de todos los egércicios que podian colmarle con la abundancia de las bendiciones celestiales. Aumentó sus oraciones, sus piadosas lecturas, y sus austeridades. Asistió con mas frecuencia y con mas fervor á la

mesa del pan de los fuertes que acostumbraba recibir de ocho á ocho dias. Observó una soledad mas severa, evitó hasta la sombra de las ocasiones peligrosas, é inspirándole la humilde persuasion de su flaqueza un santo temor que crecia de dia en dia con la noticia de las vergonzosas caidas de sus compañeros, depositó su confianza en el que únicamente podia suministrarle las fuerzas necesarias. Instruido tambien de que seria inútil contar con sus grandes misericordias, si por decirlo así, no las solicitaba con una correspondencia generosa, entrególe todo su carazon.

No pertenecia al siglo una virtud de esta naturaleza. No obstante, los padres del jóven conde de Sales, que era su primogénito, habian fundado en sus raras disposiciones toda la esperanza de la familia. Para que apareciese á brillar en el mundo, habianle destinado á la dignidad de senador en el senado de Chambery, y tenian tratado su casamiento con la hija única del baron de Vegy, consejero de estado. Matrimonio muy apreciable, pues su futura esposa era jóven, muy agraciada, de ilustre nacimiento, rica, y principalmente gozaba su padre un influjo muy grande en la corte de Saboya. Tenian mucha religion y una piedad poco comun el conde y la condesa de Sales. Habia repetido cien veces la condesa á su hijo, durante su infancia, á egemplo y con el buen éxito de la Reina Blanca, que no obstante el gran cariño que le profesaba, preferiria verle muerto á saber que habia cometido un solo pecado mortal. Mas la resolucion de Francisco distaba tanto de las ideas de

aquellos padres carifiosos, que la primera noticia que tuvieron de ella causóles una cruel sorpresa. Muy terrible, pues, fue para la virtud del jóven conde verse precisado á desconsolar á un padre y á una madre á quienes nunca habia dado el menor disgusto, y que por su parte le habian procurado siempre cuantas diversiones honestas eran imaginables. Pero fue fiel al Señor: aunque es cierto que recibieron la nueva de su resolucion por medio de su primo Luis de Sales, eclesiástico piadoso y prudente que se habia asegurado de su vocacion. Sostúvola despues por sí mismo con una firmeza que bastó para que juzgase su padre ser aquella la voluntad de Dios, y que serian inútiles cuantos esfuerzos opusiese á ella.

No admitió al mismo tiempo la dignidad de senador que le daba gratuitamente el duque de Saboya, bien informado de su mérito. En vano le representaron que no era incompatible con el estado que queria abrazar, y que acababa de poseerla un eclesiástico muy digno. Tornó á echarse á los pies de su padre suplicándole que no pusiese límites á su condescendencia, y que llevase á bien que se consagrara todo entero á las funciones de un ministerio, para el cual apenas bastan todas las facultades del hombre. Tambien pretendió renunciar su derecho de primogenitura; pero el conde y la condesa se empeñaron en que habia de conservarle. Mucho trabajo costó conseguir que aceptase el deanato del cabildo de Ginebra, que su virtuoso pariente Luis de Sales habia obtenido para él en la corte de Roma, porque deseaba vivir sin beneficio

con su patrimonio solo, y ocupar el último puesto en la casa del Señor. Su fervor le atrajo generales elógios, y no obstante hicieronle aceptar una dignidad que le venia únicamente de la Providencia, como que nunca le habia ocurrido el pensamiento de solicitarla.

Confirieronle algun tiempo despues las órdenes sagradas sin observar, aunque él lo deseaba mucho, los intersticios acostumbrados. El piadoso obispo de Ginebra Claudio Granier, que conocia la virtud y los talentos del ordenando, y que parece adivinó desde entonces que algun dia habia de ser su sucesor, no quiso perder un punto en aplicar á la edificacion pública á un ministro, cuyas funciones parecian tan útiles á la Iglesia. Francisco ornado con las órdenes sagradas, y revestido de aquel espíritu principal del sacerdocio que mueve á los ministros del Altísimo á derramar la doctrina de que son depositarios sus labios, recorrió desde luego las chozas y caserías de las inmediaciones de Annecy para instruir á una infinidad de gentes tan groseras que profesaban la fe católica y apenas tenian noticia del cristianismo. Trocó las costumbres del país entero en muy corto tiempo, y tornó á florecer la piedad en unos sitios en que la mezcla y trato de los hereges habia aniquilado cuasi de todo punto la Religion. Pero estos no eran mas que unos preludios de los útiles trabajos en que iba á ejercitarse.

26. Habian usurpado á este Príncipe los suizos del canton herege de Berna y la república de Ginebra, durante la guerra de Francisco I con el ducado

de Saboya, el ducado de Chablés y los baijages de Gex, Terny y Gaillard. Concluida la paz, obligóseles á restituirlos; pero con la cláusula espresa de que no se restableceria en ellos la Religion católica que habian destruido. Estos cortos estados que en cierto modo tenian sitiada á la ciudad de Ginebra, y ponian en un riesgo continuo la independenciam que se habia arrogado, causábanle crueles inquietudes. Cuando murió el duque Manuel Filiberto, incitó á los suizos á quebrantar el tratado que habian hecho con este Príncipe, y de acuerdo con ellos se apoderó segunda vez de dichos paises. Sirvió solo esta nueva usurpacion para cubrir de oprobio á los usurpadores y hacer mas infeliz su suerte, porque Carlos Manuel, hijo y sucesor de Filiberto, puso en pie con tanta prontitud un ejército formidable, que se rindieron á él sin oponer ninguna resistencia. Entró otra vez en posesion de todo lo que le habian quitado, dejó buenas guarniciones en las plazas conquistadas, y viéndose libre de las cláusulas del primer tratado, así por el perjuro de los infractores, como por su nuevo derecho de conquista, no pensó mas que en restablecer la Religion católica en los dominios que acababa de recobrar.

Escribió con este objeto al obispo de Ginebra que eligiese eclesiásticos á propósito para una obra tan buena, y ofreció sostenerlos con toda su autoridad. Congregó al punto el obispo el clero de la ciudad y de las aldeas, les manifestó la abundante mies que se presentaba á su celo, mostróse dispuesto á ir

delante de ellos, sin que le sirviesen de obstáculo sus enfermedades ni su avanzada edad, y exhortólos de un modo patético á que se conformasen con sus deseos. Admiró y consternó este discurso á todos los concurrentes, quienes no consideraban mas que los trabajos y peligros á que iban á esponerse. Observaban todos un triste silencio, á escepcion del dean, y estaban con los ojos clavados en tierra, temiendo encontrarse con los del prelado, y llegar á una confesion formal de su pusilanimidad.

Francisco no solo se ofreció á acompañarle, sino tambien á evitarle las fatigas que no podia sufrir á causa de su avanzada edad, y á ser el gefe de la mision, si le creía capaz de ello. Añadió á esto, que el primer pastor, prescindiendo de la fuerza ó de la debilidad del cuerpo, era responsable á toda la diócesi; y aun mas á la parte fiel del rebaño, que á la parte rebelde. Que además convenia ir al principio á sondear las disposiciones de aquellas ovejas descarriadas. Que para esto era suficiente un corto número de colaboradores que le acompañáran, y que, segun el éxito, podria ir despues un número mayor, y aun el mismo obispo. Reuniéronse todos para detener al obispo, á cuya caridad se hizo una especie de violencia. Pero nadie se ofreció á acompañar al generoso dean, excepto Luis de Sales, aquel virtuoso pariente que habia contribuido con tanto empeño á remover los obstáculos que se oponian á su vocacion. Nada recavó el que el obispo de Ginebra y todos los amigos y parientes de Francisco y de Luis mostrasen la mayor

inquietud al verlos resueltos á marcharse solos, y principalmente cuando vieron que se marchaban en efecto como dos ovejas inocentes á las guaridas silvestres de aquellos montañeses, no menos temidos que los lobos feroces. Francisco trató de moderar por lo menos el sobresalto de sus parientes; mas observando que nada conseguia con todos los recursos de la elocuencia, cogió á Luis de la mano y le dijo: „vamos á donde Dios nos llama. Mas de un combate hay en que sólo se vence con la fuga. Si nos detenemos mas tiempo desfalleceremos y abandonaremos á otros ministros mas fieles el premio que nos espera.” Sus parientes admirados no tuvieron ánimo para detenerle. El conde, su padre, fue acompañándole por largo rato, y habiéndole perdido de vista, volvió á consolar á la condesa.

Quando ambos misioneros se vieron en libertad, y próximos á poner el pie en el campo que les abria su celo, volvióse Francisco á su primo, y abrazándole con cariño: „me ocurre (le dijo) un pensamiento. Nosotros vamos á desempeñar las funciones de los Apóstoles, y debemos tratar de imitarlos con toda puntualidad. Despachemos nuestros caballos, caminemos siempre á pie, y contentémonos con las cosas que sean absolutamente necesarias.” Habiendo consentido en ello Luis de Sales, encamináronse, acompañados de un solo criado, á la fortaleza de Alinges, puesta en la cima de un monte aislado, y defendida con una buena guarnición para tener subordinado aquel país. Era éste el único sitio seguro que tenían

los dos misioneros, y por mucho tiempo viéronse obligados á guarecerse en él todas las noches, ya para hallar un hospedage, que en cualquiera otra parte se les habria negado, y ya para decir misa. Porque hubiera sido imprudencia celebrar el santo sacrificio en medio de unos sacramentarios feroces. No obstante, distaba dos leguas largas Alinges de Tonon, capital del Chablés, donde los misioneros egercitaban principalmente su celo. De suerte que andaban cuatro leguas diarias por un país inculto, sufriendo frios crueles, hollando nieves y hielos, y afrontando mil contratiempos que los obligaban algunas veces á andar errantes hasta muy entrada la noche. Mas esto no fue capáz de mover á Francisco á variar de resolución. Por no dejar de celebrar los sagrados misterios pasó por espacio de mucho tiempo un torrente profundo por encima de una viga cubierta de hielo, agarrándose á ella con manos y rodillas, y esponiéndose al riesgo continuo de rodar á aquel abismo.

Por grandes que fuesen los obstáculos que le presentaban los elementos y la naturaleza del país, puede decirse que todo esto era nada en comparacion de la fiereza de los habitantes. Al presentarse Francisco en Tonon, bajo los auspicios del Soberano, recibióle los magistrados con grandes demostraciones de respeto en la apariencia, y por medios ocultos prohibieron con mucho rigor que fuesen á oírle, y que tuviesen la menor comunicacion con él. Decíase públicamente en la ciudad, y aun con mas audacia en los pueblos inmediatos, que era el enviado del

anticristo de los romanos, y que se le debía tratar de modo que no le quedase gana de volver por allí. En Ginebra, distante cuatro ó cinco leguas de Tonon, opinaban que convenia tomar las armas, implorar de nuevo el auxilio de los suizos, y no perder tiempo en alejar de cualquier modo que fuese á aquel temerario papista. Llegaron al extremo de decir, que era lícito matarle si no habia otro arbitrio para desbaratar su proyecto; y á lo menos consiguieron que huyesen todos de él, de tal suerte que estaba tan solo en medio de Tonon como si residiese en la soledad mas inhabitada de todo el país.

Sin embargo, no dejaba de ir allí todos los dias, del mismo modo que si tuviese que coger los frutos mas copiosos, y algunas veces con un temporal tan recio que ni aun los aldeanos mas valerosos osaban abandonar sus cabañas. Ni aun la obscuridad de la noche le causaba pavor. Un dia que salió de Tonon mas tarde de lo que solia, extravióse, y despues de haber andado errante por largo tiempo, llegó á media noche á una aldea, cuyas casas se veían todas cerradas. Estaba la tierra cubierta de nieve, el viento era terrible, y el frio tan penetrante, que ni los aldeanos ni sus ganados habian salido de casa en aquel dia. Llamó á las puertas, rogando á todos los habitantes en los términos mas patéticos, que no consintieran que muriera de frio; pero eran todos calvinistas, y su criado tuvo la imprudencia de nombrarle, juzgando que á lo menos tendrian alguna consideracion á su ilustre nacimiento. Hubieran perecido sin remedio,

si no hubiera dispuesto la Providencia que encontrasen el horno del lugar que estaba todavía caliente. Colocáronse en él como pudieron, hasta que al amanecer volvieron á buscar el camino perdido.

Otro dia que le habia detenido un buen aldeano, que edificado al ver su paciencia quiso que le instruyese al punto en la fe católica, sorprendióle la noche en un bosque con tal obscuridad que no veía donde fijaba los pies. Los lobos, los osos y otras fieras no tardaron en bajar de los montes, y dar unos ahullidos tan horriblos que aun al alma mas osada érale difícil conservar su serenidad. Moríase el criado de miedo; y Luis de Sales, que habia ido con ellos, y aconsejó antes á Francisco que difiriese la instruccion hasta el dia siguiente, decia que su celo era inconsiderado. Solo el nuevo apóstol, usando de su dulcedumbre y serenidad ordinaria, los consolaba, los alentaba, y les afirmaba que no permitiria Dios que pudiesen, por no haber arriesgado la salvacion de una alma, difiriéndola para un tiempo que siempre es incierto. Salió últimamente la luna, y con su luz vieron un edificio arruinado, donde pasaron el resto de la noche debajo de un pedazo de bóveda, que los defendió algun tanto de la inclemencia del tiempo. Quedáronse dormidos Luis de Sales y el criado, riéndose al cansacio. Pero Francisco, que echó de ver en aquellas ruinas los residuos de una iglesia destruida por los hereges, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, ocupada su mente con la idea de los opiosos solitarios que antiguamente entonaban en

aquellos desiertos las alabanzas del Señor. Recordaba á las vírgenes santas que seguian al Cordero immaculado en aquellas selvas espantosas; á los pastores virtuosos, por cuyo medio reinaba la verdadera fe, con la piedad y la inocencia de las costumbres, y por último á muchas comparaciones igualmente tristes, entre el lustre antiguo de la Religion en aquellos valles, y el deplorable estado á que se veía reducida entonces.

27. Mostróse propicio el cielo á tan grande fe y perseverancia, y el dia señalado para la conversion del Chablés amaneció tan de lleno que recompensó al apóstol todos los riesgos á que se habia visto puesta su longanimidad. Principiaron las conversiones por los domésticos de la fe, cuyos egemplos buenos ó malos hacen siempre mucha impresion en sus enemigos. La guarnicion de Alinges encargada de proteger la Religion en sus inmediaciones, estaba muy lejos de abstenerse de todos aquellos vicios que la deshonoran. Francisco trató de persuadirla que cuanto mas los obligaba á esponer su vida la profesion de las armas con la cual autorizaban sus costumbres licenciosas, tanto mas habian de procurar ponerse en estado de no temer las consecuencias de la muerte. Las resultas de este convencimiento y sus favorables efectos fueron superiores á las esperanzas de Francisco, pues los oficiales y los soldados parecian mas bien religiosos que militares; y el santo director, que sabia mejor que nadie prescribir á cada uno lo que le convenia segun su condicion, empleóse solo

en este ministerio. Cuando volvieron á presentarse en Tonon, á donde iban con frecuencia, edificaban con su egemplar conducta, en tales términos que no parecian ya los mismos hombres.

La admiracion que produjo esta metamórfosis ocasionó una corona gloriosa para el instrumento de que se habia valido el cielo para llevarla á cabo. Cedieron las calumnias con que le infamaban los ministros á una refutacion tan persuasiva como la de las obras. Refrescóse la memoria de los buenos egemplos que daba en todas ocasiones, de su caridad, de su paciencia, de su afabilidad angelical, y de los increíbles trabajos que padecia voluntariamente por la salvacion de un pueblo que le pagaba con desprecios y ultrages. Compararon su modestia y su moderacion con la acrimonia imperiosa y con la dureza grosera de los ministros, que solo le contestaban con injurias; y creyeron que siendo este sistema el recurso ordinario de la parte que no tiene á su favor la razon, debia estar la verdad entre los que se portaban con modestia y agrado. Restaba solo destruir algunas preocupaciones, para lo cual bastaba oír al misionero, sin exasperar demasiado á los ministros, cuya dominacion tiránica fundábase aun en el temor y en los respetos humanos; y una casualidad, dispuesta por la Providencia, fue el origen de estas instrucciones.

Francisco recibió la nueva de que habian salido de la ciudad dos caballeros á batirse en reto. Voló al campo de batalla, y viendo que se acuchillaban con

furia, arrojóse en medio de ellos, esponiéndose á recibir un golpe mortal, y pintóles con tal viveza el abismo eterno en que iban á hundirse, que arrojando las armas, obligólos á abrazarse y los reconcilió perfectamente. Hicieron despues con él una confesion general de toda su vida, y convirtiéronse en unos hombres nuevos. Uno de ellos permaneció tan fiel á los impulsos de la gracia, que renunció el mundo para ocuparse solo en las cosas eternas, y retiróse á una casa de campo que tenia cerca de Tonon. Como habia servido largo tiempo en los egércitos con mucho honor, hacíanle frecuentes visitas las personas nobles de aquellas inmediaciones y los sugetos mas condecorados de la ciudad. Egecutábalo tambien Francisco para confirmarle en sus santos propósitos; de suerte que aquella casa fue á los principios el centro de reunion de todos los que querian instruirse, y despues un teatro de conferencias formales.

Los ministros fomentaban la heregía y el ódio de los pueblos á la iglesia romana, desfigurando su doctrina, acusándola de que idolatraba, de que miraba á María como á una divinidad, de que adoraba á los Santos, con sus reliquias é imágenes, de que les daba parte con Jesucristo en el oficio de mediador entre Dios y los hombres, de que blasfemaba de la redencion, y de que destruía la satisfaccion del Redentor con la doctrina relativa á la necesidad de las buenas obras. Francisco mostró con tanta claridad la falsedad de estas imputaciones, que se divulgó por el Chablés y aun por dentro de Ginebra de que la vanidad

de poder decir que habia convertido algunas personas obligábale á aproximarse á la doctrina de los calvinistas. Decian que habia disfrazado los verdaderos sentimientos de su iglesia, la cual condenaria sus opiniones luego que se hiciesen públicas. A este nuevo ardid de la impostura, pobreza miserable en sí misma, pero capáz de causar entonces mucha impresion en el ánimo de los incautos, debemos el escrito que dió á luz sobre lo ocurrido en aquellas primeras asambleas del Chablés, y redúcese á una esplicacion clara y fundada de la doctrina católica acerca de los artículos que mas dificultad causaban á los pueblos extraviados por los predicantes. Ofrecia en él el autor justificar á la iglesia romana con la misma evidencia sobre todos los puntos controvertidos, ya fuese por escrito, ó en conferencias, al arbitrio de los ministros. Mas ellos no tuvieron por conveniente ni responder al escrito, ni aceptar las conferencias; y esta confesion tácita de su insuficiencia fue en todo el canton un golpe mortal para la autoridad de aquellos falsos doctores.

Nadie se ocultaba ya para oír las instrucciones de Francisco. Llevaban los amigos á sus amigos, los padres y las madres á sus hijos, y los amos á sus criados. Habia nuevas conversiones todos los dias, y los recién convertidos profesaban á su padre en la fe un afecto que comunicaban á los que permanecian todavía en el error. Descubrió por este medio muchas conspiraciones formadas por varios celadores sanguinarios que quisieron sacrificarle á la seguridad de su

secta. Condujeron algunas veces con tanto acierto su maquinacion, y se les frustró por unos medios tan inesperados que lograron que le tuviesen por mago sus groseros secuaces. Mas la fama de estas maldades sirvió solo para disfamar á la religion que la inspiraba. Decíase públicamente que los ministros se valian de la violencia porque no tenian razones que oponer; que sus procedimientos probaban con toda claridad cuán mala era su causa; que si Francisco enseñaba errores, era necesario confundirle, y no asesinarle; que era extraño que á las puertas de Ginebra, baluarte del calvinismo, desafiase á todos sus defensores, sin que hubiese ninguno que osase presentarse en la palestra. Por último, añadían que se engañaban mucho si estaban convencidos de que se les habia de creer sobre su palabra, cuando los desmentian todas sus obras.

28. Un ministro que tenia mas probidad que los otros, fue á conferenciar con el misionero. Valiéronse sus cólegas de todos los medios imaginables para hacer que volviese á entrar en su comunión, á la que daba un golpe terrible con su mudanza. Mas siendo inútiles todas sus diligencias, pusiéronle en una cárcel, atribuyéronle delitos que no habia cometido, buscaron testigos falsos, y rayó su iniquidad en el extremo de asesinarle. Esto horrorizó igualmente á los calvinistas y á los católicos. Creyó un abogado célebre en todo el país, llamado Poncet, que lo que se procuraba sostener con unos medios tan indignos, podria muy bien haber sido establecido de la misma

manera. Bascó, pues, á Francisco, cuya caridad, paciencia, piedad, sinceridad y toda su conducta, tan distinta de la de los ministros, habia mucho tiempo que llamaba su atención. Tuvo no obstante largas disputas con él, y se rindió por último despues de haber conocido la frivolidad de todos sus argumentos.

29. Imitóle el baron de Awlly, hombre de un talento poco comun, y muy instruido en su religion, que profesaba de buena fe, siendo el principal apoyo de ella en toda la provincia. Defendióse mucho tiempo, y quizá costó tanto esta conversion al santo misionero como todas las demás. Despues de haber examinado prolijamente y por escrito todos los puntos de controversia, quiso que se enviasen á Ginebra y á Berna, para ver si las soluciones de los mas célebres doctores de su comunión, que residian en aquellas dos ciudades, le satisfacian mas que las suyas. Mas tambien compensó á Francisco todas las molestias y trabajos que le habia causado, pues anunció por todas partes, y aun en Ginebra, el dia de su abjuracion, y procuró que fuese numerosísimo el concurso. Concurrieron en efecto, con todo el pueblo de Tonon y de sus cercanías, muchos calvinistas de Ginebra, para ser testigos de un acontecimiento que miraban como imposible. Abjuró Awlly con firmeza y resolucion los errores de Calvino, confesó del mismo modo la fe católica, y despues exhortó con eficacia á todo el concurso á que siguiese su ejemplo.

30. Habia atraído á la Iglesia la dulce elocuencia de Francisco antes de esta célebre conversion, un

gran número de sectarios <sup>(1)</sup>; y un día, entre otros, convirtió seiscientas personas, según cuentan varios historiadores de su vida, quienes añaden que habló de la real presencia con tanta energía, dignidad y unción, que levantaron la voz los oyentes diciendo que una fuerza irresistible los inducía á confesar y abrazar la verdad. Fueron tan copiosos los frutos de salvación desde que abjuró el barón de Awlly, que no obstante de que Francisco era infatigable, no alcanzó por sí solo para cogerlos todos, y fue necesario enviarle operarios. Nunca pondríamos fin si nos propusiésemos dar aquí una noticia individual de los prodigios de su ministerio, porque la mayor parte de sus historiadores afirman que sacó de las tinieblas del error á setenta y dos mil personas. Había algún tiempo que residía de día y de noche en Tonon, despreciando el riesgo continuo á que estaba espuesta allí su vida y las inquietudes de sus parientes, quienes en vista de semejante resolución le consideraban como un hombre muerto. Mas cuando llegaron sus colaboradores, estaba ya muy variada la escena, pues había una iglesia católica en Tonon, comparable con las de los tiempos primitivos, observándose en ella la misma firmeza en la fe, y la misma pureza de costumbres, sin la cual miró siempre Francisco de Sales la profesión esterna como cosa de poca importancia. Véase el mismo espíritu de concordia y una caridad tan afectuosa para con los pobres y enfermos, que

(1) *Anon. Vid. de San Franc. de Sal. lib. 1.*

era la admiración de los hereges mas obstinados. Estableciéronse todos los misioneros con su gefe en Tonon, donde á pesar de las maquinaciones de los ministros y de algunos movimientos sediciosos del populacho, floreció otra vez el culto católico del mismo modo que en todo el Chablés.

31. Cuando supo el Pontífice unos progresos tan súbitos, creyó su santidad que no había ninguna cosa superior á las fuerzas de Francisco y dióle comision para que fuese á Ginebra á conferenciar con Teodoro Beza, casi tan célebre como Calvino, y á poner todos los medios posibles para reducirle al gremio de la Iglesia en que había nacido. No era segura ni fácil la egecucion; pero estas consideraciones nunca detuvieron á Francisco de Sales, cuando se trataba de la gloria de Dios. Púsose en camino lleno de fe y de valor lo mas pronto que pudo para ir á Ginebra. Llegó por fortuna á casa de Beza en ocasion en que estaba solo este ministro. La agradable fisonomía del Santo, su aire de candor y de rectitud, y sus primeras palabras, que manifestaron del mismo modo la franqueza de su corazón, causaron una impresion extraordinaria en Beza, quien no le había visto hasta entonces. Este ministro, que, prescindiendo del espíritu de secta, tenía tambien bastante franqueza, experimentó, con respecto á Francisco, aquella inclinacion simpática que sentimos á favor de nuestros semejantes, y no pudo menos de tener cierta confianza en él. Conferenciaron largo tiempo, y siempre con mucha moderacion. A pesar de las acusaciones

de corrupcion y de idolatría con que denigró Beza á la iglesia romana, confesó que era posible salvarse profesando su creencia; y manifestó en otras muchas cosas que estaba poco distante de las máximas católicas. Pero no pudo ocultar las agitaciones de su corazon y los remordimientos de su conciencia. Despues de esta primera visita, que dió buenas esperanzas á Francisco, hizole Beza muchas instancias para que regresase á su casa. Volvió en efecto hasta tres veces, pero sin adelantar mucho mas que en la primera, á lo menos en órden á la salvacion de aquel infeliz apóstata. Nunca fue mas visible el triunfo de la verdadera fe que en la cuarta visita, en la que sin responder Beza una palabra á los argumentos mas poderosos, y dominado de una profunda tristeza, manifestó á un mismo tiempo que conocia la verdad, y que estaba enzarzado en el error con unos lazos que parecian increíbles en un viejo casi octogenario.

32. Dicen que estando en Ginebra, con motivo de asuntos del real servicio, el gobernador de Montargis Mr. Des-Hayes, contrajo una familiaridad íntima con aquel ministro, contribuyendo á ello el buen humor de uno y otro (1). En una de aquellas conversaciones alegres en que suele tener poco lugar la reserva, preguntóle Des-Hayes, qué causa podía haber para que un hombre como él fuese tan adicto á la triste reforma de Calvino. Levantóse Beza sin responder, y llevando consigo una jovencita muy hermosa que estaba en un cuarto inmediato: „vé

(1) *Anon. lib. 5. c. 1.*

aquí (dijo) lo que me convence de la bondad de mi religion." Poco despues fue acometido este infeliz de la enfermedad de que perdió la vida. Estando próximo á morir, quiso volver á hablar con San Francisco de Sales; pero estaba ya llena la medida de la divina misericordia para él. Los ginebrinos, á quienes se habian hecho muy sospechosas aquellas visitas, observaron con tanto cuidado á Beza y á Francisco, que no les fue posible volver á verse. Afirman, sin embargo, que poco antes de espirar se arrepiñtió Beza de su apostasia y retractó sus errores. Mas habiendo muerto en poder de los calvinistas, no se adivina cómo pudieron adquirirse unas noticias tan difíciles de saberse, y que necesitan confirmarse con las pruebas mas decisivas.

33. Superando ya en Tonon el número de los católicos al de los calvinistas, el primer síndico, que habia abjurado tambien sus errores, escribió, en nombre del ayuntamiento, al padre comun de los fieles, para rendirle homenaje, y rogarle que mirase á sus conciudadanos como á los hijos mas respetuosos de la Iglesia. El obispo de Ginebra pasó á la mision acompañado de varios jesuitas, capuchinos y eclesiásticos seculares, destinados al gobierno de las parroquias que debian establecerse, porque no se trataba ya de que volviesen á entrar en el seno de la unidad algunas personas particulares, sino de que iban á abjurar pueblos enteros de todos los cantones del Chablés y de los tres bailiages. El duque de Saboya, que quiso asistir en persona á una ceremonia

tan interesante, tuvo el consuelo de ver el concurso de las parroquias de Bellevaux, y San Sergue, en número de trescientas personas cada una, y muchos mas vecinos de varias aldeas del pais de Focigny. Deseando el piadoso obispo hacer por sí mismo todas las reconciliaciones, convencióse muy en breve de que era obra superior á sus fuerzas, y vióse obligado á nombrar para este ministerio una porcion de eclesiásticos seculares y regulares. Para que nada faltase á la pompa de un espectáculo tan santo, dispuso la divina Providencia que se hallase en él un legado de la Silla apostólica. Esto contribuyó mucho, no solo á la celebridad, sino tambien á la solidez de la conversion de aquellos paises. Al regresar el cardenal de Médicis de su legacia de Francia, tomó el camino de Tonon, donde encontró al duque de Saboya, y le habló con tanta energía contra las peticiones que así Ginebra como los suizos protestantes iban á hacerle en orden á los asuntos de religion, que despreció aquel Príncipe todas las consideraciones políticas que no se conciliasen con los intereses de la fe.

Espidió un edicto, por el cual ordenaba que desde su publicacion no habia de permitirse otro ejercicio público de religion en el Chablés y en los bailiages, que el de la Religion católica romana. Que todos los ministros habian de salir para siempre de aquellos paises. Que los habitantes que persistiesen en el calvinismo quedaban privados de los empleos públicos. Que habia de hacerse una exacta averiguacion de las rentas de todos los beneficios

usurpados, á fin de emplearlas en la reparacion ó reedificacion de las iglesias y en la subsistencia de los párrocos y misioneros. Que al momento se habia de fundar en Tonon un colegio de jesuitas.

Antes de la egecucion de este edicto, quiso el Príncipe tentar todavía un medio poderoso para limitar su severidad al menor número de vasallos que fuese posible. Mandó á todos los protestantes que concurriesen á la casa de Ayuntamiento, á donde se trasladó él mismo, en medio de dos filas de soldados, que se apoderaron al propio tiempo de las puertas y plazas de la ciudad. Despues de poner á la vista de aquellos hombres obstinados todo lo que se habia hecho por su salvacion, dijoles que habian tenido bastante comodidad para tomar una resolucion acertada; que al fin era necesario declararse, y que los que quisiesen abrazar la religion de su Príncipe, se colocasen á la derecha, y los demás á la izquierda. Colocáronse los mas á la derecha y quedaron aun muchos á la izquierda. Volviéndose el Príncipe á los primeros les dijo, que en lo sucesivo los miraria como á sus dignos vasallos, y que debian prometerse de su benevolencia todo género de favores. Lanzando despues una mirada de indignacion á la izquierda: „¡ con que vosotros (les dijo) osais declararos en mi presencia enemigos de vuestro Dios y de vuestro Príncipe! Marchad: huid de aquí, os despojo de todos vuestros cargos, y os destierro para siempre de mis estados. Mas quiero no tener vasallos que tenerlos como vosotros.” Hallándose allí Francisco se fue

detrás de ellos, é hizo el último esfuerzo para vencer una obstinacion que iba á hacerlos desgraciados en este mundo y en el otro. Hablóles de un modo tan persuasivo, manifestóles tanto interés, y usó con tanta oportunidad de las gracias de su elocuencia, de su dulzura y de su tierna sensibilidad, que antes de acabarse el dia persuadió á la mayor parte de ellos á conformarse con las intenciones del duque. Un número muy corto, menos capaz de constancia que de una terquedad caprichosa, buscaron un asilo al otro lado del lago, donde no tardaron mucho en darles á entender que eran gravosos. Demasiado fuerte era esta prueba para una virtud que no estaba cimentada en la verdadera fe. Antes que el duque saliese del Chablés, rogaron á Francisco que proporcionase su regreso con las condiciones que se les habian impuesto al principio. Concediólo el Príncipe con mucho gusto, como que le era violento usar de severidad. Asi se convirtieron aquellas provincias desde el año 1594 en que el duque de Saboya escribió por primera vez sobre este punto al obispo de Ginebra, hasta el de 1598, en que quedaron de todo punto reunidas á la Iglesia, esto es, en menos de cuatro años, el primero de los cuales, muy ingrato al parecer, fue para Francisco un ejercicio de humildad y paciencia, que últimamente produjo en los otros la mas brillante fecundidad; de suerte, que á los treinta años habia cogido ya los frutos de salvacion que se ven muy pocas veces aun en la edad mas avanzada.

34. Reunió por otra parte Clemente VIII al

patrimonio de San Pedro el ducado de Ferrara, que el último duque, Alfonso II, habia legado con el resto de su herencia á su primo hermano César de Este. Pero además de que César no era heredero en línea recta, tenia por abuela una persona de bajo nacimiento, cuyo matrimonio con el duque Alfonso era muy sospechoso, por no decir otra cosa. El mismo Alfonso, que habia contraído estos lazos al fin de sus dias, reputábalos tan poco válidos, al menos en cuanto á los efectos civiles, que habia pedido al Emperador legitimase los hijos nacidos de aquel matrimonio. No se juzgó el Pontífice obligado como á señor feudal á la observancia de unos convenios en que no habia tenido parte; y habiéndose César posesionado de Ferrara, empleó el Papa contra él las armas espirituales y temporales de la Iglesia. Mas no era acertada esta conducta, porque el anatéma en una controversia política, además de parecer un abuso y una profanacion, era insuficiente contra el atractivo de una soberanía apetezible, cuyo poseedor no hubiese arriesgado ninguna otra cosa. Además era de todo en todo inútil, supuesto que el señor feudal hallábase en estado de hacerse justicia á sí propio con aquel género de fuerza que es la última razon de los Príncipes (1). Despreció efectivamente César las censuras hasta que envió el Papa contra Ferrara un ejército numeroso. Habia contado con el socorro de los Príncipes italia-

(1) *Ossat. ep. 14.*

la mayor parte de ellos muy opuestos al engrandecimiento del estado eclesiástico. Mas detúvolos á todos el nombre de Enrique IV. Ansiando este Principe utilizar todas las ocasiones de dar pruebas de su adhesion á la iglesia romana, y de mostrarse digno sucesor de Pipino y de Carlo-Magno, quienes habian dado á la santa Sede el exarcado de Rávena, de que era parte el Ferrarés, habia afirmado al Papa por medio de una embajada solemne que le defenderia con todo su poderio hasta recobrar aquel hermoso heredamiento. Vióse, pues, César de Este reducido á sus propias fuerzas, y por consecuencia obligado á recurrir á negociaciones. Dejéronle los ducados de Módena y Regio; mas no admitieron ningun partido por lo respectivo á Ferrara, de la que tomó posesion Clemente por sí mismo en 1598. Ordenó crigar en ella su estatua, y edificar una escelente ciudadela, en la que, segun se dice, gastó dos millones de escudos de oro.

35. No cogió por fruto la ingratitud el hijo primogénito de la Iglesia, cuando dió á su cabeza este testimonio de su afecto (1). Por la mediacion de este Pontífice, y por la eleccion que hizo de su embajada, tuvo efecto la paz de Vervins en que, decidido Enrique á mantener una guerra eterna antes que permitir la desmembracion de la menor parte de sus estados, recobró todo cuanto le habian tomado los españoles. En la guerra declarada á Felipe, consiguió reunir sus vasallos, así católicos como religionarios, bajo un

(1) *Thou*, t. 11. p. 489.

mismo estandarte, pero en atencion al estado lamentable en que se hallaban las cosas del reino, y en particular el real erario, no le fue posible poner en pie egércitos bastante numerosos, ó á lo menos pagarlos, y mantenerlos para evitar la desercion. Contaba con los ingleses y holandeses, y en efecto aprestaron éstos una escuadra que sirvió solamente para turbar á los españoles. Recaía así todo el peso de la guerra sobre Enrique, que la sostuvo solo con su valor, y no pudo estorbar que el enemigo se apoderase de Calés, que hiciese grandes progresos en Picardia, y que conquistase la capital de esta provincia. No obstante fue reconquistada la ciudad de Amiens; mas los religionarios que no lograban, ni con mucho, todo lo que pretendian de un Rey educado en su comunión, principiaban á alborotarse, sin permitirle perseguir á los enemigos exteriores, y obligándole á firmar la paz. Cuando se encontraba en los mas terribles apuros, y por decirlo así, bajo la espada de los españoles, aquellos inquietos sectarios pidieron la confirmacion y ampliacion de sus privilegios, manifestando tanto empeño y teson que juzgó el Rey que no podia tomar mejor partido que nombrar comisionados para este asunto.

36. El legado enviado por su Santidad á Francia para hacer que ratificase el Rey las cláusulas de su absolucion, veía por sus propios ojos la urgente necesidad que tenia de la paz aquel reino. Era este digno representante de la Cabeza de la Iglesia el cardenal Alejandro de Médicis, arzobispo de Florencia, capáz

de borrar por sí solo todas las malas impresiones que habian dejado en Francia los ministros de la santa Sede, mientras duraron las turbulencias de la liga. Era este prelado dechado de prudencia y moderacion, de una dulzura y afabilidad que le grangeaban todos los corazones, conciliador hábil, y siempre contenido en los límites del verdadero celo. No tuvo dificultad un negociador de este carácter en adquirir la confianza de Enrique, y solo usó de ella en beneficio de la Francia. Atribúyese principalmente á su prudencia y destreza la solucion de las innumerables dificultades que se encontraban en las pretensiones tan opuestas de los partidos que se trataba de conciliar. Despues de haber disputado mucho tiempo los españoles sobre conservar alguna cosa de las conquistas que habian hecho en territorio francés, concluyóse por último que se devolviesen todas las plazas tomadas por una y otra parte, y que volviese todo al estado que tenia antes de la guerra. Concedieron á Enrique la facultad de dictar las condiciones al duque de Saboya, el cual habia querido aprovecharse de aquel rompimiento para engrandecerse á espensas de la Francia; y por un efecto de su gratitud al Papa, le constituyó árbitro en esta materia. Por respetos á Roma y personalmente al legado, cuyos buenos officios merecian este miramiento, disfrió Enrique hasta despues de su salida la publicacion del edicto que se habia formado ya á favor de los religionarios (1).

(1) *Thou*, l. 122. = *Davil*, l. 4.

Este es el famoso edicto de Nantes, á cuya ciudad habia ido el Rey en 1598 con el objeto de pacificar la Bretaña. Concedianse por él á los hereges casi todos los privilegios arrancados con violencia á los Reyes anteriores, y aun algunos nuevos artículos relativos á las circunstancias de aquellos tiempos. Mas debemos no poner en olvido los apuros del Monarca, á quien los sectarios tenian, por decirlo así, puesto el puñal al pecho, y en peligro próximo de volver á abismar el reino, usando de mas teson, en los disturbios y calamidades de que apenas acababa de verse libre. Habian abandonado el ejército real los gefes del partido, Roan, Bouillon y la Tremouille, con una desercion que podia pasar plaza de un atentado contra el trono; y habiéndose retirado á sus gobiernos, fomentaban las preocupaciones de los hugonotes y el furor de los ministros. Examinado, pues, el edicto de Nantes con arreglo á los primeros principios del derecho de magestad y de legislacion, era radicalmente nulo, como arrancado con violencia á un Príncipe que en vez de dar la ley á sus vasallos la recibia de ellos. No pudo por la misma razon obligar á los sucesores de Enrique IV, sino con respecto al tiempo en que creyesen que su observancia importaba á la tranquilidad pública y al bien general del reino.

Comprende noventa y un artículos públicos, y cincuenta y seis secretos, que nunca han sido registrados. Toda la preferencia que concede á los católicos redúcese á que puedan egercer su Religion en

todos los sitios en que está permitido el ejercicio del calvinismo, cuya ventaja no es recíproca para los calvinistas, supuesto que se limita á ciertos lugares. Impone igualmente á los sectarios la obligación de conformarse con la policia exterior de la iglesia romana, de no trabajar en los dias festivos, de pagar diezmos, de contribuir con las demás cargas de los feligreses, y de abstenerse de toda irreverencia de obra y de palabra contra las ceremonias eclesiásticas. Ordena por lo demás que disfruten todos los derechos civiles de los católicos; que se les admita á todos los empleos; y que para administrarles justicia haya en cada parlamento una cámara compuesta por mitad de jueces católicos y de calvinistas. Concédense también á sus ministros privilegios de estado, y señaláseles sueldos. Permite al partido la libertad de celebrar asambleas generales, pero en los tiempos y sitios señalados por el Príncipe y con asistencia de los comisionados que nombre; como igualmente la de exigir todos los años una suma entre ellos mismos para atender á sus necesidades comunes. Es digno de observarse que se les concedian por ocho años plazas de seguridad, con permiso de nombrar ellos mismos sus gobernadores, y obligación por parte del Rey de entregarles anualmente ochenta mil escudos para pagar á las guarniciones. Aunque es verdad que de esto no se hizo mencion en los artículos generales ni en los particulares. Opúsose el clero á que se registrase este edicto, y le reprobó en tales términos el parlamento, que despues de muchas órdenes inútiles

no se le dió curso hasta el año siguiente en virtud de un decreto el mas absoluto del Monarca.

Al observar esto el clero pidió la publicacion del concilio de Trento, el restablecimiento de las elecciones eclesiásticas, y la supresion de las pensiones laicas sobre los beneficios, y de otros muchos empleos profanos de los bienes de la Iglesia y en particular de los monasterios. La peticion hecha á causa del concilio sirvió por lo menos para manifestar que no se miraba como legitima la publicacion egecutada en París, cuando dominaban los comuneros. Enrique poseía el arte de saber desembarazarse en las circunstancias en que no podia tomar otro partido mejor, y dió acerca de este artículo y de todos los demás una respuesta que cerró los labios á todos los oradores, y á lo menos le dejó respirar por algun tiempo. „Mis predecesores (les dijo) os han dado palabras, y nada mas; pero yo con mi casaca llena de polvo obraré. Aunque me veis con esta ropa parda, sabed que en lo interior soy todo de oro.” No le molestaron mas, y quedó tranquilo por una temporada.

37. Cuatro meses despues del tratado de Vervins, concluido á 2 de Mayo de 1598, murió el Rey de España Felipe II á 13 de Setiembre del mismo año, que era el cuarenta y tres de su reinado y el setenta y dos de su edad. Príncipe generoso, católico, sábio, y de tal firmeza en los reveses de la fortuna que pocos le habian igualado en esta parte. Tuvo el singular mérito de haber preservado casi todos sus estados, aunque derramando sangre, de los horribles estragos que

causaban las heregías en casi toda Europa. Padebió crueles dolores en su última enfermedad; pero humillóse ante el Todopoderoso, manifestando una resignación cristiana, y dando todas las demás señales de religión que debían esperarse de su ánimo piadoso (\*). A este Príncipe sucedió su hijo Felipe III.

38. Tuvo Enrique IV por el mismo tiempo una enfermedad que á los principios se creyó igualmente peligrosa que la de Felipe. No dió por espacio de dos dias ninguna esperanza de vida. Abandonábanse ya todos á un dolor inconsolable, cuando con el restablecimiento casi repentino de su salud sucedió al desconsuelo público una alegría no menos espresiva. Mas la viva imágen del horroroso estado en que hubiera podido volver á caer la Francia por no tener hijos el Rey, y porque los demás Príncipes ó sus facciones solo eran á propósito para despedazarla, habíase profundamente grabado en todos los ánimos. El Rey, unido por los vínculos del matrimonio con Margarita de Valois, vivía en cierto modo sin esposa, y por consiguiente sin esperanza de posteridad. Esta circunstancia no contribuía poco á fomentar el espíritu de facción entre los grandes: y los que eran

(\*) No pueden reducirse á la estrechez de una nota las memorias necesarias para formar la debida idea del reinado del gran Felipe II: por donde hemos creído mas conveniente reunir las todas en un apéndice que daremos al fin del tomo, en el que podremos estender con mas facilidad los principales sucesos, y pintar mas por entero el carácter de los ilustres personajes de todos estados que florecieron en nuestra España en aquel siglo verdaderamente de oro.

verdaderamente franceses, y especialmente Sully, instáronle á que tratase de la disolución de un matrimonio que, teniendo solo las apariencias de tal, quitaba á los franceses el consuelo de ser gobernados despues de sus dias por un hijo suyo. Reducíase todo á dar una sentencia de divorcio, que ya tiempo existía de hecho entre los dos esposos, que, unidos con violencia en medio de los horrores del dia de San Bartolomé, abandonáronse despues, cada uno por su parte, á los vergonzosos escesos inseparables de un enlace contraído bajo tan funestos auspicios. Margarita, poco sensible al honor de la diadema, despues de haber hollado el de su sexo, no tuvo dificultad en consentir en la separación, y convenidas las partes todo lo demás se redujo á mera formalidad. Fundóse la disolución del matrimonio en la falta del libre consentimiento para la union recíproca, y en el parentesco en tercer grado, cuya dispensa se tuvo por nula, como que no la habian pretendido los conyuges. El Rey, libre de estos lazos, casóse con María de Médicis, Princesa de Toscana, que, habiendo cumplido ya los veintiseis años, daba esperanzas de una pronta fecundidad; y en efecto á los nueve meses de matrimonio nació el sucesor de Enrique el Grande.

39. Tomó el hábito poco despues de este feliz suceso en el convento de las fuldenses de Tolosa, Antonia de Orleans, hija de Luis, duque de Longueville, viuda de Carlos de Gondi, marqués de Belle-Isle, recomendable, no solo por su hermosura, sino

tambien por su talento. Formó y realizó esta resolución sin noticia de sus parientes: opúsose con arrojo á todas las instancias y esfuerzos hechos para sacarla de aquella casa. Trascurridos siete años, fue necesaria una orden absoluta del Sumo Pontífice para que se trasladase á la abadía de Fontevrault. Mas mirando siempre con los mismos ojos las humillaciones y las austeridades de la penitencia fundó en lo sucesivo el convento de las religiosas benedictinas de la regla primitiva, esto es, de la congregacion de Santa María y Santa Escolástica del Calvario. Comenzó la fundacion en el convento de Poitiers, donde murió la fundadora á los seis meses en olor de santidad.

40. Dilatado por todas partes el espíritu de reforma, ó para hablar con mas propiedad, el espíritu de celo y fervor que habia resucitado el santo concilio de Trento, vióse á los religiosos trinitarios en España, dirigidos por el padre Jnan Bautista de la Concepcion, unir con los trabajos consiguientes á la redencion de cautivos, todas las austeridades de su antigua regla, y añadiendo á ellas las prácticas humildes de las órdenes mendicantes (1). Esta congregacion de trinitarios descalzos, cuyo nombre ha conservado siempre, tuvo al principio dos provincias gobernadas por un vicario general. Habiendo establecido despues hasta seis provincias, tres en España, y otras tres en Italia, Alemania y Polonia, permitióle el Sumo Pontífice elegir un vicario particular. Hay tambien trinitarios descalzos en Francia;

(1) *Herm. Hist. de las Ord. Relig. l. 3. c. 45.*

peró esta segunda reforma, principiada en Roma en el convento de San Dionisio por el padre Gerónimo del Santísimo Sacramento, é introducida despues en Provenza, quedó sujeta al general de París.

41. Principió por el mismo tiempo (1) el instituto religioso de la tercera orden de San Francisco, diferente de la antigua confraternidad del mismo nombre, compuesta de personas legas de ambos sexos que se reunian á orar con mas fervor, y alentarse mutuamente al cumplimiento mas exacto de las obligaciones del cristianismo. Propagóse rápidamente por Italia esta nueva orden, y llegó á ser tan numerosa que se dividió en diez y seis provincias, sin contar la de Flandes agregada á ella. Diéronle por esta razon un general particular que reside en Roma. Las de España, Portugal y Francia quedaron sujetas al general de toda la orden de San Francisco. En Francia, donde tienen estos religiosos sesenta y tres casas, y se intitulan de la rígida observancia, tuvieron por reformador al padre Vicente Massare, parisiense, que estableció su primer convento en la aldea de Francoville, distante algunas leguas de París.

42. El jubileo secular, celebrado con la mayor pompa en el año 1600, demostró que las naciones cristianas no habian perdido aun los sentimientos respetuosos debidos á la santa Silla apostólica; y que ésta se hallaba adornada de unas virtudes capaces de escitar la veneracion de las naciones cristianas, y de

(1) *Herm. Hist. de las Ord. Relig. = Mar. Veson. Annal. Tert. Ord. S. Franc.*

producir una emulacion saludable aun entre los infieles. Fue tan prodigioso el concurso de peregrinos, que en el hospital de la Trinidad llegó la lista á quinientos mil, sin contar los que habia en los hospicios de las varias naciones, en los diferentes conventos y en las casas particulares. Juzgaron que entre todos ascendieron á tres millones en el discurso del año. Contáronse dos mil solo en el dia de Pascua. Fueron tambien los mas numerosos los de Italia, como que eran los mas inmediatos, y despues los franceses, que llegaron á tres mil. Causó esto tanta alegría al Papa como confusion á los enemigos de la Francia, quienes pretendian persuadir que esta nacion era del todo herética. Tambien concurrieron personajes de la mas alta gerarquía, contándose entre otros al duque de Baviera en traje de peregrino, y á los duques de Bar y de Parma. Causó singular admiracion entre los prelados de primer orden el cardenal Andrés de Austria, que anduvo las estaciones desconocido y confundido en medio del tropel obscuro de extranjeros. Mas habiéndolo sabido el Papa, dispuso que le buscasen y le llevasen honoríficamente al palacio pontificio, donde poco despues encontró aquel piadoso cardenal el término de su vida, y la recompensa de su humilde piedad. El Sumo Pontifice quiso auxiliarse por sí mismo, y para mayor consuelo del enfermo, celebró en su cuarto el santo sacrificio de la misa, antes de administrarle el Viático.

43. Concurrieron por efecto de curiosidad algunos turcos y muchos hereges, de cuyo número dicen

que fue el duque Federico de Wirtemberga. El deseo de hallar que morde en la prelación romana, observándola de cerca, influyó, como es de presumir, en la determinacion de muchos de ellos. Pero pronto mudarian de opinion al ver, no solo á los cardenales mas distinguidos, sino al mismo Papa, á pesar de su avanzada edad y de sus enfermedades, lavar los pies á los peregrinos mas pobres, besarlos con un respeto religioso, como á miembros de Jesucristo, ausiliar con una liberalidad y con una magnificencia inagotable á los innumerables indigentes, servirles á la mesa, dirigir á cada uno de ellos palabras de benevolencia y de consuelo, atender con paternal cariño al alivio de sus incomodidades, y aun á su recreo. Y en cuanto á los obispos y sacerdotes estrangeros, vióseles adornar y proveer unas casas capacísimas, donde se les daba hospedage, alimento y todo lo necesario. Además de estos cuidados en beneficio de la salud del cuerpo, desplegó el infatigable Pontifice tanto celo por la salvacion de las almas, que se sentó muchas veces en el confesonario, como pudiera haberlo hecho un clérigo particular. No dejó de andar, á pesar de tantas ocupaciones distintas, sesenta veces las estaciones en el discurso del año, aunque solo se prescribian treinta para los romanos y quince para los estrangeros. Los cardenales y los demás prelados romanos, á instancia y sobre todo á egemplo del Pontifice, parecia que no tenian otra ambicion que la de escederse unos á otros en todo género de buenas obras.

44. Tan asombroso espectáculo, no desmentido mientras duró el jubileo, trocó en admiracion la curiosidad de los infieles y la malignidad de los hereges. Pidieron y recibieron el bautismo muchos turcos. Gran número de protestantes, indignados de las calificaciones calumniosas de Anticristo y de Babilonia que daban de continuo sus predicantes al Pontífice y á la santa Silla romana, lloraron su ceguedad pasada, abjuraron con execracion la heregia que inspiraba semejante furor, y procuraron con todo esmero distinguirse entre los hijos mas dóciles y virtuosos de la iglesia romana. Fue de este número Estévan Calvino, pariente del heresiarca. Administróle por sí mismo Clemente VIII el sacramento de la confirmacion, le trató de todos modos como á su hijo, y atendió con larga mano á su subsistencia habitual. Entró despues Estévan en la religion de los carmelitas descalzos, donde mostró siempre una fe y una piedad sincera, dando pruebas de gran prudencia en los empleos que le confiaron, y murió santamente.

45. Vióse en este mismo año un espectáculo de distinta naturaleza, que cedió en descrédito de la impostura, contribuyendo al triunfo de la religion Plessis-Mornai, el sábio del hugonotismo, y tan rígido hugonote, que al punto que supo la conversion de su Rey, á quien habia hecho grandes servicios grangeándose su afecto, abandonó la corte. Aspirando Mornai con ánsia á otro género de celebridad, quiso tambien hacer papel entre los doctores, é imprimió un libro acerca de la misa y de la Eucaristia,

escrito con elegancia, pero lleno de pasages de los santos padres, alterados, truncados, citados en sentido contrario, falsificados y corrompidos de todos modos. Mornai, que era demasiado hombre de bien para hacer de propósito deliberado el papel de falsario, no habia tenido la delicadeza ni la prudencia necesaria para verificar los extractos de sus ministros impostores, y los habia insertado en su obra sin ningun exámen. Luego que vió la luz este libro, alzaron el grito los doctores ortodoxos tratando á su autor de embustero y descarado. El sábio obispo de Evreux, Perron, tan versado en la lectura de los santos padres y de los antiguos doctores, obligóse á demostrar que habia en él mas de quinientos testos falsificados. Pecando Mornai por demasiada confianza, retó á sus antagonistas, dirigió un recurso al Rey para que compareciesen con él en presencia de su Magestad y de árbitros instruidos, que debian elegirse entre los católicos y protestantes á fin de examinar y decidir si las citas eran verdaderas ó falsas. Pero no duró mucho esta arrogancia, porque Enrique, naturalmente alegre, y picado sobre todo de la curiosidad de ver al gran Mornai en aquel nuevo campo de batalla, mandó venir á los dos campeones á Fontainebleau, donde se distraia por algun tiempo de las serias ocupaciones del gobierno. Mornai, que tanta seguridad mostraba al principio, opuso mil dificultades luego que se acercó el momento de llegar á las manos, así sobre el método de la conferencia, como sobre la eleccion de las materias que habian de tratarse en

ella; de suerte que parecia aspirar solo á encontrar efugios para evitar el combate. Y fue tal su confusion, que le faltó poco para desaparecer sin despedirse del Rey. Bastaron apenas las instancias de sus contrarios, los cuales no podian llevar en paciencia una fuga tan vergonzosa, para obligarle á presentarse en la arena.

Preparado todo, y estando los dos campeones en medio de un concurso de cerca de doscientos curiosos, principió el Rey con la declaracion de que no tenia ninguna duda acerca de la verdad de su fe y de la santidad de su Religion. Añadió que no era su ánimo que se controvertiese ningun dogma católico, sino que se examinase únicamente la autoridad de los pasages citados por Mornai. Perron elogió la prudencia religiosa del Monarca, que á egemplo de Constantino y Teodosio temia poner la mano en el incensario, y despues declaró que por su parte no aspiraba á un vano triunfo sobre un antagonista respetable, y al cual veneraba con sinceridad, sino que solo se proponia manifestarle la impostura de aquellos á quienes habia creído sobre su palabra. Presentadas, pues, las obras de los santos padres y de los antiguos doctores, cotejaron los pasages que de unas y de otras se habian insertado en el libro de Mornai. Por lo respectivo á los dos primeros testos citados de Scoto y de Durando acerca de la Eucaristia, pronunció el canceller, en vista de la sentencia de los árbitros, que Mornai habia tomado las objeciones por las soluciones. Declararon que el tercero y el cuarto citados de San Juan Crisóstomo, y el quinto de San Gerónimo,

acerca de la invocacion de los Santos, estaban truncados. Que el sexto sobre la adoracion de la cruz, atribuido á San Cirilo, no estaba en las obras de este padre; y que otros dos de San Bernardo relativos á la Santísima Virgen, se veían reducidos á uno solo, resultando alterado todo el sentido. En una palabra, que un lugar de Teodoreto, citado como contrario al culto de las imágenes, habia sido empleado por aquel padre, no contra las imágenes de los cristianos, sino contra el simulacro del paganismo.

Esta primera discusion duró cerca de seis horas: y su Magestad dispuso que se difriese hasta el dia siguiente; mas el valor de Mornai, tan vacilante antes de esta prueba, estaba ya del todo abatido. La vergüenza y el disgusto que sucedieron á una aplicacion y estudio violento, produjéronle vómitos continuos y una agitacion convulsiva en todos los miembros, de que resultó una enfermedad aguda que terminó las conferencias. Ordenó que le trasladasen á Paris con pretesto de restablecerse allí mejor, ofreciendo que volveria á continuar las sesiones. Mas apenas regresó la corte á aquella capital, retiróse sin hablar palabra á su gobierno de Saumur. Publicó no obstante un escrito, ya fuese obra suya ó de algun sectario mas osado, que quisiera autorizarse con su nombre, en el que se negaba en parte, y se desfiguraba enteramente lo que habia ocurrido en una asamblea tan numerosa y respetable. Publicáronse, con el beneplácito y aprobacion del Monarca, las actas de la conferencia, y el canceller certificó su verdad del modo mas auténtico.

Aquellos, para quienes sean aun dudosas pruebas de esta naturaleza, depondrán por lo menos su escepticismo, si consultan la relacion irónica que el buen calvinista Sully hace en sus memorias, del modo con que Mornai defendió su causa (1).

La heregía quedó tan destruida, que uno de sus mas célebres defensores, Felipe Dufrene, presidente de la cámara mista de Castres, y elegido por los secretarios para ser uno de sus árbitros en la conferencia, no pudo resistir á la fuerza de la verdad, y abjuró una religion que solo se sostenia con imposturas. Si el segundo árbitro de los calvinistas, Isaac Casaubon, el cual quedó del mismo modo convencido, no tuvo la misma fuerza, debe atribuirse esto á la ligereza é inconstancia de su carácter, que estuvo siempre dudoso entre los dos partidos; y deseando congraciarse con ambos, cargó con el desprecio de uno y de otro. Correspondiendo su hijo con mas fidelidad á los impulsos de la gracia, abrazó algun tiempo despues la Religion católica, é hizo la profesion religiosa en el orden austéro de los capuchinos.

Mucho honró á Perron esta victoria; y el Sumo Pontífice le escribió usando de espresiones del mayor aprecio, y promoviéndole de allí á pocos años al cardenalato. Todos colmaron de elógios á este sábio prelado, el cual lleno de modestia en medio de su triunfo, y ensalzando á los demás para que nadie se acordase de él, dió con este motivo un testimonio brillante á la santidad de Francisco de Sales. „Es

(1) *Mem. de Sully. año 1600.*

poca cosa el convencer (decia). Estoy tan instruido en la verdadera fe, que no hay herege á quien no pueda confundir; pero convertirlos es obra de Francisco de Sales.” Tal es la idea que muy en breve se dió de Francisco aun en la curia romana, presentándole como una luz brillante que era necesario colocar en el candelero.

46. La vida enteramente apostólica de este ilustre misionero del Chablés habia inspirado á su obispo el designio y la firme resolucion de hacer que recayese en él su dignidad, y ya habia obtenido el consentimiento del duque de Saboya (1). Habiendo pasado Francisco á Annecy para dar cuenta al obispo del estado de la mision, le dijo el prelado que se afligia mucho al ver que le iban faltando las fuerzas y la salud en un tiempo en que aumentada su diócesis con una provincia entera, le era necesario trabajar mas que nunca; que no podia menos de recurrir al auxilio de algun otro, si no queria abandonar una infinidad de almas redimidas con la sangre de Jesucristo, y que habia puesto los ojos con él para nombrarle coadjutor ó auxiliar suyo. La disposicion de los Santos fue siempre una misma con respecto á las dignidades eclesiásticas, prescindiendo de la diversidad de tiempos y costumbres. La conversacion del obispo puso á Francisco en el estado mas violento en que se halló en toda su vida, de suerte que estuvo algun tiempo sin poder articular palabra. Recobrado de aquel sobresalto, dió gracias al obispo con la sensibilidad que

(1) *Anon. l. 1. = Aug. de Sal. l. 4.*

le era natural; pero protestó que jamás consentiría en que á una débil caña, como él era, se la impusiese una carga que es temible aun á los mismos ángeles. Nada pudo adelantar el obispo en aquel dia, y sin hacerle mas instancias, se contentó con suplicarle, antes de separarse de él, que lo pensase con madurez y encomendase á Dios el asunto.

Entretanto hizo que le hablasen, aunque en vano, todos aquellos de quienes sabia que tenian algun influjo con él. Mas inútiles fueron las diligencias que hizo para el mismo fin con el conde y la condesa de Sales: no porque un corazon tan bueno estuviese destituido del respeto y cariño que debia profesar á unos padres tan amables, sino porque esto mismo le tenia mas alerta contra las sugerencias de la carne y de la sangre. Dió muy bien á entender que la afabilidad que se admiraba particularmente entre todas sus virtudes, no disminuía en nada su firmeza, y era el fruto de muchas victorias en que habia subyugado sus propias inclinaciones. Tenia un genio naturalmente fuerte, y tan inclinado á la ira que no pudo domarla sino con unos esfuerzos que le amortiguaron la bilis en tales términos, que dicen se le petrificó casi enteramente la hiel. En fin, no hallando ya otro recurso el obispo de Ginebra, suplicó al Soberano que enviase á Francisco el despacho de coadjutor ó auxiliar, como lo hizo al momento, con orden espresa de que le aceptase, pena de desobediencia grave. No dejó el Santo de practicar todavía algunas diligencias para reducir al prelado. Fue, pues, á buscarle, y se quejó

amargamente de que sin embargo de haberle amado y reverenciado siempre como á padre, le oprimia con el peso de su autoridad, y le representó que él solo le hacia mas mal que todos sus enemigos juntos, y que si no se compadecia del exceso de su dolor, debia temer por lo menos la terrible cuenta que tendria que dar al Juez supremo por una eleccion tan poco acertada. Persuadido el obispo de que era aquella la obra mejor que habia hecho jamás, no le dió respuesta alguna, le abrazó tiernamente, y le exhortó á la confianza en Dios. No pudiendo ya dudar Francisco que resistiria al órden de la Providencia si se obstinaba mas, se sometió con una resignacion modesta, pero tan penosa, que le costó uua calentura violenta y tan peligrosa que dió mucho cuidado por espacio de algunos dias.

A este grado llegó la humilde repugnancia de un Santo con respecto á la dignidad de obispo, y obispo de Ginebra, esto es, con respecto á un título despojado de casi todas sus rentas, y que no era mas que una obligacion de emprender trabajos excesivos, de esponerse á frecuentes peligros, y de sufrir contradicciones, insultos y vejaciones continuas. ¿Con qué ojos hubiera mirado esas sillas opulentas y pomposas en que no hay cosa que no contribuya á poner en olvido el ministerio de pastor, para abandonarse á la afeminacion y frivolidad, ó á la ambiciosa actividad de los grandes del siglo? Bien lo manifestó despues, cuando le ofrecieron la silla de la capital de Francia, sin poder obtener jamás el consentimiento que por

lo menos habia dado, aunque con mucha repugnancia, para ocupar la pobre iglesia de Ginebra. Nombrado al cabo de dos años obispo titular, conservó toda su sencillez apostólica sin ninguna afectacion, atendiendo á la decencia y al aseo, no menos que á la modestia, así en su persona, como en su mesa y en toda su casa. Jamás tuvo ningun mueble esquisito, ni tren, ni ninguno de aquellos adornos exteriores con que muchos prelados de su tiempo imaginaban que podia suplirse en la Iglesia lo que únicamente puede conciliar el respeto á sus ministros. Sin embargo, no solo gobernó su vasta y peligrosa diócesi con una autoridad ilimitada, sino que se hizo igualmente venerable al pueblo y al clero, á la nobleza y á la corte, ó por mejor decir á todas las cortes y á todas las naciones, y en especial á la nacion francesa, que se ha gloriado siempre de mirarle como uno de sus miembros.

Luego que consintió en ser ausiliar, le envió á Roma el obispo, á fin de concluir á la mayor brevedad un asunto que tanto le interesaba. Francisco se puso en camino con mucho gusto, esperando dar á entender al Papa la incapacidad en que se juzgaba de poder desempeñar las obligaciones del episcopado. Pero el obispo habia previsto este peligro; y para evitarle hizo que le acompañase su sobrino, canónigo y vicario general de Ginebra, hombre de un mérito extraordinario, y muy á propósito para llevar por sí solo todo el peso de una diócesi, en cuyo gobierno entendia, juntamente con su tio, á satisfaccion

de todos: de suerte, que si hubiera sido propuesto para ausiliar, ni el Papa ni el Príncipe hubieran tenido dificultad en acceder á ello. Pero no obstante que su tio conocia y estimaba su mérito, veía tambien que era mas sobresaliente el de Francisco. ¡Cuán heroica es la delicadeza que se hace tan superior á la carne y á la sangre! Aun los siglos mas florecientes de la Iglesia presentan pocos egemplos de un desinterés como éste: y á la verdad, no sabemos quién es mas digno de admiracion, el tio que formó semejante designio, ó el sobrino que procuró que tuviese puntual cumplimiento, pretendiendo con vivas ansias á favor de otro en perjuicio de sus propios intereses.

Habiendo llegado á Roma Francisco se acusó de incapacidad ante el Padre santo, y le suplicó que le eximiese de una obligacion que habia contraido con no poca violencia. Clemente VIII, que tenia grandes noticias de él, y le habia dirigido muchos breves, le dijo en dos palabras, que no tenia que hablar de un asunto que debia darse por concluido; le colmó de elógios, y le trató del modo mas honorífico. Quiso examinarle por sí mismo, no porque los obispos de Saboya ni los de Francia estuviesen sujetos al examen, sino por tener la satisfaccion de ser testigo de lo que publicaban tantas personas acerca de su capacidad. Correspondió Francisco de un modo tan completo á las esperanzas del Pontífice y de todos los concurrentes, que, arrebatado de admiracion el Padre santo, se levantó de su silla, le abrazó con paternal cariño, y allí mismo le nombró obispo de Nicópolis,

ausiliar y sucesor del de Ginebra. Antes del exámen habia pedido á Dios con mucho fervor que le cubriese en él de confusion, si no le llamaba al episcopado; pero salió de aquella prueba con admiracion de una corte, cuyo aprecio es el mas lisongero por ser el mas ilustrado. Asi se complace el cielo, fiel á su palabra, en ensalzar al que se humilla.

47. Un objeto mas extraordinario llamó entonces la atencion de la corte de Roma y de los mayores Príncipes de Europa. Abas, Rey de Persia, apellidado el Grande, estrechaba fuertemente á los turcos en las provincias del Eúfrates, al mismo tiempo que el Emperador Rodolfo II trataba de despojarlos del reino de Hungría. El inglés Antonio Sirley, que se hallaba en Persia, y queria volver á Europa con un carácter distinguido, persuadió al persa, no solo á que enviase una embajada á los Príncipes cristianos, á fin de coligarse con ellos contra su enemigo comun, sino tambien á que le diese á él el encargo de esta negociacion, juntamente con uno de sus vasallos naturales. Los recibió el Emperador con mucho agrado, aceptó todo lo que le propusieron, y los envió colmados de regalos á los demás Príncipes de la cristiandad. Pasaron desde Alemania á Roma, donde al principio quedaron todos deslumbrados con la esperanza de hacer una guerra ventajosa contra el enemigo del nombre cristiano; y llevado el Papa de su celo, mandó que se les diese una gran cantidad de dinero; pero no tardaron en desacreditarse á sí mismos. Tuvieron desde luego unas reyertas tan fuertes

entre sí, que fue necesario señalar á cada uno su habitacion separada. Despues de esto se apoderó el inglés de la mayor parte de los regalos que enviaba el Rey de Persia á los Príncipes cristianos, y habiendo pedido prestadas algunas cantidades considerables á sus paisanos, desapareció con ellas, y se ocultó de tal manera que no fue posible encontrarle. El embajador persa se puso en camino, aparentando que iba á Francia, y tomando la ruta de España se dirigió hácia oriente. El único fruto de un proyecto, del cual se habian esperado tan grandes cosas, fue la conversion de tres persas, que se quedaron en Roma para que los instruyesen, y los bautizó el Papa por sí mismo.

48. Atendiendo Clemente VIII á los innumerables objetos de la solicitud pontificia, condenó poco despues un método relativo á la confesion, que no podia ser mas cómodo para los penitentes, ó por mejor decir, para los pecadores poco dispuestos á la penitencia. Aunque habia decidido el concilio de Trento, que los que pecaron despues de haber recibido el bautismo, deben presentarse al tribunal de la penitencia para ser absueltos por la sentencia del ministro, no faltaron algunos escolásticos, fértiles en sutilezas y distinciones, que renovaron las ficciones antiguas de que una persona ausente puede confesarse y recibir la absolucion por medio de cartas, ó valiéndose de otro sugeto. Sin duda alguna era maravillosa la invencion para aligerar en el sacramento de la penitencia lo que tiene de mas pesado el yugo de

Jesucristo, porque no es menos cómodo fiar la historia de nuestros desórdenes á un papel que en nada nos abochorna, que confesarnos, como los sacramentarios, con el Padre Eterno. Es sin duda alguna quitar á la confesion la parte mas penosa, dispensar á los pecadores de la obligacion de hacer de viva voz una relacion individual de sus iniquidades; y es quitarla tambien lo que tiene de mas saludable, lo cual constituye una gran parte de la penitencia para lo pasado, y uno de los preservativos mas eficaces contra la reincidencia. Muy sospechoso es el arrepentimiento cuando el hombre que perdió todo pudor al pecar, no sabe vencer el rubor en el momento de confesarse. Estos fueron los motivos que obligaron al Papa á dar una declaracion con fecha de 20 de Julio de 1602, por la cual condenaba la opinion de que se trata, como falsa, temeraria, errónea, y así prohibia sostenerla en público ó en particular, aun como simplemente probable, pena de excomunion reservada al Sumo Pontífice.

49. El dia 3 de Abril de 1603 murió, á los setenta años de edad, la enemiga mas mortal de la iglesia romana, la famosa Isabel, Reina de Inglaterra. En la larga serie de su reinado, que habia durado cuarenta y cinco años, empleados casi sin intermision en oprimir á los católicos, se habia consumado la ruina de la iglesia británica sin ninguna esperanza de remedio, siendo ésta la principal causa de que los escritores sectarios la hayan tributado tantos elogios hiperbólicos. Merece ciertamente una parte de ellos por las

mismas cualidades que hemos confesado en Juliano apóstata, con el cual tuvo la mayor semejanza, á escepcion de las singularidades pueriles y de las locas extravagancias de que tuvo la gloria de preservarse, aunque hubieran sido mas excusables en su sexo que en aquel héroe extravagante. Pero marchitó todo el lustre de su genio poco comun, y de otros muchos dones extraordinarios que habia recibido de la naturaleza, con su mania sanguinaria por el establecimiento del cisma y de la heregía, con una crueldad bárbara que manchó los cadalsos con sangre de testas coronadas y de sus mismos amantes, con una pasion de dominar y una política que no conocia derecho de gentes, natural ni divino cuando oponian algun obstáculo á sus intereses, con una mala fe que no tenia egemplar hasta entonces. Fue tan impenetrable el disimulo de Isabel, que una gran parte de sus acciones son enigmas que no han podido esplicarse todavía. Esta muger, que hacia con tanta frecuencia de grande hombre, tuvo sin embargo una flaqueza que era manifesto indicio de su sexo. Parece increíble hasta qué extremo la arrebatava la hermosura, aun en aquella edad en que no pueden tener ninguna excusa semejantes devaneos. Algunos meses antes de morir cayó en una melancolía tan profunda que no queria hablar con nadie. Tenia siempre á la vista el retrato del célebre conde de Essex, á quien habia puesto en un cadalso, no obstante que le amaba en extremo. Cuando llegó á postrarse, dijo que queria morir, se empeñó en no tomar ningun remedio, y

murió sin ningún síntoma de enfermedad mortal.

50. Jacobo VI, Rey de Escocia, y primero de este nombre en Inglaterra, fue el sucesor de Isabel á causa de la heregía que profesaba, y de la vergonzosa apatía con que habia permitido que la Reina María de Escocia, su madre, estuviese padeciendo por espacio de diez y ocho años un cruel cautiverio, y que por último ofreciese al mundo la escena trágica de que ya hemos hablado. Fue éste el primer Príncipe que reunió bajo su obediencia los reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, y el primero que tomó el título de Rey de la Gran Bretaña. Mostró unas inclinaciones tan pacíficas que se le acusó de poltron y desidiioso, y se fijó un pasquin en dos versos latinos, en que, haciendo comparacion entre él y la Reina difunta, se decia que la naturaleza habia cometido dos errores, uno en dar á ésta el sexo femenino, y otro en dar el sexo viril á su sucesor. Sin embargo, intentó establecer el episcopado anglicano en toda la estension de sus estados, con perjuicio de la secta de los presbiterianos, en la cual habia sido educado; y no habiendo podido llevar á efecto esta empresa, recomendó su egecucion al Príncipe, su hijo y sucesor. Desgraciado celo de secta, que unido á la debilidad con que manejó las riendas del estado, fue la primera causa del horrible trastorno, de cuyas resultas acabaron con aquel hijo sus propios vasallos, y privaron de la corona á toda su linea!

51. En Francia, bajo el gobierno de un Rey mucho mas firme, y á pesar de sus prohibiciones

formales, los hugonotes indóciles admitieron en su conventículo de Gap, con los diputados de todas las provincias del reino, á los calvinistas estrangeros y aun á los luteranos de lo interior de Alemania. Solo sirvió esta asociacion para dar á entender con mas claridad que su doctrina respectiva era absolutamente inconciliable. Los luteranos no pudieron convenir con los sacramentarios en ninguno de los puntos controvertidos entre ellos. Pero convinieron todos unánimemente en decidir como artículo de fe, que el Papa era el Anticristo, el hijo de perdicion, la bestia vestida de escarlata, á la cual habia de esterminar el Señor con el soplo de sus labios, segun lo habia prometido, y empezaba ya á egecutarlo. Lutero en sus arranques frenéticos, y Calvino despues de él, habian dado ya estas calificaciones al Papa, aunque de paso, y sin pretender erigir este dictado en artículo de fe. No hay absurdo que no sea bien recibido en las sectas, ni que deje de hacer todos los dias nuevos progresos en ellas. Despues veremos como el ministro Jurieu, oráculo de su partido, tuvo la temeridad y la imprudencia de fijar la época precisa de la destruccion del Pontificado. Decidió el sinodo contra la creencia y la práctica de todos los siglos la nulidad del bautismo que no fuese conferido por un ministro. No queremos molestar al lector con la relacion de todos los delirios que allí se enseñaron acerca de la predestinacion, de la justificacion y de las satisfacciones de Cristo, ni nos detendremos en hablar de las fastidiosas investigaciones contra las sutilezas del

luterano Juan Ricator, no entendidas de él mismo ni de sus jueces. Pero no conviene pasar en silencio que Enrique IV y Sully, aunque calvinista, se indignaron contra la injuriosa decision relativa al Sumo Pontífice, y mandó el Rey que no se publicase.

52 y 53. En Polonia, no solo la heregía, sino tambien las impiedades horribles que habia producido, trastornaban todo el órden público y escitaban continuamente alborotos y turbulencias en el estado. La muerte de Fausto Socino, la cual en el año 1604 arrebató á estos impíos el gefe mas acreditado, no contuvo sus progresos. Dejó un gran número de discípulos, que para estar mas unidos tomaron el nombre de hermanos polacos, y cometieron mayores excesos que en los tiempos pasados, hasta que, haciéndose absolutamente intolerables, espidió contra ellos un decreto la dieta general del reino, obligándoles á refugiarse casi todos en Prusia, en Transilvania y en Holanda. Pero durante el reinado de Segismundo III causaron á este Príncipe unos cuidados é inquietudes, que no contribuyeron poco á que perdiese la corona que habia heredado de sus padres.

54. Segismundo, Rey de Suecia y de Polonia y católico sincero, deseaba en gran manera restablecer su Religion en el primero de estos dos reinos. El duque Carlos, su tio, luterano celoso, ó á lo menos muy hábil en aparentarlo, se valió de este pretexto, y de la potestad de regente que le habia conferido su sobrino, para indisponer contra él á sus vasallos, y en fin logró corromper tan generalmente á todas las

clases del reino, que celebró córtés en Nicopinc, donde hizo que se declarase por todos los votos la deposicion del Rey, su sobrino. El duque herege y pérfido fue despues elevado al trono por los cómplices hereges de su perfidia y rebelion; y en los veintiocho años que vivió todavia Segismundo, tuvo tantas cosas á qué atender en Polonia, que no le fue posible volver á adquirir el reino de Suecia.

55. No contento Enrique IV con reprimir el furor de los hugonotes contra la Cabeza de la Iglesia, tomó por último una resolucion invariable, que no fue ménos sensible para ellos, que agradable al Sumo Pontífice. Desde la espulsion de los jesuitas no habia cesado el Papa de hacer presente al Rey que aquel rigor contra una compañía tan benemérita de la Iglesia, solo podia lisongear á los enemigos de la Religion ó algunos católicos preocupados. En todas las audiencias que daba al cardenal Ossat, encargado en Roma de los negocios de Francia, le manifestaba el sentimiento que le producía semejante providencia, y el cardenal tenia grandes deseos de que se revocase. Estaba el Rey en esta parte con unas disposiciones tan favorables, que habia proyectado fundar un colegio en la Flecha y ponerle en manos de los jesuitas, como los mas á propósito (estas son sus palabras) para instruir bien á la juventud; pero era preciso proceder con mucha circunspeccion, porque aquellos padres tenian enemigos poderosos, y entre otros al primer presidente Aquiles de Harlay, uno de los mayores magistrados que ha habido en Francia,

y al abogado general Servin (1). En fin, acabó de decidirse el Rey en un viage que hizo á Metz, donde algunos jesuitas de Lorena, introducidos por el duque de Epernon, arengaron á su Magestad en tales términos que quedó enternecido.

Poco despues convocó su consejo, cuyos miembros eran casi todos favorables á la compañía. No obstante quiso Sully infundirle algun recelo con motivo de la notoria adhesion de los jesuitas al gobierno español. „Sé muy bien (respondió Enrique con su acostumbrada presencia de ánimo) que se han interesado mucho mas por la grandeza de la casa de Austria que por la de Borbon; pero es muy fácil descubrir el motivo de esta conducta. En España se los colma de bienes y honores, y en Francia solo han encontrado afrentas y contradicciones. Por lo demás, si el Rey de España se ha grangeado su afecto con beneficios, esto prueba que son agradecidos, y yo puedo hacer lo mismo para que me estimen. Y si son tan malos como se supone, vale mas reducirlos á lo justo con favores, que desesperarlos con un rigor implacable.“ Al oír esta réplica, conocieron todos que no gustaba el Rey de que se le contradijese. Se juntaron, pues, segunda vez, se aprobó unánimemente el pensamiento del Monarca, y se dispuso desde luego el edicto para que volviesen al reino los jesuitas.

No fue tan fácil lograr que se registrase esta providencia, pues á pesar de las órdenes reiteradas del Soberano, le dirigió el parlamento una infinidad de

(1) *Cart. de Enr. IV. al Card. Ossat. 10. de Enero de 1601.*

recursos que le hicieron perder la paciencia, y le obligaron á esplicarse con mucho enfado, especialmente contra el abogado general Servin, que no cesaba de injuriar á la compañía. Insistió todavía el primer presidente, y se presentó al Rey con una diputacion numerosa; pero su arenga, segun refiere el historiador Dupleix, fue una invectiva en que se veían juntos todos los dieterios y oprobios con que se habia pretendido infamar á esta compañía religiosa en los alegatos de Pasquier y de Arnaldo y en otros libelos semejantes (1). Otros autores, y en particular el padre Orleans, jesuita, juzgaron de muy diferente manera. Como quiera que sea, no sufrieron ninguna alteracion las ideas del Rey, el cual en aquella ocasion hizo mucho mas de lo que se esperaba de la vivacidad de su ingenio, sin embargo de que en otras circunstancias imprevistas habia escitado varias veces la admiracion general. A un discurso, trabajado con mucho espacio, y lleno de acusaciones tan graves como complicadas y numerosas, respondió de repente, deteniéndose sobre cada artículo, con no menos vigor que exactitud y precision.

„Os agradezco, señores (dijo el Príncipe) el cuidado que teneis de mi persona. No ignoro ninguna de vuestras ideas, pero vosotros no sabeis las mias. Ya habia yo pensado y considerado todo lo que acabais de decirme sobre tantas cosas pasadas, de las cuales se deben deducir sin duda las resoluciones para lo futuro; pero acerca de ellas estoy yo mejor

(1) *Mem. de la Cort. t. 4. =Thou, l. 131. =Hist. de Franc. año 1604. =Vid. del P. Cotton.*

instruido que cualquiera otro, sea el que fuese. Desde que empecé á hablar del restablecimiento de los jesuitas, advertí que se oponian á él dos clases de personas; los de la pretendida reforma, y los eclesiásticos poco egemplares. Se los culpa de que atraen á su religion á los hombres de talento, y yo no puedo menos de elogiarlos en esto. Cuando yo mando reclutar tropas, quiero que se elija la mejor gente, y desearia con todo mi corazón que vosotros no admitieseis en vuestras compañías sino á los que fuesen verdaderamente dignos de este honor. Se dice que entran en las ciudades como pueden: y yo mismo ¿no he entrado en mi reino como he podido? Se los implica en el delito de Chatel; pero jamás hizo mencion de ellos este reo, y aun cuando un jesuita hubiese cometido semejante esceso, del cual no quiero acordarme sino para bendecir á Dios, por haberme humillado y puesto en salvo, ¿seria justo que padeciesen por eso todos los jesuitas, y que fuesen arrojados todos los apóstoles porque entre ellos hubiese un Judas? Tampoco conviene zaherirlos con la liga, la cual era un contagio de aquel tiempo. Creian hacer bien, y otros muchos se engañaron como ellos. Dizen que son útiles al Rey de España, y yo quiero que me sean útiles á mí, porque la Francia no es de peor condicion que la España. Supuesto que todo el mundo confiesa su utilidad, yo los quiero en mis estados, y que si han permanecido en ellos por tolerancia, estén en lo sucesivo en virtud de una ley. Dejádme á mí arreglar este asunto, que acostumbrado estoy á concluir otros mas difíciles. Por tanto, no

penseis mas que en hacer lo que yo os mande."

Se registró sin réplica el edicto. No disimularon su furor los hugonotes; y el padre Cotton, apreciado del Rey, fue asaltado al anochecer por una persona desconocida; pero no fue mortal la herida que recibió. Habia presentado al Rey el duque de Lesdiguières aquel predicador virtuoso y lleno de uncion, á quien no se cansaba de oir Lesdiguières á pesar de ser hugonote. Decia el edicto de restablecimiento que los jesuitas habian de tener siempre en la corte un religioso de su hábito que respondiese de todos los demás, y eligió Enrique IV á Cotton, á quien nombró confesor suyo, y en cierto modo su amigo, escediendo el favor con que le honró, á las bondades ordinarias que los Soberanos usan con sus vasallos. Así, una condicion que tan poco lisongeaba á los jesuitas, como advierte Mezerai, prodújoles la mayor ventaja que podian anhelar.

56. Habíase interesado Clemente VIII en el restablecimiento con mucha eficacia y perseverancia, y disfrutó el placer de ver del todo acabado este asunto antes de su muerte, no verificada hasta el dia 3 ó 5 de Marzo del año siguiente 1605, despues de trece años y un mes de Pontificado. Clemente estuvo adornado de todas las prendas que constituyen á los grandes Príncipes y á los santos Papas, esceptuando el afecto escesivo manifestado á sus parientes. Naturalmente severo, como Sisto V, fue, sin embargo, condescendiente á egemplo suyo con la carne y con la sangre. Pero causó menos admiracion el ver á un Aldobrandino conferir la púrpura á dos sobrinos, que

ver salir á un Peretti de su choza para ser condecorado con la misma dignidad á los quince años. Entre los demás cardenales creados por Clemente VIII, eternizarán su memoria Ossat, Perron, Baronio, Belarmino, Toledo y Marzat, el primer capuchino que recibió el capelo.

Enardecido por un celo ardiente á favor de la propagacion del Evangelio, de la estirpacion de las heregias que devastaban la Europa, de la conversion de los cismáticos de oriente, y del restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, habiase consagrado con tanto vigor á todos estos deberes, que ni por los años ni por las enfermedades aminoró en nada su trabajo. Amaba las ciencias, era muy instruido, liberal, caritativo, sóbrio, frugal; ayunaba con frecuencia, y á sus largas oraciones añadia unas penitencias que hubieran edificado en un simple religioso. Confesábase todas las noches con el piadoso cardenal Baronio, y celebraba misa todos los dias con una devocion que muchas veces le arrancaba el llanto. Humilde de corazon, y acreditando con las obras su sencillez, no obstante tener cierto aire imperioso y un tono absoluto, viósele mas de una vez en el tribunal de la penitencia, recibir, como pudiera haberlo hecho un buen párroco, á todos los que se presentaban. A pesar de que manifestó mucho celo por la conservacion de los derechos de su Silla, no incurrió en los excesos que cometieron en esta parte varios predecesores suyos. Tal fue el Pontífice á quien los insolentes sectarios llamaron el Anticristo, en virtud de un artículo formal de su fe.

325  
TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1572, hasta el de 1605.

PAPAS.

CCXXV. Gregorio XIII, elegido á 13 de Mayo de 1572, y muerto á 10 de Abril de.....	1585.
CCXXVI. Sisto V, promovido á 24 de Abril de 1585, y muerto á 27 de Agosto de.....	1590.
CCXXVII. Urbano VII, coronado á 15 de Setiembre de 1590, y muerto á 27 de Setiembre de.....	1590.
CCXXVIII. Gregorio XIV, electo á 5 de Diciembre de 1590, y muerto á 15 de Octubre de.....	1591.
CCXXIX. Inocencio XI, elegido á 29 de Octubre de 1591, y muerto á 30 de Diciembre de.....	1591.
CCXXX. Clemente VIII, promovido á 30 de Enero de 1592, y muerto á 3 de Marzo de.....	1605.

EMPERADORES.

Maximiliano II, murió en.....	1576.
Rodolfo II.	

REYES DE FRANCIA.

Carlos IX, murió en.....	1574.
--------------------------	-------

ver salir á un Peretti de su choza para ser condecorado con la misma dignidad á los quince años. Entre los demás cardenales creados por Clemente VIII, eternizarán su memoria Ossat, Perron, Baronio, Belarmino, Toledo y Marzat, el primer capuchino que recibió el capelo.

Enardecido por un celo ardiente á favor de la propagacion del Evangelio, de la estirpacion de las heregias que devastaban la Europa, de la conversion de los cismáticos de oriente, y del restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, habiase consagrado con tanto vigor á todos estos deberes, que ni por los años ni por las enfermedades aminoró en nada su trabajo. Amaba las ciencias, era muy instruido, liberal, caritativo, sóbrio, frugal; ayunaba con frecuencia, y á sus largas oraciones añadia unas penitencias que hubieran edificado en un simple religioso. Confesábase todas las noches con el piadoso cardenal Baronio, y celebraba misa todos los dias con una devocion que muchas veces le arrancaba el llanto. Humilde de corazon, y acreditando con las obras su sencillez, no obstante tener cierto aire imperioso y un tono absoluto, viósele mas de una vez en el tribunal de la penitencia, recibir, como pudiera haberlo hecho un buen párroco, á todos los que se presentaban. A pesar de que manifestó mucho celo por la conservacion de los derechos de su Silla, no incurrió en los excesos que cometieron en esta parte varios predecesores suyos. Tal fue el Pontífice á quien los insolentes sectarios llamaron el Anticristo, en virtud de un artículo formal de su fe.

325  
TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 1572, hasta el de 1605.

PAPAS.

CCXXV. Gregorio XIII, elegido á 13 de Mayo de 1572, y muerto á 10 de Abril de.....	1585.
CCXXVI. Sisto V, promovido á 24 de Abril de 1585, y muerto á 27 de Agosto de.....	1590.
CCXXVII. Urbano VII, coronado á 15 de Setiembre de 1590, y muerto á 27 de Setiembre de.....	1590.
CCXXVIII. Gregorio XIV, electo á 5 de Diciembre de 1590, y muerto á 15 de Octubre de.....	1591.
CCXXIX. Inocencio XI, elegido á 29 de Octubre de 1591, y muerto á 30 de Diciembre de.....	1591.
CCXXX. Clemente VIII, promovido á 30 de Enero de 1592, y muerto á 3 de Marzo de.....	1605.

EMPERADORES.

Maximiliano II, murió en.....	1576.
Rodolfo II.	

REYES DE FRANCIA.

Carlos IX, murió en.....	1574.
--------------------------	-------

Enrique III..... 1589.

Enrique IV.

#### REYES DE ESPAÑA.

Felipe II, murió en..... 1598.

Felipe III.

#### REYES DE INGLATERRA.

Isabel, murió en..... 1603.

Jacobo I.

#### CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilios celebrados en Roan en 1581, en Rems, en Burdeos y en Tours en 1583, en Bourges en 1584, en Aix en 1585, y en Tolosa en 1590. En todos ellos, no contentándose los obispos franceses con admitir las decisiones dogmáticas de Trento, hicieron que se recibiesen en sus iglesias, al menos indirectamente, las reglas de buenas costumbres y de disciplina en todo lo que no decia relacion á los derechos del Soberano.

Concilio de Méjico, en 1585, y de Lima, casi en el mismo tiempo. Formáronse en ellos muchos decretos tomados del concilio de Trento, ó deducidos de sus principios, para los americanos que habian abrazado la Religion católica.

Concilio de Aviñon, 1594, para reformar las costumbres y la disciplina de un modo perfectamente conforme al de Trento.

Concilio de Aquileya, 1596. Se establecieron en él diez y nueve capítulos para la egecucion de los decretos de disciplina de Trento.

#### ESCRITORES ECLESIASTICOS.

Cornelio Jansenio, obispo de Gante, 1576. Escribió una concordia de los Evangelistas, comentarios sobre muchos libros de la sagrada Escritura, y otras obras muy estimadas.

Diego Covarruvias, 1577, llamado el Bartulo de España, no solo fue un jurisconsulto hábil, sino que estaba muy versado en el conocimiento de la teología, de las lenguas sábias, de las bellas letras, y era uno de los hombres mas eruditos de su siglo. Asistió al concilio de Trento, como obispo de Ciudad-Rodrigo, fue uno de los sugetos elegidos para disponer los decretos de reforma, y luego fue promovido al obispado de Segovia. Sus obras, que forman dos tomos en fólío, están llenas de cosas escelentes.

Nicolás Sandero, 1583, sábio teólogo inglés. Salió de su patria cuando vió que se desterraba de ella la Religion católica, y se retiró á Roma. Sus principales obras se intitulan: del cisma de Inglaterra: de la Iglesia de Jesucristo; y de la monarquía visible de la Iglesia.

San Carlos Borromeo, 1584. Además de sus cartas, de las actas de sus concilios y de las instrucciones á su clero, dejó un gran número de otros escritos piadosos que ocupan cinco tomos en fólío.

Antonio Agustin, 1586. Hizo un papel brillante en el concilio de Trento, al que concurrió como obispo de Lérida, y despues fue promovido al arzobispado de Tarragona. Fue muy hábil en el derecho civil y canónico, en las antigüedades sagradas y profanas, en las bellas letras, en las lenguas sábias y en la

historia eclesiástica. Escribió muchas obras, todas ellas muy apreciables. La mas importante es la correccion de Graciano.

Martin Azpilcueta, llamado Navarro por causa del país en que nació, 1586. Era consultado de todas partes como oráculo del derecho canónico y civil. Siendo sacerdote y canónigo regular de San Agustin, fue nombrado penitenciario en Roma. Apenas habrá caso de conciencia, en materia de derecho, del que no se encuentren excelentes soluciones en sus obras, que forman seis tomos en folio. Era tan notable su caridad, además de otras muchas virtudes de que estaba adornado, que dicen, que se detenía su mula siempre que encontraba algun pobre. ¡Tan acostumbrado estaba su amo á dar limosna á todos los que se le presentaban!

Luis de Granada, dominico, 1588. Fue uno de los mas excelentes maestros de la vida espiritual. Sus obras piadosas, sólidas, elocuentes y naturales, son del corto número de aquellos libros devotos que cada vez se leen con mas gusto y aprovechamiento.

Juan Estévan Durant, primer presidente del parlamento de Tolosa, 1589. Adquirió mucho crédito por su excelente obra de los ritos de la Iglesia.

Lorenza Strozzi, religiosa del orden de Santo Domingo, 1591. Escribió un libro de odas y de himnos en latin para todas las fiestas del año.

El cardenal Francisco Toledo, jesuita, 1593. El sábio Domingo Soto, que habia sido su maestro, le llamaba comunmente prodigio del entendimiento humano. Fue Toledo uno de los teólogos mas insignes del siglo XVI. Sus obras principales son unos comentarios sobre San Juan y sobre otros varios libros

de la sagrada Escritura, y una suma de teología moral, titulada instruccion de sacerdotes.

Pedro Pithou, 1596, calvinista convertido, y autor de un célebre tratado sobre las libertades de la iglesia galicana. Este libro es el fundamento de todo lo que han escrito los demás en la materia.

Alfonso Chacon, 1599, dominico español y patriarca titular de Alejandría. Escribió las vidas de los Papas y de los cardenales. No se le debe confundir con Pedro Chacon, clérigo español, que trabajó con Clavio en la reforma del calendario, y publicó excelentes notas sobre las obras de Arnobio y de Tertuliano, sobre el decreto de Graciano y sobre las de otros muchos autores.

Luis Molina, 1600, jesuita, que escribió el tratado de la concordia de la gracia y del libre albedrío.

#### PERSECUCIONES.

Crueldades egercidas por los turcos, contra la fe de los tratados, en los cristianos de las islas de Chio y Chipre.

Persecuciones violentas en Inglaterra por la Reina Isabel.

Principio de las largas y crueles persecuciones del Japón, por los años de 1594, siendo Emperador Taicosama.

#### SECTARIOS.

Guillermo de Ruremunda, nuevo gefe de los anabaptistas. 1586

- Luteranos concordistas, así llamados por la obra titulada : *la concordia de Bergue*..... 1580.  
 Roberto Brown, autor de los puritanos brownistas..... 1583.  
 Fanático del Perú, que aspiraba á destruir el pontificado, la dignidad real y los primeros principios de las buenas costumbres..... 1583.  
 Miguel Bayo, autor del bayanismo, con Juan de Hessel ó Juan de Lovaina..... 1589.  
 Arminio, gefe de los calvinistas mitigados, llamados arminianos..... 1603.  
 Gomar, gefe de los calvinistas rigurosos, llamados gomaristas..... 1603.

## APÉNDICE

### AL LIBRO SEPTUAGÉSIMO.

#### *Siglo de Felipe II.*

El método que sigue constantemente el sábio abate Berault-Bercastel en su historia, le induce muchas veces á omitir ó pasar en silencio algunos hechos y noticias muy propias de la historia de la Iglesia en general, y mucho mas de la de la iglesia de España en particular. En las notas á los libros precedentes hemos hecho repetidas veces esta misma observacion, la que nos ha obligado tambien á insinuar, aunque brevemente, los sucesos mas principales de la historia de España, omitiendo los demás, ó indicando á nuestros lectores las obras en que podian hallar una noticia mas circunstanciada y estensa. Pero en los libros de Berault que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes á España que toca quasi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la historia eclesiástica de España, acaso la mas fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables, y la mas gloriosa á nuestra patria; ya porque hubiera sido preciso

- Luteranos concordistas, así llamados por la obra titulada : *la concordia de Bergue*..... 1580.  
 Roberto Brown, autor de los puritanos brownistas..... 1583.  
 Fanático del Perú, que aspiraba á destruir el pontificado, la dignidad real y los primeros principios de las buenas costumbres..... 1583.  
 Miguel Bayo, autor del bayanismo, con Juan de Hessel ó Juan de Lovaina..... 1589.  
 Arminio, gefe de los calvinistas mitigados, llamados arminianos..... 1603.  
 Gomar, gefe de los calvinistas rigurosos, llamados gommaristas..... 1603.

## APÉNDICE

### AL LIBRO SEPTUAGÉSIMO.

#### *Siglo de Felipe II.*

El método que sigue constantemente el sábio abate Berault-Bercastel en su historia, le induce muchas veces á omitir ó pasar en silencio algunos hechos y noticias muy propias de la historia de la Iglesia en general, y mucho mas de la de la iglesia de España en particular. En las notas á los libros precedentes hemos hecho repetidas veces esta misma observacion, la que nos ha obligado tambien á insinuar, aunque brevemente, los sucesos mas principales de la historia de España, omitiendo los demás, ó indicando á nuestros lectores las obras en que podian hallar una noticia mas circunstanciada y estensa. Pero en los libros de Berault que comprenden la época del largo y feliz reinado de Felipe II, si bien hemos procurado aclarar el cortísimo número de hechos pertenecientes á España que toca quasi superficialmente nuestro historiador, nos abstuvimos de multiplicar las notas que hubieran sido necesarias para dar una idea de esta parte de la historia eclesiástica de España, acaso la mas fecunda en sucesos y personajes eternamente memorables, y la mas gloriosa á nuestra patria; ya porque hubiera sido preciso

mezclar confusamente las noticias de nuestra nacion con las que de otros paises refiere el autor, ya porque juzgamos mas á propósito presentarlas todas reunidas por modo de apéndice á la narracion de Bercastel. No pretendemos, sin embargo, trasferir aquí todas las memorias civiles y eclesiásticas de aquel tiempo, sino pintar solamente el carácter del siglo de oro de España, y hacer ver que su felicidad y gloria nacieron de la constante adhesion del Monarca y de todos sus súbditos á la Religion católica, apostólica romana, y de su firmeza en oponerse y rechazar todo género de errores.

Notorio es el lastimoso estado en que se halló la mayor parte de Europa durante el siglo diez y seis. El espíritu de Lutero y de Calvino, difundido con extraordinaria rapidéz desde el centro de Alemania y Francia hasta las estremidades mas remotas del norte, llevó consigo á todas partes, juntamente con el error y con el ódio á la verdadera Iglesia de Jesucristo, la rebelion contra toda potestad legítima. Polonia, Suecia Dinamarca, Prusia y Bohemia, vieron trastornados repetidas veces sus gobiernos, á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos de sus Príncipes para contener la heregía y la sedicion. Una guerra quasi continua destrozó alternativamente las diferentes partes del cuerpo germánico, donde aspiraba el protestantismo á eternizar su dominacion, como logró establecerla en Inglaterra, segundando el desenfreno de Enrique VIII y los devastadores planes de la impía Isabel. En Francia, la debilidad de los tres hijos de Catalina de Médicis, las perpétuas intrigas de los hugonotes, y la altivéz de algunos gefes de las comunidades católicas, hicieron de aquel reino un vasto campo de luto y horror. Finalmente, las disensiones de las augustas casas de Austria y Francia sobre el reino

de Nápoles, introdujeron tambien en Italia la devastacion, especialmente en la primera mitad del siglo. Véanse, pues, amenazadas por do quiera la Iglesia y las potestades civiles de un trastorno universal, no menos funesto y sangriento que el que padeció Europa en la irrupcion de los bárbaros del septentrion. Y si, como observa el sábio canónigo de Noyón (1), solo el brazo omnipotente de la Providencia pudo conservar la Iglesia en tan deshecha tempestad, y hacerla triunfar de todos sus enemigos, tambien podemos decir, que fue propio de la divina Providencia presentar á la Europa y al mundo todo en nuestra nacion privilegiada un egemplo brillantísimo de la gloria y prosperidad que comunica á los pueblos el amor y celo de la verdadera religion.

En efecto, desde los tiempos del gran Recaredo, desde aquella gloriosa época en que los Leandros, Isidoros, Ildefonsos, Fulgencios, Braulios y otros muchos doctores y Santos renovaron en la península la imágen de los dias mas felices de la Iglesia y del imperio, no tuvo España edad mas venturosa que aquella misma que tan desgraciada fue para las demás naciones. Despues de ocho siglos de una guerra la mas encarnizada; despues que los últimos triunfos de los Reyes Católicos Fernando é Isabel redujeron á la nada el poderío de los árabes; y cuando reunidos todos los reinos y dirigidos por un solo cetro pudo entonar España el himno de la victoria y de la union, comenzó el cielo á derramar abundantemente sobre ella las bendiciones que mereciera por su constancia y fidelidad. Una nueva era, mas feliz que todas las que la precedieron, abrióse entonces para este

(1) Discurso sobre la última edad de la Iglesia.

pueblo eminentemente religioso. Todas las virtudes cristianas, la perfeccion mas sublime, las ciencias naturales y divinas, la extension del poder, la riqueza interior, el respeto y consideracion de los países estrangeros, hasta la magestad y cultura de la lengua, todo contribuyó en el siglo diez y seis á elevar á la monarquía española al mas alto grado de prosperidad y grandeza á que puede aspirar una nacion. Bajo el gobierno de dos Príncipes, cuya primera atencion era proteger á la Iglesia, se vieron levantar prelados distinguidos por su santidad y sabiduría; sacerdotes poderosos en obras y palabras; misioneros celosos, ó mas bien verdaderos apóstoles, que extendieron con su predicacion y milagros el reino de Jesucristo hasta los últimos confines del orbe; cenobítas fervientes que supieron restablecer las órdenes religiosas en su primitivo esplendor, y en una palabra, ministros perfectos en todos los grados de la gerarquía sagrada, que honraron á la Iglesia con su virtud y doctrina. El sublime genio del gran cardenal Jimenez de Cisneros, trasfundido á sus sucesores en la Iglesia y en el estado, produjo aquel número portentoso de sábios que admiró entonces y admira aun la Europa y el universo entero. Los concilios y las asambleas políticas reconocieron en los españoles del siglo diez y seis otros tantos maestros y doctores en las ciencias eclesiásticas y profanas; y la innumerable multitud de obras de todo género que se publicaron entonces en la península, es la prueba mas auténtica de la sabiduría de nuestros mayores.

No se hicieron menos célebres los españoles en este siglo por sus virtudes militares, que por su saber y religiosidad. Las legiones de la península extendidas por el imperio y por la Italia, durante el reinado de Carlos V, fueron el mas firme apoyo de

este Emperador, y la única fuerza con que logró desbaratar repetidas veces la poderosa liga de Smalcalda y sostener el trono imperial, al mismo tiempo que otros guerreros sometian al cetro de España las vastas regiones de Méjico y del Perú. Francisco I de Francia preso en Madrid, Federico de Sajonia aprisionado en Mulberga, y el pirata Barbaroja derrotado en Tunez, demuestran mas que cualquiera discurso cuál era el poder y heroísmo de los generales y almirantes de España. Este mismo valor y heroicidad aparecieron todavía mas brillantes en el reinado de Felipe II; y los campos de San Quintin y las aguas de Lepanto conservarán eternamente la memoria de la nacion que ocupó por espacio de un siglo entero el primer puesto entre todas las potencias del mundo. La decadencia del imperio otomano, ó al menos su reduccion á un estado pacífico y á la renuncia de nuevas conquistas, principió en el momento en que el inmortal D. Juan de Austria acometió y destrozó la primera de sus naves en el golfo de Corinto; y si no sufrió despues igual suerte la cismática Inglaterra, y si los rebeldes de Holanda lograron establecer su república, debe sin duda atribuirse al naufragio que padeció la armada llamada *invencible*, y á los pantanosos bosques de la Zelanda donde se vió precisado á esconderse mas de una vez el Príncipe de Orange para reorganizar sus fuerzas y las de sus aliados, batidas en todos sus encuentros con los españoles. Pero basta haber insinuado esta parte de nuestras glorias, que se pueden ver mas detalladamente en los historiadores de aquella época, y que solo hemos mencionado como una prueba sensible de lo que nos propusimos manifestar. Pasemos ya á describir el carácter de las personas y los hechos que pertenecen propiamente á la historia eclesiástica, en cuya descripcion nos

cediremos solamente á lo que omitió Bercult, para evitar así repeticiones fastidiosas. De consiguiente, las noticias de la vida y acciones del Emperador y Rey Carlos V, y de los ilustres Santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, y de la esclarecida doctora Teresa de Jesus, referidas ya por nuestro historiador, no tendrán lugar en este apéndice, sino en cuanto sea preciso recordarlas para el mas fácil conocimiento de las que insertemos.

La solemne renuncia que hizo Carlos V en Bruselas de los estados de España y Flandes á favor de su hijo, colocó á Felipe II en el trono para hacer brillar en él las admirables cualidades de que le habia dotado la naturaleza, y que eran ya conocidas en la mayor parte de sus dominios. En efecto, nacido este Monarca en Valladolid en 1527, educado por eclesiásticos sábios y guiado por las verdaderas máximas de la Religion, quiso y consiguió ostentar el renombre de Católico con que se honraron los primeros Reyes de Leon y Castilla, que confirmó Inocencio VIII en D. Fernando y Doña Isabel, y que despues han heredado todos los Monarcas españoles. Carlos V que veia en su hijo un Príncipe sagáz y prudente, confióle en su juventud los negocios del estado, mientras que sus armas victoriosas se ocupaban en sujetar los rebeldes de Alemania. Supo desde entonces el jóven Príncipe grangearse el amor de sus gobernados, y dióles en aquellas circunstancias una prueba de que si llegaba algun dia á subir al trono, reinaria con gloria. Habia sido jurado sucesor á la corona en las córtes celebradas en Madrid en 1528 por todos los estados del reino: en 1543 lo fue por las de Zaragoza y Barcelona, á donde pasó Felipe acompañado de su padre; y en el mismo año contrajo matrimonio con Doña María,

Princesa de Portugal. Cinco años despues celebró córtes en Monzón, en las que nombró por crónista del reino de Aragon al célebre Gerónimo Zurita, nombramiento tan acertado como lo comprueban los anales que publicó este historiador, tan apreciables y apreciados siempre por su veracidad, elegancia y pureza de language. Concluidas las córtes de Monzón convocó el Príncipe las de Castilla en Valladolid, en las que manifestó la precision que le imponia su augusto padre de ausentarse de España, prometiendo empero que volveria dentro de poco tiempo, y que en su ausencia gobernaria su primo-hermano Maximiliano de Austria. Entristeció á toda la nacion esta circunstancia que se miraba como una calamidad, y llegó á presumirse que el Emperador, tal vez mas amante de Borgoña que de España, trataba de elevar á D. Felipe al imperio. Hubo con este motivo algunas disensiones; mas el Príncipe supo apaciguarlas con su acostumbrada prudencia, sin dejar de cumplir las órdenes de su padre. Cumplió tambien la promesa que hizo á sus españoles regresando efectivamente pocos años despues á la península, donde recibió el juramento de fidelidad en las córtes de Navarra.

En este intermedio murió el niño Rey Eduardo de Inglaterra, y fue proclamada sucesora de aquel reino María, hija de Enrique VIII; de cuya circunstancia se aprovechó el Emperador para procurar á su hijo un nuevo título de aumentar sus dominios, proponiéndole en matrimonio á aquella Princesa, que podia reparar con ventajas la pérdida que lloraba Felipe de su primera esposa María de Portugal. Efectuóse el nuevo enlace en Londres con la mayor magnificencia y con general aplauso; y se firmó al mismo tiempo la paz entre el Emperador y Enrique II de Francia. Principiaba ya entonces Carlos V á meditar la abdicacion

de sus inmensos dominios, y resolviéndose por fin á dar al mundo este egemplo inaudito de magnanimidad y de celo por su salvacion eterna, llamó desde Bruselas á su hijo que se hallaba aun en Londres, y á presencia de todos los estados de los Países-Bajos, y de un extraordinario concurso de embajadores, grandes y nobles, le cedió el dominio de la Borgoña, de Flandes, y por fin de la corona de España, creándole en el mismo acto con toda solemnidad gran maestro de la orden del toison de oro. Fue mirado Felipe desde luego como el mas poderoso Monarca de su siglo: además de las coronas de España, Nápoles, Sicilia y de los Países-Bajos, poseia el ducado de Milán y el Franco-Condado; su autoridad estaba reconocida en Tunez, en Oran, en Cabo-verde y en las islas Canarias; como esposo de la Reina de Inglaterra tenia en su mano las fuerzas de aquel poderoso reino, y las posesiones del Nuevo-mundo que él mismo supo aumentar le daban inmensas riquezas. Se le ha querido comparar algunas veces con su propio padre; pero á decir verdad, ni como guerreros ni como políticos, pueden parangonarse estos dos Monarcas. Carlos aventajó á su hijo en los talentos militares; pero Felipe sabia manejar con tal acierto los negocios de estado, que desde su gabinete mandaba sus egércitos y se hacia temer de sus enemigos no menos que Carlos al frente de sus tropas. En una palabra, por su política y habilidad mereció el renombre de prudente que le han tributado los escritores imparciales de su vida.

Habia empuñado el cetro en un corto intervalo de paz, que se recibió en Europa como feliz presagio de la total estincion de las pasadas turbulencias; pero estos auspicios no tuvieron muy larga duracion. Enrique II de Francia violó en 1556 la tregua

de Vauxelles; firmó un nuevo tratado de alianza con la santa Sede contra Felipe, y volvió con este motivo á encenderse la guerra en Italia y en los Países-Bajos; mas ésta que se miró como una calamidad, sirvió para dar á conocer el carácter eminentemente religioso del Monarca español. Cuando el Papa Paulo IV se declaró abiertamente contra él, mostró una moderacion que admiró á sus mismos enemigos. El respeto de Felipe á la santa Sede se habia fortificado con la edad, de suerte que á pesar de haberle asegurado los teólogos que podia, sin faltar á las obligaciones de cristiano, ponerse en estado de defensa y aun prevenir los efectos de la conducta hostil de sus contrarios, rehusó por mucho tiempo tomar medida alguna aguardando siempre que Paulo IV entraria en el camino de la paz y de la concordia; pero al fin se vió obligado á tomar las armas y salir á campaña. El duque de Alba, uno de los mas valientes capitanes de su siglo, invadió los estados pontificios despues de haber apurado todos los medios de conciliacion, y no logró firmar treguas con el Pontífice hasta que sus tropas victoriosas llegaron á las puertas de Roma, en cuyas circunstancias se manifestó de lleno la religiosidad del invicto general y de su Soberano. No existian dentro de Roma mas que dos mil franceses mandados por Montluc, mientras que el vencedor contaba con un egército de diez mil hombres acostumbrados ya á conquistar plazas mas fuertes. Sin embargo, el duque de Alba, conformándose con las instrucciones que recibiera de su Príncipe, fue el primero en pedir y ofrecer la paz al Papa.

Luego que supo Enrique II que habia accedido el Pontífice y firmado la tregua con los españoles, resolvió seguir por sí mismo la guerra, y con este objeto envió á Italia al duque de

Guisa con un poderoso ejército, bajo pretexto de socorrer al Papa á quien suponía oprimido por las circunstancias. Por otra parte, el general francés Coligni se presentó en las fronteras de Flandes, y se principió la lucha con más furor que nunca. Pero esta guerra que tanto habian provocado los franceses, fue acaso la mas gloriosa de cuantas hasta entonces habia sostenido España; y la memorable jornada de San Quintin con todas sus consecuencias que describimos ya en su lugar, obligó al obstinado Enrique á solicitar y admitir las condiciones de paz que quiso imponerle el vencedor. Los demás Príncipes de Europa, que deseaban restablecer el buen orden en sus estados alterados por las continuas guerras, contribuian á que aquella se firmase, excepto la Reina de Inglaterra, que sin alegar otro derecho que el de las armas, pretendia que se le volviese la ciudad y puerto de Calais que habian reconquistado poco antes los franceses. Creia Felipe no deber oponerse á la voluntad de su esposa, y con este motivo quedaron paralizadas por algun tiempo las negociaciones, hasta que habiendo acaecido la muerte de Doña María de Inglaterra, Felipe y Enrique depusieron las armas y se juraron una amistad eterna, y para mayor garantía de esta nueva alianza, Enrique dió á Felipe en esposa á su hija la infanta Doña Isabel. Desde aquel momento ambos Monarcas se ocuparon en reparar los daños que habian ocasionado las continuas guerras.

Entretanto la doctrina de Lutero habia cundido en Flandes, en Francia y aun en España; era de grande importancia el desterrarla, pero era preciso valerse de grandes medidas, porque tenia poderosos partidarios; partidarios que con las armas en la mano esparcian el terror y la desolacion por todas partes. Enrique

estableció en sus dominios un tribunal para que procurase convencer con moderacion á los estraviados; pero Felipe, que preveia el incremento que iban á tomar, creyó que debia usar del mayor rigor para estirpar la heregía. El duque de Alba en Flandes, y la inquisicion en España fueron los egecutores de las órdenes de Felipe; y mientras Enrique probaba todos los efectos de la guerra civil, Alba consiguió aterrorizar el luteranismo en Flandes, y D. Fernando de Valdés, inquisidor general y arzobispo de Sevilla, estinguirle en España. Bien es verdad que se sacrificaron innumerables víctimas, pero era necesario, segun el sentir de los mas juiciosos historiadores, usar de un rigor sin límites para preservar á los pueblos de las que les preparaba el fanatismo de los luteranos; y esto es sin duda lo que ha movido á los escritores protestantes á llamar á Felipe vengativo, inflexible, sanguinario, y tambien hipócrita, llegando al delirio de darle el nombre de *diablo del medio dia*; pero digan lo que quieran, si Felipe mandó levantar tantos cadalsos, fue solo para impedir que la impiedad levantase los que estaba preparando contra los verdaderos creyentes. Sin embargo, debemos manifestar que iguales medidas produjeron diferentes efectos en Flandes y en España. En aquellos estados no bastó el castigo de millares de hereges, mientras que en nuestro suelo algunos autos de fe celebrados en Sevilla y Valladolid restablecieron la paz á la Iglesia. Mas como en tales circunstancias suele tambien verse oprimida la inocencia por la mano atróz de algun envidioso ó malvado, no es extraño que el virtuoso y sabio prelado D. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, fuese entonces víctima de la calumnia, y perdiese la gracia de Felipe sin poder triunfar de sus enemigos hasta despues de su muerte.

Restablecida ya la paz, pudo dedicarse el Monarca á labrar la felicidad de sus pueblos, y ésta fue sin duda una de las épocas mas florecientes de su reinado. La agricultura, las artes, y en particular las ciencias volvieron á cobrar todo su vigor. Trabajando siempre en su gabinete supo elegir buenos ministros, excelentes directores, sábios y virtuosos prelados, y logró en fin establecer una justa y sabia administracion en todos sus dominios. La milicia gobernada por grandes capitanes, se hallaba en un estado imponente, y todo caminaba con un orden que aseguraba la paz y la comun felicidad. Existian no obstante algunos enemigos exteriores que incomodaban á los católicos de Flandes y de Sicilia, siendo uno de éstos el célebre pirata Dragut, cuyo solo nombre inspiraba mas terror que el de Barbaroja, y que apoyado por la Francia habia subyugado ya casi toda la Córcega, á pesar de la paz de Chateau Cambresis. Felipe encargó al duque de Medinaceli, virey de Sicilia, una expedicion contra Trípoli que era la principal guarida de Dragut; mas tuvo un éxito desgraciado, y esta fue seguramente la vez primera que la suerte se mostró contraria á las armas de Felipe. Hizo otras tentativas, pero sin mas fruto que el del desmembramiento de las tropas expedicionarias; hasta que por último el célebre Francisco de Mendoza con el socorro de los portugueses y de los caballeros de Malta, atacó y desbarató la armada naval de los infieles.

Las miras del Monarca español en favor de la Religion católica se estendian aun mas allá de sus estados. Así, para contener á los hugonotes de Francia, que hacian grandes progresos, envió una embajada á Catalina de Médicis, regenta de Francia por la muerte desgraciada de Enrique II, á fin de que no confriese empleo alguno á tal clase de gentes, nacidas, segun espresion

de un historiador, *para trastornar todo lo divino y humano.* Pedíale igualmente que recibiese los decretos del concilio de Trento, que él mismo habia recibido y mandado observar en todos sus reinos; pero como el interés de la regenta de Francia se reducía á entretener los diversos partidos, favoreciendo alternativamente á unos y á otros para no ser oprimida por ninguno de ellos, salieron frustradas las esperanzas de Felipe. La heregía triunfaba en Francia, y aun cundia en otros países. Habia llegado en Flandes á tal extremo la perversidad, que apenas podia encontrarse remedio humano capaz de curarla. Pio IV, sucesor de Paulo IV, no omitia medio para hacer cesar tantos males. Dispuso este celoso Pontífice entre otras cosas, que las iglesias de España contribuyesen al Rey con un subsidio para la guerra, y á fin de que se armasen sesenta galeras para arrojar de nuestras costas á los piratas mahometanos, aunque Felipe se habia anticipado ya en estos preparativos, espendiendo para ello enormes sumas. Tan infatigable este Monarca en los negocios públicos, como hábil en la política, observaba con dolor que volvía á sembrarse la mala semilla en Flandes, causa de las grandes desgracias que despues sobrevinieron. Quiso, pues, repararlas, y erigió á este fin la universidad de Douai, bajo las mismas leyes y constituciones que la de Lovaina, con lo cual consiguió poner un dique, ó á lo menos detener por entonces los proyectos de los calvinistas.

La época desde 1563 hasta 1581 fue tan fecunda en grandes sucesos, que seria interminable referirlos todos; nos contentaremos solamente con insinuar algunos de los principales. Tales son la total espulsion de los moriscos de España; el descubrimiento, conquista y conversion al cristianismo de las islas llamadas

Filipinas, empresa que se cometió al virey de Méjico Don Luis de Velasco, y que llevó á cabo el almirante Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya. Algunos religiosos de San Agustín, compañeros de Legaspi en aquella trabajosa navegacion, fueron los que introdujeron la Religion cristiana en los pueblos salvages de Luzon y de Cebú, en cuya última isla edificaron la primera iglesia que tomó el nombre de una imagen del Niño Jesus que encontraron en ella, perdida tal vez en la espedicion de Magallanes. El establecimiento de la religion en aquellas islas fue como un preparativo de las grandes empresas que verificaron despues los misioneros españoles en las vastas regiones del Japon y de la China, y que continúan aun al presente en este último imperio. Por cuyo motivo no dudamos repetir lo que el continuador del padre Mariana traslada en el capítulo diez del libro sexto de su historia, tomado del célebre Tomás Bozio: »desde que Adán tuvo hijos, dice, no ha habido nacion alguna que haya atraído á tantas naciones, tan diferentes en sus costumbres y en su culto, al conocimiento de la única religion verdadera, ni que las haya reducido á la observancia de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nacion española. Apenas podrá ninguno numerar la variedad de gentes y de costumbres enteramente opuestas entre sí que los españoles subyugaron á su imperio, á la Religion de Jesucristo y al culto de un solo Dios.»

Otros dos sucesos extraordinariamente ruidosos ocurrieron en el citado período, los cuales son mas propios de la historia civil, y pertenecen á aquella clase de hechos cuya verdad jamás se ha llegado á conocer perfectamente, quedando en parte oculta bajo un velo impenetrable. Tal fue principalmente la prision y muerte del Príncipe Don Carlos, á la que siguió despues la célebre

causa del secretario de D. Juan de Austria, Juan Escovedo, y la del ministro del mismo Felipe II, Antonio Perez. Pueden verse estos sucesos extraordinarios en la citada continuacion del padre Mariana, como tambien las nuevas guerras de Flandes, la conquista de Portugal y la desgraciada espedicion de la *Invencible* contra Inglaterra. Esta fatalidad que llenó de consternacion á toda España, sirvió para que manifestase Felipe su genio superior á la adversidad. Su respuesta á los que le trajeron la noticia fue: *yo no envié mi escuadra á pelear contra los vientos; y luego mandó á todos los obispos que tributasen gracias á Dios porque le habia conservado algunos restos de la armada.*

Mostrándose en todas ocasiones Monarca generoso y padre de sus pueblos, empleó inmensas sumas en fomentar la agricultura y promover las artes, y dispensó tan particular proteccion á los sábios, que la aplicacion á las ciencias era el medio mas poderoso para obtener sus favores. Celoso de la grandeza y magestad del culto divino, edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tan gran número de ellos que seria obra muy prolija referirlos todos por menor. Uno de los colegios que mas honran su memoria fue el de los jesuitas, erigido en Madrid con la advocacion de San Pedro y San Pablo. Entre las iglesias, la de la Trinidad puede decirse que fue obra propia suya, pues él mismo trazó los planes, y espendió cuantiosas sumas de su real patrimonio para la conclusion. Pero la mas admirable de las obras de Felipe fue el real monasterio del Escorial, dedicado á San Lorenzo por haber acaecido en el dia de este insigne mártir español la victoria que consiguió en la batalla de San Quintín. Este monumento, dice un historiador extranjero, muestra la piedad y poder del Soberano que le

erigió, así como su gusto por las bellas artes. Costó, según afirma el padre Andrés Jiménez, cinco millones, doscientos sesenta mil, quinientos y setenta escudos. Su biblioteca, que es una de las más preciosas y abundantes que se conocen, fue formada en su mayor parte al gusto del fundador, quien la enriqueció con libros muy esquisitos. Procuró asimismo impetrar de los Papas la erección de algunas nuevas diócesis. A su solicitud y por la autoridad del santo Pontífice Pío V se estableció la silla episcopal de Jaca, desmembrando su territorio de la diócesis de Huesca, y siendo nombrado por su primer obispo D. Pedro de Fraga, natural de Aragón, que asistió como obispo de Cerdeña al santo concilio de Trento. Fue condecorada también Balbastro con silla episcopal, separándola igualmente de la de Huesca, y tuvo por primer obispo á fray Felipe de Gurrea, del orden de Santo Domingo. Trató á más de dar cumplimiento al decreto con que el Papa Julio III había erigido en obispado la ciudad de Orihuela, nombrando en el año 1566 por su primer obispo á D. Gerónimo de Gallo; y obtuvo por último que se elevase la silla de Burgos á la dignidad de metrópoli.

Esta constante aplicación de Felipe al gobierno interior de sus estados y á labrar la felicidad espiritual y temporal de sus pueblos, no le impedía sin embargo atender á las relaciones con los países extranjeros que cada día se complicaban más y más. Había extendido sus pretensiones al reino de Francia, de lo cual y de haber ocupado aquel trono Enrique IV, jefe hasta entonces y acérrimo defensor de la causa de los hereges, tomó principio una nueva guerra entre estos dos Monarcas. Protegiendo el de Francia la sublevación de los flamencos, había prolongado la lucha en aquella parte de los estados de Felipe, por lo cual

disponía éste numerosas fuerzas para reducir la Holanda y hacer entrar en razón al Monarca francés; pero como su avanzada edad no le permitiese seguir esta grande empresa, cedió los Países-Bajos á su hija mayor la Infanta Doña Isabel, con la idea de casarla con el archiduque Alberto. Finalmente, hizo la paz con el Rey de Francia sintiéndose ya herido de una grave enfermedad. Consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota á que se añadió después la hidropesía, conoció que se acercaba el día de su muerte, ordenó que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitación del camino le pondría en peligro de morir, respondió: *Yo mismo seguiré mis funerales hasta el sepulcro.* Vivió aun cincuenta y tres días postrado y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacían fervorosas rogativas por su salud. Lavaba frecuentemente las manchas de su alma por medio de la confesión, protestando que quería descargar su conciencia, y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el santo sacramento de la extremaunción, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los crueles dolores que sufría, que parecía estar enagenado de todo sentido. Mandó á su hijo y heredero que se hallase presente á este acto: »para

que entre la magestad y elevacion peligrosa del trono se acordase que era mortal, y que llegaría el dia en que se viese en el mismo lance; por lo qual debía tener siempre á la vista el ejemplo de su padre, para que él mismo lo practicase cuando se hallase en igual estado." Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma de los vínculos y lazos del cuerpo, sobre la estrecha cuenta que habia de dar al Juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande entereza de ánimo. Dos dias antes de morir llamó á su presencia al Príncipe D. Felipe y á la Infanta Doña Isabel, y les echó su bendicion. Encargóles con el mayor cuidado que guardasen y defendiesen la Religion católica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reino y para vivir santamente. Despues arregló y dispuso el orden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. Hizo tambien que le llevasen á su cuarto el ataud en que habia de ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante, para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Por último, cuando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un Crucifijo que su padre el César Carlos tuvo en su mano al tiempo de espirar, y teniéndole en la diestra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Virgen María que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. Sus últimas palabras fueron que moria católico é hijo obediente de la Iglesia romana. Luego que dejó de hablar, volvió los ojos al Crucifijo que tenia en su mano, y

de este modo espiró tranquilamente el domingo 13 de Setiembre al amanecer, hallándose á los setenta y un años de su edad.

La mayor parte de los historiadores estrangeros nos presentan á Felipe II como un Príncipe sanguinario, que sacrificó innumerables víctimas al fanatismo religioso, y que llenó de luto y de desolacion los Países Bajos, la Inglaterra, la Francia y aun la misma España; pero basta lo dicho para conocer el espíritu de partido que dirigia la pluma de semejantes escritores. Felipe fue verdaderamente, como dice el padre Miñana en su elógió, un gran Rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fue modesto, prudente, grave, piadoso y tan amante de la verdad que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza. Fue mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma lejos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado, pues, desde niño á la corte y al exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su naturaleza al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la Magestad régia no debía sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Tenia además otras causas que le retraian de la milicia personal, pues la dilatada estension de su imperio que abrazaba las dos estremidades del orbe, exigian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre y sus continuas guerras en países remotos,

se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente los excelentes generales que se educaron en las compañías del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningún modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto, pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpétuas contra los enemigos de la Religión católica, y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. La perspicacia de su talento le adquirió el renombre de prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal, y algo de mas suavidad en su trato.”

A mas de las obras que hasta aquí hemos mencionado, estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó que se recogiesen en él las escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiasen con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y de España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reinos. Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios espulsos de sus diócesis, y á todos los católicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo que España era el hospicio y asilo de todos cuantos padecian por causa de religion. Reprimió con mucha severidad, y aun estinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes. Mandó á los consejeros que vistiesen la toga, para que este traje les conciliase la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos,

que con excesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fue aficionado al estudio de la matemática, de la historia y de la filosofía moral. La estatura de su cuerpo era regular y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y en que se manifestaba la magestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente, todo su exterior era venerable y lleno de decoro.

Celebradas sus exequias, su hijo y sucesor Felipe III escribió en el mismo dia al Sumo Pontífice dándole noticia de la muerte de su augusto padre, y rogándole con encarecidas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. No solo fue llorada la muerte de Felipe II en todos los dominios de España, sino tambien en muchas partes de Europa, cuyos Príncipes no podian olvidar los beneficios que de él habian recibido. Distinguióse en particular el Soberano Pontífice Clemente VIII con todo el sagrado colegio, en la espresion de sentimiento que le causó tan funesta nueva. Veia estinguido en la muerte de Felipe el primer Monarca del mundo, el mas firme apoyo de la Religión, y el Príncipe mas adicto á la Cátedra de San Pedro. Mandó, pues, Clemente celebrar sus funerales con extraordinaria magnificencia, y manifestó despues cuánto apreciaba y respetaba la memoria de Felipe con los honores que dispensó á sus augustos hijos, los Reyes de España y los Príncipes de Flandes.

Durante este reinado se celebraron en España algunos concilios, cuyo principal asunto fue la aceptacion de los decretos de Trento. Cristóval de Sandoval, obispo de Córdoba, presidió el

de Toledo, por hallarse en Roma el arzobispo Carranza. Gaspar de Avellaneda, arzobispo de Santiago, juntó en Salamanca el que fue llamado compostelano provincial; en Granada le congregó su arzobispo Pedro Guerrero; en Zaragoza Don Alfonso de Aragon, y Don Martin de Ayala en Valencia. Tuviéronse todos estos concilios en los años 1565 y 1566, y fueron despues aprobados sus decretos por la Sede apostólica, como consta mas por estenso en la coleccion del cardenal de Aguirre. En 1581 se celebró otro concilio provincial en Toledo, al que concurrieron siete obispos, dos abades y algunos procuradores de los prelados ausentes. Presidió en él el cardenal Don Gaspar de Quiroga, y se establecieron bajo su direccion muchos decretos pertenecientes á la disciplina y al bien espiritual de los fieles. Asistió á este concilio entre los procuradores de las iglesias Don Garcia de Loaisa, ilustre por su sabiduría y santidad, á quien nombró despues el Rey Don Felipe para maestro del Príncipe su hijo. Seria preciso trasferir aquí todas las actas de estos sínodos para manifestar de lleno la doctrina y el espíritu de celo que tanto resplandeció en aquellos prelados. Apenas se podrá notar cosa alguna perteneciente á las costumbres del clero en particular y de todos los fieles en general, para la que no dictasen reglas exactas y de todo punto conformes á la santa reforma obrada en Trento. Viéronse establecidas en España y aplicadas á la conducta de los diferentes estados de su iglesia las máximas é instrucciones del grande arzobispo de Milán, que tan justamente celebra Berault en su historia; y serán en todos tiempos un monumento que atestiguará la santidad y sabiduría del obispado español, las sinodales formadas en el siglo diez y seis por los primeros prelados de nuestra nacion.

Reduciéndonos á hacer una sucinta memoria de los mas distinguidos de estos prelados y de los mas santos de sus cooperadores, se nos ofrece en primer lugar nuestro santísimo arzobispo Tomás de Villanueva. Nacido á fines del siglo quince, y educado desde su niñez en la piedad, dió ya entonces claras muestras de su futura perfeccion. La caridad y misericordia para con los indigentes parecieron haber nacido con él; tan admirable se manifestó en estas virtudes desde muy tierno! Concluidos sus estudios en Alcalá de Henares, y habiendo abrazado la vida religiosa en la orden de San Agustin, llenó tan cumplidamente todos los deberes de un perfecto religioso, que no solo restableció con su egeemplo el fervor de los primeros hijos del grande obispo de Hipona, sino que tambien promovió en muchos conventos de la península la reforma de su orden. Elegido despues para el arzobispado de Granada, supo vencer con su humildad y constancia el empeño y firmeza con que le mandaba su Soberano obedecer; mas de allí á poco vióse precisado por un precepto del Sumo Pontífice y de sus superiores regulares á ocupar la silla metropolitana de Valencia. Su vida como arzobispo fue consiguiente á la humilde repugnancia con que se habia opuesto siempre á su promocion. Resplandeció sobre todo en el celo por la defensa de la libertad eclesiástica y restablecimiento de su disciplina; pero la virtud característica de este digno sucesor de los Apóstoles fue la caridad con los pobres y afligidos, en la que fue tan extraordinario que, despues de haber repartido las cuantiosas rentas de la mitra y hasta sus cortos muebles, hallándose próximo á morir dió á un padre de familias necesitado su propia cama, que era lo único que le habia quedado, y ordenó que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehusaron sus domésticos

hacerlo, y entonces pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le prestase por un corto espacio aquella misma cama, en que espiró á 8 de Setiembre de 1556. Mandó que le enterrasen en la iglesia de nuestra Señora del Socorro de religiosos agustinos, donde se venera aun su sagrado cuerpo. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos colegios, siendo el principal de todos el de la Presentacion de María Santísima, que vulgarmente se llama de Santo Tomás, del cual han salido varones insignes en piedad y sabiduría. Todavía se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca, y los hombres doctos hacen grande aprecio de los sermones latinos de este Santo, verdaderamente piadosos y de una sólida elocuencia.

En el mismo año que Santo Tomás de Villanueva falleció Don fray Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, del orden de Santo Domingo, á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en liberrar á los indios oprimidos contra toda justicia, y consiguió con sus representaciones y celosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos hombres miserables, ó por mejor decir, que ratificase la que les había declarado Don Fernando el Católico. Fue electo obispo de Chiapa; pero permaneció poco tiempo en su diócesi, porque no podia tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por algunos españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el obispado, regresó á España, donde no cesó de reprender con sus escritos los excesos que se cometian en América. Se le ha criticado varias veces de sobrada vehemencia y ardor en sus apologías por los americanos; pero sea lo que fuere de sus expresiones y de su estilo lleno de fuego, lo cierto es que dió ocasion al Emperador y al Rey Felipe II para que dictasen las leyes mas

sábias, justas y paternales para el gobierno de sus súbditos del Nuevo-mundo.

El dolor que afligió á la iglesia de Valencia en la muerte de su santo prelado Tomás de Villanueva, fue de corta duracion; pues le deparó el Señor en su misericordia un dignísimo sucesor (aunque no inmediato) de aquel modelo de pastores en el beato patriarca y arzobispo Juan de Ribera. Este nobilísimo español, nacido en Sevilla en 1532, y manifestando desde sus primeros años una inclinacion decidida á todas las prácticas de piedad, y una aplicacion y gusto exquisito en las ciencias, no solo supo conservar, sino que aumentó con sus ilustres hechos, doctrina y santidad la nobleza del linage que habia heredado de sus padres. Era tan exacto en la práctica de las virtudes cristianas, que el maestro bajo cuya direccion estudiaba las ciencias sagradas en la universidad de Salamanca acostumbraba á decir de él, que Dios le habia destinado para corregir con su ejemplo los vicios, y reformar las costumbres de sus coetáneos. Este género de vida y la fama de doctrina que en breve adquirió en aquella universidad, le merecieron que el Papa, á instancias de Felipe II, le promoviese al obispado de Badajóz, aun antes de la edad de treinta años prescrita por los cánones. Gobernó su obispado qual otro Timoteo, sin separarse en lo mas mínimo de las instrucciones que daba el Apóstol de las gentes á aquel jóven obispo. En el concilio provincial compostelano esplicó con tanto acierto los deberes del clero y todo lo perteneciente á los oficios eclesiásticos, que llenó de admiracion á los demás padres del sínodo, y fue el principal autor de los sábios decretos que se establecieron en él. Su fama se estendió por todas partes, de suerte que movido el santo Papa Pio V de las noticias de la sabiduría y santidad de

Juan, publicó sus alabanzas en un consistorio de cardenales, le condecoró con el título de patriarca de Antioquía, y le trasladó poco después de la silla de Badajoz á la metrópoli de Valencia. No es posible reducir á compendio las grandes acciones que ejecutó nuestro dignísimo prelado en la ciudad y en toda la diócesis, ya como arzobispo, ya como virey y capitán general nombrado por Felipe III á pesar de su repugnancia. A él debe el reino de Valencia la total espulsion de los moriscos, obra que le costó inmensos trabajos y que llevó á cabo con su celo y vigilancia pastoral. Las frecuentes visitas de su diócesis, la predicación de la palabra de Dios, la administracion de los sacramentos, la celebracion de concilios, el socorro de todos los necesitados en que espendió la mayor parte de su pingüe patrimonio, la reparacion de algunas iglesias y la construcción de otras nuevas: tales fueron las obras en que se ocupó diaria é incansablemente por espacio de cuarenta y nueve años hasta el último momento de su vida. Pero entre todas sus virtudes resplandeció singularmente su tierna devocion al augusto Sacramento de los altares. Deseoso de promover su culto, no se contentó con emplear él mismo cotidianamente muchas horas en su adoracion, y en no dejar pasar un solo dia sin celebrar el santo sacrificio, sino que tambien y para escitar á los demás edificó con inmensos gastos la suntuosa obra del colegio llamado *Corpus Christi*, y que ahora se apellida comunmente del Beato Patriarca; y procuró alcanzar del Sumo Pontífice un gran número de indulgencias á favor de todos los que visitaren devotamente la iglesia de dicho colegio en determinados dias. Fijó él mismo su morada en el citado colegio, donde por fin murió el dia que habia predicho, á saber, el 4 de Enero de 1611. Su sepulcro ha sido ilustrado

con repetidos milagros, que confirmaron después de su muerte la opinion de santidad que gozaba ya en vida, y por la que le respetaron tanto todos los grandes hombres de su tiempo, entre los que se deben contar especialmente los Papas San Pio V, Clemente VIII y Paulo V, el cardenal arzobispo de Milán San Carlos Borromeo, y los santos religiosos Luis Bertran y Nicolás Factor. Fue beatificado solemnemente por Pio VI, á 18 de Setiembre de 1796.

La época en que gobernó el beato Juan de Ribera la santa iglesia de Valencia, parece que fue destinada por el cielo para derramar sobre esta porcion del rebaño de Jesucristo el lleno de sus misericordias, suscitando en ella un gran número de Santos y hombres venerables que ahora adornan ya sus altares. Uno de éstos, y el mas estrechamente unido con el beato Patriarca fue San Luis Bertran, otro de los Santos mas ilustres que ha tenido la orden de predicadores. Nació en Valencia á principios del año 1527, y á los diez y ocho años de su edad tomó el hábito en el convento de Santo Domingo de la misma, edificando y admirando á todos los religiosos con sus tempranas virtudes y con su asombrosa penitencia. No bien habia concluido sus estudios, cuando pidió y obtuvo licencia de su general para ir á predicar el Evangelio en las Indias occidentales. Su vida en aquellas regiones fue la de un apóstol, y el fruto de sus predicaciones correspondió admirablemente á su grande celo: dicese que en un solo dia bautizó en Nueva-Granada mil y quinientos infieles. Vuelto á su pátria, volvió á edificarla con sus virtudes: fue el modelo de sus hermanos, el consuelo de los fieles, y el amigo de los grandes Santos que entonces habia enviado el cielo á Valencia. Murió rodeado de ellos en 1581, y antes de treinta años

man avanzada, reputándolos por sacerdotes) andad y confesad á los mudos habitantes del abismo: celebrad por ellos á la moda de los papistas." Hubo un jesuita sin duda de los mas ardientes en confesar la verdadera fe, á quien ataron á la boca de un cañon, y aplicaron al momento la mecha: suplicio que era en sí mismo el mas suave, pero da idea de la ciega impaciencia de aquellos hombres crueles.

Habia entre los jesuitas un jóven de diez y ocho años, llamado Simon Acosta. Su porte y sus nobles modales, daban á entender que era de ilustre familia. Esperando el corsario un rescate considerable, le preguntó con afabilidad quién era: y revistiéndose el jóven confesor de la presencia de ánimo y del language de los antiguos mártires, respondió constantemente con estas palabras: „soy católico: soy religioso de la compañía de Jesus." Muy en breve sucedió la ferocidad natural del corsario á su fingido agrado: y habiendo hecho una demostracion de furor, degollaron á Acosta, y le arrojaron al mar. Todos y cada uno de sus compañeros habian confesado lá fe con igual valor, sin derramar ni una lágrima, sin exhalar ni una queja, ni dar señal alguno de terror.

Hasta entonces no se contaban mas que treinta y nueve jesuitas muertos. Al que completaba el número de los cuarenta, que era un cocinero, aunque igualmente firme en la fe que los demás, se le perdonó por respeto á su profesion, la que le obligaron á ejercer en el navío corsario. Lo disponia así la

divina Providencia para gloria de los mártires, á quienes, además del testimonio de los portugueses, era necesario el de un hombre que lo hubiese visto todo desde mas cerca, ó el de unos ojos mas atentos y mas interesados en la publicacion de este triunfo. No obstante, estaba determinado en los decretos eternos el número de cuarenta, con respecto á los misioneros del Brasil, como sucedió en otro tiempo con los mártires de Sebaste. El que acababa de perder la corona, aunque sin ninguna culpa suya, fue reemplazado por un sobrino del capitan portugués, que admirado de las virtudes de sus religiosos compañeros de viage, habia solicitado con tales instancias ser admitido en el número de los novicios, que por último se le concedió esta gracia. Como no llevaba hábitos religiosos, porque en el navío ni los habia hechos, ni disposicion para hacerlos, fue inútil que se presentase á los asesinos de sus hermanos, con la intrepidez que habia caracterizado á los mas fervorosos, pues le echaron de sí, diciendo que él no era del número de aquellos propagadores del papismo, que habian sido condenados á muerte. „Os engañais (les dijo con resolucion). Estoy admitido en la compañía, y voy tambien al Brasil á predicar los santos dogmas de la Religion católica." Fingiendo los calvinistas que no le habian oido, echó á correr al parage donde estaban ya despojados muchos de los mártires, se puso los hábitos de uno de ellos, y volvió á presentarse á los asesinos, los que por último le mataron con furioso despecho, y le precipitaron en las olas. De este

calvinismo. Padeció por espacio de dos meses todas las calamidades que pueden imaginarse, no tanto con motivo del hierro ó del fuego, como del hambre. La carne de los animales mas inmundos era un regalo aun para los ciudadanos opulentos. El pueblo no comia mas que los pellejos de los mismos animales, ó pergaminos remojados en agua, con un poco de paja molida y sebo, ó grasa corrompida. Se llegó al extremo de comer carne humana. Un padre y una madre desenterraron á su hija que acababa de morir, y se la comieron: cuyo delito fue castigado con la muerte. En fin, obligada la ciudad á rendirse, se la impuso una contribucion muy grande, se la privó de todos los honores municipales, y quedó desmantelada.

8. Se apresuró la corte á concluir esta guerra para no descubrir la infelicidad de la Francia á los embajadores de Polonia que habian ido á buscar á su nuevo Rey, el duque de Anjou. El obispo herege de Valencia del Delinado, Mont-luc, era el que habia negociado esta eleccion, aunque con mucho trabajo, á causa de las negras impresiones que los horrores del dia de San Bartolomé habian esparcido en todas partes contra aquel Príncipe. Pero alentada la Reina madre, segun dicen, por un medio digno de su carácter, esto es, por un astrólogo que la habia predicho que todos sus hijos serian Reyes, allanó las dificultades á fuerza de dinero. Entretanto, habiendo sido acometido Carlos IX de una enfermedad peligrosa, repugnó la Reina con el mayor empeño la marcha de su hijo el duque de Anjou, á quien miraba

con una predileccion ilimitada. Discurrió todo género de pretextos para detenerle en Francia cuanto fuese posible; y habiendo llegado la hora de ponerse en camino, le acompañó hasta Lorena, con una comitiva numerosa, que observó euán doloroso le era separarse de un hijo tan amado. Le estrechaba en sus brazos, y no podia desprenderse de él, mostrándole la mayor ternura, é inundándole con sus lágrimas. En fin, algunos cortesanos de los que iban mas cerca, oyeron que le decia por última despedida: „Anda, hijo mio, que no estarás allá mucho tiempo.” Estas palabras dieron despues motivo para hacer muchas reflexiones, arriesgadas sin duda alguna, pero que manifiestan el concepto que se habia formado de aquella Reina.

9. Postrado el Rey por la enfermedad que por último le quitó la vida, no se puede imaginar una suerte mas triste que la de este Príncipe. En vez de los consuelos que no se niegan ni aun á las personas mas comunes, experimentó indiferencia en su familia, aversion en sus pueblos, fermentaciones y turbulencias al rededor del trono; siendo lo mas cruel de todo los remordimientos con que estaba agitada su conciencia, que no le permitian el menor sosiego de dia ni de noche. Dispertaba sobresaltado con sueños espantosos; y su imaginacion perturbada le hacia ver arroyos de sangre, montones de cadáveres y espectros errantes que se quejaban de él y le amenazaban. Estando solo, gemia frecuentemente: algunas veces fijaba de pronto los ojos en el cielo, y prcrumpiendo

despues en suspiros, exhalaba la amargura de que estaba llena su alma. Bajo el gobierno de un Rey oprimido de este modo por sus propios males, de un Rey que llegó á aborrecer la vida y abandonó las riendas del estado, se introdujo la division en la familia real entre la madre y los hijos; no tuvo limites el espíritu de faccion en los grandes; se quejaron y se conmovieron los pueblos; quedó interrumpido el comercio en todo el reino; desapareció la policia de las ciudades y la seguridad de los caminos; en una palabra, todo era un latrocinio manifiesto, y el desorden de la anarquía. En fin, despues de muchos atentados y de varios castigos, en cuya relación no debemos detenernos, cansado Carlos IX de luchar contra la adversidad de su suerte, nombró á su madre por gobernadora á 30 de Mayo de 1574, y murió en el mismo dia, antes de cumplir los veinticuatro años. Habia algunos dias que le salia sangre por todos los conductos de su cuerpo, y aun por los poros: lo que se atribuyó á castigo del cielo, por los asesinatos que se habian cometido por orden suya.

10. El Rey de Polonia salió de aquel reino á los trece meses despues de su eleccion, y á los cuatro de haber tomado posesion de él, para ocupar el trono que heredaba de su hermano; pero no hizo este viaje como Soberano de dos estados poderosos, sino mas bien como un fugitivo, y como un preso que se escapa de la cárcel. Desapareció de noche, y en menos de dos dias se puso en territorio de Alemania, dejando espuestos al resentimiento de los polacos á

los franceses que no habian podido hacer la misma diligencia. Para justificar esta precipitacion, alegó la necesidad de evitar las turbulencias de su nuevo reino; pero cuando se le vió emplear tres meses en los varios pueblos del tránsito que le ofrecian algun placer, no dudó nadie de su verdadero modo de pensar, y se juzgó desde luego cuál seria en el trono el héroe prematuro de Montcontour. En efecto, solo pareció digno del imperio mientras no reinó. No podia comprenderse su carácter, pues en ciertas cosas era superior á la misma dignidad real, y en otras se le hallaba inferior aun á los hombres mas comunes.

11. Tenia un género de talento que hizo despreciable su conducta, y alejó de él la confianza de la nacion. Segun dicen los observadores que mejor le profundizaron, y uno de sus ministros mas queridos, estaba dotado de una aprension viva, pero de un juicio erróneo; y así es, que mostraba un ardor estremo para emprender un proyecto, y ninguna habilidad en elegir los medios de egecutarle (1). Tenia además grande opinion de su capacidad, y despreciaba altamente los consejos de todos aquellos que no eran de su propio dictámen, egecutando lo mismo con los de las personas que no gozaban de su favor; porque cuando amaba á alguno, no sabia pensar por sí mismo, y parecia un autómatá movido segun el capricho del favorito. Habia heredado de su madre el gusto de embrollar todos los asuntos, buscando siempre los medios mas complicados, los mas oblicuos y los

(1) *Mem. de Nevers*, t. 1. = *Chiv.* p. 212. = *Matt.* l. 7. p. 418.

mas á propósito para inspirar desconfianza. No le faltaba valor; pero era solamente en el momento de la accion. Fuera de este lance, estaba dominado de una pereza que le hacia incapáz de resistir á los obstáculos, y de sufrir los trabajos. Toda su actividad la empleaba en los placeres, en el adorno afeminado de su persona y de sus favoritos, en asistir á las ceremonias públicas, en devociones extravagantes, en enredos y en aventuras indignas, no solo de un Soberano, sino de cualquiera hombre bien nacido.

12. Por desgracia era muy acomodada la situacion de la corte á las disposiciones del Monarca. Venia á ser entonces el Louvre una escuela abierta á toda la nobleza del reino, la cual se egercitaba los dias enteros en jugar á la esgrima, en luchar, en correr, en saltar una barrera ó una profundidad peligrosa, y en tirar con primor un pistoletazo ó una estocada (1). En medio de estos egercicios violentos, que podian tener alguna utilidad, no se hablaba mas que de duelos y galanterías, de espediciones arriesgadas, de empresas temerarias y locas, de escalar una pared, de saltar por encima de un foso, de forzar un asilo, de matar y de incendiar. Hacian juramento de no abandonarse unos á otros, de correr la misma fortuna, de que fuesen comunes sus bienes y sus males: y el Rey era el primero que tenia á mucho honor contar un gran número de campeones adictos á su persona. Como carecia la corte de las

(1) *Mem. de Margar. de Bouillon, de Mont-Luc, Brantome, &c.*

primeras ideas de la decencia, ó á lo menos eran éstas muy diferentes de las nuestras, era bastante comun ver al Rey con sus cortesanos ir á la boda de una aldeana, correr por ferias y mercados, bailar y loquear por las calles y plazas públicas, insultar á los espectadores y á los que iban de paso, y sufrir ellos mismos mas de una vez los insultos y silvidos del populacho. Fácil es discurrir cuántos desórdenes se cometerian en aquellas correrías; y lo mas particular es, que despues daban materia á las conversaciones mas interesantes del Louvre.

A estos escesos tumultuarios se seguian actos de religion no menos ruidosos, misas cantadas y ayudadas por aquellos jóvenes atolondrados que afectaban todas las señales exteriores de la piedad, largas y pomposas procesiones, y peregrinaciones penitentes, desde donde pasaban con la misma seriedad á casa de los astrólogos ó adivinos, llamados del otro lado de los montes por Catalina de Médicis. En estas concurrencias clandestinas, adonde acudian confusamente hombres y mugeres, se componian filtros amorosos ó talismanes para vengarse de los desdeños. Pero si los maleficios y el veneno eran el recurso de los débiles, las almas que se tenian por generosas, empleaban la violencia abierta y el asesinato, sin ningun respeto á los lugares ni á las cualidades de sus víctimas. El duque de Guisa persiguió con espada en mano á un caballero hasta la antesala del Rey. El favorito Villequier dió de puñaladas, por causa de celos, en medio del Louvre, á su muger, que

estaba embarazada de dos criaturas. En fin, una muger mató, de un modo que el pudor no permite referir, al hombre inconsiderado que se había atrevido á ser su esposo (1).

Basta este solo rasgo para conocer á qué punto habian llegado los dos sexos. Desdeñándose las mugeres de las leyes de la antigua galantería y aun del heroísmo caballeresco, exigian pruebas de un cariño que rayase en frenesí. Era cosa honrosa é indispensable presentarse, á la primera señal de un ídolo imperioso, delante de un furioso toro ó de un leon rugiente, arrojarse en un rio sin saber nadar, y abrirse las venas con un puñal para demostrar que no costaria dificultad derramar hasta la última gota de sangre. Ya se deja conocer cuál seria el premio de semejantes sacrificios, con perjuicio del pudor y de los vínculos mas sagrados. De aquí los celos, el espiarse, las confianzas y las delaciones, la discordia y las turbulencias que deshonoraban á la misma familia real. Tales eran las disposiciones de la corte y del Principe, cuando llegó Enrique III á ocupar el trono; y nada prometian que no fuese funesto al estado y á la religion. Cuando no hay principios de virtud, de honradéz, ni aun de decencia en las cabezas de la nacion, el primer impulso trae consigo inevitablemente la catástrofe. Los sucesos siguientes harán palpable este punto de esperiencia.

13. En unos tiempos tan críticos para la religion,

(1) Brant. t. 7.

no estaba el imperio mejor gobernado que la Francia. Rodolfo II, que sucedió en 1576 á su padre Maximiliano II, era tan indolente, que perjudicó con su desidia á los intereses de su casa, no menos que á los negocios del estado; y así permitió que su hermano Matías capitanease á los flamencos rebelados contra su tio, el Rey de España. Pero se le ha atribuido injustamente una ridiculéz, suponiendo que mandó colocar un cepillo ó caja en las puertas de las iglesias á fin de recoger limosna para hacer la guerra á los turcos. El decreto dado sobre este punto dice precisamente, que aquellas limosnas se destinarian á proporcionar mejor asistencia en los hospitales á los heridos y enfermos que hubiesen peleado contra el enemigo comun de la cristiandad. No fue Rodolfo menos inútil para el bien del estado y de la Religion. En su largo reinado de treinta y seis años, se le vió presentarse de cuando en cuando en la escena, para sufrir con indiferencia las afrentas, y para dar lugar á que le despojasen sucesivamente de sus varias coronas.

14. Luego que Enrique III tomó posesion de su reino, murió un vasallo peligroso, á lo menos por su modo de pensar acerca de la direccion de los asuntos religiosos. Trátase del célebre cardenal Carlos de Lorena, de quien se dice que formó en Trento el plan de la liga, á fin de defender la fe católica. Los enemigos de este prelado le acusaron de una malignidad profunda, y sus partidarios le preconizaron por un santo, cuyas oraciones habian suspendido la

modo se completó el número de cuarenta en aquellos verdaderos mártires, reconocidos solemnemente como tales por la Iglesia, pues fueron sacrificados sin ninguna otra causa ni pretesto que su adhesión á la verdadera fe; y de este modo se portaban aquellos asesinos hereges en todas las ocasiones en que podían hacerlo impunemente, siendo así que fuera de estos casos no hablaban de otra cosa que de tolerancia y de mansedumbre evangélica.

5. Después de los desastres del día de San Bartolomé, miraban aquellos peligrosos sectarios como inevitable su total ruina; y si permanecían en las ciudades que ocupaban en Francia, era solo mientras buscaban fuera del reino un asilo mas seguro. Con la lentitud é inconsecuencia de la corte, que en vez de oprimirlos en los primeros momentos del terror de que estaban poseídos, empleó con ellos las sollicitaciones y las promesas, les tomó bajo su protección, y aun mandó que se les restituyesen sus bienes, sucedió al abatimiento la esperanza, las tramas, la audacia y las hostilidades. No obstante, se resolvió quitarles la Rochela, que era la mejor plaza que tenían, y tomada por las tropas del Rey, no tardarian en rendirse las demás; pero en esto se llevaba la mira de transigir con ellos por medio del sitio, y de los peligros á que se espondría todo el partido.

Ninguna cosa manifiesta mejor la conducta extravagante de Catalina de Médicis, que lo que se determinó acerca de este punto (1). Francisco de la Noüe,

(1) *Amir. Vid. de la Noüe. = Memor. de Mornai, p. 4.*

que era de una familia ilustre de Bretaña, y estaba muy acreditado por sus prendas militares, y muchas por su acendrada probidad, habia tenido la desgracia de abrazar las nuevas doctrinas, seducido con ciertas apariencias de virtud. Durante la mortandad del día de San Bartolomé, se hallaba en los Países-Bajos, adonde habia ido á dar principio á la guerra, con que se traía entretenido á Coligny. La Noüe amaba verdaderamente á su patria, habia deseado siempre con sinceridad la paz, y hacia la guerra sin ambición, únicamente por la obligación que le prescribía una conciencia engañada. ¡Qué poco hubieran durado los disturbios si el mayor número de los calvinistas hubiese estado animado del mismo espíritu! Con estas disposiciones, y atendiendo la Noüe á la dificultad que habia para encontrar un asilo decente, se determinó á ofrecer sus servicios á la corte. Le recibieron con los brazos abiertos, hicieron con él mil demostraciones de aprecio y de benevolencia, le restituyeron los bienes que se habian confiscado á su cuñado Coligny, y después le propusieron que fuese á inspirar sentimientos de sumisión á los habitantes de la Rochela. Marchó la Noüe á esta delicada comisión, después de haberse escusado mucho, y poniendo por condición espresa que no se le empeñaría en engañar á nadie. Aunque los sectarios, y en especial los ministros, no sospecharon de su probidad generalmente conocida, le recibieron de un modo que debió desagradarle mucho. „Nosotros (le dijeron) tenemos que conferenciar con el virtuoso la Noüe; ¿pero dónde

está éste? pues no le conocemos en el papel que aquí representa." Últimamente, se le dijo que eligiese entre estas tres cosas, ó retirarse de la ciudad, ó permanecer en ella como simple particular, ó encargarse de su gobierno contra las tropas del Rey: y lo mas incomprendible es, que la Noüe tomó este tercer partido con aprobacion de la corte. Se vió, pues, á un realista con toda la confianza de unos vasallos rebeldes al Rey, y á este mismo realista puesto á la cabeza de los rebeldes, con el beneplácito del Rey y sin perder su confianza. Con semejante gobierno, ¿cuál debia ser la suerte del estado? ¿Y cuál hubiera sido la de la religion, si no hubiese tenido otro apoyo que el del cetro?

6. La Noüe conservó la confianza de los dos partidos por medio de una integridad tan extraordinaria, como la prueba á que le esponian uno y otro. Cuando vencía en una salida, volvía á suplicar á los ciudadanos que admitiesen las ofertas ventajosas que les hacia la corte. Era un guerrero terrible en la accion, y un ángel de paz en el consejo. Estos papeles tan contrarios, fueron causa de que se formasen contra él muchos cargos sensibles; pero su probidad estuvo constantemente libre de toda sospecha. Sin embargo, no pudo inspirar sentimientos pacíficos á sus estériles admiradores. Por otra parte, el duque de Anjou, que mandaba un ejército formidable, no pudo tampoco reducirlos á la sumision, de grado ni por fuerza. Al paso que este Principe se iba acercando al trono, se disminuían visiblemente y caminaban á su total

ruina las cualidades que en otro tiempo le hacian digno de ocuparle. No habia subordinacion ni disciplina en sus tropas, ninguna armonía, ningun secreto en sus consejos; y enteramente engolfado en sus ideas relativas á la corona de Polonia, que se trataba de proporcionarle, mostraba una indiferencia absoluta en todo lo concerniente á la Francia y aun á su propia gloria en aquel reino. Por fin, se vió reducido á tratar con los rebeldes, conviniendo en unas condiciones vergonzosas, y poco mas ó menos segun á ellos les agradó exigir las. Se les concedió el libre ejercicio de su religion, y no solo para ellos mismos, sino tambien para los habitantes de Nimes y de Montalban, que eran sus principales cómplices, y para los señores de vasallos que no hubiesen abjurado. Además de esto, se prometió que nadie sería inquietado con motivo de religion, ni aun por haber dado palabra de abjurar; que todos los que habian tomado las armas por esta causa, y especialmente los ciudadanos de las tres ciudades que se acaban de nombrar, serian puestos en posesion de todos sus bienes, y que se les declararia fieles vasallos del Rey. Tal fue el éxito de un sitio que costó cuarenta mil hombres y una suma de dinero tan prodigiosa, que quedó el reino mas agotado con esta guerra de ocho meses, que con todas las precedentes.

7. Reçayó la venganza sobre la desgraciada ciudad de Sancerre, que no habiendo sido comprendida en el tratado, sino en quanto á la libertad de conciencia, pretendió tambien el ejercicio público del

ya empezó á ser venerado sobre los altares, habiéndole beatificado el Sumo Pontífice Paulo V. Canonizólo Clemente X, y Alejandro VIII le declaró patrono del reino de Nueva-Granada.

Contemporáneo de Bertran y émulo de sus admirables virtudes fue Nicolás Factor, religioso de la observancia de San Francisco, cuya regla abrazó en su juventud en el convento de Jesus. Mas no contento su fervor con el exacto cumplimiento de todos los preceptos é instituciones de su orden, añadió á ellas las austeridades de la mas rigurosa penitencia y las prácticas de la mas sublime perfeccion. Llamado por la augusta hermana de Felipe II á Madrid, desempeñó con tanto acierto el difícil cargo de director de religiosas en las descalzas reales, que no solo manifestó con el hecho lo acertado de la eleccion de la Princesa, sino que tambien se grangeó el respeto y veneracion de toda la corte. Restituyóse despues á su convento de Valencia, donde consumido no tanto por la enfermedad quanto por sus trabajos y maceraciones, murió tranquilamente dejando en pos de sí la memoria de una vida jamás manchada con crimen alguno, y adornada siempre con todas las virtudes. No dejó el cielo de confirmar esta opinion que habian formado de Factor todos sus coetáneos; y los milagros obrados sobre el lugar de su sepultura le adquirieron la veneracion del reino y el título de Beato que confirmó despues solemnemente Pio VI.

En el mismo siglo y en esta nuestra misma ciudad nació en la ínfima clase del pueblo otro Santo, semejante en la virtud á Bertran y á Factor, pero dirigido en su juventud por caminos mas extraordinarios. Gaspar de Bono, hijo de un tejedor de lino, se manifestó en su niñez hecho el encanto de todos por su inocencia, su candor amable y sus tempranas virtudes. La pobreza

de sus padres los obligó á ponerle á servir en la tienda de un mercader el cual se enamoró bien pronto del bellissimo carácter del niño, y le trató siempre como á hijo suyo. Habia en la casa otro criado, mozo instruido y que sabia bien la gramática latina, el cual, prendado del buen talento de Gaspar, le instruyó en ella y en todo quanto sabia, de modo que al llegar éste á los quince años de edad, ya se creyó en disposicion de seguir los deseos que le animaban de abrazar la vida religiosa. Fuese, pues, al convento de predicadores y pidió el hábito, y como llevaba pintada su virtud en el rostro no dudaron aquellos padres admitirle inmediatamente como seglar aprobando. Mas el Señor que no le queria todavía en el claustro, hizo que un cuñado suyo le hiciera ver las necesidades á que esponia su familia, privando á sus buenos padres de los socorros que de él entonces esperaban, y Gaspar, alzando los ojos al cielo, y conociendo la voluntad de su Dios, sin detenerse vuélvese á la casa del mercader, y sacrifica su vida por la salud de los suyos. Todos le veian desmedrado y flaco caminar apresuradamente al sepulcro, sin ninguna enfermedad conocida: el amo que le amaba en extremo, hace que observen sus pasos, y el criado que le atalaya descubre bien pronto que Gaspar á penas comia nada de lo que le daban, que todo lo guardaba, y que por las tardes en la primera ocasion lo llevaba á casa de sus pobres padres. Afligido y sorprendido quedó su amo al ver la piedad filial de Gaspar, y deseando premiarla y tener parte en ella, dispuso que en lo sucesivo, además de su alimento ordinario, se le dieran los panes y la vianda necesaria con que pudieran mantenerse sus padres. Así fue como á la virtud de Gaspar debieron éstos de todos modos su subsistencia, viéndose siempre

abundantemente socorridos por cuantos llegaban á conocer las prendas amables de su hijo. Llegó éste á los veinte años de edad, y no juzgando ya conveniente á su misma virtud seguir en el mostrador del mercader, pidió á Dios que le descubriese el nuevo género de vida que debia abrazar. El Señor se le descubrió sin duda, y Gaspar le abrazó por seguir el llamamiento divino; pues de otro modo ¿cómo era creible que un jóven puro como un ángel, dado á la oracion y á la penitencia, como el anacoreta mas retirado del mundo, corriese á tomar las armas y á mezclarse entre la soldadesca y á vivir entre el estruendo y los desórdenes de la guerra y de las conquistas? Pero así lo dispuso el Señor; y Gaspar Bono en el año 1550 sentó plaza de soldado en un regimiento de caballería, y pasó al ejército que entonces tenia en Italia el Rey y Emperador Carlos V. Sin duda quiso manifestar el Señor que en todos los estados puede el hombre ser santo si le asiste la gracia del Salvador; ó tal vez quiso anticipadamente desmentir la vana filosofía del que dijo despues, que el valor militar es incompatible con la fe y el espíritu del cristianismo. Porque Bono fue excelente soldado, intrépido y valiente, y exactísimo en el cumplimiento de todas las obligaciones militares, y al mismo tiempo, para decirlo en una palabra, fue un santo; y si se ha de creer lo que él mismo decia siendo ya religioso, con mas fervor y virtud que en este estado de perfeccion. «Páreceme, decia este humilde religioso, cuando era ya el ejemplo y el modelo de todos sus hermanos, que con mayor fervor servia yo á Dios siendo soldado, pues en tal profesion, todos los dias rezaba el oficio de la Virgen santísima con su letanía, rosario, y otras devociones, frecuentaba los templos y lugares piadosos, y de mi

pobreza daba parte á los pobres, etc.» Diez años siguió Gaspar la milicia, hasta que llamado por el Señor de una manera extraordinaria, buscó el retiro del claustro en la religion del gran Francisco de Paula. Habia salido un dia de descubierta con una partida de su cuerpo; pero rechazados por fuerzas muy superiores, creyó salvar la vida metiendo espuelas á su caballo, que desbocado y ciego cayó precipitadamente en un pozo. Llegaron entonces los enemigos, y uno de ellos dió un golpe de alabarda á Gaspar, causándole una herida mortal en la cabeza. Viéndose el jóven guerrero á punto casi de espirar, levanta su corazón á Dios, pidele la vida para emplearse en su servicio; implora la intercesion del héroe de la caridad Francisco de Paula, ofrece vestir su hábito, y vé al momento á sus compañeros de armas que acuden á salvarle del peligro. Lleváronle en efecto á sus trincheras, y temiendo que iba á espirar, le administraron los santos sacramentos; mas contra el pronóstico de todos curó en breve de sus mortales heridas, y ansioso de cumplir lo que habia ofrecido al Señor, alcanzó su retiro y regresó á Valencia, donde vistió inmediatamente el hábito de los mínimos en el convento de San Sebastian.

Desde esta época hasta la de su muerte no es fácil ya seguir sus pasos, ni descubrir sus secretas penitencias, ni pintar sus grandes virtudes y aquellos dones maravillosos con que el cielo reveló á los hombres algunas veces su oculta y humilde santidad. Su obediencia fue la mas ciega y siempre alegre; en la pobreza no tuvo igual; amábala de tal modo, que una de las causas porque reverenció siempre tanto á sus padres era, como él decia, por haber sido en extremo pobres; en la castidad fue un ángel, y sin embargo se llamaba continuamente, *tizon*

aparejado para el infierno, ¡tanta era su profunda humildad! aquella virtud amable que formó su verdadero carácter. No hablamos de su caridad, de su devoción y de su penitencia, que fueron otras de sus principales virtudes, porque aun refiriendo todo lo que de su vida se ha escrito, no era posible llegar á descubrir la altísima perfección á que en ellas ascendió nuestro Bono. Tampoco es fácil dar una idea cabal del celo prudente y sábio con que gobernaba las comunidades y toda su provincia, cuando le pusieron al frente de ella en sus últimos dias. Su ordinario modo de mandar era dando ejemplo y caminando delante de los demás religiosos; si reprendía, era con la voz de la dulzura y de la caridad; si castigaba, era con la ley en la mano y las lágrimas de la penitencia en sus ojos, como si él fuera el delincuente. Así acabó Gaspar sus dias, haciendo bien á todos, edificando á todos, y repitiendo continuamente á sus hermanos aquellas palabras con que el Señor se despedía de sus discípulos: *Este es el precepto que os doy, que os améis mutuamente como yo os he amado.* La historia de su última enfermedad no puede leerse sin admiración y enternecimiento. Verificóse su muerte, como él mismo había predicho, el día 14 de Julio de 1604; y hasta tres dias despues no pudieron los religiosos enterrar su cadáver, por el tropel de gentes que á todas horas acudían á la iglesia de San Sebastian para implorar á su favor las bendiciones del cielo por la intercesión del Santo que había muerto. Las curaciones maravillosas que obró el Señor en aquellos dias al rededor de su féretro, fueron innumerables; de modo que desde entonces puede decirse que comenzó Dios á canonizar las heroicas virtudes del que despues había de beatificar la Santidad de Pío VI por su breve de 10 de Setiembre de 1786, siendo el glorioso Gaspar

de Bono el primero de los hijos del gran Francisco de Paula que ha sido colocado sobre los altares. Venérase su santo cadáver en la iglesia de su convento, en la capilla magnífica que le erigieron sus devotos.

Despues de haber mencionado los dos santísimos prelados Tomás de Villanueva y Juan de Ribera, y los tres santos religiosos Luis Bertran, Nicolás Factor y Gaspar de Bono, á los que debe añadirse el glorioso San Pascual Bailón, de quien nos da alguna noticia Berault, no creemos necesario detenernos en recordar la multitud de venerables que murieron en olor de santidad, y que ilustraron con sus virtudes nuestra ciudad y reino de Valencia. Todos los estados ofrecieron entonces modelos de perfección á los siglos posteriores; y el claustro en particular vió conservarse por largo tiempo el espíritu de los que le habían santificado, y renovarse en innumerables discípulos los ejemplos de virtud que aprendieran de aquellos maestros de la vida espiritual. Cuando juntamos, pues, á la memoria de estos héroes valencianos la de los que produjeron en aquel siglo otras provincias de España, podremos concebir una idea exacta de esta primera y principal parte de las glorias de nuestra patria. Juan de Dios, nacido en Portugal; Ignacio de Loyola, en Cantabria ó Vizcaya; Teresa de Jesus, en Ávila; Francisco de Borja, admiración de la corte; Francisco Javier, apóstol de las Indias; Juan de la Cruz, maestro de la vida espiritual; Pedro de Alcántara, reformador y penitente austero; José de Calasanz, modelo de caridad; Bartolomé de los Mártires, egemplar de prelados; Diego de Alcalá, espejo de humildad; Juan de la Concepción, reformador de los trinitarios; Alfonso de Orozco, Simón de Rojas, Juan de Ávila y Luis de Granada, apóstoles de Castilla y Andalucía; y en

los dominios españoles del Nuevo-mundo, Toribio, arzobispo de Lima, y Santa Rosa de la misma ciudad, la primera entre los americanos que fue elevada á los altares: estos perfectos discípulos de la cruz, cuyos nombres son conocidos y celebrados en toda la Iglesia católica, exaltaron en el siglo diez y seis la iglesia de España sobre todas las demás del mundo. Parece que el cielo quiso entonces reunir todos los títulos de gloria en esta preciosa porción del rebaño de Jesucristo; y para que no faltase en ella la brillantez de las palmas y coronas de los mártires, permitió la sublevacion de los moros de Granada, en la que perecieron por su constancia en la fe y religion, hombres, mugeres, religiosos, eclesiásticos seculares y hasta niños que en la mas tierna edad confesaron el nombre de Jesucristo en medio de los tormentos. ¿Y cuántos españoles no alcanzaron tambien la corona del triunfo en las remotas regiones de Asia y de América? La mayor parte de los misioneros que saliendo de nuestra nacion llevaron la luz del Evangelio á ambas Américas y á la vasta Oceania, fueron víctimas del furor de aquellos pueblos salvages é idólatras, y despues de haber fundado con su predicacion un sinnúmero de iglesias, las santificaron y embellecieron con su propia sangre. Apenas podrá encontrarse en la península un solo convento ó establecimiento religioso que no se glorie por contar á alguno ó algunos de sus hijos muertos por la fe en las misiones de ultramar.

Si de la nota de santidad pasamos á hablar de la sabiduría y doctrina de los españoles de este siglo, encontramos un campo no menos vasto y abundante en que discurrir. Fueron tantos los autores que escribieron de todas materias en aquella época, que sola su numeracion formaria una larga biblioteca. Nos

contentaremos, pues, con citar á los principales escritores eclesiásticos, sin que nuestro juicio perjudique el honor de los que omitamos. Aunque el célebre cardenal arzobispo de Toledo Don fray Francisco Gimenez de Cisneros, no nos dejó memoria alguna de sus talentos, debe confesarse sin embargo que él fue quien dió el principal impulso en España á los estudios eclesiásticos, y á quien en algun modo es debida la abundancia de luces que brillaron en la península. Bajo su direccion se estampó y publicó la Biblia llamada complutense, una de las obras mas célebres de este género. Murió este primer ministro y regente de la corona de España en 1517.

D. fray Diego Deza, natural de Toro y religioso de la órden de Santo Domingo. Fue profesor de teología en la universidad de Salamanca, maestro del Príncipe D. Juan, confesor de los Reyes católicos sus padres, obispo de Zamora, Salamanca, Palencia y Jaen, arzobispo de Sevilla é inquisidor general. Tenemos de este ilustre prelado cuatro tomos sobre el maestro de las sentencias, una defensa de Santo Tomás de Aquino contra Lira, y la concordia de los cuatro Evangelistas. Falleció en 1525.

En la misma órden de Santo Domingo y en la universidad tambien de Salamanca florecieron otros cuatro escritores no menos sábios que Deza. De fray Francisco Vitoria, que murió en Salamanca en 1546, se conservan las obras sobre la potestad de la Iglesia, sobre la del concilio, sobre el matrimonio, sobre el aumento de la caridad, sobre la obligacion del que llega á uso de razon, sobre el homicidio, la simonía y la magia, y otra acerca del derecho del Rey de España sobre los indios. Su discípulo fray Melchor Cano asistió como teólogo al concilio de Trento, donde arrebató la admiracion de los padres. Hecho

Después obispo de Canarias, y habiendo gobernado por algun tiempo su diócesi, renunció el obispado y retiróse á Toledo, en cuya ciudad murió en 1560, dejando escrita la preciosa obra de los lugares teológicos, superior á todo encarecimiento, un tratado sobre los sacramentos en general y otro sobre el de la penitencia en particular. Su hermano y comprofesor fray Domingo de Soto murió tambien el mismo año 1560, después de haber sido confesor de Carlos V, teólogo en el santo concilio de Trento, y de haber escrito dos tomos sobre el cuarto de las sentencias, uno de *Justitia et Jure*, tres libros de *Natura et Gratia*, y algunas otras obras de menos consideracion. El último de estos cuatro dominicos fue fray Bartolomé de Medina, quien escribió sobre la primera y tercera parte de la Suma de Santo Tomás, y una breve instruccion para administrar el sacramento de la penitencia.

En la órden de San Francisco florecieron fray Alonso de Castro, fray Miguel de Medina, fray Andrés de la Vega, fray Francisco de Osuna y fray Diego de Estela. El primero natural de Zamora, y nombrado arzobispo de Santiago, escribió catorce libros contra todas las heregías, tres sobre el justo castigo de los hereges, un tratado de la ley penal, cuarenta y nueve homilías sobre los salmos 31 y 50, y un comentario sobre las profetas menores. Murió en Bruselas en 1558. El segundo nació en Velalcazar, y adquirió grande crédito en la teología y en el conocimiento de las lenguas hebrea y griega, y dejó escritos siete libros sobre la fe, y algunos otros sobre la continencia de los sacerdotes, el purgatorio, la humildad cristiana, la restitucion, las indulgencias y sobre el artículo cuarto del símbolo. Murió, segun parece, en Toledo por los años 1575. El tercero fue

profesor en Salamanca y teólogo en el concilio de Trento. Tenemos de él la defensa de los decretos de este santo concilio sobre la justificacion, dividida en quince libros, y otras quince cuestiones sobre la gracia, la justificacion y el mérito. De fray Francisco de Osuna, comisario general de Indias, grande predicador evangélico y muy docto en la teología mística, se conservan las obras tituladas: abecedario espiritual, norte de los estados, consideracion sobre las cinco llagas de Jesucristo, y varios sermones para las fiestas y dominicas del año y misterios de María santísima. Falleció en 1540. El quinto, ó fray Diego de Estela, á mas de su comentario sobre San Lucas y de la esposicion del salmo 136, escribió de la vanidad del mundo, del amor de Dios y la vida y escelencias de San Juan Evangelista.

La compañía de Jesus, fundada en este siglo, y conservando por lo mismo el fervor y observancia propia de los principios de toda órden religiosa, no fue menos fecunda en varones sábios que en apóstoles y misioneros santos. Su mismo patriarca y fundador San Ignacio escribió el incomparable libro de los ejercicios espirituales, tan elogiado por los Sumos Pontífices y por cuantos han sabido apreciar el mérito y sublimidad de una obra de esta clase. La mayor parte de los hijos sábios de este gran patriarca, fueron todos españoles. Juan Maldonado, natural de las Casas cerca de Llerena en Estremadura, y catedrático de Salamanca, dejó al morir en 1583 en la casa profesa de Roma un gran número de escritos, de los que los principales son: comentarios sobre los profetas Jeremías, Baruch, Ezequiel y Daniel; otros sobre los cuatro Evangelios; la esplicacion del salmo 109, y diferentes tratados sobre la fe, sacramentos, el libre albedrío, la gracia, el pecado original, la predestinacion y

reprobacion y sobre la justicia. Francisco de la Torre y Herrera, natural del obispado de Leon, asistió en Trento al tiempo de celebrarse el concilio, trabajó mucho en las librerías de Italia recogiendo los autores de la iglesia griega, y hallándose despues en Roma entró en la compañía de Jesus cumplidos ya los sesenta años de edad. Antes de profesar el estado religioso escribió acerca de la autoridad del Papa sobre el concilio, de la eleccion divina y la justificacion, de la residencia de los pastores, de las actas del sexto concilio general, de los caracteres de la palabra de Dios, de las encomiendas perpétuas, de los votos, del celibato y del matrimonio clandestino. Despues de haber entrado en la compañía compuso aun muchísimos tratados contra los hereges, y murió de mas de ochenta años en 1584. Alfonso Salmeron, natural de Toledo, fue uno de los primeros compañeros que se unieron á San Ignacio de Loyola en la universidad de París. Trabajó mucho por la religion, concurrió como teólogo al concilio de Trento, y escribió un tomo de prolegomenos sobre la Escritura Santa, once volúmenes en fólío de comentarios sobre el nuevo Testamento y algunos sermones. Murió en 1585. Francisco de Ribera, natural de Villacastin, entró en la compañía, en cuyo colegio de Salamanca enseñó la santa Escritura. A mas de la vida de Santa Teresa compuso diferentes comentarios sobre los profetas menores, el Evangelio de San Juan, la epístola de San Pablo á los hebreos, el Apocalipsi, y sobre el templo de Salomon. Murió en el mismo colegio en 1591. El cardenal Francisco de Toledo, natural de Córdoba, y catedrático de Salamanca, pasó á Roma despues de haber entrado en la compañía, y desempeñó las comisiones mas árduas de la santa Sede con tal acierto, que mereció su promocion á la dignidad

cardenalicia, y la total confianza de los Sumos Pontífices Pio V y sus inmediatos sucesores. Entre las obras de este sábio cardenal es apreciada singularmente la suma de teología moral y sus esposiciones de San Juan y de la epístola de San Pablo á los romanos. Su muerte, ocurrida en Roma en 1596, le impidió continuar la esposicion del Evangelio de San Lucas que solamente llegó al capítulo doce.

No fueron solamente estas tres órdenes religiosas las que ilustraron la iglesia de España por la multitud de sábios; en todas las demás, y en el clero secular y hasta en el estado laical encontramos hombres doctísimos y maestros acabados de las ciencias eclesiásticas. Prueba de ello son los escritores que á continuacion mencionamos. Juan Gines de Sepúlveda, natural de Córdoba y canónigo de Salamanca, fue uno de los mayores teólogos y jurisconsultos de su tiempo, é historiador de Carlos V. A mas de la historia de este Emperador, y de haber traducido la mayor parte de las obras de Aristóteles, escribió tres libros sobre el libre albedrío contra Lutero, otro contra Erasmo, tres de las solemnidades de las bodas, uno sobre la verdad del cuerpo y sangre de Jesucristo en el sacrificio de la misa, otro de la justicia del Rey de España sobre los indios, y un comentario sobre los Cantares, formado de palabras de San Agustin. Falleció en 1572, siendo de edad muy avanzada. Diego Paiba de Andrade, natural de Coimbra, en Portugal, sacerdote muy piadoso y dedicado á las misiones. Despues de haber asistido al concilio de Trento como teólogo del Rey Don Sebastian, murió en 1576 dejando escrita una defensa de aquel santo concilio, y varias esplicaciones ortodoxas y sermones. Por el mismo tiempo que Andrade, murió en Ávila Antonio Oncála, natural de

Yanguas, doctor en la universidad de Alcalá y canónigo magistral de Ávila, de quien tenemos un comentario sobre el Génesis, diez y siete opúsculos de teología, y cinco libros sobre la piedad cristiana. Miguel de Palacios, natural de Granada y hermano de Pablo Palacios, fue doctor y profesor en la universidad de Salamanca, después canónigo magistral de la iglesia de Leon, y por último de la de Ciudad-Rodrigo donde murió. Este gran teólogo y escripturístico dejó seis tomos sobre los libros de las sentencias, quince libros sobre el profeta Isaías, y otros muchos sobre los doce profetas menores, sobre el Evangelio de San Juan, sobre la epístola á los hebreos y acerca de los contratos y restituciones. No fue menos fecundo que Palacios el célebre obispo de Silves Gerónimo Osorio. Nacido en Lisboa, pasó á estudiar á Coimbra, en cuya universidad ocupó por algun tiempo una de sus cátedras. Fue nombrado después arcediano de Ébora, y por último promovido á la silla episcopal de Silves, cuya diócesi gobernó hasta su muerte, ocurrida en Agosto de 1580. Sus obras, que se imprimieron en Roma en cuatro gruesos volúmenes en fólío, comprenden diez libros titulados de la justicia celestial, cinco sobre la Sabiduría, un comentario sobre los profetas Oseas y Zacarías, otro sobre la epístola á los romanos, paráfrases de Job, de los salmos y de Isaías, veinticinco discursos sobre el Evangelio de San Juan, una preciosa carta á la Reina Isabel de Inglaterra exhortándola á que se redujese al catolicismo, la defensa de la misma contra Gautier Adon que la habia impugnado, y otras muchas cosas pertenecientes en su mayor parte á la historia del Rey D. Manuel y á la instruccion del Príncipe.

Juan de Medina, nacido en Alcalá la real, doctor y catedrático de teología, fue muy alabado de los mejores escritores

de su tiempo por su admirable ingenio y sólido juicio. Sus principales obras son las que compuso sobre la penitencia y sus partes, y sobre la restitucion y contratos. Leon de Castro, doctor teólogo en la universidad de Salamanca, muy docto en las lenguas hebrea y griega, escribió sobre el profeta Isaías y sobre las versiones de la sagrada Escritura. Pero el mas célebre escripturístico de aquel tiempo, fue sin duda el doctísimo Benito Arias Montano, nacido en Frenegal de la Sierra, de donde pasó á estudiar en Alcalá, en cuya universidad, á mas de la teología, aprendió hasta la perfeccion las lenguas griega, hebrea, caldea, siríaca y árabe. Abrazó después la órden militar de Santiago, acompañó al obispo de Segovia al concilio de Trento en calidad de teólogo, y concluido el concilio se retiró á Aracena en el arzobispado de Sevilla; pero conociendo Felipe II sus grandes talentos, se valió de él para la edicion de la Biblia régia, que sacó á luz con tanta utilidad y aprecio de los sábios. A mas de lo que trabajó en esta obra incomparable, escribió nueve libros titulados: aparato á la Biblia, la historia del género humano, la historia de la naturaleza, esposiciones de Josué, de los Juces, de los treinta y un salmos primeros, del cincuenta y cinco de Isaías, Daniel y de los doce profetas menores, notas sobre todo el nuevo Testamento y algunas poesías sagradas muy elegantes. Murió en Sevilla en 1598. Siete años antes perdió la poesía sagrada otro profesor muy célebre, en la muerte de fray Luis de Leon, ocurrida en 23 de Agosto de 1591. Este sábio religioso agustino, natural de Belmonte, doctor y catedrático de Escritura, fue sin duda uno de los hombres mas eruditos de su siglo, y será siempre uno de los mejores maestros de la lengua española. Tenemos de él, á mas de sus poesías, la grande obra *de Agno typico*,

tres libros de los nombres de Cristo, un tratado de la perfecta casada, las esposiciones de Job, del salmo veintiseis, de la profecía de Abdías y de la epístola á los gálatas, y la traduccion y comentario sobre el libro de los Cantares. Esta obra le acarrió una persecucion tan rigurosa, que estuvo por espacio de dos años encerrado en las cárceles de la inquisicion; pero logró al fin justificarse, esponiendo en una carta el verdadero sentido de sus palabras, y en consecuencia se le devolvió la libertad y todos sus honores con general aplauso de los sábios.

Interminable se haria nuestro discurso si á los mencionados quisiéramos añadir todos los demás escritores que sobresalieron en la jurisprudencia canónica y civil, y en todo género de ciencias así sagradas como profanas. Los nombres de Antonio Burgos, Juan Lopez Palacios, Luis Gomez, Diego Covarrubias, Martin Azpilcueta, Antonio Agustin, Francisco Sarmiento, Francisco de Vargas Megía, Antonio de Govéa, Lorenzo de Padilla, Florian de Campo, Gerónimo de Zurita, Pedro Salazar, Estévan Garibay, Ambrosio de Morales, fray Fernando del Castillo, fray Alfonso Chacon, fray Marcos de Lisboa, Antonio de Nebraja, Juan Luis Vives y de otros muchísimos que omitimos, bastan por sí solos á manifestar el alto grado de perfeccion á que llegaron todas las ciencias en nuestra España. No obstante, si por amor de la brevedad nos ceñimos á esta sola indicacion, respecto de los autores hasta aquí nombrados, no podemos pasar en silencio las obras de los cuatro admirables maestros de la vida espiritual, honor eterno de España y de toda la Iglesia.

Hemos visto en la historia de Berault las heroicas virtudes de la reformadora del Carmelo Santa Teresa de Jesus, y de su

primer cooperador San Juan de la Cruz; mas no nos da este apreciable historiador la noticia circunstanciada que merecen los escritos de aquellos santos doctores. Teresa, tan discreta como santa, y tan ilustrada como fuerte, escribió en medio de sus inmensos trabajos la historia de su vida y la de sus fundaciones, el camino de perfeccion, el castillo ó moradas, conceptos sobre el amor de Dios, sobre el modo de visitar los conventos de religiosas, avisos para sus monjas, siete meditaciones sobre la oracion dominical, relaciones particulares de su vida dirigidas á algunos confesores, y muchas é inestimables cartas sobre diferentes asuntos espirituales. En todas estas obras, escritas con toda la pureza y elegancia de la lengua española, se nota una maravillosa piedad, un espíritu inflamado y lleno de ilustracion sobrenatural, y aquel fervor tan extraordinario que la obligaba á clamar repetidas veces: *Señor, ó padecer ó morir*. La prueba mas incontestable del aprecio que han merecido sus escritos en todas las épocas y en todas las naciones cristianas, son las innumerables traducciones y ediciones que se han hecho de ellos, de suerte que apenas se podrá encontrar una sola nacion cristiana que no los haya vertido á su lengua, y que no los conserve juntamente con las obras de los antiguos padres y doctores. Los escritos de San Juan de la Cruz se hallan adornados de las mismas cualidades que los de Santa Teresa; sin embargo, es tal la sublimidad de sus conceptos, tan elevada su contemplacion y tan recónditos los misterios de que habla, que están fuera del alcance de la mayor parte de los que leen. Sus iustrucciones, contenidas en los tratados que intituló: subida al monte Carmelo; noche oscura del alma; llama de amor, y cántico espiritual, son mas propias para los propectos en el camino de la perfeccion,

que para las almas comunes, á las que no es dado entender los prodigios de la gracia.

Mas claras é inteligibles, aunque no menos instructivas, son las obras de los otros dos grandes maestros de la vida espiritual. El venerable Juan de Ávila, llamado justamente el apóstol de Andalucía, fue natural de Almodovar del Campo, estudió derecho en Salamanca, y luego pasó á Alcalá para oír en aquella universidad al docto Domingo de Soto. Siendo su discípulo quedó sin padres, y viéndose dueño de sus acciones y de un patrimonio mas que mediano, repartió sus haberes á los pobres, y se consagró al estado eclesiástico con la firme resolucion de ser un perfecto sacerdote, dedicado esclusivamente á la salud de las almas en la administracion de la penitencia y en la predicacion de la divina palabra. Coronó el cielo sus deseos, y el jóven Ávila fue en breve todo lo que deseaba. Suspiró algun tiempo por pasar á las Indias, para dedicarse á la conversion de los infieles; pero hombres sábios y virtuosos que conocian bien cuánta utilidad podia reportar á su pátria, y especialmente el arzobispo de Sevilla que deseaba asegurar en su diócesi al nuevo apóstol, obligáronle á que principiara su carrera apostólica sin salir de España. Obedeció el humilde sacerdote á su prelado, celebró en su pátria la primera misa, y empezó luego á anunciar la divina palabra por toda la Andalucía, no solo en las grandes ciudades, sino en los pueblos menos considerables, y hasta en las aldeas y chozas de los desiertos. De todas partes acudian de tropel á oírle; los pecadores corrian á sus pies, y los buenos le buscaban para elegirle por su padre y director. Frutos preciosísimos de su predicacion, de su celo y de su sabiduría fueron la conversion de San Francisco de Borja, la resolucion benéfica de San Juan

de Dios, y la vocacion de la heróica Santa Teresa. El lenguaje de sus sermones era sencillo, puro y acomodado á toda clase de oyentes; pero su elocuencia, nacida siempre del corazon, heria y penetrabrá las almas. Dícese que con una sola palabra hacia temblar las paredes de la iglesia; mas como quiera que fuese, lo cierto es que su voz se parecia á la del trueno cuando hablaba contra los vicios. En sus mismas obras, donde ya no se oye su voz, se percibe todavía el fuego de su elocuencia. La que compuso sobre estas palabras del salmo cuarenta y cuatro: *Audi filia*, y sus cartas espirituales, serán un testimonio eterno de su celo apostólico y de su ardiente caridad, siendo tanto el aprecio que se hizo de ella en Italia, Francia y aun en Inglaterra, que trataron estas naciones de hacerlas suyas traduciéndolas á su idioma. Escribió tambien con tanto celo como sabiduría dos obras preciosísimas: la una sobre la reforma del estado eclesiástico, y la otra notas al concilio de Trento, que dejó inéditas. Murió en 1569, y tuvo la gloria de que escribiera su vida el que mejor podia escribirla, el virtuoso y elocuente fray Luis de Granada.

Este grande ascético del siglo diez y seis nació en la ciudad de Granada en 1505 de unos padres pobres pero honrados. Iba creciendo el jóven Luis bajo los auspicios de una sana moral, y aprovechándose de la mediana educacion que podia dársele con la vivacidad y buena disposicion que manifestó desde sus tiernos años. Cuando llegó á la edad de tener que elegir carrera, sin titubear un momento abrazó el estado religioso, pidiendo el hábito de la órden de predicadores en el convento de Santa Cruz la Real de la misma ciudad de Granada. Estudió las artes y fue elegido colegial de San Gregorio de Valladolid para seguir su curso de teología. Concluidos sus estudios, regresó á Granada,

y en 1534 el maestro de la orden fray Juan Féneris le encargó la restauracion del convento de Santo Domingo de Scala Cœli, fundado por el beato Álvaro en la áspera sierra de Córdoba. Fray Luis, siempre obediente á los mandatos de sus superiores, emprendió esta comision con aquel celo y ardor propio de un corazon verdaderamente cristiano y religioso, y en esta soledad fue donde principió á escribir sus libros de la *oracion*, de la *contemplacion* y de la *meditacion*. En 1554 fue nombrado presidente del nuevo convento de Badajoz; y se estendió con tal rapidéz la fama de su saber y de sus virtudes, que de todas partes acudian gentes para verle y admirarle; pues bien fuese en el púlpito, ó bien en conversacion particular, donde quiera que se hallase fray Luis de Granada, lucia su elocuencia evangélica y su gran piedad. Fray Alberto de las Casas, maestro de la orden, le autorizó para que pasase á la provincia de Portugal con el distinguido empleo de reformador. Allí fue nombrado provincial, y concluido el tiempo en que debía egercer sus funciones, se quedó en el convento de Santo Domingo de Lisboa, donde residió lo restante de su vida. Catalina, viuda de Juan III y regenta de Portugal, le nombró su director y su consejero, y justa admiradora de sus virtudes, quiso premiarle con el arzobispado de Braga que fray Luis de Granada renunció con noble constancia, considerándole incompatible con su estremada humildad; pero si bien logró que Catalina desistiese de su empeño, no pudo escusarse en designar sugeto capaz para tan elevado empleo. Indicó, pues, que el mas á propósito era fray Bartolomé de los Mártires, y no se engañó, porque este digno prelado rivalizaba con él en virtud y en sabiduría, y por fin la esperiencia comprobó el acierto de su eleccion. Granada rehúsó igualmente

el capelo con que el Papa Sisto V quiso honrarle, y aun algunos años despues se separó de toda funcion pública para poderse dedicar con mas libertad á la composicion de sus obras, á la predicacion y á satisfacer los deseos de varios personages eminentes que le consultaban con frecuencia sobre diversos negocios. Desde esta época nadie mejor que él supo distribuir el tiempo con mas utilidad; oraba, meditaba, leía y escribia en horas proporcionadas, y siguiendo constantemete este régimen, conservó siempre un entendimiento despejado hasta su muerte, acaecida el 31 de Diciembre de 1588, á la edad de ochenta y cuatro años, en el mismo convento de Lisboa.

Muchísimas son las obras de fray Luis, y todas ellas llenas de uncion y de piedad, de una erudicion inmensa, de una elocuencia sublime y de una diction clara é inteligible á toda clase de personas, y que por fin han merecido el elógio de nacionales y extranjeros. Las principales son las siguientes: *Sermones de tempore et sanctis*, seis tomos de los cuales se han hecho varias ediciones. Citábalos frecuentemente San Carlos Borromeo; y Baillet dice, que Granada es tal vez de todos los predicadores el único cuyos sermones han conservado en la lectura la mayor parte del fuego que les animaba en el púlpito. De sus obras dogmáticas la mas considerable es el catecismo ó introduccion al símbolo de la fe, dividida en cinco partes. El método, la claridad y la justificacion caracterizan esta obra teológica, que ha sido traducida en diferentes idiomas. De las morales, el tratado de la oracion y de la meditacion es uno de los libros mas perfectos para ser meditado útilmente por los que siguen el camino de la piedad interior, y el cual, con los otros que compuso, le mereció el elógio que hizo de él el Papa Gregorio XIII por estas palabras:

*Doctrina ejus majora extant miracula, quam si caecis visum et mortuis vitam à Deo impetrasset.* A esta clase pertenecen tambien su memorial de la vida cristiana, las adiciones al mismo y la guia de pecadores que el autor preferia con razon á todos sus escritos. San Francisco de Sales aconsejaba mucho la lectura de las obras espirituales de Granada, y sobre todo la de este último libro, que ha sido publicado y traducido con mucha frecuencia. Fuera de las mencionadas compuso el venerable otras muchas obras, cuyo catálogo se puede ver en Echard que da la relacion de ellas y de todas sus ediciones. Merece entre ellas particular mencion su retórica eclesiástica, escrita para reformar los abusos introducidos en el pulpito, y que contiene un conjunto de preceptos tan provechosos, que aun al presente sirve de guia á los que se dedican á tan sublime carrera. El insigne obispo de Barcelona D. José Climent mandó traducirla del latin al español, y costeó la impresion que se hizo en Barcelona en 1770, con el título de *los seis libros de la retórica eclesiástica escritos en latin por el venerable padre maestro fray Luis de Granada*. D. Luis Muñoz en el capítulo diez y seis y siguientes del primer libro de la excelente vida que escribió del venerable Granada, demuestra que se hallaron en él todas las partes ó virtudes que debe tener un consumado predicador evangélico, y que le grangearon el renombre de *Cicerón cristiano*.

Lo que llevamos dicho en este apéndice, es solamente una ligera reseña de los grandes españoles que con su santidad y sabiduría ilustraron nuestra nacion é iglesia en el siglo diez y seis. Ahora bien, compárese este estado de verdadera felicidad y grandeza de España con el de trastorno é infelicidad en que se vieron sumergidas la mayor parte de las naciones europeas en

aquel mismo tiempo, y preguntese ¿qué causa produjo tan diferentes situaciones? Nunca, no tememos asegurarlo, jamás se encontrará esta causa si no se busca en la religion. Mientras que las otras naciones abrazaban, ó toleraban, ó al menos no perseguian declaradamente la pretendida reforma, y se hallaban en consecuencia envueltas en todos los horrores del sedicioso protestantismo, España, inalterablemente adicta á la fe romana, y persiguiendo de muerte á la infame heregía, permaneció tranquila en medio de una conmocion tan general: la paz, la abundancia, la riqueza, el poder y el honor en lo temporal; y las virtudes, la sabiduría mas sublime y todas las ciencias, la multitud de santos y varones perfectos segun el espíritu de Dios, fueron el premio con que bendijo la Providencia y coronó su constancia y fidelidad. El error, pues, ó la heregía fue en las demás potencias la verdadera causa de todos sus males; y la religion verdadera, la primera y principal basa y origen de la felicidad y grandeza de España en el siglo del gran Felipe II.





BIBLIOTECA  
17

horrible tempestad que desoló casi toda la Francia, desde el día en que se verificó su muerte. Pero juzgan de él con mucho mas acierto los que le atribuyen una alma orgullosa, preocupada con los intereses de su casa, los cuales confundia con los de la Iglesia. Sin duda alguna era amante de las ciencias, y de los que se distinguian en ellas, como lo manifestó hasta el fin de su carrera, fundando, un año antes de su muerte, la universidad de Lorena, y poniéndola á cargo de los jesuitas. Habia fundado tambien la de Rems. Fue acometido de la enfermedad que acabó con él, estando en una procesion de penitentes, establecida en Francia por el Rey, á egemplo de las que habia visto al pasar por Aviñon cuando volvia de Polonia.

15. La singularidad del espectáculo era muy análoga al gusto de aquel Príncipe. Llevaban los penitentes encima de su vestido ordinario una especie de saco, ajustado al cuerpo por la cintura con una cuerda, de la que colgaba un rosario con cuentas gordas, con calaveras y unas disciplinas; y tenian en la cabeza una capucha que les cubria toda la cara, menos los ojos, pues en el parage correspondiente á ellos se habian hecho dos agujeros para dejar la vista libre. Habia penitentes blancos, negros, azules y verdes, llamados así por el color de los sacos. El Rey era gefe de los blancos, y el cardenal de Lorena de los azules. Todos los grandes, sin esceptuar al Rey de Navarra, aunque no era muy acomodado para este género de devociones, se apresuraban á tomar parte

en ellas por complacer al Monarca. Otro atractivo tenian estos disfraces para los jóvenes, que solo trataban de deleites y de lances amorosos en aquella corte libertina.

16. Mientras los franceses católicos deshonoraban su fe con estas extravagancias y desórdenes, los sectarios, que triunfaban con este motivo, recibieron una humillacion sensible de los griegos, á quienes querian atraer al partido herético por medio del cisma y de sus antiguas preocupaciones contra la iglesia latina. Enviaron á Jeremias, patriarca de Constantinopla, la confesion de Augsburgo, acompañada de un prólogo, en que procuraban probar que ellos conservaban la fe de los siete primeros siglos (1). Jeremias, que tenía un juicio recto y bastante erudicion, les respondió que solo honraban con palabras á los doctores de la primitiva Iglesia, que en la sustancia les eran diametralmente contrarios; que muchas veces no habian podido ocultar con el silencio el desprecio que hacian de los padres mas venerables; en una palabra, que eran unos novadores presuntuosos, que se preciaban de saber mas que la antigua y nueva Roma. Como, á pesar de un desaire tan á propósito para confundirlos, volviesen á renovar su ataque, publicó, con el título de *Censura de la iglesia oriental*, una obra muy concluyente contra la mayor parte de los artículos de la confesion de Augsburgo. He aquí como la termina con una recapitulacion, que contiene toda su sustancia. „Supuesto que solo recibís (les

(1) *Turco Græc. l. 2.*

en el día de San Martín, y había dado ocasion á las diversiones profanas de esta fiesta. No contento con abolir los banquetes y los juegos indignos de un tiempo tan santo, logró que no solo sus familiares, sino tambien el mayor número de sus diocesanos, observasen la abstinencia total de carne, y ayunasen tres dias cada semana. Asimismo consiguió que las mugeres se presentasen en la iglesia con velo en la cabeza, segun el precepto antiguo de San Pablo. Las costumbres del país, que al parecer hacian allí la reforma mucho mas necesaria que en otras partes, facilitaron igualmente su egecucion.

No obstante, experimentó San Cárlos las contradicciones mas sensibles y una verdadera persecucion por un punto de reforma, cuya necesidad era mucho mayor que la del velo. Se acostumbraba entonces en Milán, del mismo modo que ahora, segun el rito ambrosiano, no principiarse la cuaresma hasta el primer domingo. No contentos los milaneses con semejante indulgencia, empleaban este domingo, por un abuso inexcusable segun sus propios principios, en espectáculos y en todo género de desórdenes, de manera, que no principiaba la cuaresma hasta el primer lunes. Proscribió el arzobispo, é hizo proscribir legalmente este abuso; y despues publicó una exhortacion pastoral y un decreto en forma, con imposicion de censuras, contra los espectáculos que se estaban ya preparando para el primer día de la cuaresma próxima. Obedeció el pueblo á su santo prelado, y fueron muy pocas las personas que se dejaron ver en el

espectáculo; pero enfurecido el gobernador con una providencia que le parecia injuriosa á su autoridad, é irritado muy de antemano por la firmeza del arzobispo en mantener la jurisdiccion eclesiástica en sus posesiones legítimas, le suscitó en España, y aun en la curia romana unas dificultades y tropiezos, que fueron quizá los mayores que experimentó en toda su vida. Quería el Señor que fuese en aumento la perfeccion y la gloria de su siervo. Su virtud salió mas pura y brillante de la nube con que habian pretendido obscurecerla; y siendo en lo sucesivo igualmente recomendable para con las dos potestades, gozó de aquella autoridad en cuya defensa se interesaba, solo porque triunfase la de Jesucristo.

Antes de esta borrasca no habia podido menos el gobernador de Milán de admirar en el arzobispo un heroísmo, de que él mismo no se juzgó capaz, sin embargo de ser gefe de la fuerza armada. El concurso de los peregrinos que con motivo del jubileo asistieron á Roma desde todas las partes del mundo, ocasionó en aquella ciudad una peste cruel, que no tardó en cundir por toda Italia, é hizo los mayores estragos en Milán. El gobernador y los principales señores abandonaron esta capital desolada, mientras el santo cardenal, que habia ido á asistir al obispo de Lodi en su última enfermedad, volvia volando á socorrer á su pueblo, luego que tuvo noticia del azote que le afligia. Al momento se vió rodeado de un tropel innumerable que pedia misericordia é imploraba su asistencia, como pudieran hacer unos hijos con su

propio padre. Los dependientes de su casa, sus amigos, y una multitud de personas sábias y virtuosas le salieron al encuentro, especialmente cuando supieron que estaba resuelto á asistir por sí mismo á los apestados, y le aconsejaron que se retirase á un parage sano, desde donde pudiese dar sus órdenes para el cuidado de los enfermos, haciéndole presente que era deudor de su persona á toda la diócesi, de la cual no era mas que una parte la ciudad de Milán, y que en su conservacion interesaba toda la Iglesia, mucho mas que en la de otros obispos, por cuyo medio no habia manifestado Dios querer egecutar tan grandes cosas. Carlos, que amaba entrañablemente á sus ovejas, y no podia aprobar estas máximas, citó el egeemplo de los santos obispos de todos los siglos, que en iguales circunstancias no se habian detenido en esponer su vida por su rebaño. Y habiéndole respondido que aquella era una obra de perfeccion y no de obligacion. „¿Es una obra de perfeccion (replicó)? Pues para mí es ya una obra de obligacion, porque el episcopado es un estado perfecto, y yo soy obispo.”

Hizo desde luego su testamento, dejando á sus herederos lo que les correspondia segun las leyes, señaló varios legados á sus familiares y á muchas iglesias, é instituyó por su legatario universal al hospital general de la ciudad. Redobló sus austeridades y maceraciones, sin embargo de que ya eran asombrosas, prolongó sus oraciones y vigiliass, ayunó rigurosamente todos los días, no tenia mas cama que unas tablas desnudas, ni se abrigaba con otra cosa que con

una mala manta. Se consideraba como una víctima cargada con todas las iniquidades de su pueblo, y obligada á sacrificarse por él, á egeemplo del Salvador de los hombres. Envió á la casa de la moneda toda su vagilla para reducirla á dinero y distribuirle entre los infelices. Se vendieron todos sus muebles, ó se destinaron para los enfermos. Las tapicerías buenas ó malas, las alfombras, mamparas, cortinages de cama, ropa blanca, y hasta sus mismos vestidos, todo quiso que se aprovechase para vestir á los pobres y á los enfermos. Una caridad tan maravillosa, pero muy insuficiente todavía atendiendo al gran número de necesitados, fue por otra parte tan eficaz, con motivo de la emulacion que escitó aun en las provincias y estados extranjeros, que se pudo atender con abundancia al socorro de las necesidades pecuniarias. Las mugeres enviaban los diamantes y todas las alhajas que tenian, para que se invirtiesen en hacer limosnas.

No sucedió así con la asistencia personal. Era tan cruel la epidemia y tan grande el terror, que estuvo algun tiempo el santo prelado sin encontrar gente que tuviese valor para asistir á los apestados, ni sacerdotes para administrarles los sacramentos. Olvidándose los mismos párrocos de que estaban obligados á ello por razon de su estado, huian sin atender á otra cosa que al temor de que estaban poseidos. Pero el egeemplo del intrépido pastor no tardó en hacer para beneficio de las almas y de los cuerpos, lo que habia hecho ya para socorro de la indigencia. Visitó á los enfermos en sus camas y aun en el lazareto de

los leprosos, llamado de San Gregorio, donde estaban encerrados aquellos infelices, y suplicaban por las ventanas, en términos que quebraban el corazón, que les asistiesen por lo menos en las necesidades espirituales. Algunos eclesiásticos generosos que acudieron, principalmente de los valles suizos de la diócesis, sin otra obligación que la de la caridad que los animaba, y varios religiosos egemplares, fueron á ponerse en manos del santo arzobispo, para que los aplicase á todos los misterios y peligros que tuviese por conveniente. Llegó á tal punto el celo de éstos últimos, que sus superiores se creyeron obligados á contenerle; pero el arzobispo hizo que le autorizase el Sumo Pontífice contra aquella prudencia intempestiva. Avergonzados por fin de su fuga los párrocos, volvieron á presentarse y mostraron la mayor intrepidez.

Los familiares del santo prelado, que al principio manifestaron tanto temor de perder la vida, ó de que la perdiese su obispo, que se habian puesto de acuerdo para no acompañarle, á lo menos con el objeto de reducirle á no esponer su propia persona; aquellas almas comunes, se revistieron de unos sentimientos tan generosos, que solicitaron como un favor el permiso de participar con él de los mayores peligros. Por medio de ellos, y con la concurrencia de muchos seglares, que fueron tambien á ofrecer sus servicios, no tardaron los cuerpos en recibir los socorros mas urgentes; y habiendo quedado sin asilo y sin subsistencia una infinidad de criados abandonados por los

ciudadanos fugitivos, se pudo elegir entre aquella multitud desesperada, no solo para la guarda y asistencia de los enfermos, sino tambien para desembarazarse de los cadáveres, que de treinta en treinta y de cincuenta en cincuenta estaban amontonados en algunas calles; para purificar las casas, y para trabajar en el aseo y salubridad de la población. Era tan considerable el número de estos mercenarios vagabundos, que, despues de haberlos empleado en tan diversos oficios, quedaron todavía de trescientos á cuatrocientos, á los cuales colocó el Santo en una casa algo distante de la ciudad, y halló arbitrios para mantenerlos en ella. Infírese de aquí cuán necesaria es la presencia ó el régimen inmediato del primer pastor. Si se hubiera retirado el arzobispo, como se lo aconsejaban sus tímidos moralistas, ¿hubiera hecho con las órdenes mas acertadas la mitad del bien que hizo con su vigilancia, con su actividad personal y con su caridad, escitada continuamente por las necesidades que tenia á la vista? ¿Y qué no hizo su solo egemplo y la elocuencia muda del egemplo, á la que nadie se resiste, ni puede suplirse con ninguna otra cosa?

Continuando todavía la enfermedad, y aumentándose hasta que el número de las víctimas fuese proporcionado á las iniquidades que escitaban la ira del Señor, ó que se hubiese manifestado claramente la caridad de su siervo, tuvo el Santo la inspiracion de desarmarle con un acto de penitencia, cuya memoria se conserva todavía en Milán como si acabase de

dice) los sacramentos que os agrada, con los errores que se os antoja mezclar en ellos, despreciando la serie de la tradicion y el depósito sagrado de las Escrituras canónicas, que truncais y violentais con osadía; supuesto que os atreveis á decir, que cuando el divino Crisóstomo aprobó el santo crisma, se dejó llevar del torrente de la ignorancia; supuesto que sosteneis, siguiendo á los judíos y á los iconoclastas, que la invocacion de los Santos y el culto de sus reliquias é imágenes son idolatrías ó necedades; supuesto que destruis la vida monástica, que es una imitacion de la de los ángeles, y la confesion de los pecados, que es tan antigua como la Iglesia, os declaramos que no queremos recibir de unos teólogos como vosotros la interpretacion de los textos sagrados que contienen estas verdades; y que os ciega un loco orgullo que os mueve á preferir sus producciones á las luces mas claras de la santa antigüedad. Dejad, pues, de cansaros en componer cartas y en enviarnos vuestros escritos, porque nunca lograreis comunicarnos el desprecio que haceis de los santos padres, al mismo tiempo que fingís honrarlos, ni inutilizar en nuestras manos los preciosos frutos de sus trabajos, con los cuales quedan destruidos vuestros errores.”

No se ofende impunemente á la soberbia y vengativa heregia. De nada sirvió contra sus maniobras el que habitase Jeremías en el otro extremo de Europa, entre unos pueblos tan indiferentes como los turcos en órden á las disensiones de los cristianos,

relativas á la religion. Hizo tales esfuerzos la secta, que franqueó las barreras del serrallo, interesó á los eunucos y á todos los cabalistas tenebrosos, y logró que fuese depuesto el patriarca. Restablecido despues, le depusieron segunda vez, y le enviaron á un destierro, desde donde pensó llevarle á Roma el Papa Gregorio XIII, cuyo calendario habia adoptado, y hacerle cardenal. En muchas ocasiones se habia mostrado favorable á la reunion de su iglesia con la latina.

17. Mejor éxito tuvieron en el electorado de Colonia los apóstoles de la heregia. Habiendo sido electo arzobispo de aquella metrópoli, Salentino de Isemburgo, que era canónigo de su iglesia, se enamoró perdidamente de una hija del Principe de Ligne (1). Dejó esta silla y la de Paderborna, que poseia tambien sin ser sacerdote, por satisfacer su inclinacion y casarse con el objeto de sus deseos. Habia en esto una ridiculéz bastante comun en el clero de Alemania, donde se veian muchas personas condecoradas con los títulos de obispos y arzobispos sin haber recibido las órdenes sagradas. Pero aun habia sido mas desgraciada la iglesia de Colonia, cuyo arzobispo Hermán incurrió en la heregia por ignorancia, y en el concubinato por la heregia.

Habiendo sucedido á Salentino Gebhar Truchses, de la ilustre casa de Valburgo, en la Suabia, apenas habia ocupado la silla arzobispal, cuando tuvo la extravagancia de enamorarse de Inés de Mansfeld, religiosa del monasterio de Gerisheim (1). Sin considerar

(1) *Thou*, l. 66. (2) *Id.* 78.

los respetos debidos á la Religion, á su estado y á su honor personal, se casó con aquella adúltera esposa de Jesucristo, y profesó la doctrina que legitimaba su matrimonio. Un delito de esta naturaleza, precipita por lo comun en otros muchos. Para dar estabilidad á su matrimonio infame y conciliarle la aprobacion pública, quiso alterar las ideas de su pueblo, y hacer que recibiese la confesion de Augsburgo. Se opusieron á ello con todas sus fuerzas los católicos, y fueron protegidos por el senado, el cual obligó á una multitud de hereges estrangeros, establecidos poco antes en Colonia y favorables á los designios del arzobispo, á que saliesen de la ciudad en el término de tres meses. Habiendo hecho Truchsés algunas tentativas inútiles con el Emperador y con la dieta del imperio, tomó el partido de recurrir á la violencia declarada, levantó tropas, tomó por sorpresa algunas ciudades, desoló los campos, saqueó los conventos, formó almacenes considerables, y pagó tropas de algunos estados protestantes de aquellas inmediaciones. El electorado armó tambien contra el elector, á fin de repeler la fuerza con la fuerza. En poco tiempo experimentó aquella diócesi todos los desórdenes y excesos que un falso celo de religion es capaz de añadir á los horrores de las guerras intestinas. Además de otros muchos desastres, fueron quemadas y enteramente destruidas las famosas abadías de Tnitz y Aldemberga.

En esta situacion se convocó una asamblea general de los estados del país, á fin de remediar sin

tardanza un mal tan urgente. Asistieron á ella los diputados de las ciudades, y gran número de condes, barones y señores, con los embajadores del Emperador, del Rey de España y de muchos Príncipes del imperio. Se declaró, que el arzobispo apóstata, seductor y perturbador público, habia perdido todo derecho á la obediencia de sus pueblos y á la fidelidad que le habian prometido, fundándose para esto en un artículo de la pacificacion de Augsburgo, en que se decia, que si algun obispo, prelado ó cualquiera otro eclesiástico que hubiese recibido las órdenes sagradas, abandonaba la religion antigua, perdia todo derecho á su dignidad, y podria elegirse otro en lugar de él. Despues de haber intentado el Sumo Pontífice, aunque inútilmente, por medio de sus legados, reducir á la penitencia al apóstata impúdico, pronunció su deposicion en consistorio pleno. Se empeñó el Emperador en sostener este decreto á pesar de las instancias y amenazas encubiertas de los Príncipes protestantes. Se eligió en lugar de Truchsés al Príncipe Ernesto de Baviera, obispo de Lieja, Frisinga é Hildesheim, en quien concurría la circunstancia de ser descendiente de la casa de Austria por línea materna. En atencion á sus riquezas y á su poder, se creyó que era el mas á propósito entre todos los pretendientes, para ocupar aquella silla tempestuosa. Efectivamente, se conservó en ella, y el arzobispo casado se vió reducido á refugiarse con su muger en un parage distante, donde estando siempre con el objeto de su pasion y de su oprobio, tuvo tiempo

para experimentar, que á su primera embriaguéz habian sucedido los remordimientos y el disgusto.

18. Aunque los estados generales de la Bélgica padecian tanto como cualquiera otro país con motivo de los disturbios y devastaciones que llevaba consigo la heregia (1); no obstante, atendiendo á la instruccion, ó por mejor decir, á la depravacion de la juventud, establecieron entonces una universidad en Leiden, la dotaron copiosamente con los bienes robados á la Iglesia, y dispusieron que solo se admitiesen en ella catedráticos protestantes. Queriendo competir aquellos novadores sediciosos con su propio Soberano, tuvieron por principal objeto oponer esta universidad á la de Douai, fundada doce años antes por Felipe II.

19. El jubileo universal del año 1575 movió á tantos fieles á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, que se observó como cosa singular que todos los escándalos de aquellos tiempos calamitosos no habian sido capaces de entibiar en el corazon de los verdaderos fieles los sentimientos de respeto para con la Silla apostólica. Concurrieron muchas personas de la mayor distincion, y entre otras, el gran duque de Toscana, el Príncipe de Parma y el de Cleves, que murió de edad de veinte años, al llegar al término de su piadoso viage. Fue tan grande la multitud de los peregrinos vulgares, que solo en el hospital de la Trinidad se alojaron de siete á ocho mil en un dia.

(1) *Thou*, l. 60. = *Spond. ad ann. 1575.*

El Papa y los cardenales se distinguieron como á porfia en la abundancia de sus limosnas. Concurrió tambien á este jubileo el santo arzobispo de Milán, á quien habia convido el Papa para que hiciese la ceremonia de la apertura, y escitase la piedad general, aun mas con la presencia de un modelo tan perfecto que con la uncion de su elocuencia.

20. Adelantando Carlos de dia en dia en la carrera de las virtudes, y no olvidándose de ninguna de las cargas inmensas de la dignidad pastoral, acababa de fundar en Milán el seminario de nobles, á fin de proporcionar á estos ciudadanos de primer orden una educacion que promoviese y acreditase la virtud entre los demás (1). Estaba tan prendado de este establecimiento, que aunque habia puesto su direccion á cargo de personas de un mérito bien conocido, visitaba frecuentemente á aquella multitud de jóvenes, que era la flor de veinte naciones, y queria asegurarse por sus propios ojos de los progresos que hacia en la piedad y en las ciencias. Era muy comun ver á este ilustre cardenal, movido del mismo celo que habia manifestado en otro tiempo para dirigir el concilio ecuménico, instruir á un niño en el modo de fijar los primeros afectos de su corazon en el Autor de su sér, de hacer oracion con fruto, de examinar la conciencia, y de desempeñar con pureza de intencion todos sus egercicios diarios. Restauró tambien la disciplina que observaba la Iglesia primitiva en el santo tiempo de adviento, el cual empezaba antiguamente

(1) *Guissan*, l. 3. y 4.

egecutarse ahora mismo. Dispuso unas procesiones generales, en que, acompañado de todos los ciudadanos, cubierto con una capa pluvial de color lúgubre, con un dogal al cuello, y en las manos un Crucifijo que regaba con sus lágrimas, anduvo con los pies descalzos casi toda la ciudad, pisando el yelo y la nieve de que estaban llenas las calles. Tropezó en un clavo que se le introdujo en un dedo pulgar, de modo que le levantó la uña, y le causó tan fuertes dolores, que faltó poco para obligarle á caer en tierra; pero no quiso detenerse, ni permitió que se le curase la herida hasta que se concluyeron todas las ceremonias. Se habia ofrecido como una víctima pública por todos los pecadores, considerándose á sí mismo como el mayor de todos ellos; se regocijó al ver que la efusion de su sangre daba cierta realidad al sacrificio, y pidió fervorosamente, que, contentándose la divina Justicia con la vida del pastor, se dignase perdonar al rebaño. Entretanto se deshacia en lágrimas la multitud, pedía misericordia, y se revestia de todos los sentimientos de compuncion que era capaz de inspirar semejante espectáculo.

No pudo resistir la ira del Todopoderoso á una humillacion tan extraordinaria. Habiendo hecho al mismo tiempo un voto público á San Sebastian, cuya invocacion ha sido siempre muy útil contra las enfermedades pestilenciales, fue calmando poco á poco el contagio, y luego cesó enteramente, despues de haber durado de quince á diez y ocho meses. Se halló que habian muerto en la ciudad diez y ocho mil

personas, y ocho mil en lo restante de la diócesi, y hubo ciento treinta y cuatro mártires de la caridad, á saber, dos jesuitas, dos bernabitas, diez capuchinos y ciento veinte sacerdotes seculares.

Establecido el santo arzobispo en la ciudad, quando era mayor la fuerza del contagio, acudió con su asistencia personal á los pueblos, luego que se aumentó en ellos el peligro, manifestando de este modo que un obispo es deudor de su persona á toda su diócesi, y que está obligado á arreglar su conducta á las necesidades mas ó menos urgentes que pidan su asistencia. A fin de interesar y animar á los ministros de las cosas santas, habia prometido formalmente asistir por sí mismo en la hora de la muerte á los que fuesen acometidos del contagio. Visitando á los apesados que estaban dispersos por el campo, supo que estaba contagiado el cura párroco de la iglesia de San Rafael, y sin detenerse un instante se dispuso á ir á administrarle los sacramentos. Se le manifestó entonces con mas eficacia que nunca, que era deudor de la conservacion de su vida á todo su rebaño, y que exigia la misma justicia que tratase de ponerse en salvo, y de no arriesgarse á morir por una persona particular. Al mismo tiempo le presentaron un sacerdote que estaba dispuesto á desempeñar aquel ministerio. El cardenal, que tenia ya en la mano el santo Viático, oyó todo lo que quisieron decirle, dió gracias por el afecto que le mostraban; „pero es obligacion rigurosa de un obispo (continuó con firmeza y resolucion) hacer, á lo menos por el buen egepló,

lo que la amistad os hace mirar con otros ojos. Si el primer pastor se muestra consternado, ¿cuáles serán los subalternos que no tiemblen y huyan vergonzosamente?" Administró los sacramentos al enfermo, y se estuvo á su lado hasta que espiró, aunque olía tan mal el cuarto que no había quien se acercase á él.

Lo mismo hizo con otros dos párrocos de fuera de la ciudad, y generalmente con todos los sacerdotes que se hallaron en peligro; y bautizó á muchos niños recién nacidos que encontró en muchas chozas inficionadas. Aunque parecía que el contagio era un motivo para eximirse de conferir la confirmación, mostró Carlos mas actividad que nunca en administrar este sacramento, como que fue establecido para asegurar á los cristianos en la fe, y defenderlos de los peligros de la salvación. Le administró de puerta en puerta, así en la ciudad como en los pueblos, sin hacer distinción entre las casas sanas y las inficionadas. Habiendo llegado á una casa de campo, cayó muerta á sus pies una persona á quien acababa de confirmar, sin que mostrase el Santo la menor sorpresa, ni dejase de continuar ungiendo á los demás. En otra ocasión cogió con sus propias manos á un niño, cuya madre había muerto teniéndole al pecho, á fin de libertar la vida, si era posible, á aquel inocente abandonado. Sin embargo de que su caridad era magnánima, nunca pareció temeraria. Cuando había comunicado en estos términos con los apestados, se abstenía despues por algunos dias de toda

comunicación con las personas sanas, y llegaba al extremo de servirse á sí mismo por no comunicar el mal á sus familiares. Mientras duró esta calamidad no hubo que echarle en cara ninguna de aquellas indiscreciones que son bastante comunes en el ardor de la piedad, siendo tan digna de elógio su caridad como su prudencia, de suerte que se dudó si la ciudad y diócesi de Milán debían su conservación á la prudencia ó á la caridad del Santo.

21. El estado de la Francia continuaba fijando la atención de la política y de la religión. Enrique III, en vez de conservar la paz en su reino, según los consejos que había recibido de los Príncipes mas prudentes al volver de Polonia, agrió á todos los partidarios que le tenían dividido, ó les inspiró desconfianza con su conducta inexplicable, con los procedimientos sospechosos de la inconsecuencia y de la mala fe, y volvió á sumergir á sus pueblos en los horrores de la guerra civil (1). Lo mas extraño fue, que este Monarca, famoso por su valor á la edad de veinte años, no se dignó ni aun de presentarse delante de sus ejércitos. ¿Y en qué se ocupaba, cuando tenía sobre sí todos los asuntos de la guerra y de la rebelión? En levantar á las puertas de las iglesias de la capital unos oratorios á que se daba el nombre de paraísos, adonde iba todos los dias, ya á unos ya á otros, á hacer oración y dar limosnas, con un gran rosario en la mano, olvidándose de sus adornos y de sus modales afectados, é impidiendo que asistiesen las mugeres,

(1) *Diar. de Enriq. III.*

á las cuales sabia buscar muy bien luego que se acababan estas devociones. Mientras le duró una manía tan extravagante, dió un banquete en que servian á la mesa las damas vestidas de hombres con telas de color verde: y la Reina, digna émula de tal hijo, dió otro banquete en que sirvieron á la mesa las gracias de la corte medio desnudas y con el cabello suelto. Al mismo tiempo corria Enrique públicamente la sortija, vestido de amazona, y bailaba en las máscaras en traje de doncella, con pendientes y un collar de perlas. Solo diré una palabra acerca de mil extravagancias que contribuyeron á hacerle despreciable, tanto como el desarreglo de sus costumbres. Aprendia á declinar ó á explicar algunas reglas de gramática con la misma seriedad con que pudiera haber recibido la mas solemne embajada. Tenia tal pasion por los perrillos, que recorria las calles, las casas y los monasterios de París y de sus cercanias, y recogia tan gran número de ellos que llenaba su coche ó carroza. Pero lo que le hizo sumamente odioso fue el tropel desenfrenado de aquellos favoritos sospechosos, á quienes se dió el nombre de Meninos. Fueron inútiles todas las representaciones, quejas y pasquines, entre los cuales se fijó el siguiente en la puerta del Louvre: „Enrique, por la gracia de su madre, Rey inútil de Francia y de Polonia, mayordomo de fábrica de San German de Auxerre, guardian de las cuatro órdenes mendicantes, peluquero de damas y meninos, presidente de tocadores y estúfas.”

No tuvo limites el desprecio y la insolencia entre

los principales partidarios que estaban con las armas en la mano. A Montbrun, autor de las primeras hostilidades á favor del calvinismo, se le intimó, en nombre del Rey, que entregase algunos prisioneros, y él respondió en estos términos: „¿qué es eso? ¿Me escribe el Rey como amo? Pues sepa que esto puede hacerse muy bien en tiempo de paz; pero cuando se está con espada en mano y pistola en arzon, todos somos iguales.” Cayó Montbrun en poder de los realistas, y espizó su insolencia con la muerte, aunque sin ningun escarmiento de los rebeldes, porque cuando los atentados contra la magestad de la diadema llegan á este estremo por culpa de los mismos que la ciñen, no hay fuerzas capaces de repararlos.

22. El único recurso de Enrique y de su madre fueron las negociaciones, las conferencias y los tratados capciosos de paz ó de treguas, así con los religionarios, como con otro partido que se formó por aquel mismo tiempo, bajo la direccion de los Montmorencis, al que se dió el nombre de los descontentos y de los políticos. Por último, para conciliar tantas pretensiones inconciliables, se determinó que se juntasen las córtes en Blois; pero esto despues de haber ajustado con los religionarios un tratado de paz que les concedia mas que cuantos se habian celebrado hasta entonces.

23. Esta es la materia del quinto edicto de pacificación, dado en el mes de Mayo del año 1576, á favor de aquellos novadores sediciosos. De sesenta y dos artículos que contiene, solo habia uno que

podiese desagradarles, el cual mandaba precisamente que el calvinismo se llamase en los documentos públicos: *religion que se atribuye el titulo de reformada*. Por lo demás se les permitia edificar templos en todo el reino, á escepcion de París y de dos leguas en contorno, como tambien celebrar sus sínodos, con tal que asistiese á ellos alguna persona en nombre del Rey. Se los volvía á poner en posesion de sus bienes y dignidades; se rehabilitaba la memoria del almirante Coligny, y de los demás gefes principales de la secta, y declaraba el Rey que no habia tenido parte en las crueldades del dia de San Bartolomé. Se prohibia inquietar á los clérigos y frailes que se habian casado; se reconocia á sus hijos por legítimos y hábiles para suceder en los bienes muebles y gananciales, y en cuanto á los demás, podian heredarlos igualmente, obteniendo cartas de legitimacion, las que no se les negaban, como se vé por el gran número de las que se despacharon. En fin, por este edicto notable se les concedieron tribunales, compuestos por mitad de jueces católicos y calvinistas, para que sus causas fuesen instruidas y juzgadas por personas de su religion.

24. Este edicto fatal fue el que dió origen, ó por mejor decir, el que dió el primer impulso á la famosa liga, ó llámense comunidades, proyectadas mucho tiempo antes, y formadas insensiblemente en el seno de una trama tan tenebrosa. Se habian visto ya en las provincias, y aun en la corte, algunas ligas particulares entre varios católicos, que, asustados al ver las

gracias que, por una especie de violencia, concedia la corte á los calvinistas reunidos, se unieron tambien por su parte para contrapesar el influjo que iban adquiriendo, y sostener su religion contra las results de una condescendencia escesiva. Pero además de que estas confederaciones eran poco considerables en sí mismas, no tenian un centro de reunion ni un régimen seguido. Se necesitaba una cabeza que fuese el alma única de un cuerpo tan estenso como el reino, que por lo menos pusiese en movimiento á todos los católicos, y viniése á ser como un nuevo Rey, mas poderoso que el que tenia el nombre de tal. El duque de Guisa, hijo del que habia sido asesinado en el sitio de Orleans, se lisongeaba con la idea de este proyecto atrevido, cuyo autor habia sido su tio, el cardenal de Lorena, cuando la muerte de este prelado suspendió su egecucion, sin que por esto le abandonase su sobrino. Estaba espiando continuamente el momento de manifestar sus ideas con toda seguridad, mancomunando los intereses de su casa con los de los católicos, y creyó que nunca podia hallar ocasion mas favorable que la que le presentaba el descontento general con motivo del último edicto.

No contentos los parisienses de todas clases con hablar en sus conversaciones ociosas acerca de los asuntos del estado y de la religion, tuvieron juntas clandestinas, en las que trataban de esta materia con toda formalidad. Habiéndoles dado los calvinistas el ejemplo de obligarse con juramentos y suscripciones á defender la causa comun, creyeron que no tenian

menos derecho que ellos tratándose de conservar la antigua religion del reino. Desde la capital se estendió esta práctica á las provincias (1). El acto mas antiguo y completo que nos ha quedado en este punto, es el de Picardia; pero el origen de aquella trama sediciosa fue mas bien la política, ó por mejor decir, el interés particular, que el de la religion. Humieres, gobernador de la provincia de Picardia, era enemigo del Príncipe de Condé, el cual por una cláusula expresa de la última paz, debia sucederle en aquel gobierno. El mejor medio que pudo discurrir para cerrarle la entrada, fue interesar á la nobleza en su propia suerte y fortuna, con pretexto de no permitir ninguna cosa que pudiese perjudicar á la fe. Dispuso, pues, una fórmula de juramento, y la presentó á los nobles, los que no tuvieron dificultad en firmarla, porque casi todos ellos eran buenos católicos, y estimaban mucho á su gobernador. De este modo principió la santa union, ó la liga, que habiendo tenido su cuna en la Picardia, segun los monumentos mas seguros, se estendió en poco tiempo por todas las provincias del reino.

35. Esta concordia memorable estaba concebida en los términos siguientes (2): „En el nombre de la Santísima Trinidad, nos obligamos á sacrificar nuestros bienes y nuestras vidas por el buen éxito de la santa union, y á perseguir de muerte á los que intenten oponerse á ella. Cualquiera que la abrace, estará

(1) *Thou*, l. 63. = *Davil*. l. 8. (2) *Mem. de Marguer.* t. 1. = *Dupleix*, t. 3. p. 207.

bajo su protección, y en caso de que sea molestado, tomaremos su defensa, recurriendo á las armas, si fuese necesario, contra todo género de personas. Si alguno la abandonase despues de haber prestado juramento, será tratado como rebelde y refractario á la voluntad de Dios, sin que sea lícito incomodar en ningun tiempo á los que hayan contribuido á su castigo. Se elegirá á la mayor brevedad un gefe, á quien deberán obedecer todos los confederados, y los que se nieguen á ello serán castigados al arbitrio de éste. Haremos todos los esfuerzos posibles para buscar partidarios, armas y todas las fuerzas necesarias á la santa union. Los que se resistan á abrazarla, serán tratados como enemigos, y perseguidos á sangre y fuego. Solo el gefe decidirá en las desavenencias que puedan suscitarse entre los confederados; de suerte que sin su licencia no podrán recurrir á los magistrados ordinarios. De este modo se establecia un segundo Monarca, en cuya presencia venia á ser el primero un Rey imaginario.

26. Divulgaron por Italia, y aun en la corte de España, unos escritos en que se daba mayor estension al atentado, supuesto que proponian al duque de Guisa por gefe de la liga, obligando á los católicos á reconocerle como tal con juramento; y no solo le representaban como el vasallo mas digno de esta distincion por su talento, por su valor y por su afecto á la fe hereditaria de su casa, y como el único general hábil que no habia tenido jamás conexiones con los calvinistas, sino que aseguraban que era

descendiente de Carlo-Magno, y trataban á los Capetos de usurpadores, castigados visiblemente con la maldición divina, pues unos habian sido privados del juicio y de todo sentido, otros habian padecido un cautiverio infame, y la mayor parte de ellos encerrados y reducidos á una languidez vergonzosa, habian muerto en la flor de su edad sin dejar sucesores. „En aquellos reinados calamitosos (se decia con una malignidad acomodada á las circunstancias) infestaron el reino los maniquéos, los albigenses, los pobres de Leon, y todo género de impíos y sacrílegos. Hoy dia llegará la calamidad al mas alto punto, mediante la paz y el favor que indignamente se ha concedido á los hugonotes, si no se aprovecha esta ocasion para restituir el cetro á la posteridad de Carlo-Magno.”

27. En consecuencia decretaban los comuneros, que en toda ocasion, y así en el púlpito como en el confesonario, levantarían el grito los eclesiásticos contra los privilegios concedidos á los sectarios, y escitarían al pueblo á impedir que gozasen de ellos; que tomarían sus instrucciones de los preládos, y éstos del duque de Guisa, el cual se cargaría con toda la odiosidad de la empresa, y sacrificaría su persona en odio á los religionarios, para que así fuese mas apreciable á los católicos. Conviniéron tambien en celebrar córtes en Blois, ciudad abierta é indefensa; en no elegir en las provincias sino diputados ciega-mente adictos al Papa y á la fe católica; en levantar tropas, entre las cuales debia haber cierto número de soldados que se obligarian con juramento á hacer

puntualmente cuanto se les mandase, y en hacer que estuviesen prontas en las inmediaciones de Blois, con las que se tomasen de los países estrangeros, á fin de dar á la solicitud todo el peso conveniente. Si alguno se opusiese á las resoluciones de las córtes, en caso de que fuese un Príncipe de la sangre, se le declararía inhábil para ocupar el trono; y á cualquiera otra persona, por distinguida que fuese, se la castigaria de muerte. Se acordó tambien, que era necesario apoderarse del heredero presuntivo de la corona, esto es, del último hijo de Catalina, y formarle causa como á reo de lesa Magestad divina y humana, por haber obligado al Rey, su hermano, á conceder unas condiciones favorables á los hereges: despues de lo cual haría condenar jurídicamente el duque de Guisa á todos los cómplices de aquel Príncipe, y en seguida encerraria al Rey en un convento, con aprobación del Papa, para que pasase allí el resto de sus dias, como hizo antiguamente Pipino con Childerico.

La inconstancia de Enrique III fue la que obligó al duque de Guisa á llegar á este extremo, ó por lo menos á acelerar su desercion. Le habia amado en otro tiempo, y le dijo un dia abrazándole con cariño, y aludiendo al matrimonio que habia esperado contraer este Príncipe con Margarita de Valois: „¡Ojalá fueses mi hermano!” Pero al volver de Polonia este Monarca inconstante, le trató con mucha indiferencia. La misma frialdad encontró Guisa en el hermano del Rey y en el Rey de Navarra, cuya amistad solicitaba entonces. Viendo, pues, que nada tenia que

esperar de la corte, donde por el contrario no perdian ocasion de mortificarle, recurrió al favor popular, ya que tenia tan grandes disposiciones para captarle. Era un héroe que no conocia dificultades ni peligros, tenia treinta años y no habia en el reino otro tan versado como él en el arte militar; se habia hecho célebre con prodigios de valor y de talento, así en la defensa de las plazas, como en las batallas campales; llamaba la atención de toda la Francia, y se puede decir que tenia encantados á los pueblos, los cuales idolatraban en él. Su aspecto, su estatura y el aire de su cuerpo, semejantes á la pintura que se hacia de los héroes, la hermosura de su cara, ennoblecida mas bien que desfigurada con la herida que habia recibido en el seno de la victoria, por cuya razon se le dió el renombre de *acuchillado*, su continente grave, y al mismo tiempo lleno de agrado y afabilidad, inspiraban amor y respeto, confianza y reserva, y una especie de veneracion religiosa.

Habia ya mucho tiempo que los franceses miraban como inseparables los intereses de su casa y los de la Religion católica, confirmándolos él en esta preocupacion con gran facilidad, porque todas sus virtudes eran brillantes, y sus vicios estaban cubiertos con una disimulacion tan profunda, que al parecer no tenia otro carácter que la franqueza y la ingenieria. Aunque era atento, afable, popular, y se mostraba siempre pronto á favorecer á los que recurrían á él; aunque participaba de las incomodidades de la guerra del mismo modo que el último soldado, y era

tan liberal que todos sus bienes eran de sus amigos y de sus hechuras, é incapáz de hacer mal, aun á sus mayores enemigos, como no fuese por los medios que dicta el honor; sin embargo, solo pensaba en sí mismo, á nadie amaba de veras, y únicamente hacia bien á los que le parecían mas adictos á su persona, para lograr así los fines de su ambicion, que acaso fue la mas insaciable que se ha conocido jamás. Pero siempre impenetrable, aun en su inclinacion á las mugeres, de la cual se aprovechaba con destreza para sus designios políticos, era amado y adorado del comun de las gentes, y por lo menos causaba admiracion á los que no le amaban. Era un enemigo tanto mas terrible para Enrique III, quanto en el Monarca no se encontraba ninguna de las cualidades que brillaban en su vasallo y rival, que era activo, inalterable y determinado, incapáz de ceder, ni aun á los respetos del trono, y menos peligroso por sus ataques regulares, que por su temeridad y presuncion en caso de experimentar algun revés.

28. Todo se ejecutó á satisfaccion del duque en la asamblea de las cortes, ó á lo menos en las resoluciones que se tomaron en consecuencia de ellas. Se revocó el último edicto, tan favorable á los reformados, se prohibió el ejercicio de su religion, y se mandó á sus ministros que saliesen del reino. Despues de esto firmaron la liga los diputados. Viendo el Rey el peligro de esta segunda soberanía que iba á establecerse en Francia, hizo que se le declarase jefe de ella; y amansado de este modo aquel mónstruo,

perdió todo el horror que podia inspirar á los mejores vasallos, y adquirió el favor necesario para los designios de su primer autor, el cual miró con indiferencia esta novedad, porque esperaba hacerse dueño de la empresa, siempre que lo pidiesen las circunstancias. Enfurecidos los sectarios al ver el resultado de una asamblea que habian solicitado ellos antes que otro alguno, volvieron á tomar las armas, y sumergieron otra vez al Rey en unas dificultades y embrazos que se le hacian cada dia mas insoportables. Procediendo siempre á la ligera, y sin mas objeto que salir de la necesidad presente y momentánea, espidió en el mes de Setiembre un nuevo edicto de pacificacion, fecho en Poitiers, y acompañado de artículos secretos, aprobados en Bergerac: todo ello poco diferente del edicto de Mayo que habia dado motivo á la liga; de donde resultaron nuevas quejas entre los comuneros, y nuevos artificios por parte de su gefe real, para hacer sospechoso al que solo lo era en el nombre.

Así, pues, el medio que eligió el Rey para sosegar los disturbios, no solo sirvió para aumentarlos, sino que hizo á los hugonotes mucho mas formidables que antes. La liga los unió mas estrechamente que nunca entre sí y con todos los protestantes estrangeiros, los cuales formaron una contraliga para socorrerlos; dividió á los católicos, armándose unos para asegurar la religion, segun decian ellos, y otros para defender la autoridad real y la ley fundamental de la sucesion que se queria trastornar; y en fin, redujo al

Rey á tal extremo, que para sujetar á los católicos rebeldes se vió precisado á unir sus fuerzas con las de los hereges. El horrible parricidio que se cometió con esta ocasion en su persona, no solo no perjudicó á los religionarios, unidos entonces casi necesariamente con los católicos que habian permanecido fieles ó desengañados en vista de lo enorme del atentado, sino que les proporcionó una existencia segura y ventajosa, cual nunca la habian tenido.

29. Para librarse Enrique III de tantos peligros, haciendo que residiesen en la corte los grandes del reino, habia establecido una orden compuesta de cien personas de la principal nobleza; á saber, nueve prelados, ochenta y siete caballeros y cuatro oficiales mayores, todos los cuales debian ser católicos, y obligarse con juramento á esponer los bienes y la vida por la defensa de su Religion (1). La dió el nombre de orden de *Sancti Spiritus*, y fijó su fiesta en Pestecostes, en cuyo dia habia nacido, habia sido electo Rey de Polonia y habia heredado la corona de Francia. Le ocurrió esta idea al volver de Polonia, cuando hallándose en Venecia le regaló el senado, como á gefe de la casa de Francia, una constitucion original, por la que Luis de Anjou, Príncipe de la misma casa y Rey de Sicilia, habia instituido en 1552 una orden militar del Espíritu Santo, habiéndose perdido los demás monumentos de ella con las revoluciones que sobrevinieron despues de la muerte de

(1) *Diario de Enriq. III.*

este Príncipe. Pero Enrique III no estableció en Francia esta orden hasta el año 1579, y cuatro despues de su coronacion, para oponerla á las violencias de la liga. A estos caballeros se les dió el nombre de comendadores, porque habia pensado el Rey darles encomiendas, como se hacia en España: lo que impidió la curia romana á instancia del clero de Francia.

30. Por este mismo tiempo emprendió Gregorio XIII restablecer en occidente el orden de San Basilio, que habia llegado á tener quinientos monasterios en solo el reino de Nápoles, y estaba ya casi estinguido con motivo de la relajacion que habia causado la falta de obediencia. Mandó que todos los geronimianos que habia en occidente, no formasen en lo sucesivo mas que una congregacion, y estuviesen sujetos á un solo abad, y despues les concedió muchos privilegios, permitiéndoles tambien seguir el rito griego. Entre los innumerables establecimientos de este Pontífice, utilísimos todos ellos á la Religion, se encuentran solo en este año veinte colegios ó seminarios, fundados en todos los climas y para todas las naciones: en Roma para los ingleses, alemanes, griegos, maronitas, judíos y ateistas arrepentidos; en Loreto para los esclavones; y despues en Alemania, en Bohemia, Moravia, Lituania, Transilvania y aun en el Japon.

Juan de la Barrera, abad de los fuldenses, en la diócesi de Rieux, estableció dos años antes, por direccion de Arnaldo Ossat que era entonces secretario del arzobispo de Tolosa y llegó despues á ser

cardenal, la reforma del orden de San Bernardo, á la cual dió el nombre de su abadía, y sin embargo todos los religiosos antiguos rehusaron abrazarla. Estuvo cuatro años sin hallar ningun discípulo que quisiese imitar sus austeridades rigurosas, de suerte que pensaba ya en ir á sepultarse en lo mas enmarañado de un bosque, cuando le inspiró Ossat nuevo esfuerzo, y le persuadió á que esperase en paz los momentos del Señor, el cual derramó por último sobre la persona del piadoso abad la abundancia de las bendiciones celestiales.

Gregorio XIII que sostenia en la Silla apostólica las eminentes virtudes de que estaba dotado cuando fue promovido á ella, no podia menos de tratar de la egecucion de los sábios decretos de su santo predecesor. El sosiego restablecido en la universidad de Lovaina por las últimas providencias que habia tomado á favor de la bula de Pio V, subsistió en ella mientras el duque de Alba, vencedor y vengador terrible, habia tenido sujetos y aterrados á todos los novadores que se suscitaban ó se introducian en los Países-Bajos. Pero á pesar del rigor con que trataba á los hereges y rebeldes, sin exceptuar á las personas de mas alta gerarquía, la secta de Lutero, la de Calvino y la de los anabaptistas, divididas entre sí en cuanto á las opiniones, pero muy unidas contra la Iglesia y el estado, aborrecieron por fin el yugo, rompieron todo freno, y le obligaron á abandonar las riendas del gobierno.

31. Los pordioseros del mar, llamados así por

analogía á la primera confederacion de los pordio-  
 ros, esto es, los piratas flamencos, enriquecidos bajo  
 el pavellon de la Reina de Inglaterra, se apoderaron  
 del puerto de la Brilla y de toda la isla que tiene este  
 mismo nombre, y está situada á la embocadura del  
 Mosa, sin que tuviese ya arbitrio el duque de Alba  
 para desalojarlos de allí.

32. Esta fue la verdadera cuna de la república de  
 Holanda, inundada en su nacimiento con la sangre  
 de los católicos del país, todos los cuales fueron pa-  
 sados á cuchillo. La Brilla se unió desde luego, por  
 medio de una liga ofensiva y defensiva, con la ciudad  
 de Flesinga, en Holanda: y socorridos despues los  
 pordioeros del mar por los hereges de Inglaterra, de  
 Francia y de Alemania, se unieron con los perdio-  
 eros del continente, arramblando con toda la Zelan-  
 da, donde se acantonó el Principe de Orange con  
 una autoridad de Soberano, y abolió la Religion ca-  
 tólica. En fin, despues de unas acciones prodigicasas  
 de valor y de furor en los dos partidos, habiendo si-  
 do derrotada y casi destruida la escuadra española,  
 solicitó el duque de Alba su retiro, y se le conce-  
 dieron.

33. Su sucesor Luis de Requesens, comendador  
 mayor de Castilla, no pudo compensar con su afabi-  
 lidad y prudencia los talentos militares del duque,  
 sin embargo de que se habia distinguido gloriosamen-  
 te en la batalla de Lepanto. Habiendo muerto en es-  
 tas criticas circunstancias sin tener sucesor, tomó  
 provisionalmente el consejo de estado las riendas del

gobierno; y cuando se encargó de ellas D. Juan de  
 Austria, se habian aficionado tanto los indóciles bel-  
 gas al sistema republicano introducido por el con-  
 sejo, que no fue posible obligarlos á abandonarle  
 enteramente. Habian levantado tropas nacionales pa-  
 ra echar del país á las de España; y en una asamblea  
 general de todas las provincias, á escepcion de Lu-  
 xemburgo, se habia tratado con el Principe de Oran-  
 ge para el mismo fin, con pretesto de mantener las  
 libertades de la Bélgica.

34. Desde entonces se vió despedazada la Flan-  
 des por tres partidos: uno el de los rebeldes, decla-  
 rados bajo la direccion del Principe de Orange, señor  
 absoluto de la Holanda y de la Zelanda: otro el de  
 los estados que habian armado para sostener un nue-  
 vo sistema de gobierno contra las tropas españolas,  
 y otro el de estas mismas tropas, que, viéndose sin  
 sueldo y sin asilo, habian de recurrir á la estorsion  
 y á la violencia para no perecer de miseria. No tar-  
 daron estos funestos partidos en multiplicarse hasta  
 el número de cinco. Juan de Austria, el héroe de  
 Lepanto, mucho menos accesible al terror que im-  
 paciente cuando se trataba de oponerle contradiccio-  
 nes, no pudo sufrir mucho tiempo estar haciendo el  
 papel de un gobernador, que solo tenia el titulo de  
 tal, acompañado de algunos honores frívolos. Per-  
 suadido á que no habia mas recurso que la fuerza  
 para sujetar á unos vasallos que se erigian en Sober-  
 ranos, reunió las tropas españolas, marchó contra el  
 ejército de los estados, le derrotó y se apoderó de

muchas ciudades. Temiendo los estados á este rayo de la guerra, ofrecieron la soberanía de sus provincias al hermano del Rey de Francia, el cual les llevó diez mil hombres, la mayor parte de ellos calvinistas. Al mismo tiempo recibieron al archiduque Matías, hermano del Emperador, para gobernar hasta que sacudiesen enteramente el yugo español. También tomaron los estados á su sueldo veintiocho mil alemanes, mandados por el Príncipe luterano Juan Casimiro, de la casa Palatina, y con este motivo se concedió la libertad de religion en todas las provincias, por las maquinaciones del Príncipe de Orange, que siendo mas á propósito para el consejo que para la guerra, fundaba principalmente su esperanza en la ruina de la fe católica. Solo se opusieron á esta cláusula la provincia de Artois, la del Hainaut y la Flandes Walona; pero con tan poco efecto, que lo demás de la Flandes, propiamente tal, armó contra ellos con el nombre de ganteses, y para hacerlos odiosos les dió la denominacion de revoltosos ó descontentos. De este modo se halló dividida en cinco partidos la desgraciada Bélgica: el de las provincias rebeladas abiertamente bajo la direccion del Príncipe de Orange; el de los estados generales; el de los descontentos; el de los ganteses, y el de D. Juan de Austria, que era dueño del país de Luxemburgo y del condado de Namur, y estando espuesto á los tiros de todos los demás, se atrincheró en esta última plaza esperando refuerzos; pero murió antes de recibirlos. Habia nombrado por sucesor á su sobrino el

duque de Parma, hijo de la duquesa que gobernó con mucha prudencia antes que el duque de Alba. Sin detenernos en aclarar el caos que produjo esta lucha interminable, ó este desenfreno alternativo de la tiranía y de la anarquía, en cuyo tiempo pasaban las ciudades y provincias al dominio de tantos partidos encarnizados en destruirse, bastará lo que hemos dicho para comprender cuánto padecería el orden público y la religion. La ciudad de Lovaina conquistada y reconquistada, como otras muchas, mudó frecuentemente de señor y de tirano, y reinó en ella la desolacion y la confusion mas enorme.

35. Bayo permaneció inviolablemente adicto á su legítimo Soberano, y tuvo valor para oponerse de palabra y por escrito á los juramentos de fidelidad que exigian los facciosos. Es este un justo homenaje que le rendimos con mucho gusto: ¡y ojalá pudiéramos atestiguar igualmente su fidelidad para con la Iglesia! Pero la guerra y las facciones que obligaban á abandonar cualquiera otro asunto, la vigilancia de los obispos empleada enteramente en preservar á sus pueblos de los errores de Francia y de Alemania, y sobre todo la falta del terrible duque de Alba, dejaban un campo libre al amor que tenia á las novedades, las que solo habia desaprobado con la boca.

Desde luego escandalizó á todos los católicos preséntandose á las solicitudes de Marnix, señor de santa Aldegunda (1). Viendo Marnix, confidente del Príncipe de Orange y calvinista instruido, que no habia

(1) *Bayan. p. 200. — Epist. Marn. Bayo, 5. Nov. 1577.*

mas que un paso de distancia entre Bayo y Calvino, trató de mover al doctor de Lovaina á que diese este paso, y de reunir su semi-calvinismo al calvinismo riguroso. A la primera proposicion que hizo á Bayo, concedió éste que la única regla, la única piedra de toque, el único juez de todas las tradiciones eclesiásticas era la sagrada Escritura; y que debia hacerse poco caso de la tradicion y de lo que dice Agustin ó Donato, sino atender únicamente á la palabra de Dios, así para discernir la verdadera Iglesia, como para juzgar de sus dogmas y de sus sacramentos. Las mismas esperanzas dió Bayo sobre lo que faltaba que conciliar en las dos sectas; cedió algo en la explicacion de los testos relativos á la real presencia, y se aproximó él á los hereges, con pretexto de atraerlos á la Iglesia. El cúmulo de negocios que de resultas de la guerra llamaron la atencion del señor de santa Aldegunda, especie de ministro de hacienda de su faccion, libertó al mundo cristiano de la consumacion de este escándalo. Entretanto creía Bayo que sus apologias lo remediaban todo. Tuvo que hacer una para responder al padre Horance, sábio franciscano, que le acusaba de haber hecho traicion á la causa de los católicos; y escribió otra para dar algun colorido plausible á sus conexiones equívocas con el señor de santa Aldegunda. Esta es la sesta apologia de su doctrina, sin contar las que publicó despues. Jamás ha habido autor que tanto se justificase, ni que quedase menos justificado.

36. Luego que vió que se retiraba de Lovaina el

tumulto de las armas, y que lo restante de la Flandes estaba abandonado á divisiones y partidos, convirtió directamente sus baterías contra la bula que habia condenado sus famosas proposiciones, y escitó contra ella á todos sus sectarios, que eran en mayor número y estaban mas orgullosos que en ningun otro tiempo, desde que se hallaba Bayo en la cumbre de los honores académicos, pues habia sido nombrado en pocos meses cancelario de la universidad y conservador de sus privilegios. En unas partes decian que la bula era supuesta; en otras que se habia imputado del difunto Papa por obrepcion, y que no tardaria en revocarla Gregorio XIII, del cual se hacian unos elógios afectados; y en todas se hablaba de ella como de una condenacion de la doctrina mas pura, y como de un monumento indigno de la Silla apostólica. Fueron tanto mas rápidos los progresos de la seduccion, cuanto la universal confusion no permitia que se opusiese á ellos la potestad eclesiástica ni la secular. No tuvieron los ortodoxos mas recurso que el de implorar la proteccion del Rey de España y la del Sumo Pontífice, á quien informaron de los pretextos artificiosos de que se valian los nuevos enemigos de la Iglesia para cohonestar su rebelion contra las decisiones de esta infalible maestra de la verdad. Hicieron presente que el mejor medio para reprimirlos ó para frustrar sus ideas, era quitarles toda esperanza de ver revocada la bula de Pio V, declarándola verdaderamente emanada de este Pontífice, y haciendo que se publicase de nuevo en Lovaina, despues de

haber sido confirmada por su sucesor. En consecuencia, el embajador de España en Roma, recibió orden de su amo para que apoyase eficazmente esta solicitud con el Padre Santo.

37. Conoció el Papa Gregorio cuán justa era, y se indignó cuando supo las pérfidas maquinaciones de los bayanistas obstinados contra la bula de su santo predecesor. A 29 de Enero de 1579 publicó una constitucion confirmatoria de la bula *Ex omnibus afflictionibus*, y la insertó toda en ella. Empieza la constitucion por estas palabras: *Prævisionis nostræ*, &c. „Es muy propio de nuestra prevision acreditar y confirmar, en caso necesario, las decisiones de nuestros predecesores, especialmente cuando lo exige la conservacion de la fe católica. Por tanto (continúa) hemos insertado en las presentes el tenor de las letras de Pio V nuestro predecesor, de feliz memoria, segun las hemos hallado en su registro.” Despues de esta insercion prosigue el Papa Gregorio diciendo: „Queremos que en todo se las dé el mismo crédito que al original; y si alguno se atreviese á contravenir á este testimonio, sepa que incurrirá en la indignacion del Dios omnipotente, &c.”

38. No queriendo Gregorio XIII que por una descendencia peligrosa tuviese su constitucion la misma suerte que la bula de Pio V, el cual no se habia determinado á promulgarla por no avergonzar á Bayo y á Juan de Lovaina, resolvió hacerla publicar solemnemente, y que Bayo diese despues una retractacion formal y por escrito. Dió este encargo al padre

Toledo, jesuita español, su predicador ordinario y uno de los teólogos mas profundos de su tiempo. Tenia Toledo un talento singular para los negocios y para la mediacion, y estaba dotado de tantas qualidades eminentes para asegurar el acierto en sus consejos, que mucho tiempo antes de ser creado cardenal, se le obligó á que ocupase un cuarto en el palacio pontificio, donde le tuvieron seis Papas consecutivos para poder consultarle con mas facilidad. Era tal la reputacion que gozaba de ser un teólogo hábil y un mediador persuasivo, que el Rey, su Soberano, le pidió espresamente al Papa para el asunto del bayanismo, como el mas á propósito para terminar aquellas contiendas de tan larga duracion.

39. Habrian sido vanos y peligrosos los esfuerzos de Bayo contra un ministro tan bien autorizado, afable y modesto á la verdad, pero tan firme y exacto, que no era capáz de separarse ni en un ápice de sus instrucciones; hombre de gran talento y perfectamente instruido en la cuestion, como que se habia hallado presente, en calidad de consultor, al exámen que se hizo en Roma de las proposiciones condenadas en tiempo de Pio V. El acusado tomó desde luego el partido de la sumision, de la deferencia, y aun de una confianza, á lo menos afectada, en la instruccion y rectitud del comisionado apostólico. No obstante, le dijo, que entre las proposiciones condenadas habia algunas que no le parecian dignas de censura, y dió muestras de temer que estas cuestiones no hubiesen sido examinadas con toda la madurez

conveniente; pero le hizo el comisionado una relacion tan circunstanciada de todo lo que se habia hecho en el asunto, á cuya discusion se halló presente él mismo, que Bayo quedó convencido, segun su propio testimonio, de la regularidad de aquel exámen. No contento con esto, confesó que las proposiciones que él creía susceptibles de un sentido católico, merecian en el sentido en que las habia enseñado alguna de las calificaciones contenidas en la bula, y que estaban muy distantes del sentido de San Agustin y de los demás santos padres. En una palabra, testifica el mismo Bayo que quedó convencido de que sus proposiciones estaban verdaderamente condenadas en el sentido natural de sus escritos, y convino de tal modo en la equidad de la censura, que se conformó con todo lo que exigió Toledo en cuanto á la publicacion y aceptacion de la bula.

Estos preliminares fueron un asunto peculiar entre el comisionado y el acusado, á fin de evitar á éste, en cuanto fuese posible, una publicidad bochornosa (1). Despues se convocó á la facultad de teología, con todos los licenciados, bachilleres y estudiantes; y habiéndose leído las credenciales del comisionado apostólico y la nueva bula, dirigió éste desde luego la palabra á Bayo, cancelario de la universidad, y le preguntó si convenia en que sus escritos contenian proposiciones de las que se espresaban en la bula, y que las contenian en el sentido condenado. Habiendo respondido Bayo que convenia en ello, le preguntó

(1) *Act. Facult. Lov. ad ann. 1580.*

Toledo si condenaba aquellas proposiciones y todas las demás que acababan de leerse. „Las condeno segun la intencion de la bula (respondió Bayo), y del mismo modo que ella las condena.” Satisfecho el comisionado con esta respuesta, dirigió la palabra á toda la asamblea, y preguntó si todos los que estaban presentes admitian la bula con respeto, y condenaban todos los artículos que resultaban condenados en ella. Respondieron unánimes los doctores, que condenaban con toda sencillez aquellos artículos, que admitian la bula y la observarian religiosamente: despues de lo cual exclamaron los licenciados y los demás concurrentes: „condenamos las proposiciones, admitimos la bula con sumision, y prometemos obedecerla.” Resonaron en la sala mil aclamaciones, que dieron á entender la sinceridad de la sumision, y el gozo que causaba ver el triunfo de la antigua doctrina y la proscripcion de la novedad.

Solo faltaba que el cancelario diese una retractacion firmada de su puño, pero no era Bayo muy amigo de firmar; y si hasta entonces habia prometido todo lo que quisieron, no habia querido firmar todavía nada de lo que prometió. Ya fuese temor ó arrepentimiento por su parte, ó superioridad y destreza en el comisionado, desmintió Bayo sus malos procedimientos anteriores, y dió una retractacion firmada tan espresa y terminante, que no podia desearse mas. Estaba concebida en estos términos (1): „Conozco y declaro, que por medio de las conferencias que he

(1) *Bayan. p. 152. App. n. 10.*

tenido con el reverendo padre Francisco Toledo, acerca de muchas opiniones y proposiciones proscritas anteriormente por nuestro santo Padre el Papa Pio V, de feliz memoria, y condenadas de nuevo por el Papa Gregorio XIII, he quedado íntimamente persuadido á que esta condenacion es muy justa y muy legitima, y que precedió á ella una madura deliberacion y un exámen exactísimo. Confieso tambien que en algunos libros que compuse anteriormente, y publiqué antes que estas condenaciones emanasen de la santa Sede, se contienen y enseñan muchas de aquellas proposiciones, aun en el sentido en que fueron condenadas. En fin, declaro que ahora renuncio todas estas opiniones, que me conformo con la condenacion que de ellas ha hecho la santa Sede, y que estoy en la firme y sincera resolucion de no volver á enseñarlas, á proponerlas ni á defenderlas.

Despues de una retractacion tan completa, cuyo autor confesaba que sus proposiciones habian sido maduramente examinadas y condenadas por dos Papas, en el sentido en que él las habia enseñado y publicado en sus libros, y que estaban justamente condenadas, aun en cuanto á la sustancia de las cosas, parecia que no le quedaba ya ningun pretexto para volver pie atrás. Pero ya fuese por un efecto de inconstancia y de irreflexion, ó de terquedad y de mala fe, no pasó un año sin que reincidiese en su antiguo sistema, sosteniendo en unas theses públicas que, como el hombre habia sido criado para obrar bien, del mismo modo que las aves para volar, le

era tan imposible obrar bien despues de la ruina de sus fuerzas, como á las aves volar sin alas. Sus partidarios tenebrosos desacreditaron la bula por todas partes en sus libros anónimos, y publicaron que los rayos de guerra recaían sobre un objeto quimérico, y no podian ofender á unas proposiciones que solo expresaban la doctrina de San Agustin. Pretendian que se diese á cada una de ellas su calificacion respectiva y propia, diciendo que aquellas censuras generales y confusas debian desecharse como incapaces de servir de regla á la fe cristiana; y se empeñaban en que lo mas que merecia la bula era aquel silencio respetuoso que solo obliga á una reserva de mera ceremonia, sin tener ningun influjo en el modo de pensar de cada uno. Así principiaron los efugios de que se valió el semi-calvinismo para evitar los efectos mas temibles de los rayos del Vaticano, y sostenerse como una parte de la Iglesia, á pesar de ella misma.

40. Mas insolente la heregía en Inglaterra, como que, por decirlo así, estaba sentada en el trono, egercia en ella sus furóres á cara descubierta, y no guardaba ya ningun miramiento. Por mucho tiempo se habia contentado Isabel con espedir edictos contra los católicos de sus estados, sin recurrir para su egecucion á otras penas que á las multas y confiscacion de bienes, ó por lo menos solo se teñia con sangre en aquellas ocasiones poco frecuentes, en que su política recelosa daba armas á su religion: y aun habia permitido que los católicos hiciesen celebrar en sus casas los santos misterios. Pero habiéndola persuadido

armada una procesion del Santísimo Sacramento, á que asistia el archiduque Matías con todos los católicos. Queriendo abrirse paso los que acompañaban á los estandartes, dispararon contra ellos los hereges, echaron dos hombres á tierra, obligaron á los demás á huir precipitadamente, y no tardó en deshacerse la procesion. Muchos de los mas considerables, y aun el mismo archiduque, fueron llevados con violencia á la iglesia, de donde solo se permitió al Príncipe salir despues de un largo rato, y como por favor. En cuanto á los demás, declararon los sediciosos que no los pondrian en libertad, hasta que desterrase el magistrado doscientas personas entre canónigos y sacerdotes seculares y regulares, cuyos nombres presentaron por escrito. Habiéndose negado esta peticion, se apoderaron ellos mismos de los doscientos proscritos, y los arrojaron de la ciudad. Lo mas que pudo conseguir despues el archiduque con quejas y amenazas, fue que hubiese libertad de conciencia en la ciudad, y que se dejasen algunas iglesias para los católicos, escepto los cabildos y los conventos. El año siguiente 1580 celebró en la misma ciudad esta faccion atrevida y rebelde una asamblea numerosa, en que se resolvió que era necesario renunciar enteramente la obediencia del Rey de España.

44. La rebelion y el fanatismo hacian iguales progresos en toda la estension de la desgraciada Bélgica (1). Un aventurero, de quien no sabemos que tuviese otro apellido que el que tomó del lugar de su

(1) *Thou, l. 71. ad ant. 1580.*

nacimiento, el insolente Juan Guillermo de Ruremunda, se atrevió á publicar en Güeldres que habia sido suscitado por Dios para dar nuevo realce á la fe pura de los anabaptistas, y restablecer el reino de Munster; y escribió un libro para autorizar la pluralidad de mugeres entre sus secuaces, á los cuales llamaba ciudadanos de la nueva Jerusalem, ilustrados esclusivamente con las luces de la Divinidad, y destinados al imperio del universo, así como los israelitas lo estuvieron en otro tiempo á la conquista de la tierra de promision. Decia públicamente que le habia entregado Dios la espada de Gedeon para dividir con igualdad entre sus discípulos los bienes de este mundo, que solo son de Jesucristo y de los verdaderos fieles. Con este pretesto permitia el robo y todo género de saqueo y de latrocinio. Hubo muchas personas, especialmente entre la nobleza, que no solo fueron despojadas de sus bienes, sino tambien ultrajadas y asesinadas con una crueldad bárbara. Cinco años habia que duraban estos desórdenes, cuando el duque de Cleves tuvo la felicidad de hacer que prendiesen al perturbador fanático, el cual fue quemado á fuego lento, sin dar la menor señal de estar arrepentido.

45. La magestad de la diadema era violada con descaro por todas aquellas reformas hipócritas, para las cuales no habia ninguna cosa sagrada, como no fuese la licencia y la esencion de todo yugo. Entretanto añadía Felipe II á sus grandes estados todos los antiguos dominios y las ricas conquistas de los Reyes

de Portugal. Preocupado el Rey Sebastian con las ideas caballerescas de su tiempo, habia pasado á África con algunas tropas, sin atender á la infinita desproporcion de sus fuerzas con las de los infieles, los que, despues de algunas ventajas poco considerables que consiguió el Rey, arrollaron su egército y le confundieron, igualmente que á toda la flor de su nobleza, en la horrible carnicería en que perecieron todos los que le habian acompañado.

46. Fue su sucesor el presbítero cardenal D. Enrique, hermano de su abuelo, hombre muy achacoso y de edad avanzada, y dejó vacante el trono á los diez y ocho meses de reinado. El gran prior de Crato, hijo natural de Luis, que era segundo hijo del Rey Manuel, fue proclamado Rey por el populacho, y con algunas tropas colecticias se atrevió á oponerse á los tercios veteranos de Castilla, mandados por el famoso duque de Alba, el cual no tardó en disipar aquella faccion despreciable. Por consiguiente, en el año 1580 fue generalmente reconocido Felipe por Soberano de los estados de Portugal, así en Europa como en las Indias.

47. Hizo tan poca fuerza á los flamencos este aumento de poder, que á 26 de Julio del año siguiente se resolvió en los estados reunidos en el Haya, que se publicase lo acordado en la última asamblea de Amberes. Se espidió, pues, un diploma en flamenco, en francés y en latin, en que se decia que se renunciaba á la obediencia del Rey Felipe; que este Monarca habia perdido todo derecho á la soberanía

de Flandes; que los pueblos de aquellos dominios estaban libres del juramento de fidelidad, á consecuencia de la crueldad de los españoles y de la violencia de la fe dada á la nacion flamenca; que para no dejar á las provincias sin Soberano, se habia elegido al duque de Anjou; pero que en Holanda y en Zelanda se publicarían las providencias del gobierno en nombre del Príncipe de Orange, y que los magistrados y gobernadores prestarían nuevos juramentos ante los diputados de los estados. Este manifiesto es el título fundamental de la república de Holanda.

Luego que se publicó, se echaron por tierra las estátuas del Rey de España; se rompieron sus armas; se borró su nombre de todos los monumentos públicos; se prohibió que en lo sucesivo se hiciese uso de él en ninguna escritura; se mandó á los oficiales de la casa de la moneda que no empleasen su cuño, y se dió orden á los gobernadores, magistrados y demás para que se retirasen de su servicio, y á todos los que habian obtenido de él empleos judiciales ó municipales, para que presentasen sus cédulas, las cuales debían rasgarse, y solicitasen otras nuevas de los estados. Esta rebelion consumada no fue menos funesta á la Religion que á la autoridad real. Se cometieron infinitos desórdenes en las iglesias de las principales ciudades, y aun en Bruselas, que era el lugar de la residencia del gobierno. Se rompieron las santas imágenes, á escepcion de las muchas obras clásicas que habia en ellas, las cuales se destinaron para adorno de las casas particulares. Se cerraron los

conventos y las iglesias, se prohibió á los sacerdotes la celebracion de los santos misterios, y sucesivamente se los obligó á salir de las ciudades en que llegaba á dominar el partido de la heregía y de la rebellion; porque tuvo que luchar mucho tiempo contra España, y aun contra una parte de la Bélgica, padeciendo infinitos daños y calamidades, hasta que se arregló el gobierno de las siete provincias unidas, y se le dió alguna estabilidad. Pero desde este primer golpe mudaron enteramente de semblante todos los Países-Bajos; se abolieron ó trastornaron en las diez y siete provincias las santas prácticas de la Iglesia y todo el culto antiguo, y se quitó á los católicos la libertad de conciencia, ó quedó tiránicamente oprimida.

48. Las almas piadosas de todos los países, y en particular las de aquellos que habian permanecido constantemente adictos á la dominacion de los Reyes católicos, gemian á todas horas delante del Señor al ver el lamentable triunfo de la heregía, y le preguntaban llenas de alliccion, si habia abandonado á su heredad mas preciosa. Desde el centro de Castilla, ó por mejor decir, desde el claustro austero, adonde llamaba Teresa de Cepeda la atencion de aquel que dirige las revoluciones de los imperios á la santificacion de sus escogidos, enviaba al cielo fervorosas oraciones por la conversion de los sectarios, por aquellos hugonotes sacrílegos, á quienes no podia nombrar sin horror, y por el triunfo y consuelo de la Iglesia. Con las santas crueldades de la penitencia se sacrificaba como una hostia viva, ó puesta

continuamente á las puertas de la muerte, por la salvacion de tantas almas que estaban en peligro, y hacia al mismo tiempo los mayores esfuerzos para dar á la Iglesia hijos perfectos cuyas sublimes virtudes pudiesen compensar en algun modo el número de los que despedazaban su seno. Por último, habia establecido con la reforma todo el espíritu de que estaba animada, en diez y seis conventos de religiosas y catorce de religiosos. Habia prosperado la obra del cielo, á pesar de todas las contradicciones y persecuciones de que triunfó la paciencia invencible de la santa fundadora, y su admirable confianza en Dios. Como era necesario para ella morir ó padecer, esto es, como solo podia tolerar, padeciendo por su Dios, la prolongacion del destierro que la tenia distante del cielo, fue su único consuelo el morir luego que no tuvo que padecer, y no se la negó lo que era el objeto de todos sus deseos.

Estando en la visita de algunos conventos de su órden, logró la duquesa de Alba, por medio de los superiores regulares, tenerla algunos dias á su lado (1). Llegó enferma la santa, y despues de tener algunas conversaciones con la duquesa, se retiró al convento de las carmelitas, situado en la misma villa. Comulgó en la mañana siguiente, y habiendo padecido una debilidad extraordinaria en los ocho dias que pasaron hasta el de San Miguel, 29 de Setiembre, fue acometida de una disenteria, que la hizo creer

(1) Ribera, *vid. de Santa Teres.* l. 3. c. 15.

que estaba próxima su última hora. Viéndose obligada á acostarse, pidió inmediatamente los sacramentos. Antes de recibir el cuerpo de Jesucristo, dijo á las religiosas afligidas que la rodeaban: „os ruego, hijas mías, por el amor de nuestro Señor, que observéis inviolablemente vuestras constituciones, sin deteneros en los ejemplos de esta pecadora que va á comparecer delante de Dios, y os pide la perdones sus faltas, y la ayudeis con vuestras oraciones.” Después de esto recibió el santo viático con los mas vivos ardores del amor divino, y con una compuncion que edificó á todo el concurso. El dia siguiente, 4 de Octubre, espiró á las nueve de la noche, después de una agonía, ó por mejor decir, de un éstasis de catorce horas. Tenia sesenta y siete años y medio, y habia pasado veintisiete con las carmelitas antiguas, y veinte en la reforma fundada por ella. Habiéndose abierto su sepultura al cabo de nueve meses, se encontró su cuerpo tan entero y fresco como si se acabase de enterrar.

48. Siendo el dia en que murió Santa Teresa el mismo en que empezó á usarse del calendario Gregoriano, el cual suprimia diez dias del antiguo mes de Octubre, se contó el cuarto por el catorce, y se fijó después la fiesta de la Santa en el dia de su entierro, que correspondia al 15 según el nuevo estilo. Las resultas de un cálculo equivocado, inevitable en la serie de un gran número de siglos, fueron introducirse en el calendario unos errores de tanta consideracion, que en vez de celebrar las fiestas á su debido

tiempo, caía algunas veces la Pascua en el segundo mes lunar, y habria llegado á caer en el solsticio de estío, y aun en el invierno. Se habia conocido ya la necesidad de corregir este cálculo, y lo intentaron muchos Papas, pero siempre sin efecto. Por último, lo emprendió Gregorio XIII, y lo ejecutó, gobernándose por las advertencias de los sábios de todas las naciones, y en especial por los escritos póstumos del médico Luis Lilio, natural de Roma, y por las observaciones del jesuita aleman Cristóval Clavio, matemático profundo. Por mas útil que fuese esta obra, bastaba que viniese de Roma para desagradar á los sectarios y facciosos, á pesar de su erudicion. Solo á fuerza de tiempo pudieron disiparse sus preocupaciones rencorosas. Aun los cismáticos de Grecia cedieron antes que los protestantes, muchos de los cuales se obstinan todavía en conservar el cálculo antiguo, á pesar de sus defectos palpables, y de la confusion que introduce en el comercio y en la sociedad general de Europa.

49. Entre las virtudes de Santa Teresa, además del celo, que fue tan grande ó mayor en esta religiosa modesta y retirada, que en los primeros prelados de su siglo, se admira una humildad de que apenas se puede formar idea, y que la obligaba á mirar á todas sus hermanas, sin exceptuar á las religiosas mas comunes, como infinitamente mejores que ella: homenaje que no consistia en meras exterioridades, sino en una persuasion íntima que se manifestaba siempre por las obras. En efecto, consideraba á todas sus

después esta misma política, que los Príncipes de la casa de Lorena, cuya autoridad no tenía límites en Francia, conspiraban para poner en libertad á la Reina María de Escocia, y casarla con D. Juan de Austria, temió que fuesen protegidos por los católicos de Inglaterra, y tomó el partido de hacer egecutar con todo rigor las leyes promulgadas contra ellos<sup>(1)</sup>. Estas leyes declaraban reos de lesa Magestad á todos los sacerdotes católicos, y en particular á los jesuitas, que eran el principal objeto del ódio de aquella enemiga de la Iglesia: á todos los que exhortasen á los ingleses á abandonar la reforma, y á todos los habitantes de Inglaterra que diesen asilo á los predicadores de la antigua doctrina.

41. La primera víctima de esta severidad fue un sacerdote, llamado Cudberto Maine, al cual se condenó con todas las formalidades de estilo, y fue martirizado en la aldea de San Estévan, en Cornualles<sup>(2)</sup>. Un caballero, llamado Trugion, en cuya casa vivía aquel santo sacerdote, fue despojado de todos sus bienes, y condenado á una prision perpétua. Animada Isabel con estas primicias sangrientas, y deseando multiplicar sus víctimas, aun en los países extranjeros, envió á Francia y á Italia traidores asalariados que fingian huir de su patria por causa de religion, y uniéndose con sus paisanos refugiados, averiguaban sus secretos, é informaban de todo á la Reina, cuyas sospechas se estendian muchas veces mas lejos que

(1) *Cambd. Annal. Elis. ad ann. 1571.*—*Sander. de Vis. Monarch. in fin.* (2) *Id. ad ann. 1517.*

las delaciones de los espías. Mandaba prender inmediatamente á todos los católicos que la señalaban en su reino aquellos viles delatores; ¡y quién sería capaz de contar el número de los mártires que murieron de resultas de un ardid tan abominable!

Se la dió parte de que Edmundo Campien, Radulfo Skerwin y Alejandro Briant, con otros muchos, predicaban en secreto la fe romana en Inglaterra<sup>(1)</sup>. Todos tres eran jesuitas. El rigor de las pesquisas fue proporcionado al valor de la presa, y produjo el efecto que se deseaba. Un traidor, llamado Jorge Eliot, reveló que estaba Campien en casa de un caballero católico. Sus dos compañeros fueron descubiertos casi de la misma manera, y fueron encerrados todos ellos, cada uno en un calabozo particular. A fin de hacerlos mas odiosos á los ingleses, se les acusó de conspiracion contra la Reina, pareciendo que no bastaba hacerles causa como á papistas ó católicos: y se trasladaron los jueces á la torre de Londres, donde estaba preso Campien, para hacerle su interrogatorio. Sin asustarse el confesor al oír sus amenazas y sus preguntas capciosas, mostró en la seguridad de su inocencia y en la série uniforme de sus respuestas, que los falsos delitos que se le imputaban eran tan poco creídos como mal probados, y que su verdadero crimen era la religion que profesaba. „En todos tiempos (les dijo) he pedido con todo el ardor de que soy capaz, por la salud de la Reina y por la prosperidad de su reinado; y nunca cesaré de hacer

(1) *Sacchim. Hist. Soc. Jes. part. 5. l. 1.*

lo mismo, mientras tenga algun aliento vital." Habiéndole preguntado de qué Reina hablaba: „de Isabel, que es vuestra Reina y mia (les respondió con una prontitud y un candor que los dejó confundidos)." Sin embargo de esto fue condenado, y hasta el último momento del suplicio no cesó de exhortar á los concurrentes á que volviesen á entrar en el seno de la Iglesia. Despues de haberle ahorcado, le cortaron la cabeza y le descuartizaron, habiendo sufrido la misma suerte sus dos compañeros.

42. Pasado algun tiempo se hizo mas violenta la persecucion con motivo de una conspiracion verdadera, tramada contra Isabel por Guillermo Parr, caballero católico del país de Gales. Acalorado éste hombre con la efervescencia de un celo indiscreto, habia consultado, hallándose en Paris, al padre Wiat, jesuita, acerca del proyecto que tenia meditado de escitar conmociones en Inglaterra, para reducir este reino á la obediencia de la Iglesia (1). El jesuita, que era hombre de mucho juicio y estaba muy firme en los buenos principios, trató de darle á entender el peligro y la inutilidad de su proyecto, y sobre todo el gran delito que se comete siempre que se perturba la tranquilidad pública y se procede contra la autoridad legitima, aun cuando sea por el bien de la Religion. Despreció Parr lo que le dijo el jesuita, siguió su primer designio, volvió á su país para buscar cómplices en su delito, fue descubierto, condenado y

(1) *Cambd. Annal. Reg. Elis. ad ann. 1584.* = *Thou, l. 79.*

ajusticiado como reo de alta traicion. Este suceso aumentó en gran manera el rigor de las persecuciones anglicanas. Formó el parlamento una acta auténtica, mandando á todos los sacerdotes que saliesen del reino dentro de cuatro dias, pena de ser tratados despues de este término como reos de alta traicion. Los que los recibiesen ú ocultasen eran condenados como reos de felonía. Se declaraba tambien, que si no volvian en el término de seis meses los que se hallaban en los seminarios extranjeros, y se sujetaban al nuevo sistema ante un obispo anglicano ó un juez de paz, serian igualmente mirados como reos de alta traicion; que los que directa ó indirectamente enviasen dinero á tales seminaristas, serian privados de todos sus bienes y castigados con destierro perpétuo; y en fin, que cualquiera que tuviese noticia de algun sacerdote papista, y en especial de algun jesuita que estuviese oculto en el reino, y no le delatase dentro de cuatro dias, pagaria una multa y se le pondria en la cárcel. No es necesario que nos detengamos en pintar estas horribles escenas, para que pueda formarse juicio de la sangre que se derramaria con motivo de una injusticia tan atróz, revestida de todas las formalidades y aparato de la justicia.

43. Los asuntos de la Religion iban tomando en los Paises-Bajos, ó por lo menos en las provincias mas inmediatas al mar, un semblante casi tan triste como en las islas británicas (1). Los atrevidos sectarios de Amberes se empeñaron en detener con mano

(1) *Strada, de Bello Belg. l. 1. dec. 2.* = *Thou, l. 68.*

hermanas, y aun á sus hijas, como á sus verdaderas superiores; recibia con agrado y sumision sus consejos y reprensiones; cuando la vituperaban con acrimonia, creia que por lo menos tenian buena intencion; y aunque sus obras eran evidentemente buenas en sí mismas, y muchas veces indispensables, como mandadas por el espíritu de Dios, temia que tal vez habria excedido los límites de la prudencia. En cuanto á los verdaderos superiores de la orden, aun cuando se trató de separar de ella la parte que habia abrazado la reforma, por lo que tuvo que sufrir persecuciones efectivas, nunca se dió por ofendida, antes bien procuró siempre contener las quejas de las demás, y sin pensar que era ella el objeto de las persecuciones, hacia la apologia de los perseguidores. Sujetaba todas sus inspiraciones y las revelaciones menos equívocas á la obediencia ordinaria. De dos órdenes que se la comunicasen, como sucedia algunas veces, la una inmediatamente por Jesucristo, y la otra por medio de su superior ó de su confesor, no se detenía en dar la preferencia á ésta, proponiéndose este sistema por máxima fundamental de su conducta, la cual se dignó de ratificar en muchas apariciones el divino Fundador del régimen gerárquico.

Esta muger verdaderamente fuerte y dotada de un espíritu superior, era tan poco propensa á la credulidad, y tenia tan poca inclinacion á las cosas extraordinarias, que el espíritu de Dios se vió obligado, por decirlo así, á hacerla entrar por fuerza en sus designios sublimes; y siempre que se presentaba la

ocasion, exhortaba á sus hijas á que anduviesen por el camino trillado. Tenemos muchas obras espirituales de esta Santa que manifiestan igualmente su inteligencia en las cosas de Dios, y con especialidad en el don de oracion, que la estension y amenidad de su ingenio, la elocuencia y las gracias varoniles de su estilo, y la pureza de su diction, son en tales términos, que se tienen por obras clásicas de la lengua castellana. Pero donde mas se echa de ver su admirable carácter, es en la historia de su propia vida, compuesta por obedecer á sus confesores, y en la prodigiosa relacion de sus fundaciones.

50. Mucho tiempo habia que los obispos de Francia solicitaban en la corte la publicacion del concilio de Trento. En la última asamblea de Blois habian manifestado con nuevas y muy eficaces instancias los deseos unánimes del clero sobre este punto; pero el temor de indisponer mas á los sectarios, y algunas otras consideraciones políticas, dejaron sin efecto esta súplica. Sin embargo, de allí á tres años se espidió en París un decreto, á que se dió el nombre de decreto de Blois, como dado en consecuencia de los escritos presentados por las últimas córtes celebradas en aquella ciudad, el cual contenia sesenta y cuatro artículos de disciplina eclesiástica, tomados casi todos ellos de la de Trento; de suerte, que aun los decretos de disciplina, sin haberse publicado formalmente en el reino, adquirieron en él, á lo menos en gran parte, fuerza de ley y de disposicion política.

51. Conformándose los obispos de Francia con

testimonios menos equívocos de veneracion y amistad. Pero en este intervalo tuvo un consuelo tan dulce para una Cabeza digna de la Iglesia universal, que desde entonces le pareció felizmente concluida su carrera; y á egemplo del santo anciano Simeon, miró la muerte como el término mas apetecido de su descanso, pues recibió las noticias y las pruebas mas auténticas de los progresos maravillosos del cristianismo en las estremidades del Asia, por medio de una embajada solemne de los Principes cristianos del Japon. Desde que el apóstol de las Indias llevó el Evangelio á aquella sábia y magnánima nacion, donde no le habia honrado menos con el heroismo de sus virtudes, que con lo maravilloso de sus milagros, habia prosperado de tal modo, á pesar de todos los esfuerzos del inferno, la obra principiada con tan buenos auspicios, y continuada por unos operarios de egemplar virtud, que la Religion cristiana era casi la dominante, á lo menos entre la gente del pueblo; y aun entre el gran número de Soberanos que reinan en aquel vasto imperio, habia ya de doce á quince, y una multitud de Principes de la sangre que hacian mucha mas estimacion de la cruz que de la diadema. La mayor parte de aquellos que arrastrados de sus pasiones perseveraban en el paganismo, miraban á lo menos con respeto las cosas que no se resolvian á practicar. Si los celos interesados de los bonzos, y la política tímida, ó las preocupaciones de algunos Principes, hacian que se persiguiese á los cristianos, contribuía esto mismo á que la fe plantada en tan buen

terreno, estendiese mejor sus raices y adquiriese mas consistencia.

58. En la ciudad de Vosuqui, situada en el reino de Bongo, fueron sublevados los infieles, antes de la conversion del Rey, el cual se hallaba entonces ausente, por un Príncipe enemigo de los cristianos<sup>(1)</sup>; y habiendo cercado la iglesia y la casa de los misioneros, quiso el superior enviar á una ciudad inmediata los vasos y ornamentos sagrados para eximirlos de toda profanacion; pero no hubo quien quisiese encargarse de ello, por temor de perder la corona del martirio retirándose de aquel lugar. Habiéndolos llevado á casa de una señora que vivia en la misma ciudad, repondió que estaba determinada á trasladarse á la iglesia, para morir allí con los demás fieles. No obstante, entregó aquel depósito á sus criadas, y las encargó que cuidasen de él; pero protestaron todas ellas que irian en seguimiento de su ama. Poco despues concurrieron á la iglesia muchas señoras de la principal nobleza, acompañadas de sus hijas y criadas, diciendo que iban á morir por su religion. Muy en breve siguieron el egemplo de las mugeres cristianas todos los fieles, no solo de Vosuqui, sino tambien de los lugares circunvecinos; y cuando se les preguntaba cuál era su designio, respondian del mismo modo, que iban á morir por la fe. Se disipó la conmocion con el regreso del Rey; pero hasta entonces habian permanecido los fieles en la iglesia de dia y de noche. No pudiendo las señoras egecutar lo

(1) *Hist. Eccles. del Japon*, l. 3.

mismo, por no permitirle la decencia, se retiraban á casa de una de las mas distinguidas y animosas, sin perder de vista el peligro para presentarse en el momento en que viesén correr las primeras gotas de sangre.

59. De este modo sostenia en el Japón el sexo devoto el honor de haber sido el primero que consiguió la corona del martirio (1). Para confundir á un mismo tiempo la fuerza del hombre y la grandeza del mundo, habia elegido el Señor lo mas vil que hay en la naturaleza humana, de cualquier modo que se considere. No teniendo iglesia los fieles perseguidos en Firando, iban á hacer oracion al pie de una cruz que habian colocado fuera de la ciudad. A una muger cristiana, esclava de un pagano, la prohibió su amo que fuese allá, diciéndola espresamente, que pagaria con la muerte su desobediencia. Respondió con serenidad la esclava, que la muerte no atemorizaba á los cristianos; y el dia siguiente fue á la cruz á hacer oracion con los demás fieles. Avisado de ello el idólatra, salió furioso de su casa para ir á buscarla, y habiéndola visto á lo lejos, cuando estaba ya de vuelta, echó á correr con sable en mano para degollarla. La generosa esclava se puso de rodillas sin alterarse, y el bárbaro la cortó la cabeza.

60. Todas las virtudes florecian en igual grado entre los fieles del Japón (2). Era admirable su fervor, y sin embargo de esto estaban poco satisfechos

(1) *Ibid.* lib. 2. (2) *Hist. del Jap.* l. 2, 3 y 4.

de sí mismos, se acusaban continuamente de cobardía, y apenas se creían dignos del nombre de cristianos. Era tan grande la delicadeza de sus conciencias, que costaba mucho trabajo tranquilizarlos, aunque fuesen muy comunes las faltas que hubiesen cometido, y estaban tan dominados del espíritu de penitencia, que se necesitaba toda la autoridad de los misioneros para impedir que arruinasen su salud (1). Un portugués, que habia sido testigo ocular de todo, y particularmente de la cristiandad de Firando, escribia á Europa, que en toda la Iglesia no habia religiosos á quienes no escediesen en la práctica de los ayunos y de todo género de austeridades; que al ver á aquellos neófitos, cuando estaban en oracion se los hubiera tenido por unos contemplativos consumados; en una palabra, que, despues de haber presenciado aquel espectáculo, no se atrevia á considerarse á sí mismo como cristiano. Todos los europeos que habian estado en el Japón, se esplicaban del mismo modo, y no sabian hablar de otra cosa en cualquier parte donde se hallaban (2). Fue admirable, sobre todo, en el centro de la corrupcion idólatra, esto es, en la ciudad de Sacai, que era la mas fuerte, la mas rica, agradable y voluptuosa del Japón; fue admirable, repito, en este centro de la sensualidad y corrupcion, un niño de catorce años, que parecia, mas bien que un mortal, un serafin abrasado con los mas vivos ardores del amor divino. Tenia una hermana, si es que pueden diferenciarse con estos nombres los

(1) *Ibid.* l. 4. p. 272. (2) *Ibid.* p. 187 y 188.

seres celestiales, la cual dió á ambos sexos en el Japón el primer egemplo, que movió á otras muchas personas jóvenes á consagrarse al Señor con el voto de castidad perpétua.

Una mision tan floreciente, esparcida en todas las provincias de un imperio de tréscientas leguas de longitud y sesenta de latitud, no tenia mas ministros sagrados que cincuenta entre japones y europeos con un número mayor de catequistas nacionales. Muchos neófitos que no habian visto ningun sacerdote en una porcion de años, crecian de dia en dia en fe y en fervor lejos de profanar su bautismo; de suerte, que la iglesia del Japón tenia un gran recurso en sí misma, esto es, en las personas seglares de todas clases, y muchas veces en los Príncipes, que se convertian en apóstoles de sus vasallos, y no creían cumplir mas dignamente con el cargo de padres de los pueblos, que conduciéndolos por el camino de la virtud y de felicidad suprema. No bastaban los operarios evangélicos para la instruccion de los idólatras, pues la mayor parte de ellos morian en la infidelidad por no encontrar una mano caritativa que los sacase de ella. Para inclinar hácia ellos las miradas compasivas del Vicario de Jesucristo, y agregar de un modo solemne al cuerpo de la Iglesia la hermosa porcion con que le habian acrecentado tantos japones convertidos, convinieron los misioneros con el Rey de Bongo, con el de Arima y con el Príncipe de Omura en enviar una embajada á Roma para rendir homenaje y obediencia al Sumo Pontífice en

nombre de aquellos Príncipes y de todos los fieles del imperio.

61. El Rey que reinaba entonces en el Bongo, era Civandono, el cual habia recibido en otro tiempo á San Francisco Javier; Príncipe célebre por su sabiduría, en tanto grado, que las demás cortes del Japón creían no poder errar, cuando seguian los egemplos ó los consejos de Civandono. Era tal su valor y destreza que en el momento en que fue destronado su hermano, y en que parecia inevitable su propia ruina, quitó á los usurpadores cuatro reinos, y los reunió á sus estados, con lo que llegó á ser uno de los Soberanos mas poderosos del Japón, pues solo del Bongo habia sacado un egército de sesenta mil hombres. Despues de haber estado dudoso mucho tiempo este Príncipe, habia correspondido por último á las esperanzas y deseos de San Francisco Javier, abandonando los deleites que le habian movido á permanecer en el paganismo, y redimiendo con la eminencia de sus virtudes el tiempo que habia perdido mientras estuvo entregado á los vicios. Estaba tan firme en la fe, que juró públicamente, que aun cuando todos los misioneros, todos los cristianos de Europa, y el mismo Papa, llegasen á renunciarla, estaria él siempre dispuesto á derramar su sangre por defender hasta su último artículo. Edificó una ciudad, poblada toda ella de cristianos, para retirarse allí despues de colocar á su hijo en el trono; para no pensar sino en las cosas de Dios, y para no ver á los idólatras, cuyo encuentro le obligaba á llorar

este medio indirecto, pero eficaz, de establecer la disciplina de Trento, celebraron en cuatro años cinco concilios provinciales, no para promulgar con aparato, sino para hacer observar con exactitud unos decretos que en otras partes se decantaban mucho, y no tenían el mas puntual cumplimiento (1). El concilio de Roan, congregado en 1581 por el famoso cardenal de Borbon, arzobispo de aquella ciudad; los de Rems, Burdeos y Tours, celebrados en 1583, y el que se celebró en Bourges en 1584, respiran visiblemente el espíritu del concilio de Trento, como puede verse del cotejo de ellos; y nada desearon con mas ardor que reducirle á la práctica, así en cuanto al dogma, como en cuanto á las costumbres y disciplina, en todo aquello que no era arbitrario y relativo á los derechos de los Soberanos que en estas cosas decian, tienen libertad para conceder ó negar su submission, ó por esplicarme con mas propiedad, su ratificación y consentimiento.

52. Los frutos de este admirable concilio pasaron, con el de la disciplina y de la reforma de las costumbres, mas allá del vasto océano, hasta las estremidades del otro hemisferio (2). En Lima, capital del Perú, apenas ilustrado con las luces de la fe cuando se confirmaba ésta en Trento, se celebró un concilio nacional, en que se encuentran, no solo los mismos dogmas, sino tambien las mismas reglas de conducta

(1) *Labb. Conc. t. 15. p. 822, 848, 945, 1002 y 1068.*

(2) *Acosta, l. 2. c. 2.*

y de perfeccion que en las iglesias mas antiguas. No obstante, brotaba ya prodigiosamente la cizaña en un campo que habia empezado á cultivarse con tantos sudores.

53. Un teólogo seducido por una muger, y mirado por las gentes del país como un oráculo, se jactaba de conversar familiarmente con Dios, y de conocer por este medio las cosas mas ocultas. Anunciaba que no tardaria en ser Papa y Rey, que trasladaria al Perú la Silla apostólica, y que el estado de la Iglesia debia variarse enteramente, para creer solamente verdades sin sombra, y ser gobernada con leyes fáciles que desterrasen la confesion y el celibato de los clérigos, y concediesen la pluralidad de mugeres. Aun eran mas horribles que esta moral las impiedades especulativas, en cuya relacion seria inútil detenernos. Este fanático espíó con el fuego su obstinacion invencible.

54. Logró tambien el Papa Gregorio XIII hacer celebrar un concilio en la ciudad del Cairo, que es la antigua Menfis, para la reunion de los coftos ó eutiquianos, los cuales admitieron las dos naturalezas de Jesucristo, y abjuraron unánimemente sus antiguos errores (1). Habia en aquella ciudad cerca de cincuenta mil coftos. En fin, San Carlos Borromeo celebró su sexto y último concilio, el que, junto con sus once sinodos diocesanos, no dejan nada que desear para el perfecto gobierno de una diócesi.

55. Habia dado la última mano á esta grande obra,

(1) *Labb. Conc. t. 15. p. 882.*

para la cual parece que habia sido particularmente suscitado por Dios; y cumplida ya su mision, al entrar en los cuarenta y siete años, tuvo presentimientos de que estaba cerca su última hora. Acostumbrado á hacer todos los años en un parage retirado un examen severo de su conducta, pasó al monte Varal, santuario de la diócesi de Novara, para prepararse con mayor atencion y cuidado á comparecer delante de aquel que juzga á las mismas justicias. Llamó al padre Adorno, de la compañía de Jesus, que era entonces su confesor, y se sujetó á él el humilde prelado con la sencillez propia de un niño. Redobló sus penitencias y maceraciones, sin embargo de que habitualmente eran muy rigurosas. No comia mas que un poco de pan moreno, ni usaba de otra bebida que de agua pura. No dormia mas que de tres á cuatro horas encima de unas tablas, sin mas ropa que una mala manta, y muchas veces ensangrentaba su carne inocente con crueles disciplinas. Estaba en oracion casi todo el dia y gran parte de la noche; y en la que precedió á la confesion general que hizo entonces de toda su vida, estuvo ocho horas en oracion, derramando un torrente de lágrimas, y penetrado de un dolor tan vivo, como si hubiese cometido los mas enormes delitos.

Habiendo tenido algunas accesiones de calentura, y mandándole el confesor que moderase los rigores de su penitencia, lo único que hizo fue alimentarse con un pan menos ordinario, permitir que echasen un poco de paja encima de las tablas en que dormia,

y orar algunos momentos menos que antes. Agravada la calentura, le fue preciso restituirse á Milán, donde asistió á los divinos oficios en la festividad de todos los Santos; pero el dia siguiente tuvo que quedarse en cama. Despues de algunas alternativas de temor y de esperanza, empeoró de repente, y declararon los médicos que se hallaba el enfermo en un peligro próximo. Se acercó á la cama el padre Adorno, y le dijo, bañados los ojos en lágrimas, que habia llegado la hora en que iba á comparecer delante de Dios. Respondió Carlos con un santo enagenamiento, que nunca seria tan pronto como él deseaba; pidió los sacramentos, se los administraron con una solemnidad augusta, y los recibió del mismo modo que se alimentan los Santos en el cielo con el pan de los ángeles. Algunos parientes suyos y todos sus criados estaban llorando á los pies de la cama, y él los consoló y quiso darles su bendicion; pero se hallaba tan débil, que fue necesario sostenerle la mano. Inmediatamente entró en una dulce agonía que duró tres horas; y habiendo manifestado muchas veces que deseaba morir en ceniza y cilicio, no quisieron los asistentes privarle de este consuelo. Entonces entregó apaciblemente su alma al Señor, el dia 3 de Noviembre de 1584, entre nueve y diez de la noche.

Luego que el ruido de las campanas anunció esta novedad al pueblo de Milán, se conturbó toda la ciudad, salieron todos de sus casas, aunque era á deshora de la noche, y corrian por las calles lamentándose y aumentando recíprocamente su afliccion.

Era tan grande la consternacion, como si hubiese sido tomada por asalto la ciudad. Todos pedian al cielo su defensor y su padre, temian alguna calamidad terrible al ver que habian perdido en la flor de su edad un pastor tan santo. Procuraron hallar algun consuelo en la pompa con que se celebraron sus funerales, á pesar de que su modestia habia dispuesto que en esta parte se le tratase como al mas humilde ciudadano. El cardenal Sfrondato, obispo de Cremona y despues Papa con el nombre de Gregorio XIV, fue el que hizo la ceremonia, á que asistieron el gobernador, el senado, los magistrados, el cuerpo de nobleza, la universidad, todas las comunidades y casi todos los particulares de la ciudad, de suerte, que fue necesario recurrir á la tropa para que contuviese al pueblo. Pero no tardaron en recibir otro consuelo con una infinidad de milagros que convirtieron el luto en triunfo, en accion de gracias y en culto religioso. Aunque jamás habia permitido que le retratasen en vida, se sacó un retrato luego que espiró, se esparció por todas partes, y aun los Reyes le espusieron en sus gabinetes. Fue imposible conseguir de los pueblos que suspendiesen su culto antes que le autorizase la Iglesia, sin embargo de que no tardó mas que veintiseis años en colocarle en el número de los Santos. Informado el Papa mucho tiempo antes del concurso prodigioso de personas de todas clases que acudian á su sepulcro, dió orden al cabildo de la metrópoli para que no se opusiese á ello.

56. Por el testamento que hizo el santo cardenal

durante la peste, instituyó á los pobres del hospital general por sus legatarios universales, á escepcion de lo que le quedaba de su patrimonio, el cual correspondia de derecho á sus parientes, y era ya poco considerable de resultas de las desmembraciones que le habia obligado á hacer en él su caridad: una vez vendió, en tiempo de calamidad, un terreno que valia cuarenta mil escudos de oro, y al momento distribuyó este dinero entre los infelices. En otra ocasion hizo él mismo uso de veinte mil escudos que le tocaron de una herencia, y gravó el resto de su patrimonio con algunas pensiones que señaló á sus criados. Dejó al cabildo toda su biblioteca, que era considerable, porque nunca habia creído Carlos que en casa de un obispo debia llegar la economía al alimento de la ciencia. Pero el legado incomparablemente mas precioso, fue el de sus piadosos y juiciosos escritos, los cuales dejó al obispo de Vercelli, de cuyo poder pasaron á las manos de todos los prelados, y han renovado la faz de todas las iglesias. San Carlos debe considerarse particularmente como el restaurador del régimen eclesiástico y del arte divino de la direccion de las almas. Se conservan en Milán, en la biblioteca del santo sepulcro, treinta y un tomos de cartas suyas, con un número proporcionado de tratados instructivos sobre todas las materias prácticas y mas esenciales de la Religion.

57. El Papa Gregorio XIII no vivió seis meses despues de la muerte del santo cardenal Borromeo, al cual habia honrado constantemente con los

amargamente. En cuanto á la observancia de las leyes evangélicas, prometió desde luego á Dios perder la vida antes que consentir en la violacion de ningun precepto, y despues hizo voto formal de seguir todos los consejos que le diesen sus confesores, no solo en las cosas de obligacion, sino tambien en cuanto pudiese contribuir á perfeccionarse más y más en la vida cristiana. El Rey de Arima y su tio, el Príncipe de Oruma, tenían casi las mismas disposiciones que el Rey de Bongo.

Fueron elegidos por embajadores un sobrino del Rey de Bongo, un primo hermano del Rey de Arima, y dos grandes emparentados con este último Monarca, todos cuatro tan á propósito por su mérito como por su nacimiento, para sostener en Europa la gloria del Japón, y dotados de un valor capáz de arrostrar todos los trabajos y peligros de un viage tan temible. Se les nombraron por guias é intérpretes algunos misioneros, que los condujeron desde luego á Macao, ciudad china, la más inmediata á las colonias portuguesas, pasando por mil tempestades y peligros, á que solo pudieron esponerse en fuerza de la fe viva de que estaban animados. No les fueron más favorables el mar y los vientos hasta que llegaron á Goa, y mientras estuvieron en los países frecuentados por sus compatriotas; pero despues navegaron felizmente, y no tardaron mucho tiempo en llegar á Lisboa. En esta ciudad, que, como todo Portugal, estaba sujeta al Rey de España, en todas las plazas de los dominios de aquel Príncipe por donde pasaron, y

especialmente en la corte de Madrid, los honraron y obsequiaron á porfia los más principales caballeros. El Rey Felipe los recibió en pie, los abrazó, les manifestó el mayor aprecio, así con respecto á sus personas como á las de los Soberanos á quienes representaban, les hizo una visita, y cuando marcharon á Italia dió orden para que en todas las ciudades de sus dominios, por donde pasasen, se les hiciesen los mismos honores que á su propia persona.

Habiendo llegado á Roma el día 20 de Marzo de 1585, no conoció otros límites Gregorio XIII en la acogida que les hizo, que la imposibilidad de ejecutar más (1). La audiencia que se les dió en consistorio pleno, y en la sala que llaman la real; su marcha en medio de la caballería ligera del Pontífice y de los suizos de su guardia; las carrozas de los embajadores de Francia, España, Venecia y demás estados católicos; la nobleza romana á caballo; los cardenales y todos los empleados de palacio vestidos de encarnado; las salvas de artillería, el repique de las campanas, y la armonía de una infinidad de instrumentos músicos, contribuyeron á que fuese esta ceremonia sumamente pomposa y magnífica. Luego que subió á su trono el Padre Santo, se presentaron los embajadores con las credenciales en la mano, se postraron á los pies de su Santidad, y despues declararon en voz alta y perceptible, que habian ido allí desde los climas en donde nace la aurora, para confesarse súbditos del Vicario del Salvador de todos los hombres,

(1) *Contin. de Chac. t. 4. p. 11. — Mocant. t. 2. Varior.*

y rendirle homenaje en nombre de sus Soberanos y de todos los fieles del Japón. El piadoso Pontífice, que se habia enternecido en extremo al ver aquellos orientales fervorosos, derramó un torrente de lágrimas luego que los oyó. Los levantó, los abrazó muchas veces con cariño, y los colmó de demostraciones de afecto, cuya memoria les duró hasta el último aliento. Se leyó despues el contenido de las credenciales, en que los Príncipes que las enviaban se quejaban amargamente de las ocupaciones del trono, las cuales no les permitian ir en persona á ponerse á los pies del santísimo Padre de la cristiandad, y con todo el entusiasmo de la sensibilidad oriental, bendecian mil veces las misericordias del Señor, y la caridad de su Vicario en la tierra, por haberlos alumbrado con las luces que los habian sacado de las sombras de la muerte. Ningun cardenal pudo contener las lágrimas al oír esto; y el Papa mas enternecido que nadie, dijo muchas veces, volviendo á abrazar á los embajadores: „ahora, Dios mio, despues de este dichoso dia, morirá en paz vuestro siervo.”

62. No tardó en verificarse esta especie de presagio. Al cabo de quince dias, en los cuales vió el Papa muchas veces privadamente á los embajadores, con quienes no se causaba de hablar, convocó para el otro dia un nuevo consistorio, con ánimo de asistir á él; pero experimentó de repente una debilidad tan grande, que se vió precisado á dar contraorden (1).

(1) *Cont. de Chac. t. 4. p. 5. y sig.*

El dia siguiente, 10 de Abril, pareció que estaba mucho mejor, y fue él el primero que procuró tranquilizar á sus sobrinos, los cuales, despues de haber dado algunos paseos con el Papa dentro de su cuarto, se retiraron sin ningun cuidado. Pero al cabo de algunas horas se apoderó de él repentinamente una palidéz mortal, y habiendo acudido los médicos, le declararon que no podia vivir dos horas. „Traíganme mi Crucifijo (respondió el piadoso Pontífice), y vayan á buscar el santo Viático.” Se persignó muchas veces, encomendó su alma á Dios, y estuvo haciendo oracion algunos momentos con mucho fervor; despues de lo cual empeoró de tal modo, que solo se le pudo administrar la santa uncion. Luego que la recibió exhaló el último aliento, á los ochenta y cuatro años de edad, y trece casi cumplidos de Pontificado. Gregorio XIII, piadoso é instruido, especialmente en la jurisprudencia, en cuya facultad nadie le hizo ventaja en su tiempo, prudente y moderado, frugal y severo en sus costumbres, generoso y benéfico, subió á la Silla apostólica adornado de todas estas virtudes, las que adquirieron en ella un aumento considerable. La mayor parte de los dias de su Pontificado fueron dias ilustres, y es de presumir que le hubieran dado el renombre de grande, si no le hubiese merecido antes el Papa San Gregorio: El dia 24 de Abril se eligió por sucesor suyo al famoso Sisto V, Príncipe mas perfecto que su predecesor, y casi tan gran Papa como él.